

Del **RECUERDO**
a la semblanza

José Consuegra Higgins

5
TOMO

**OBRAS
COMPLETAS**

Del **RECUERDO** a la semblanza

José Consuegra Higgins

EDICIONES



UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR

Del **RECUERDO**
a la semblanza

José Consuegra Higgins

5
TOMO

OBRAS
COMPLETAS

TRES COMENTARIOS

En los prólogos que escribe José Consuegra a los libros de sus amigos —y bueno es recordarlo, son muchos—, suele discutir con ellos en unos diálogos imaginarios. Es un estilo muy propio, porque, en verdad, no es de usanza la polémica en las cuartillas que se dedican exclusivamente, por tradición y costumbre, a la apología y a la loanza.

En el presente libro sucede algo también muy particular: el autor dio a conocer los originales de sus recuerdos de infancia campesina y juventud a algunos de sus amigos, y la carta que le escribiera uno de ellos —el consagrado novelista español Carlos Rojas— es motivo de sutiles observaciones por parte de otro —el poeta nacional de Colombia, Jorge Artel—. Estos dos comentarios se publican en las páginas siguientes a manera de introducción. Más adelante, como para calmar los ánimos, la poetisa Meira Delmar remata, con su inspiración tierna y límpida, estas páginas de genuina prosa poética, que recogen, además del relato central que tiene por nombre Del Recuerdo a la Semblanza, artículos publicados por el autor, sobre el mismo tema, en la columna semanal que escribe para El Heraldillo, de Barranquilla.

Y yo, desde mi silla de editor, saboreo con una sonrisa las ocurrencias de mis amigos escritores, siempre dispuestos al debate cordial y creador.

JUAN IGNACIO FRAILE

Gerente de Plaza & Janés de Colombia

Bogotá, octubre de 1987

TRES COMENTARIOS

En los prólogos que escribe José Consuegra a los libros de sus amigos —y bueno es recordarlo, son muchos—, suele discutir con ellos en unos diálogos imaginarios. Es un estilo muy propio, porque, en verdad, no es de usanza la polémica en las cuartillas que se dedican exclusivamente, por tradición y costumbre, a la apología y a la loanza.

En el presente libro sucede algo también muy particular: el autor dio a conocer los originales de sus recuerdos de infancia campesina y juventud a algunos de sus amigos, y la carta que le escribiera uno de ellos —el consagrado novelista español Carlos Rojas— es motivo de sutiles observaciones por parte de otro —el poeta nacional de Colombia, Jorge Artel—. Estos dos comentarios se publican en las páginas siguientes a manera de introducción. Más adelante, como para calmar los ánimos, la poetisa Meira Delmar remata, con su inspiración tierna y límpida, estas páginas de genuina prosa poética, que recogen, además del relato central que tiene por nombre Del Recuerdo a la Semblanza, artículos publicados por el autor, sobre el mismo tema, en la columna semanal que escribe para El Heraldito, de Barranquilla.

Y yo, desde mi silla de editor, saboreo con una sonrisa las ocurrencias de mis amigos escritores, siempre dispuestos al debate cordial y creador.

JUAN IGNACIO FRAILE

Gerente de Plaza & Janés de Colombia

Bogotá, octubre de 1987

UNA CARTA

Querido José: Gracias grandes por Del Recuerdo a la Semblanza. Disfruté mucho leyéndolo, y desde el primer párrafo me sentí apesado por el humano encanto de todo lo narrado. No solo tienes una extraordinaria memoria sensorial y emotiva para evocar la infancia —la más difícil de las artes literarias, decía Andersen si mal no recuerdo—, sino también para describir tus memorias a los demás. En otras palabras, conjuras tu pasado personal —la más intransferible de nuestras posesiones— y al conjurarlo creas un ambiente del cual se siente partícipe cualquier lector sensible, aunque desconozca a Isabel López. Este pueblo único en el mundo, por llevar nombre y apellido de mujer como lo comentabas en Barranquilla, sin que yo pudiese llegar a nada más parecido que La Almunia de Doña Godina. Lo cual, claro, es otra cosa.

Precisamente por su aparente y engañosa insignificancia, tus memorias cobran una fuerza visual singularísima, donde la tragedia siempre presente de la pobreza se entrevera con una maravillosa ironía. Dicho sea solo a título de ejemplos, recordaré siempre al niño que fuiste rajando el vientre de las iguanas con la gillette usada para extraer los huevos, cosiendo luego la herida con todo cuidado y dejando al bicho, lleno de basura o de cagajón en el tronco de un árbol, convaleciendo al sol. Tampoco te olvidaré tiritando en cualquier mañana de noviembre, con el toque inevitable de paludismo, en tanto tu madre se apresuraba a llamar al compadre Mateo García, para que te sacase el mal de ojo. Y no digamos nada de aquel curandero, cincuentón, corpulento y de canas barbasas, que verazmente decía no ser brujo ni

SOBRE UN LIBRO Y UNA CARTA

Solo como un efecto de la erudición se explicaría citar a Andersen y otros filósofos a propósito de un libro tan descomplicado y límpido, como este de José Consuegra. Bajo el título sencillo Del Recuerdo a la Semblanza, ha recogido avezadamente sus emociones de niño. También de la adolescencia y la juventud.

Me remito a una especie de juicio crítico que encuentro en una carta del escritor Carlos Rojas precediendo el texto mecanografiado del referido opúsculo.

Al mencionar el propio Consuegra en los primeros párrafos de su narración La Arboleda Perdida de Rafael Alberti hizo acordarme que yo, desde temprana edad, ubiqué la obra del español como una emanación altamente burguesa. El mundo moral en que se desarrollan las iniciales impresiones del poeta Alberti es el ambiente del señorito endomingado —característico de España— con los abuelos venidos a más, miembros de la realeza, los padres ricos y la formación aristocrática. Encomendada primero a las Hermanas Carmelitas y más tarde a los Padres de la Compañía de Jesús.

No estoy comparando. Apenas quiero decir que Del Recuerdo a la Semblanza es otro aspecto diferente de la vida. Diferente. Diferentísimo. Al punto que no admitiría, ni siquiera en broma, la más mínima relación con cualquiera otra autobiografía.

Isabel López es un pueblo agreste desde donde un núcleo de agricultores lucha ardorosamente por arrancarle al monte la supervivencia. El protagonista de Del Recuerdo a la Semblanza caza iguanas. Abre con sus manos el vientre del lagarto para sacarle los huevos. Lo rellena después con trapos o basuras y luego lo cose con hilo de pelotica. Habla del hambre sin aspavientos dramáticos. En pocas palabras —“A falta de cultivos apareció el hambre”— revela la ansiedad desesperada ante las veleidades de la tierra. Describe con difícil sencillez los velorios, que han tenido de antaño algo de los autos sacramentales o de teatro primitivo, salpicados de monótonos rosarios, de anécdotas. Y el llanto intermitente de los deudos. El estilo de José Consuegra está artísticamente orquestado con aires campesinos. Flotando en esa ensoñación que suele mover las concepciones eglógicas.

Nos hace vivir pasajes de aparecidos y fantasmas. Discurre por entre las sombras del tiempo ido con memoria alerta. ¿O será que en todos y cada uno de nosotros hay vivencias escondidas allá bajo el sudario de los años muertos? ¿Será que estas vivencias pugnan por resucitar cuando alguien evoque circunstancias o hechos parecidos? Meira Delmar sopesa esas vivencias en su comentario final, sobrio, cristalino y radiante como el espíritu de su poesía.

No puede ser más vívido el colorido local de la paleta de José Consuegra:

“En las noches, la cumbiamba, Teófilo Angulo se instalaba en todo el centro de la calle con sus hijos flauteros. Él tocaba el llamador, y sus manos callosas caían sobre el cuero para arrancar el sonido retumbante. Los campesinos, estrenando cotonas y chinelas, compraban en las tiendas los paquetes de esperma. Apenas oscurecía, el sonido de la flauta de millo dejaba atrás la indiferencia. A las mujeres se les obsequiaba con las velas encendidas, que era la manera galante de invitarlas a la danza. Hasta los niños se aquietaban por ratos para mirar el sonoro movimiento de la rueda sensual. Y allí pasaban toda la noche los bailarines, embrujados por el ritmo y la sonrisa de sus parejas, puestas al descubierto por la tenue luz de las espermas”.

El sueño de la Varita de la Virtud es sencillamente estrujante, con su

mochuelo de pico blanco que cantara todo el tiempo. *Hay allí una pureza que aflora en toda su inocencia.*

Lo importante es ver cómo la óptica del autor se va dilatando en la medida en que se amplía su cosmovisión. Desde las culebras que una vez mató a garrotazos con otros muchachos de la aldea y la carretera recién inaugurada que lo trajo a la ciudad, hasta la atonía que le causó el espectáculo del 9 de abril de 1948 en Bogotá. Después, el hombre.

El libro tiene respiración humana. Sabe a terruño. Es un Isabel López concebido con amor y sinceridad.

En la carpeta que me trajo sus originales encuentro la carta de Rojas, a la cual ya me he referido, en que se dice que "su lectura será mejor comprendida y sentida en Isabel López". Sería como decir que Cien años de Soledad será mejor leerlo en Macondo y El Quijote, en un lugar de la Mancha a la sombra de los molinos de viento.

Del Recuerdo a la Semblanza es una extracción folclórica. Hija de esta sabiduría local —es decir, sabiduría popular—, que tanto amamos. Y háyalo dicho o no Tolstoi, lo local es en esencia universal. Verdad inmanente.

JORGE ARTEL

Malambo, marzo de 1987

UN LIBRO

La infancia. Pienso en la infancia como en un país al que debemos volver si queremos salvar el corazón de la tristeza. Porque no importa cuán feliz haya logrado ser el hombre, ni qué tanto se encuentre protegido contra la pena, siempre hay un día en que no se sabe por qué resquicio penetra la sombra en su alma, y le desasosiega las horas y le vuelve oscuro el mismo sol. Y es entonces cuando ese pobre ser vivo se ve solo en medio del desierto, y es entonces cuando huye en busca de aquello que fue su infancia, para abrigarse con ella, en su contorno, en el eco de sus palabras y de sus cantos semiapagados pero perceptibles aún en el eco de la sangre.

El pobre ser vivo al que aludo suele ser, en ocasiones, hombre de éxito, figura notable y aplaudida, muchas cosas más, pero con todo y eso necesita el amparo de “aquellos días en que de su mano tibia me llevaba un ángel...”. Y se vuelve al pasado, y lo encuentra todavía allí donde alguna vez lo dejara para incursionar de lleno en el presente.

Es lo que ha hecho José Consuegra en estas páginas de regreso a su alegre niñez campesina, que tiene el sabor de las frutas de nuestros montes, jugosas y olorosas como no hay otras. Todo en este discurrir de la nostalgia, sabe a lo nuestro, tiene el color de la Costa Caribe, suena a nuestra habla. Todo. El paisaje pueblerino, los nombres de las estrellas allá arriba, la arremetida desordenada de la lluvia en octubre. Los juegos infantiles.

Tal vez por ello mi lectura de este libro ha sido así de gozoso. Nada más y nada menos que el encuentro con un ámbito familiar, entrañable, de una total y hermosa autenticidad.

MEIRA DELMAR

PRÓLOGO A LA SÉPTIMA EDICIÓN

Las confesiones de José Consuegra

Por Jorge Emilio Sierra Montoya
Director del diario "La República"

Con este nuevo tomo de las Obras Completas, entramos al fascinante mundo literario y periodístico de José Consuegra Higgins a través de sus recuerdos, memorias o confesiones, en un plano intimista, familiar, que convierte al lector en cómplice o amigo inseparable.

¿Quedan atrás acaso —valga la pregunta— los densos temas económicos, científicos, de los libros anteriores? De ninguna manera. Al menos las "ideas-fuerza" que otrora identificamos no dejan de surgir, ratificando por enésima vez que estamos frente a un escritor que siempre se manifiesta, en cada una de sus páginas, "de cuerpo entero", en forma integral, con la plena coherencia entre las distintas actividades intelectuales a que ha consagrado su vida.

En efecto, aquí aparecen también las hondas convicciones ideológicas sobre el socialismo democrático, con la total independencia del autor para atacar las fallas del comunismo soviético y cubano o la absoluta sumisión de nuestros pueblos al neoliberalismo en boga, aquel que en su concepto sólo revive el liberalismo clásico del siglo XIX y acentúa la dependencia y el

subdesarrollo estructural a que hemos sido sometidos.

Aparece asimismo el culto a la historia, sobre todo a la historia local, que se remonta hasta las comunidades indígenas, precolombinas, y por ende a la cultura propia, a la identidad cultural, en oposición a la visión extranjerizante impuesta por doquier, arrasando con las expresiones autóctonas, donde brota el alma de la nacionalidad.

El nacionalismo se revela en estos dos libros, claro está. O mejor, el latinoamericanismo, la visión bolivariana de la integración de América Latina, encarnada en su Universidad Simón Bolívar, la gran obra de José Consuegra Higgins, quien vuelve a hablarnos acá como el maestro, el hombre de estudio, el académico o, en definitiva, el intelectual, a quien ni siquiera la actividad política, aún desde el Congreso de la República, le ha sido ajena.

Repito: aquí no desaparece, ni mucho menos, el gran economista, crítico implacable del neoliberalismo, del centralismo, de la ausencia de identidad cultural, de la corrupción que subyace en el sistema capitalista. Ni desaparece, entre cordiales anécdotas, el moralista, con un alto sentido de la amistad, que valora la historia, que le canta a los libros, que invoca el civismo de sus coterráneos, que defiende los recursos naturales y la soberanía nacional.

Sólo que tales principios se formulan ahora en amables confesiones autobiográficas y en un lenguaje periodístico o literario, desconocido para muchos de sus fieles admiradores en el campo de "la ciencia lúgubre". Permítanme hacer algunas observaciones al respecto.

Escritos con nostalgia

Quien repase estas bellas páginas —Del recuerdo a la semblanza y Las sorpresas del tiempo— podrá reconstruir con facilidad, acaso con el encantamiento de la varita de la virtud, los pasajes más significativos de la ya larga vida del Maestro José Consuegra Higgins, uno de los economistas de mayor relevancia de América Latina en las últimas décadas.

Pero, no se piense que por su enorme prestigio desde tiempo atrás, las destacadas posiciones que ha ocupado en el gobierno nacional, el Congreso de la República, las universidades..., y hasta su reconocido liderazgo en la Costa Atlántica, él nació en la muy selecta clase dirigente de Colombia, donde todavía parece existir un régimen oligárquico, elitista, con escasa movilidad social, según demuestran múltiples estudios.

No. Se ha hecho "a puro pulso", según suele decirse. Es oriundo, sí, de un modesto corregimiento —Isabel López—, que si bien encarna el subdesarrollo y el atraso explicados con amplitud en sus libros sobre temas económicos, también fue el ambiente idílico, en gran medida idealizado, de sus años de infancia, cuando participó también de un socialismo primitivo, comunitario, de la universalidad del mundo de la aldea, y de profundos valores culturales, como los ritmos y danzas folclóricos, los juegos y, por encima de todo, la familia, desde el abuelo Silvestre y el coronel Higgins hasta el abuelo Nico y la tía Pacha, entre muchos otros parientes y amigos que desfilan con sus características especiales, en cordiales anécdotas.

En general, el pasado es visto con los ojos de la nostalgia, con mayor razón hacia la niñez, hacia los lejanos años infantiles, entre otras razones —si me permiten la expresión— porque José Consuegra nunca ha dejado de ser un niño, "el niño Joche", conservando aún la pureza de espíritu que es condición básica en el cristianismo para llegar al reino de los cielos. Nostalgia, además, por hechos de la vida política y académica, en altos cargos del Estado y en numerosas universidades nacionales y extranjeras; por sus viajes alrededor del mundo; por amigos que se fueron sin cumplir todavía su misión sobre la tierra, como Salvador Allende; y por los tiempos en que sentíamos el galope de la revolución popular en nuestros países, de la que Consuegra esperaba sin duda ser uno de sus máximos dirigentes intelectuales.

"El ayer, un ayer de apenas veinte años, de insurgencias y esperanzas, tan distinto de las destrucciones posteriores y de la violencia del presente", escribe con dolor en el alma, con sentimientos de frustración ante la terrible realidad que hundió sin clemencia "las perspectivas de transformaciones estructurales y cambios sociales" de los años setenta.

Nostalgia, repito. No resentimiento, es preciso aclararlo. Ni mucho menos desolación, angustia, entrega al fracaso. Por el contrario, él espera que sus viejos ideales de justicia social, más allá de las desigualdades acentuadas por el capitalismo salvaje de hoy, reaparezcan y triunfen, corregidos los errores presentados en sociedades como la antigua Unión Soviética.

De ahí su fidelidad "a costumbres e idearios", a las ideas democráticas defendidas hasta el exilio, a los valores culturales de nuestros pueblos y, en fin, a la autenticidad que siempre ha proclamado y asumido a cabalidad, lejos de la moda y la falsa apariencia.

José Consuegra Higgins ha sido, es y será un auténtico isabeloperero, para decirlo sin rodeos.

El hombre de letras

"¡Abra los ojos! ¡No hable!", es uno de los regaños más comunes del Maestro Consuegra a sus amigos cuando los pasea en su vehículo, al lado de doña Anita, por las cálidas vías de Barranquilla. "Mire aquel árbol. Y las flores de aquel otro. Y los pajaritos...", señala a cada paso.

Habla su sensibilidad a flor de piel, como es obvio. No habla la razón, la voz del economista. Habla el escritor, el poeta, el hombre de letras o, si se quiere, el hombre culto que convierte su vida en un libro, en la búsqueda insaciable de la verdad, de la belleza, de los supremos valores del espíritu. A mi modo de ver, José Consuegra Higgins es también un poeta. Y lo es aunque no escriba versos. O mejor, los escribe en prosa, en una prosa poética que brota así, en su sensibilidad, en su vitalismo, en su contacto directo con la naturaleza, aquella que lo envolvió desde su infancia en Isabel López, un humilde caserío metido en el campo.

Los densos estudios académicos, por tanto, no han matado al poeta, a diferencia de muchos otros intelectuales. ¿Por qué? Por lo que acabo de anotar, pero igualmente por su formación humanista, la misma que recibió en el colegio San José, de los padres jesuitas, donde compartió las aulas escolares con nuestro Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez.

Consuegra escribía “una novelita cursi” mientras Gabo lanzaba “cuartetos satíricos” a diestra y siniestra; poco tiempo después, dirigió periódicos juveniles, de corte gaitanista, siguiendo las huellas de Pedro Pastor Consuegra, su ilustre antepasado; y a fin de cuentas desde cuando cursó estudios de Economía en la Universidad Nacional recibió una formación integral, en las diversas ciencias sociales, de verdadero humanista.

“Es poco probable que un hombre sea buen economista si no es nada más que economista”, decía Stuart Mill, a quien él cita con entusiasmo desbordante. La máxima le cae de perlas, igual que a sus más queridos amigos, profesores y alumnos, más de los tiempos idos que de los actuales.

Y fuera de dicha formación, complemento indispensable de su honda vocación literaria, está el ambiente, el alegre y multicolor ambiente costeño que en apariencia, desde el punto de vista de “los cachacos”, es tan poco propicio para la cultura, para la reflexión, para la ciencia.

Es posible que no lo sea, especialmente en actividades científicas, racionales, no así en el campo del arte, de la literatura, de la poesía, porque la magia del Caribe es acaso la más favorable a la creación que nace del sentimiento, del corazón, del alma. Pensemos en García Márquez, en Obregón, en Cepeda Samudio o en Julio Flórez, quien fue a encontrar su tumba en Usiacurí, adonde el Maestro Consuegra ha hecho tantas peregrinaciones desde niño.

No es de extrañar, entonces, que en las siguientes páginas literarias se manifieste también el realismo mágico característico de la literatura latinoamericana, el cual convirtió en modelos universales las obras de Rulfo y Vargas Llosa, de Carpentier y el propio García Márquez, de Cortázar y Borges, para sólo citar unos cuantos escritores de talla mundial.

Con razón, Consuegra fue enaltecido, aunque de manera tardía, a la Academia Colombiana de la Lengua, como lo había sido antes en las de Historia y Ciencias Económicas. Del recuerdo a la semblanza bastaba, desde mucho tiempo atrás, para tan justa exaltación que al final se hizo en una solemne ceremonia donde de nuevo él hizo gala de su autoridad moral e intelectual,

de su raizal humor costeño, de su condición única como gran promotor cultural, y de su amor a doña Anita, a sus hijos y nietos, pasados los ochenta años de vida.

Aquel fue un homenaje al hombre de letras, al poeta, al escritor insigne, al humanista. Al hombre que es un Dios cuando sueña, para volver a Holderlin.

Colofón

No hay nada más que decir. Sólo hay que leer, leer las bellas páginas de José Consuegra Higgins, para recordar, para sentir nostalgia, para enamorarse de la vida, perpetuada en la memoria escrita.

“Recordar es vivir”, sin duda.

ÍNDICE

| | |
|---|------|
| Tres comentarios | VII |
| Una carta | IX |
| Sobre un libro y una carta | XI |
| Un libro | XV |
| Prólogo la séptima edición | XVII |
| Del recuerdo a la semblanza | 3 |
| Brisas y veranos del ayer | 72 |
| Prodigios de la cumbia | 74 |
| Mi pueblo, ayer y hoy | 77 |
| De la lectura y el relato a la telenovela | 79 |
| La Navidad en mi pueblo | 83 |
| El encanto de las lluvias | 86 |
| Navidad y juguetes | 89 |
| Recuerdos de Semana Santa | 91 |
| La roza y las antiguas palabras | 93 |
| El encanto de la magia | 96 |
| Recuerdos del nueve de abril | 99 |
| Recuerdos de García Márquez | 102 |
| El Teatro Municipal | 105 |
| Abejas, mar y silencio | 108 |

DEL
RECUERDO
A
LA
SEMBLANZA

1a. edición: Mayo 1987
2a. edición: Octubre 1987
3a. edición: Octubre 1995
4a. edición: Abril 1996
5a. edición: Noviembre 1996
6a. edición: Febrero 1997
7a. edición: Enero 2006

RAFAEL ALBERTI, en su afán de justificar *La Arboleda Perdida*, que son memorias de infancia y juventud, acude a Miguel de Unamuno, para decir con él que no sabe cómo puede vivir quien no lleve a flor de alma los recuerdos de su niñez. Y, Tolstoi, más sentencioso, comentó algo que mucho se repite: *Mira bien tu aldea, mírala en profundidad y serás universal.*

Yo no pretendo conseguir lo ofrecido por Tolstoi. Apenas si me anima el deseo de traer a mi lado añoranzas perdidas por la niebla del tiempo que, cada vez más, a medida que me alejo, adquieren la figuración de vivencias retocadas.

Mi memoria me sirve de cómplice, y parece prestarse para el goce: encima de las espinas de los zarzales y piñuelas que bordeaban caminos y espesuras, están allí las campanitas, con su manto verde y blanco extendido hasta el horizonte.

El paisaje de mis bosques era rústico y libre, con la belleza de lo puro y exento. Mostraba en plenitud la exuberancia de la humedad y el trópico. Y como eran tierras ejidales las que bordeaban el pueblo, los niños podíamos penetrar sin el temor que infunden los predios alambrados. Y en verdad que todos acostumbrábamos a violar sus encantos con hondas que colgaban del pulgar y del índice, dispuestos siempre a tirarles piedrecillas a todo lo que

se moviera. Era una especie de rito que se cumplía al regreso de la escuela con el único objeto de estar allí, en plena libertad, confundidos con la naturaleza. Los sábados y los domingos las jornadas parecían casi temerarias, con recorridos más largos y preocupaciones en nuestras casas. Pero nunca supimos del cansancio. Apenas si el sudor y las horas obligaban a los andariegos a buscar un jagüey, en procura de agua. Y esto se facilitaba porque cada poco tiempo la posible fatiga podía calmarse con las frutas silvestres de los *juangarrotos*, los jobos olorosos, o los mamones.

En el verano, época sin lluvias, los cultivos mostraban la blancura de los algodones. Los niños sabíamos sacar provecho de la siembra, porque los padres permitían que recogiéramos marañas, para comprar raspados. Sin embargo, la caza de las iguanas era el entretenimiento apetecido. Los más pequeños solíamos ingeniarnos para acompañar a los jóvenes y adultos. Por ejemplo, yo tenía un perro *iguanero* que sabía coger entre sus dientes a los asustados reptiles cuando caían al suelo. Además, gozaba de buen ojo para descubrir sus mimetismos en los cogollos verdes.

Primero era necesario distinguir a las hembras, porque los huevos, especie de caviar para el campesino, son comestibles. El asunto a veces resultaba complicado, ya que los animales, con su instinto, al notar la presencia extraña, se escondían en las ramas o en el follaje. La diferencia entre machos y hembras está en la cresta y la cabeza —más largas para los primeros— adornadas, además, con protuberancias blancas, semejantes a botones que brotan de sus músculos traseros. Cuando se daba la buena nueva, los rostros se llenaban de sonrisas contenidas, y cada uno ocupaba su sitio con sus bolsillos repletos de piedras chinas. Si era fácil trepar en el árbol, la mayor parte del desnudo quedaba a cargo de los perros. Aunque, también, Antonio Luis Padilla, el hijo de Gilberto el político, que tenía las manos *caratosas* y grandes como las raíces de una mata de yuca arrancada en febrero, las

aparaba en el aire cuando caían cerca de él. Mientras se puyaba al animalito con una larga vara, todos los de abajo se mantenían en silencio ante la expectativa del suceso. Hasta los propios perros se callaban. Pero al caer, y comenzar su carrera en busca de refugio, los gritos nerviosos se esparcían por los montes. Tanto era el frenesí, que nadie esquivaba malezas y espinas al correr detrás de los perros. Si todo salía bien, allí mismo se iniciaba una rústica intervención quirúrgica: uno mantenía la iguana por el cuello y el rabo, y otro, con un cuchillo afilado, o una *gillette* usada, rajaba el cuero y el vientre para extraer las ensartas de huevos, que luego se contaban por docenas. (Por eso los veteranos acostumbraban a calcular diciendo: esta tiene tantas docenas.) Con una aguja, prestada a las costureras de la casa e hilo de acarreto, que era el más fuerte, se cosía la herida, previo embutimiento de cagajón o basura enmohecida, por creer que así se facilitaba la cicatrización. Hecho esto se colocaba a la iguana otra vez en el tronco del árbol.

Al regresar al pueblo, con las mochilas repletas de huevos, se cocinaba el manjar, para comerlo más tarde con bollo de yuca, que era el apropiado.

Yo comía los huevos de iguana, pero en verdad lo que más me gustaba era el paseo, y el sentirme importante con mi perro *Tigelino*.

Mi padre tenía la costumbre de distribuir sus pertenencias entre sus hijos. La vaca Lucerito, por ejemplo, era de mi hermano Eusebio; las gallinas jabadas, de Blanca Sula, y las chinas, de Toña. Este tipo de propiedad daba sus resultados: cada uno cuidaba con esmero de lo suyo sin tener que recibir los gritos y amenazas para darles de comer o beber. A mí me *obsequiaron* a Tigelino, un perro basto, como se les dice con incomprensible desprecio, no obstante su resistencia —para aguantar hambres o trajines— y sumisión. Yo mimaba a Tigelino y él me seguía a todas partes. Sus piernas largas le facilitaban la carrera, y de su olfato era mucho lo que podía esperarse: a

veces se adelantaba a los descuidados cazadores, hasta cuando se escuchaban sus ladridos, para encontrarlo, al poco rato, con la mirada puesta en el ramaje impenetrable de los árboles. Mis amigos en un comienzo nada veían y dudaban. Pero yo estaba seguro que Tigelino no se equivocaba. Y, en verdad, allí se ocultaba la iguana para brindar el espectáculo bárbaro de una martirizante cacería: cientos de piedras chinas rompían los cogollos tiernos y golpeaban al indefenso animalito.

Yo era magro hasta la saciedad, y se me tenía como el *pelao* más travieso del pueblo. Siempre me acompañaba en mis travesuras un grupo de muchachos, algunos de mayor edad y complexión. La vida era dura y ausente de las comodidades que ya se gozaban en otras partes, pero nadie envidiaba nada. Aquel era el mundo, porque era nuestro mundo. El pueblo, que tenía nombre de mujer —se llama Isabel López—, era una calle larga bordeada por el arroyo. Su iglesia y algunas casas parecían un mirador, encima de una loma de pocos metros de altura. Mi padre pasó buena parte de su tiempo en una lucha desigual con el arroyo. En los meses de octubre la corriente impetuosa invadía las residencias. Y aunque en muchas ocasiones las aguas turbias se paseaban por debajo de los taburetes, el testarudo de mi padre solo emprendía la marcha para la colina, a casa del abuelo Nico, cuando las súplicas de mi madre remataban en sollozos. En las estaciones secas, pala en mano, buscaba nuevos cauces, pero, al final, a pesar de las maldiciones y miradas furibundas, la corriente despreciaba su trabajo y sus deseos. Nunca se me olvida la madrugada en que desperté con la humedad de las aguas empapando la lona de mi cama de viento, mientras mi madre ponía a salvo vestidos y pertenencias. Sin embargo, yo poco comprendía los afanes y reniegos de mi padre y sus vecinos, porque todo aquello más bien motivaba gozo en los niños. El encanto de las lluvias era, precisamente, el arroyo. Si este amanecía *lleno*, íbamos a nadar o a chapotear en la frescura de sus aguas. Pero, sobre todo, se esperaba que bajara la crecida para acudir en

cuadrillas a la poza del Uvero, especie de piscina natural, que cambiaba sus aguas por entonces.

Tanto dio el agua en un noviembre que la casa de una tía abuela, beata y rezandera, se vino abajo, precisamente, cuando todos estábamos repitiendo las avemarías de un rosario interminable como los aguaceros. Por fortuna no hubo desgracias humanas, pero el suceso sirvió para que el incrédulo de Gregorio Redondo hiciera toda clase de burlas. Yo tampoco comprendía los alegatos de mi tía en favor del Señor que cuidó de sus hijos, pero no de aquella vieja casona de mampostería, con techos de palma amarga, que era el sitio favorito de mis escondidas cuando mi padre me buscaba, cinturón en mano, para zurrarme.

En las pozas la alegría tomaba forma de agua para desbordarse con ella. Niños, jóvenes y adultos, duraban mañanas enteras nadando y jugando. En el jolgorio del gozo compartido todo se olvidaba. Casi siempre las pozas se formaban debajo de grandes árboles que ofrecían su sombra, sus flores y sus frutos. Cuando se trataba de un jobo, las pequeñas frutas caían en el agua, desprendidas por decenas de azulejos o viuditas, que arriba cantaban y comían. Una mañana un niño vio, casi encima de su cabeza, una enorme culebra en medio de los bejucos. Se dio la voz de alarma, y al poco tiempo aparecieron otras. Estaban en celo, y nada les importaba nuestra presencia. Pero los mayores se armaron de piedras, y dieron comienzos a la más espectacular batalla.

Con los gritos de los niños, los que pasaban por el camino se acercaban. El campesino temía a las culebras venenosas, pero al descubrirlas no descansaba hasta matarlas. Horas después a casi todas ellas —cascabeles de más de un metro— las paseamos los niños por la calle del pueblo, como un trofeo, con sus cabezas aplastadas.

La cara negra del invierno para los niños eran las noches. La humedad laceraba los dedos de sus pies con rasquiñas que solo se calmaban con las gotas de esperma derretida por la candela. A la mañana siguiente nadie se acordaba del tormento, y de nuevo salían a aprovechar las corrientes del arroyo. A mí me acompañaba Tigelino para cuidarme de otros animales, menos de las picadas de los mosquitos que transmitían el paludismo. Aún sigo siendo atractivo para los mosquitos. Parece que segrego olores que los atraen. Esto suele sucederme en sitios donde hay muchas personas: siempre, quien comienza a quejarse de los mosquitos, soy yo. Así ha debido ser cuando niño, porque todos los años, casi sin mancar, en cualquiera mañana de noviembre, despertaba tiritando con la fiebre de escalofríos. Y, también, como siempre, mi madre llamaba al compadre Mateo García, para que viniera a sacarme el mal de ojo.

En el pueblo todos los adultos se llamaban mano (apócope de hermano) o primo, aunque no hubiese ningún parentesco. Y dos eran los curanderos: mano Manuel Redondo y el compadre Mateo. Como todas las enfermedades, en principio, se debían al mal de ojo, Mateo García tenía prioridad. Y al poco tiempo estaba él allí mascando su tabaco con buches de ron blanco para rociarlo en mi cuerpo. Después daba inicio a una ensarta de rezos, mixtura de cantaletas paganas y religiosas, para sacar maleficios y apaciguar miradas fuertes. La frescura del alcohol mitigaba los cuarenta grados de la fiebre, pero al rato seguían mis angustias. Nunca olvido las pesadillas de la sed y los espejismos de los jagüeyes. Pedía agua, y no valían llantos y súplicas: según el curandero la bebida fresca, en medio de la calcinante calentura, resfriaba a los enfermos. Mano Manuel, a la moderna y con simples conocimientos empíricos, recetaba quinina y ungüentos. Con la quinina los oídos empezaban a zumbar, hasta el punto que era difícil distinguir cuál atormentaba más: la enfermedad o la cura. La quinina era amarga, de un sabor penetrante y horrible. Las fiebres quitaban el apetito,

además de la dieta rigurosa aconsejada. Por eso en la convalecencia mis costillas y huesos podían contarse desde lejos. Mi madre poco gustaba de las comidas abundantes en los períodos de enfermedad. Cosa contraria pensaba la comadre Margarita, la vecina de enfrente. Se trataba de una familia de menos recursos económicos que la mía. Era madre de Foncho, mi amigo de diabluras. Ella parecía comprender mi apetito cuando servía los platos de guandules con cabeza de cerdo ahumado, la comida común de los campesinos. Entonces, para que le perdiera el miedo a las prevenciones de mi madre, servía una totuma rebosante, y me decía: Coma, niño Joche, que si muere, muere harto.

Sin embargo, en cuanto a las dietas, había una especie de rasero cuando se trataba de vermífugos: a todos los niños, por el poco uso de calzado y la falta de letrinas, más o menos cada mes se les sometía al suplicio de tomar aceite de ricino. Acostumbraban mezclarlo con cerveza, agua de panela o café, dizque para encubrirle el horrible sabor grasoso. Yo aborrecí hasta la edad madura la cerveza. Pero el mayor tormento estaba en la dieta de *purga y tornapurga*, que más bien han debido llamar de requetepurga, con dos o tres días de abstinencia alimenticia. A mí me salvaba de la rigidez del régimen la bondadosa Nana, abuela paterna —¡siempre las abuelas cómplices!— con sus jugos de melones y guanábanas. Nana se distinguía por el cuidado de sus platos, preparados con exquisitez solo acostumbrada en la Semana Santa. Pero, bueno es decirlo, también gustaba de esos refinamientos en todas sus costumbres: se bañaba en agua de rosa, y sus vestidos, de colores tiernos, parecían emular con las flores de su pequeño jardín. Mi abuelo la obsequiaba con lo mejor de las telas y perfumes que vendían los *turcos*. A escondidas, Nana, que habitaba una casa por medio, complacía mi fatiga.

El día de los purgantes semejaba una refriega de familia. Primero los halagos, con ofertas de un poco de azúcar, caramelos o centavos. Nada de esto seducía

a las víctimas. A veces el suplicio duraba horas, hasta cuando la madre iba en busca de refuerzos. Entonces los papás o vecinos abrían la boca del niño mientras le tapaban la nariz, y la madre dejaba escurrir el aceite de unos frascos que, irónicamente, se llamaban *angelitos*.

De todas esas cuestiones de salud, nunca olvido el episodio del doctor Aguja. Una mañana cualquiera apareció en el pueblo, y tuvo el cuidado de buscar a mi padre y a Miguel Agustín Barraza, personajes dispuestos a dar albergue a forasteros, y a prestarse para las bromas colectivas. De ellos se conocían muchas anécdotas, como aquella de la medianoche que tocaron un viejo cornetín y dieron gritos, imitando a los cachacos —que son los colombianos de la región andina, gustosos del arte militar— para solicitar reservistas. Todo el mundo brincó las cercas de los patios hasta perderse en las malezas cercanas y dejar casi solo el pueblo.

Al doctor Aguja lo instalaron en casa de los Marchena, y regaron la voz. Al poco tiempo la calle parecía un caminito de hormigas arrieras, de familias enteras que venían con sus pacientes.

Mi padre y Miguel Agustín prestaron su concurso como secretarios *ad honorem*. Y el doctor Aguja empezó una ceremonia que mucho tenía de pases mágicos y discurso estimulante. Dijo que venía de tierras lejanas donde los hombres luchaban por la igualdad, y al ver pasar un señor en un burro con dos rollos de alambres de púas, exclamó: ¡A más alambre, más hambre!

Los niños estaban felices, no así algunas de sus madres que desde muy temprano no los veían. Llegaban en bandadas, como los galanderos y cotorras en tiempos de cosecha. Observaban al forastero, pero, al cabo rato, empezaban a correr y a jugar alrededor del grupo.

Nadie daba cuenta por dónde había llegado el curandero. Al pasar por la

tienda de Julia Carné, sitio de reunión de los campesinos, y sede, en el traspatio, de la barbería, se acercó a los contertulios. Al poco rato, al hablar de las lluvias, su palabra complacía al auditorio.

Era un hombre corpulento, de unos cincuenta años, de barbas blancas, mochila al hombro y abarcas gastadas. Explicó que no era brujo ni médico. Apenas si utilizaba la sugestión para aliviar a los enfermos. La sugestión tiene efectos diversos, decía. Unas veces alivia y otras empeora. Aquel discurso no lo entendieron los campesinos, y poco les importó. Ellos, con su fe elemental, tomaron las palabras como suyas: las lluvias eran irregulares, las mejores tierras ajenas, y los médicos lejanos.

Mi papá hizo llegar hasta ese sitio a mi hermano mayor, con su muela caprichosa que dejaba de dolerle cuando veía el *gato*, unas pinzas especiales que usaba el barbero cuando actuaba como dentista. El doctor Aguja le dio una cachetada, lo lanzó al aire y lo recibió en sus brazos. Después le entregó una aguja y una hebra de hilo para que ensartara y desensartara.

Ese era el método de curación para todos: tuberculosos, palúdicos, o tullidos. A un loco que le hizo lo mismo no entendió, y se le tiró encima con gruñidos y mordiscos.

En la tarde todo había cambiado. Hasta de los pueblos vecinos llegaban los campesinos y sus enfermos con cara de esperanza. Los que no tenían dinero entregaban gallinas, *truncos* de yuca, o *manos* de maíz. Y como no sabían el nombre del enviado, lo empezaron a llamar doctor Aguja.

Nunca supe a quién disgustó la acogida que el pueblo le dio al doctor Aguja. Sobre todo en la noche cuando compartió con sus pacientes y les siguió conversando sobre cosas que habían hecho los campesinos en México, donde

él estuvo alguna vez. Lo cierto fue que al día siguiente, al iniciarse la tarde, llegó de Sabanalarga un pelotón de policías. Al doctor Aguja, ante el espanto y la ira de todos, le amarraron las manos y se lo llevaron de *cabestro* como si fuera una bestia.

Los niños seguimos al grupo hasta el final de la calle detrás de la nube de polvo que levantaba el andar de los caballos, mientras mi padre y Miguel Agustín, más desconcertados que miedosos, compartían con sus paisanos el triste suceso.

Mucho tiempo no hubo en el pueblo otro tema distinto al doctor Aguja. Pero los niños olvidamos pronto el asunto y la tristeza. Al día siguiente, apenas pisamos la calle, la alegría empezó de nuevo a mezclarse con las brisas. Se pasaba de un juego a otro: trompo, botellón, uñita, fútbol, escondida.

En todos los juegos estaba yo. Casi nunca había juguetes extraños, fabricados por manos ajenas. Con yeso y barro hacíamos las bolitas, y los maderos de guayacán se torneaban con un pedazo de vidrio de botella, hasta darles formas de trompos. Para las pelotas de trapo, como su nombre lo indica, bastaba una media desechada rellena con telas viejas.

Los ancianos poco gustaban de la algarabía, o del correr detrás de un objeto al cual se le daban patadas. Don Prudencio Barros era uno de ellos, y su terquedad llegaba a tanto, que con su bastón iba tumbando en la calle las varitas que clavaban en el suelo los niños a manera de porterías. Yo le sacaba placer a su fobia, y en sus caminatas, de su casa a la casa de su hijo, que quedaba a dos cuadras, hundía muchas ramitas secas para gozar desde lejos al mirarlo afanado, como si fuese otro niño, dándoles bastonazos.

Una vez, imitando a los grandes, se nos dio por organizar un club de fútbol.

En casa de Antonio Joaquín hicimos reuniones, y nos dimos a la tarea de ganar centavos en mandados para encargar a Barranquilla un balón pequeño de cuero. Jacinta Mercado viajaba todas las semanas con huevos, gallinas, yuca y bollos, y regresaba con encargos especiales, de encajes, hilos, condimentos y toda clase de baratijas. Cada viaje era una odisea, aunque nunca se quejaba. En la prima noche salían los burros y mulos cargados, para arribar a Barranquilla en la alborada. Yo recuerdo la tarde que llegó con nuestro balón. Desde el mediodía todos estábamos en el camino de entrada. A eso de las cinco se oyeron los rumores de sus conversaciones. Y ninguno quiso esperar que llegara a su casa, como lo insinuaba Jacinta. Allí mismo tuvo que detener el andar reanimado de su burro. Siempre los animales de carga cuando están cercanos a sus caballerizas apresuran el paso. Jacinta también estaba feliz por hacer felices a los niños.

Al día siguiente nadie se acordó de la escuela. Sin son ni ton pateábamos nuestro hermoso baloncito, nunca antes visto ni conocido. Pero hubo un percance, que en un comienzo nos llenó de susto para después divertirnos: el baloncito cayó en el patio de don Prudencio, y antes de que los más audaces brincaran la paredilla, él lo tenía en sus manos. Todos vimos cuando sacó su macoco, nombre que se le daba a los machetes gastados y romos por el uso o el desuso, y comenzó a golpearlo para abrirlo en dos, tal como se hacía antes con los melones. Dos o tres veces intentó rajarlo sin éxito, porque el balón saltaba con sus débiles golpes de casi noventa años. Entonces lo tomó nuevamente en sus manos, y fue al fondo del patio, adonde llegaban las pozas del arroyo, para arrojarlo, de seguro con el propósito de que se hundiera. Su desconcierto fue tanto al verlo flotar, que regresó a su taburete, recostado en el horcón de la cocina, santiguándose y diciendo que aquello era cosa del diablo.

Mientras tanto, sin importarles que se mojara la ropa, los que sabían nadar rescataron el balón, y siguió la fiesta en otra parte de la calle.

Esa semana fue de castigos en las dos escuelas. Porque había otra, además de la oficial, que estaba a cargo de un profesor patuleco que solo enseñaba a los hijos de los liberales.

Era Juan de Dios del Villar, personaje de mil historias, que llegó al pueblo relatando sus hazañas de juventud en la Guerra de los Mil Días, al lado de Uribe Uribe. Esto bastó para que Gilberto Padilla, el padre de Antonio Luis, jefe liberal que vivía lleno de gozo con la presidencia de Enrique Olaya Herrera, lo recibiera en su casa. Don Gilberto, para hacer rabiar a los conservadores, acogió con beneplácito a Juan de Dios, y le organizó una escuelita con el respaldo de mis tíos, José de la Cruz y Silvio, hermanos de la abuela materna. Estos dos también juraban en sus borracheras, por cierto muy frecuentes, que estuvieron en la guerra, aunque mi abuelo paterno, godo recalcitrante, alegaba que sus proezas bélicas se redujeron a la compra de caballos, con la plata de su padre, el abuelo Nico, para obsequiarlos a los soldados liberales.

En el pueblo no había odios políticos. Apenas se notaba el regocijo de los liberales después de cuarenta años de derrotas electorales. Pero como todavía el maestro era conservador, don Gilberto y sus seguidores pensaron en llevar a la práctica los discursos del doctor José P. Esmeral, el abogado intelectual oriundo del pueblo, que dirigía en Barranquilla el periódico *El Liberal*, y había sido secretario, en sus tiempos de estudio, en Bogotá, del general Benjamín Herrera, y era hermano de José de la Cruz y de Silvio.

Fue la primera vez que un forastero no estuvo hospedado en mi casa. Mi padre gozaba con la presencia de amigos de otras partes. Por mi casa pasaban comerciantes, políticos, maromeros y *turcos*. Allá llegaban los de la ciudad, los que compraban algodón a los campesinos para llevar a Barranquilla; y desde el año que se construyó la carretera para unir a Usiacurí, el pueblo

vecino, con Barranquilla, los compadres de Luruaco, Cien Pesos y Tabla, primero descansaban en mi casa, para luego seguir en busca de la *chiva*, el bus de ahora, que solo conducía el *cachaco* Moreno, su propietario.

Juan de Dios entró a dominar y dominó. Hasta se daba el lujo de no tomar la leche que ordeñaba Antonio Luis con sus manos manchadas. No gustaba de las comidas familiares. Pasó por la tienda de Petronita, la que leía los libros en las veladas, con un apetito de langosta. En cuatro meses la había acabado. Petronita lo esperó veinte años después de su partida dolosa, con su cofre repleto de vales. Los liberales, a pesar de su edad sesentona, le consiguieron novia, una hermosa doncella de ojos negros y cabellos largos, hija mimada del tío Silvio, que fue solicitada en matrimonio por el propio Gilberto.

Apenas Juan de Dios del Villar cumplía seis meses de estar en el pueblo, pero se mostraba de prisa. Dijo que iba a Barranquilla a comprar el vestido de la novia y su propio atavío. Para eso solicitó préstamos a todos los liberales pudientes. Partió, con su picardía y su prontuario en el más brioso de los caballos de José de la Cruz. Todavía, cuando los patriarcas del pueblo recuerdan su burla dejan escapar una sonrisa de sus bocas desdentadas. Y algunos afirman que lo vieron con su andar de chenchita por los vericuetos del mercado de Barranquilla, tal vez en procura de nuevas pillerías.

Con la noticia de la estafa de Juan de Dios, don Gilberto y mis tíos liberales cerraron sus puertas como para esconder vergüenzas. Mientras tanto, mi padre gozaba e invitaba a los liberales de otros pueblos a festejar el acontecimiento, y mis travesuras: porque yo le daba vivas al partido liberal con el respaldo protector de mi madre y del coronel Higgins, mi otro abuelo, personaje de leyenda, gallero, homeópata, mujeriego e infinitamente irresponsable: desde Venezuela hasta Panamá, territorios que él recorría en

andanzas donjuanescas, dejó ciento veinte retoños, según la cuenta de sus admiradores. Era hijo del doctor Silvestre B. Higgins, un ingeniero norteamericano —tal vez uno de los pocos gringos que ha venido a Colombia sin objetivos imperialistas— y médico homeópata que se casó en Barranquilla con una descendiente del héroe de la independencia, Ildelfonso Macías.

Aunque yo no lo conocí en vida, supe de las siete condecoraciones otorgadas por el Gobierno y el Congreso de Colombia. Estuvo al frente de las obras en el río Magdalena y construyó los muelles y atracaderos de sus puertos. De sus libros, el más conocido y reputado es *Culebras y Reptiles*. En dicha obra se muestra como un acucioso investigador y sociólogo que recorre el país para recoger los mitos y relatos del pueblo sobre las propiedades medicinales de las plantas.

De origen escocés, de seguro el doctor Silvestre hizo gala siempre de la flema de sus antepasados, de la cual nada dejó al alegre y desprevenido hijo.

Mi abuelo no era ningún Adonis. Yo recuerdo su nariz ancha y sus ojitos azules penetrantes, pero ofrecía el encanto de la familiaridad. Era querendón, y tal vez por su desprendimiento —todo lo daba aunque poco tenía— y su inteligencia natural, la timidez de la mujer de entonces se doblegaba ante su intrepidez.

Como buen aventurero y liberal, mi abuelo participó en las guerras intestinas en calidad de correo de los insurgentes. Siempre gustaba de comentar que era libre como el toche, el pájaro que prefiere la muerte al cautiverio. Y a lo mejor sus resabios andariegos tuvieron origen en el oficio de soldado. Para él todos los momentos, aunque fuera en la gallera, eran propicios para hablar de su experiencia revolucionaria. Por eso gozaba, en sus fugaces estadías

en el pueblo, mortificando a mi padre con mi precocidad política. Sin embargo, mi padre también hacía de mis gracias un motivo depariente. Si yo daba vivas al partido liberal todo el mundo reía, e iniciaban la fiesta con ron blanco y sancocho de gallina.

Yo aprovechaba el buen humor para pedirle a mi abuelo los polvos mágicos que usaba en sus conquistas amorosas. Él se limitaba a darme una receta de huesos molidos de gallos con ají picante para rociar pañuelos. Yo le creía, porque en las comidas él siempre consumía cantidades de ajíes. Y, ¿quién iba a dudar de las propiedades de los gallos?

En una de esas tertulias, Armando, primo de mi padre, indagó por la razón de mis solicitudes al abuelo. Mi padre le dijo que yo estaba enamorado de Marcela, una niña hermosa y gordita que un día me llevó de bruces porque intenté acercármele. ¡Qué extraño gusto el de este muchacho!, exclamó Armando. En la casa de esa niña solo hay un diploma, el del burro bayo, que se lo ganó en la feria de Barranquilla...

Armando era un mitómano y un bromista de tiempo completo. En su juventud estuvo en la *Ochenta*, la cárcel de Barranquilla, por estar diciendo un sábado en la noche en el barrio Chino que había estado al frente de un grupo de obreros en la huelga bananera, sin que conociera el sitio. La casa del diploma era la de su propia hermana, esposa de uno de los ricachos del pueblo. Armando pasó la vida en guasa permanente. Cuando se fue a vivir a Baranoa, hizo de médico y carpintero. En la puerta de su casa puso un letrero: medicina y ataúdes, servicio completo.

Yo poco entendí los comentarios de Armando aquella noche. Por el contrario, en las tardes de paseos por las afueras del pueblo acompañaba a mi madre y a sus amigas a recoger flores, siempre con el propósito escondido de

encontrar a Marcela. Los paseos hacían las tardes más bellas. Cuando se aproximaba la fiesta de las velitas, el ocho de diciembre, las señoras buscaban en el campo las flores silvestres para adornar el altar de la Inmaculada Concepción. El San José, con sus matices blancos y violetas, era predilecta. Se trata de una parásita muy parecida a la orquídea. A mí no me dejaban subir a los árboles a tomarlas, por eso recogía en el suelo margaritas y lotos.

Siempre los atardeceres del campo esparcen tristezas. Es la hora en que los campesinos regresan cansados y los pajaritos se refugian en los árboles. Pero en los paseos vespertinos el alborozo de los niños dejaba a un lado la agonía del ocaso. Además, la víspera de fiestas alborotaba expectativas. Podría afirmarse, no obstante, que las fiestas distribuían, en extraña simbiosis, placeres y penas, placeres por la fiesta en sí, con la rica mixtura de los actos esperados; y, molestias, que daban los estrenos de vestuarios. Los zapatos, por ejemplo, casi siempre eran un martirio. Tanto zapatos como vestidos los encargaban a los mercaderes que viajaban a Barranquilla. Sus medidas se tomaban al ojo. Y jamás se ajustaban los tamaños a la conveniencia de las inocentes víctimas. Por lo regular, al terminar las fiestas, los pies de los niños estaban llenos de vejigas.

En la madrugada, las bandas de música de Piojó y Repelón rompían el silencio con sus sonoros platillos y trompetas. Los niños no daban tiempo a escuchar prevenciones. Todos iban a la loma con el respaldo cómplice de cielos estrellados. Un viejo cañón, o por lo menos así se llamaba a un tubo de hierro empotrado en un grueso madero, hacía vibrar los espacios con el ruido de la pólvora. Las bandas recorrían la calle para anunciar el inicio. El cura, siempre español o antioqueño, llegaba de Sabanalarga para decir la misa en una iglesia cuyo techo devoró un incendio. Allí estaban las jóvenes casaderas mostrando sus virtudes a los posibles pretendientes. A veces una mirada bastaba para iniciar los púdicos idilios.

Las tardes de corralejas con los espontáneos magullados por las vacas y toros bravos, patrocinaban la diversión. Todo el mundo podía ser torero. Una manta roja y dos tragos de ron blanco bastaban. Sin embargo, Dimas Roca, el decimero y expendedor de cerdo, gozaba de aprecio por su templanza. Con los pasodobles de las bandas y la alegría de la gente encaramada en las cercas en todo el ancho de la calle, el miedo se alejaba. Dimas Roca burlaba al animal con pases de muleta, y de inmediato recorría el ruedo con sombrero en mano, para recibir moneditas. La fiesta era herencia española, pero humanizada: ni garrochas, ni banderillas, ni muertes. La sangre no estaba presente, y, si acaso, uno que otro golpe a los borrachitos intrépidos.

En las noches, la cumbiamba. Teófilo Angulo se instalaba en todo el centro de la calle con sus hijos flauteros. Él tocaba el llamador, y sus manos callosas caían sobre el cuero para arrancar el sonido retumbante. Los campesinos, estrenando cotonas y chinelas, compraban en las tiendas los paquetes de espermas. Apenas oscurecía, el sonido de la flauta de millo dejaba atrás la indiferencia. A las mujeres se les obsequiaba con las velas encendidas, que era la manera galante de invitarlas a la danza. Hasta los niños se aquietaban por ratos para mirar el sonoro movimiento de la rueda sensual. Y allí pasaban toda la noche los bailarines, embrujados por el ritmo y la sonrisa de sus parejas, puestas al descubierto por la tenue luz de las espermas.

Antes, desde la prima noche, la procesión había desfilado entre paralelas interminables de espermas encendidas, que se alineaban enfrente de las casas. Más por costumbre ancestral que por devoción religiosa, todo el pueblo seguía los pasos de los que cargaban la mediana imagen de una plácida Virgen de la Inmaculada Concepción, con muchos angelitos blancos y de ojos azules, poco parecidos a nosotros.

Pero hasta los borrachitos guardaban compostura, y apenas si se oía el rumor de los rezos.

Los niños, en procura de dinero para los guarapos y bizcochos, recogíamos los envases vacíos del ron blanco. Cada *casco*, como se le decía a la botella sin licor, lo compraban en el estanco a dos centavos. Y tan apreciados eran, que la muy simple de mi tía María Cabarcas, la mujer del parrandero tío Silvio, y madre de la novia burlada de Juan de Dios del Villar, se resignaba a su destino con tal de recibir los cascos.

Yo en una de las fiestas tuve suerte y recogí varios. Tantos que me di el lujo de comprar una gaseosa con sabor de *kola*, la cual guardé con mucho celo, casi durante dos semanas, para sorber poquitos cada día. Entonces un refresco envasado costaba cinco centavos, cifra raramente acumulada por un niño. Fue esa una fiesta inolvidable con derroche inusitado de confites, raspados, cucas, y hasta kola.

En el frenesí de la cumbia todo se gastaba. Para diciembre las trojas estaban repletas. Algunos campesinos no tenían parcelas, no obstante cultivaban. Aquello era posible porque los dueños de las tierras eran de allí, y las entregaban por dos años, siempre y cuando las dejaran sembradas con pastos. Era una forma muy particular de pago de renta en especie. A veces también, después del tiempo estipulado, se quedaban con el algodón perenne. Después, vinieron las carreteras, y con ellas los hombres de la ciudad —en ocasiones los mismos que antes negociaron el algodón, o el *turco* vende-ropa— a cercar baldíos y comprar terrenos. Por eso las tierras de cultivo se fueron convirtiendo en grandes extensiones de *pastizales* para ganaderías. Las trojas se vaciaron, los campos perdieron sus frutos silvestres y las palmas, que daban sus hojas a los techos de las casas, se ausentaron del paisaje.

Por lo general en febrero, mes de Carnaval y disfraces, el rigor del verano había agotado recursos. El jolgorio colectivo embriagaba el entusiasmo, y a los que ya poco les quedaba buscaban el alero de los ricos. Las operaciones

de compra-venta de ese mercado de futuro, con sus precios desiguales en las arrobas de maíz o en la carga de millo, empobrecía más a los pobres en favor de los pudientes.

Las carreteras también fueron motivo de escapes. Unos llegaban de paso a comprar las tierras; otros salían a la ciudad a buscar trabajo. Para los niños, aquello era incomprensible, y limitaba sus gozos. Las tierras cercadas y la tala de los bosques alejaba pajaritos y reducía el entorno. Y las partidas eran tristes: con ellas se iban los compañeros de escuela y chiquilladas.

A falta de cultivo apareció el hambre. Y a su lado las enfermedades y las muertes repetidas. Pese a todo, los velorios ofrecían su lado de folclor y festín. En medio de los llantos, las mujeres contaban la historia del difunto. Y algunas veces se daban pasajes graciosos. Muchas eran las historias de adulterios o las pilatunas relatadas entre sollozos y lágrimas. Mi padre y Miguel Agustín no perdían veladas. En uno de ellos supieron que mana Leandra le robaba el maíz a su propio hermano para venderlo al difunto. “Ya se murió el que te compraba el maíz por la cerca, comadre Leandra”, le dijo la mujer del muerto cuando fue a darle el pésame.

Los velorios eran largos como la pena de los deudos. Primero, las nueve noches de rosario, comida, café y ron blanco. Después, el mes con café y refrescos. Las casamenteras ejercían a plenitud su oficio con la presencia de clientes, aunque en verdad la práctica usual era el rapto. Cada galán que se respetara cargaba, o se *sacaba*, a su doncella. Como quien dice, primero a probar y después a decidir. Porque aquello de la virginidad era tabú respetable. Quien antes del rapto o del matrimonio hubiese dado un mal *paso*, mancillaba la familia. El orgullo de las madres giraba alrededor de las manchas de sangre en las hamacas humildes, o en las sábanas acomodadas.

En los velorios, la fantasía desbordaba por los cuentos de aparecidos. Aunque había personas con más gracia y recursos para hacerlo, todos contaban sus experiencias. Los niños también tenían sus historias. Cuando se anunciaba la muerte de un vecino corríamos a su casa para ver subir su alma al cielo. Yo juré una tarde que había distinguido claramente la del abuelo Nico, y lo explicaba con lujo de detalles. Como el rebelde de Gregorio se la pasaba afirmando que, por ser rico, iría al infierno, le dije a mis amiguitos que dos ángeles salieron de una nube y tomaron de la mano su alma para conducirla a la gloria.

Los niños creyeron mi relato, menos el tío Silvio. A él le contó Camargo, el fiel sirviente del abuelo Nico, que su alma deambulaba por las noches queriendo anunciar el sitio en donde había enterrado una totuma con monedas de oro. Para Camargo la vida tenía objeto con una *calilla* de tabaco en la boca. El tío Silvio comenzó a suministrarle cigarros, bajo la promesa de Camargo de evocar el alma a las doce de la noche, en una luna llena y debajo de un palo de guamacho. Como pasaron semanas, el tío Silvio llamó al orden a Camargo, hasta obligarlo a declarar. Entonces le juró que mano Nico quería hablar directamente con su hijo preferido en la puerta del corral de la Loma de los Indios, el potrero que heredó. De estas cosas supieron mi padre y Miguel Agustín, y allí estaban escondidos, con una sábana blanca de cama, esperando al tío detrás del grueso tronco de la ceiba que le daba sombra al corral.

La noche de la luna llena mi tío le dijo a su mujer que iba a Molinero a visitar a su hermano. Lo que sí no pudo explicar fue su llegada repentina, en las horas de la madrugada, sin mulo y con la cara blanca como la pared de la iglesia. En la media noche, mi tío estaba llamando al abuelo Nico, y hasta le ofreció varias misas con tal que le hiciera saber el sitio del tesoro.

En ese momento Miguel Agustín, con voz del otro mundo, dijo al tío Silvio

que era su padre y venía a llevárselo para que dejara de tomar ron blanco. Dicho esto los dos bromistas se asomaron con sus cuerpos cubiertos por la sábana blanca. La carrera del tío Silvio terminó, una hora después, en la puerta de su casa, con semblante de terror y delirio.

La rabia del tío Silvio cuando supo la ocurrencia de sus amigos solo se apaciguó con la noticia de la guerra. De Sabanalarga y Barranquilla llegaron comisiones para notificar la nueva y recoger aretes y anillos de oro. Los peruanos invadieron la frontera y todo aquello incomprensible facilitó la fantasía bélica. Para los niños fue motivo de un nuevo juego. Yo conservo en mi frente la cicatriz de la pedrada que recibí una tarde de parte de otro niño que estaba en bando contrario. Mi padre al verme con la frente herida, sonrió y dijo: ya tenemos el primer veterano en la familia. Pero, en verdad, quienes más hacían gala, a su manera, de patriotismo, eran los tíos. Con un par de borracheras de varios días, se paseaban por la calle del pueblo arengando a la gente. El tío Silvio pronunciaba los discursos. Hablaba de los soldados de Colombia parecidos a los leones de Siberia, mientras José de la Cruz empapaba sus largos bigotes en lágrimas. Sin embargo, el profesor estaba triste. Se había pasado las mañanas y tardes recitándole a sus alumnos la vida de Bolívar y las hazañas de Sucre y Córdoba en Junín y Ayacucho. Para él era absurdo que los hermanos de ayer fueran enemigos hoy. Y tanto le dolía el suceso que tal vez fue el único que no gozó con la despistada e incoherente oratoria del tío Silvio.

Pasados los días de expectativa y temores, comenzaron a llegar los buscadores de votos. Cuando las elecciones se acercaban, los candidatos, casi siempre de otras partes, aparecían de noche para decir los mismos discursos, sobre la futura construcción de la carretera, o los triunfos de las banderas rojas o azules —ya fueran liberales o conservadores— en las batallas de las guerras civiles. Después nadie se preocupaba por reclamar el cumplimiento de las promesas.

Para la elección de diputados los liberales se esforzaban por obtener la victoria. Con el objeto de animar a sus copartidarios había llegado el doctor José P. Y en todo el pueblo se sabía que Gilberto Padilla se pasaba las noches escribiendo un discurso. Incluso muchas veces en las mañanas regresaba cuando iba camino a su roza, porque pensaba en una palabra digna de agregarse a su catilinaria.

La tarde de la manifestación, al pie de la loma de la Iglesia, Antonio Joaquín y yo teníamos un encargo: sacar del bolsillo de la chaqueta de Gilberto unos papeles. El guasón de Miguel Agustín con la complicidad de mi padre, el uno liberal y el otro conservador, nos prometió caramelos.

No fue difícil para nosotros la tarea encomendada. Gilberto, por el fuerte calor de la tarde, se había quitado la chaqueta y la colocó en el espaldar de uno de los taburetes colocados a manera de proscenio para los oradores, mientras hablaba con los campesinos que se iban arrimando al sitio del encuentro. Antonio Joaquín se acercó disimuladamente y sacó del bolsillo exterior derecho los papeles, que llevamos a toda prisa a Miguel Agustín.

A eso de las cinco de la tarde un centenar de hombres —porque entonces las mujeres no votaban, ni hacían política— esperaba al doctor José F. para dar inicio a los discursos. Cuando llegó, los vivas de sus copartidarios se escucharon en todas partes. Entonces Gilberto, ya con el saco puesto, lentamente metió su mano en busca del discurso. A él le tocaba la delicada misión de iniciar el acto. Varias veces hizo el intento en todos sus bolsillos, mientras el sudor empapaba su cara. Cuando el público comenzó a reírse, el doctor José P., para salvar la situación embarazosa, dijo a los concurrentes que daría comienzo a sus improvisadas palabras.

Horas después, el doctor José P. departía con su sobrino Ignacio y Miguel

Agustín alrededor de una chicharronada con yuca cocida, blanca y gustosa. En su frustrado discurso Gilberto clamaba por un respaldo, machete en mano, al gobierno liberal. Las urnas bastan, ya tenemos suficiente en este pueblo con la desgracia de Pedro Pastor, comentó el doctor José P., al festejar la gracia de sus amigos y parientes, y la cómplice precocidad de los niños. Y mucha razón tenía, pues la muerte de Pedro Pastor, tío de mi padre, llevó la tristeza al pueblo unos años antes. Pedro Pastor Consuegra dirigía en Barranquilla y Bogotá el diario *La Nación*, y una noche en el Congreso, cuando hacía un debate en defensa de la democracia y en contra del gobierno hegemónico, dijo que solo partiéndole el corazón lo callarían. Días después, en Barranquilla, las balas asesinas perforaron su pecho en la puerta de un teatro. Yo no conocí a Pedro Pastor, pero todos los días visitaba el lecho de su madre, que quedó paralítica la noche que le dieron la noticia.

La recuerdo tierna y blanca como un lirio, con una sonrisa maternal extendiendo su mano derecha temblorosa para alcanzar, con esfuerzo, los confites que me daba cuando le contaba aventuras de Tío Conejo.

Todos los niños sabíamos historias de los animales, y todos los animales eran tíos en sus historias. Tía Tortuga, Tío Burro, Tío Caimán, Tía Gallina... Pero el héroe de los cuentos era Tío Conejo. Distinto ahora, cuando los niños solo saben de cuentos extranjeros con *superhombres* de otros planetas, mujeres *maravillas*, o ricachos disfrazados de murciélagos, los personajes de nuestras historietas formaban parte del entorno y del paisaje. Tío Conejo, inteligente y recursivo, sabía sortear situaciones difíciles para burlar la fuerza bruta y los atropellos de Tío Tigre, o las picardías de Tía Zorra. Los animales más indefensos siempre procuraban el ingenio de Tío Conejo cuando peligraban sus cosechas, sus fiestas o sus vidas. A mí me gustaba mucho la manera como Tío Conejo se escapaba de las garras de Tío Tigre, con promesas que no podía cumplir, porque estaba su propia vida por delante. Como

aquella vez que se lo cogió dormido y Tío Conejo alegó que sería de mal gusto comérselo sucio y con los pies enlodados, para aprovechar después un descuido de Tío Tigre y escapar, cuando lo lavó en la poza y lo puso a secar en el barranco del arroyo.

El profesor enseñaba a los niños a referir cuentos y recitar poesías. Mi memoria poco me ayudaba, pero en las sesiones solemnes yo solía participar. A todos nos gustaba escuchar las lecturas de los versos de los poetas de moda. Entre ellos, el más popular era Julio Flórez. Por eso un día el profesor nos dijo que a la semana siguiente iríamos a Usiacurí, a diez kilómetros de distancia, a visitar la casa y la tumba del poeta. Aquel paseo fue para mí la primera experiencia fuera del pueblo. Entonces Usiacurí ofrecía a los enfermos de todo el país sus aguas medicinales milagrosas. Y allí había caras forasteras de sitios lejanos que casi solo hablaban de *Higuerón* o del *Chorrito*, nombres de las fuentes sulfurosas con más prestigios curativos. Recuerdo que en la casa del poeta me fui al cuarto para ver la araña que cantó en sus versos. Y poco comprendí al profesor cuando me dijo que ella nada más existió en la imaginación del poeta.

El regreso se inició a las tres de la tarde, con una caravana bullanguera. Todos los niños estábamos contentos, y movíamos las piernas para animar a los caballos, mulas y burros. Algunos iban en las ancas, con la alegría del recuerdo reciente. Cuando nos acercábamos al pueblo, el maestro se detuvo a recoger frutas. Las cerezas rojas cubrían el campo. Como eran arbustos pequeños, todos teníamos acceso para llenar los bolsillos. En el patio de Tiburcio los palos de guayabas y ciruelas de *castilla* ofrecían su cosecha.

Tiburcio, el de la pierna de palo, vivía en un rancho a la orilla del camino, con su perro, dos vacas y una burra baya. Era un ermitaño a medias, porque cada mes iba al pueblo a llevar yuca o maíz para cambiar por panela, café y

abarcas. Después de sus ventas y compras se arrimaba al estanco a emborracharse. Desde lejos la gente murmuraba al verlo pasar con su rostro tostado por el sol. Sin embargo, Miguel Agustín y mi padre tenían sus particulares explicaciones de su extraña costumbre marital; a lo mejor, decían, es más feliz que muchos. Su burra no le dice nada si se emborracha, dócilmente lo lleva a su rancho, y no tiene que trabajar para alimentar hija ajena, porque en sus dos hectáreas de tierras el pasto abunda.

Tiburcio brindó con bollo de mazorca tierna y queso blanco recién hecho. Nunca olvido el placer de aquella comida inesperada. La fatiga del viaje había abierto apetitos. El dulce suave de un bollo caliente con la frescura salobre y blanda del queso sigue siendo mi manjar favorito. Yo prefiero su natural simplicidad a las complicaciones gastronómicas de salsas y especias. Lo mismo me pasa con las mazorcas cocidas o asadas. Alguna vez en viaje de Javaros a Najodka contemplaba con nostalgia desde el tren los maizales en esa parte de la Rusia oriental. Y le comenté al intérprete lo mucho que me gustaba el maíz. Pocos días después, en casa del comandante de la flota mercante soviética con sede en Najodka, había una palangana de mazorcas en medio de una mesa con viandas y comidas de la región. Más tarde supe que el intérprete informó de mis gustos al anfitrión, y yo pasé un buen rato comiendo mazorcas con caviar, rara mezcla que nunca había imaginado. Después de todo, me dije a mí mismo, ellos comen caviar con pan, porque son de la cultura del trigo. Y si nuestra cultura es la del maíz, la experiencia es valedera.

Por el camino estaba mucha gente trabajando: comenzaba el verano y el Inspector había decretado fajina para arreglar el camino en procura de que los carros transitaran en viaje de Cartagena a Barranquilla, o viceversa.

Las fajinas y convites eran la mejor expresión de la vida comunitaria. Las

primeras tenían un carácter oficial, porque siempre las decretaba la autoridad civil; las segundas, más espontáneas, emanaban de la voluntad de los vecinos, según sus necesidades. Los convites, pequeñas fiestas más allá de los límites familiares, por lo general se llevaban a cabo los domingos. Grandes sancochos de gallina, cerdo, o carne fresca de res, con abundante vitualla de maíz, yuca, ñame, plátano, batata y auyama, y guarapo de panela y limón, era lo ofrecido por el convidante. A veces los hombres tomaban ron blanco, pero no tanto como para emborracharse. Mi padre me llevaba a los convites de las quemas. A la tierra que se escogía para la siembra se le cortaban los árboles y malezas con el objeto de que sirvieran de combustible. A cada parcela se le separaba con guardarraya de dos o tres metros, a fin de evitar la propagación de la candela a los otros terrenos. Varios campesinos, con estacas previamente prendidas, iban incendiando las palizadas de hojas y ramas más secas, alrededor del predio.

Al iniciarse la quema todo era alegría. Los campesinos gritaban y daban ánimos a la candela al compás de los sonidos de las hojas y leños encendidos. Al poco rato una nube de humo entre gris y negro se elevaba hasta el cielo. Eran instantes de expectativa: todos estaban pendientes de la dirección del viento y de la voracidad del fuego. De vez en cuando las miradas fijas y la rigidez de las posturas cambiaban cuando una guartinaja, un ñeque, o cualquier otro animal comestible, salía atontado por la sofocación y el humo. Con la ayuda de los perros se les daba cacería, y de inmediato se pelaban para aumentar las presas del sancocho. Desde cierta distancia, casi siempre en una lomita cercana, las mujeres y los niños miraban el espectáculo mientras la olla humeante del cocido dejaba escapar sus olores.

En uno de esos convites, programado con el objeto de cambiarle de sitio a la vivienda de Joselito, el del alambique clandestino, que preparaba ron *tapatusa* con miel traída de Los Pendales, al anfitrión se le fue la mano en

los brindis, de tal manera que sus invitados poco caso hicieron de la verticalidad de los horcones, y la casa quedó torcida. Por eso en el pueblo la llamaban “la casa borracha”.

Para la fajina del arreglo del camino principal todo el mundo ofrecía su concurso. Los ricos no iban al trabajo, pero enviaban a sus peones. Con machetes, palas y cavadores, las cuadrillas cortaban ramas y rastrojos, y nivelaban los baches del invierno. Aunque eran pocos los que conocían los automóviles todos hablaban de ellos.

Una tarde un campesino recorrió la calle del pueblo gritando que un barco de mar se acercaba. Él estaba en su roza y escuchó un ruido que jamás había oído, y su imaginación le hizo pensar en los buques de que le hablaba su tío, un intrépido andariego que en su juventud trabajó en las obras del Canal de Panamá. Naturalmente, al poco rato, Miguel Agustín y mi padre festejaban el informe de los barcos que andaban en tierra, y en compañía del alcalde, fueron al sitio de los ruidos con el asustado mensajero.

En verdad, en la Loma de los Quintos, de barro resbaladizo que aún no había secado plenamente, un hermoso Ford negro luchaba, con la ayuda del chofer y pasajeros, por salir de un atolladero. El alcalde regresó al pueblo a todo galope en su mulo en busca de refuerzos, y antes de la hora casi todo el pueblo estaba allí empujando aquel personaje extraño, personero de otras civilizaciones.

Los viajeros eran jóvenes barranquilleros, especie de pioneros de un nuevo sistema de transporte interdepartamental, que se arriesgaban a la odisea de recorrer en carro, hasta ese momento el virgen espacio entre Barranquilla y Cartagena.

En el pueblo se atendió como a héroes a los osados aventureros. El que

hacía de conductor estaba siempre rodeado de los niños. Esa noche muchos de ellos no regresaron a sus casas y se quedaron junto al carro tocándolo y tratando de descubrir el misterio de sus instrumentos exóticos. Con curiosidad y alegría se miraban las ruedas de caucho macizo, los guardafangos repletos de lodo, la *cabrilla* redonda y los adornos relucientes. Pero lo que más llamaba la atención era el sonido de la corneta. Cuando el conductor la hizo sonar para anunciar su entrada triunfal, los niños saltaban asustados y las gallinas y perros corrían temerosos con cacareos y ladridos.

Después de aquella aventura inolvidable, el Gobierno comenzó a mandar máquinas especiales para nivelar caminos, que el pueblo, por el nombre en inglés de sus marcas y el oficio que hacían, comenzó a llamar, a su manera, *catapilas* y *cuchillas*.

Los aportes del progreso llevaron al pueblo sus cosas buenas, pero también habrían de generar problemas. Además, muchas tradiciones provechosas fueron aplastadas por la irrupción de costumbres foráneas. Las carreteras facilitaron el transporte, pero también vaciaron tempranamente las reservas: antes, en el invierno, ante la dificultad para el acceso de los vehículos, en cada casa se conservaba por buen tiempo el fruto de las cosechas. Lo que podría llamarse mercancías elementales, —huevos, bollos, tubérculos, sal, café— poco eran motivo de operaciones dinerarias. Los vecinos acostumbraban a prestarse los objetos, o a cambiarlos a manera de trueque simple. No obstante, las consecuencias mayores vinieron a causa del desplazamiento de los propietarios nativos por otros de la ciudad, nada interesados en facilitar las tierras para los cultivos. Otros acontecimientos, que bien pudieron servir de complemento a lo existente, dejaron resultados distintos. La electrónica, sea el caso, implantó su reino de ruidos en el campo de la música, hasta dejar a un lado la creación artística. Anteriormente en el pueblo la cumbia era una especie de rito regulado por familias que heredaban con acatamiento y

orgullo las virtudes de sus antepasados. Los Angulo cumplían a cabalidad ese mandato histórico. Desde su casa, en lo alto de la loma, en las noches solían recordar su encargo al llenar los aires con el rugido del tambor o la cadencia melancólica de la flauta. Ellos mismos elaboraban sus propios instrumentos musicales. De verlos los domingos laborar, yo aprendí sus mañas para hacer flautas sonoras. En enero, cuando ya el millo secaba sus mazorcas, buscaba en la roza de mi padre las cañas apropiadas. Después las cortaba al pegue de los nódulos, y con una varilla delgada y carrasposa, iba extrayendo la fibra de adentro, hasta darle forma de tubo. En la parte más delgada abría la hendidura, especie de lengüeta, y en la opuesta, la gruesa, cuatro agujeros circulares. Yo era flautero, aunque no flautista, porque nunca pasé de un par de sones, y en el sexteto de los niños por mi poco oído musical, apenas si me dejaban golpear los dos palitos que se suman al ritmo de los timbales y las maracas. En el pueblo existía toda clase de grupos musicales que en las fiestas carnestoléndicas emulaban en los bailes y comparsas.

Recuerdo el día cuando llegó la primera *ortofónica*, un aparato mágico que, según mi parecer, mantenía escondida una orquesta liliputiense en la caja sonora. Los niños, mientras el disco daba vueltas, no apartábamos la vista curiosa con el deseo de ver adentro el misterio de aquella máquina. Los mayores nos llevaban la corriente, y cuando yo le pregunté a mi padre sobre aquella brujería, me dijo que una familia de enanitos habitaba en ese sitio.

Con la electricidad y la radio las lecturas de libros y novelas en casa del abuelo fueron acabándose. De noche los vecinos se reunían para escuchar a Petronita, que con su voz cadenciosa, le daba más tristeza a los infortunios de Efraín y María en la conocida novela de Jorge Isaac. Los cielos estrellados también dejaron de contemplarse, y la tradición oral de las leyendas y narraciones cedería más tarde el turno al comentario de las radionovelas.

Tal vez los que más se apegaban a las viejas costumbres eran los niños. Yo me iba casi todos los mediodías a la *Lomita de las Pavas* a escuchar el canto de los pájaros y a buscar nidos de torcazas. Era un empedernido tirador de piedras. Tenía una rara inclinación por la soledad del campo, o, mejor dicho, por el mundo propio del sonido campestre. Con los otros niños gustaba de jugar a distinguir el canto de las aves. En ciertas épocas del año todos los niños pasaban el tiempo cogiendo *candelillas*, *mochuelos*, *rositas* y *montañeros* con varitas de *piñique*. El piñique es un arbusto lechoso, especie de cativo, que abunda en las cercas de los patios. Al tronco se le hacían hendiduras con el machete, y de inmediato brotaba una leche blanca que se convertía en una sustancia pegajosa. Al día siguiente se empapaban con aquella goma unas varitas, para más tarde colocarlas en los barrancos que rodeaban los charcos del arroyo, donde los pajaritos se acercaban a tomar agua. Los niños permanecíamos a cierta distancia en total silencio y con la mirada siguiendo los movimientos de los pajaritos. Cuando estos se paraban en las varitas de piñique quedaban pegados y entonces se emprendía una veloz carrera con el fin de cogerlos. Otras veces se hacía uso de las *trampas de cogederas*. En un solo día las jaulas se llenaban de pajaritos, pero pocos sobrevivían. Siempre viví arrepentido de mis prácticas infantiles contra la libertad de los pajaritos. Alguna vez me acerqué a mi amigo el profesor Tinoco, para entonces director del Zoológico de Barranquilla, y le confesé que mi gran amor por la naturaleza era, hasta cierto punto, un propósito de enmienda del pasado. Y él, con ánimo de consuelo, me contestó: esas fueron cosas de niños, propias de todos los niños de esos tiempos. La pena que yo purgo es más grave: fui cazador.

En la *Lomita de las Pavas* soñaba despierto. Mi mayor deseo era encontrar algún día la *Varita de la Virtud*. Muchos cuentos se relacionaban con ella. Ella cumplía el papel de la Lámpara de Aladino. Bastaba que su afortunado poseedor le dijera: *Varita de la Virtud, por la Virtud que tú tienes y la que*

Dios te ha dado, te pido me concedas tal cosa, para que esa cosa apareciera de inmediato. Ya yo sabía lo que iba a pedirle a la Varita de la Virtud: un mochuelo de pico blanco que cantara todo el tiempo.

Una vez, mientras permanecía quieto en un matorral a la espera de pajaritos, me quedé dormido. Entonces *Tigelino* vino corriendo hacia mí con la Varita de la Virtud en la boca. Era una varita distinta a las demás, color de canaleta y con algo en el centro que parecía un ojo. Yo la tomé en mis manos y le pedí el mochuelo. De inmediato miles de mochuelos revoloteaban cantando por los alrededores, mientras me tocaban con varitas de piñique para llevarme por los aires. Al poco rato seguía a los pajaritos por encima de las casas y los árboles. Era un vuelo lento que me permitía ver a los de abajo. No tenía miedo, y la sensación de las alturas me llenaba de gozo. Cuando pasé por mi casa vi a mi madre y a Marcela con los brazos en alto como queriéndome alcanzar. De pronto unos angelitos con alas cortas y de plumas color ceniza, como las de los mochuelos, se acercaron llevando en las manos pajaritos de colores blancos que nunca había visto antes, y sartas de caramelos. Quise acercarme a ellos y un trueno estremeció las nubes.

En ese momento desperté asustado con el fuerte ladrido de *Tigelino*, que desde el propio matorral, le ladraba a un gallinazo que planeaba a pocos metros.

En el día anterior los comentarios en la escuela fueron sobre los *angelitos*. Tal vez por eso en mi sueño de mochuelos ellos también estaban. Ya se acercaba el primero de noviembre y todos los niños hacíamos proyectos para recoger los regalos. Desde muy temprano los niños se aliaban en parejas provistos de una piola de majagua que se mantenía de las puntas, y en la cual se iban amarrando los obsequios. Al llegar a cada casa se repetía el mismo verso:

*Ángeles somos
y del cielo venimos
pidiendo angelitos
para nosotros mismos.*

Cada familia daba lo que tuviese a mano: un guineo, un caramelo, una guayaba, un pedazo de queso, un poco de panela. Por eso muy rara vez los niños acudían a la estrofa de reproche:

*Esta casa es de esquina
donde vive la mezquina.*

Los *angelitos* era la verdadera fiesta de los niños. Nadie más intervenía en ella, a no ser las señoras que daban los regalos. La jornada terminaba en la última casa del pueblo. Entonces venía el reparto y el festín. Sin dar espera, a la sombra de cualquier árbol o en un sardinel, los niños devoraban lo obtenido. Había plena libertad para hacerlo, aunque se corriese el peligro de la indigestión. Después, en la escuela, cada uno daba cuenta de su buena suerte. En esas conversaciones, que mucho perturbaban las labores del maestro, exagerábamos la nota. Por eso a veces nos dejaban *castigados*.

En la escuela había un grupito de muchachos más traviesos que otros. Por cierto que al pasar de los años, en rara coincidencia, el destino les fue pródigo: César Esmeral, volvió una tarde, en calidad de Ministro de Salud, a la loma de la iglesia que subía descalzo; Boanerge Díaz le escribía a sus amigos desde su curul de Senador, y Toño Rada regresaba a festejar los goles que hacía en los campeonatos mundiales de fútbol.

Uno de mis compañeros de travesuras era José Miguel, a quien le decíamos *Cachohueco*. Alguna vez se nos dio por orinarnos en la botella que servía de depósito al petróleo que se usaba para la lámpara. Pero como los dos líquidos no se mezclaron, al hacer la investigación un muchacho nos delató.

Como castigo el profesor cerró las puertas de la escuela con nosotros adentro y se fue a almorzar.

La puerta del patio no ofreció dificultades para abrirla. Ayudados con una escalera, *Cachohueco* y yo brincamos la paredilla de la cocina de *mana* Leandra. Ella le había preparado el almuerzo a su hermano, que estaba en su roza. Las cocinas se construían en la parte de atrás de las casas para que el humo de la leña no alcanzara a penetrar en la sala y en los cuartos. Dos mojarras, de las que se traían de Guájaro, y un plátano asado, fue la comida furtiva. En las horas de la tarde, mientras el profesor dibujaba en el tablero raíces y tallos en la clase de botánica, se oían aullidos de los gatos perseguidos por Leandra, mientras su hermano la insultaba por andar en la calle averiguando la vida ajena. Todavía cuando me encuentro con *Cachohueco* reímos de aquella pillería que dejó sin almuerzo al hermano de *mana* Leandra, y puso en apuros por buen rato a unos gatos inocentes.

El hermano mayor, Eusebio, era quien ayudaba a mi padre en los quehaceres del monte, Yo solo servía para la escuela y las travesuras. Sin embargo, esa mañana de septiembre me mandaron con él a la Loma de los Indios en busca de una ternera perdida. Hacía semanas las lluvias escaseaban, y mi padre jamás sospechó que en la tarde las nubes serían pródigas. Mientras buscábamos el animal perdido en la mula "Caprichosa", el cielo se fue poniendo oscuro y comenzó a soplar una brisa fresca. En lo alto los gallinazos anunciaban el aguacero con su vuelo en retirada. El viento formaba remolinos, y los pajaritos buscaban refugio. De pronto un rayo iluminó el espacio con tanta brillantez que parecía haber caído a pocos metros. En septiembre llueve con relámpagos y gotas grandes, pero esa tarde semejaba un diluvio. Pasados unos minutos las corrientes cruzaban los caminos con prisa desbordante. Apenas si tuvimos tiempo de correr al rancho. Yo iba en las ancas de la mula fuertemente agarrado a mi hermano, y al entrar al corral,

donde se ordeñaban las vacas, casi no alcanzábamos a ver a dos pasos de distancia. Tal vez por instinto, más que por visión, la mula y Tigelino entraron al bohío sin paredes.

Fueron cuatro horas de lluvia y viento con todo el vigor del trópico. Empapados, con hambre y frío, y casi sin movernos estuvimos todo ese tiempo acurrucados encima de una especie de mesa fija hecha con cañabravas y amarrada con bejuco, que servía para comer.

A eso de las cinco de la tarde los pitirres iniciaron la ceremonia del cese de las lluvias: levantaban el vuelo para regresar a las mismas ramitas, mientras cantaban alegres. La mula, que estaba cerca, se sacudió y nos salpicó con los pringos de su crin. De inmediato iniciamos el regreso por un camino que cruzaban arroyitos y árboles desprendidos.

En la casa mi madre hacía promesas a San Isidro, el santo labrador que quitaba el agua y ponía el sol. El arroyo comenzaba a llenarse y presagiaba una gran crecida. Mi padre reunió amigos para salir en nuestra búsqueda. Todos estaban preocupados por nuestra suerte. Sin embargo, mis pesares terminaron pronto, pues poco me importaba el peligro de las aguas ante la expectativa de encontrar hicoteas. Con la lluvia las hicoteas dejaban sus refugios y salían a beber agua. Ese era el momento oportuno de cogerlas. Y así fue. A dos de ellas, pequeñas, Tigelino las olfateó a la vera y, en unos segundos, las metimos en la mochila del calabazo candongo que servía para conservar el agua fresca.

Al poco rato aparecieron mi padre y sus amigos. Todos sonrieron al encontrarnos bien. Yo le mostré las hicoteas pleno de gozo, pero él solo pensaba en el arroyo. Cuando lo pasaron ya estaba a *medio cajón*, y las bestias tuvieron que nadar un poco. En épocas de invierno las crecidas duraban

varios días, y como no había puentes, los caminos quedaban solitarios. El empeño de mi padre era regresar con tiempo. Entre oscuro y claro llegamos al paso más estrecho, por donde siempre atravesaban los viajeros en situaciones de emergencia. Buena parte del pueblo estaba allí, dispuesta a ayudar. Esto siempre sucedía cuando el arroyo se llenaba de manera inesperada. Algunos habían llevado mechones y lámparas para alumbrar un poco. Los buenos nadadores pasaban los veinte metros que separaban los barrancos sin mucha dificultad, aunque la corriente en ese sitio era rápida y arrastraba mucho, antes de alcanzarse la otra orilla. A mí me amarraron con cabuyas a la silla en un caballo seleccionado por su buen tamaño y mansedumbre. Dos buenos nadadores me acompañaban: uno iba adelante, con la soga del bozal entre las manos para servir de guía, y el otro atrás. Todo transcurría bien, podría decirse que al compás de los gritos un tanto nerviosos de los voluntarios y los rezos de mi madre. De pronto una palizada enredó al caballo, y el animal dio unos movimientos bruscos que lo dejaron suelto. Yo comencé a gritar lleno de susto, y casi no oía las voces de mi padre y sus amigos aconsejándome que me agarrara fuertemente a la cabeza de la montura. Fue un momento de confusión. Todos corrieron por la orilla saltando cercas arroyo abajo, mientras los nadadores seguían detrás del caballo hasta cuando este pisó tierra en el callejón que terminaba en el palo de tamarindo.

Al día siguiente mi madre me puso a caminar de rodillas desde la puerta del patio hasta el cuarto donde ella tenía su minúsculo altar con velas encendidas al milagroso San Isidro. Pero yo nunca entendí el pago de esa manda, pues mi padre en medio del trastorno había dejado olvidadas la noche anterior mis hicoteas del otro lado del arroyo, y muchos fueron los sobresaltos en la inesperada aventura. En vez de festejar el resultado del suceso, el suplicio de las rugosidades del piso rústico de cemento que maltrataba la piel era el tributo infantil a las creencias religiosas.

Un par de años después, la carretera que unía a Cartagena y Barranquilla

quedó terminada. La llamaron de la *Cordialidad* como un propósito de poner fin a las rivalidades de mal gusto que se daban entre las dos ciudades costaneras: la una parecía entonces aletargada a pesar de su heroico y esplendoroso pasado. Había sido el gran puerto comercial y la fortaleza antipirata de los españoles en la etapa colonial. La otra surgía como centro comercial e industrial.

Mi pueblo sintió el efecto de su acercamiento a la ciudad. Ahora era apenas necesario una hora de viaje para estar al lado de un mundo nuevo. Barranquilla era el sitio de entrada de la civilización extranjera. Por su situación estratégica, como puerto de mar y de río, en sus calles arenosas se instalaron vendedores y productores de todas partes del mundo: los alemanes fundaron una empresa de aviación; los italianos, fábricas de pastas alimenticias; los norteamericanos, urbanizaciones; los árabes, grandes almacenes de telas y misceláneas; los holandeses, fábricas varias.

Aún recuerdo con nostalgia los cientos de conejos guindados en los carros de los que en los fines de semana iban a los bosques de mi pueblo a cazarlos por diversión. Lentamente la fauna fue extinguiéndose y dejó de ser una fuente segura de carne silvestre para los campesinos. Venados, guartinajas, ñeques, armadillos, zaínos, guacharacas, caían bajo el plomo de burgueses deseosos de aventuras. De noche se escuchaba a lo lejos el sonido de las escopetas, y desde la loma, cuando la luna estaba oculta, se distinguían los rayos de luz de las lámparas de carburo que los cazadores se colocaban en la frente. Y lo más triste del asunto era que los devastadores se valían de la complicidad de los campesinos pobres, que por pocas monedas, los llevaban a los predios adecuados.

Con los carros venían también los compradores de tierras y sus nuevas formas de tenencia. Años después de esta penetración, un nieto de Teófilo

quiso hacer lo que hacía de niño, como todos los niños y todas las personas de entonces: al pasar por el terreno que fue de su abuelo se acercó al mangal a recoger unos mangos para sus hijos. Cuando se agachaba a tomar el primero, recibió un tiro en la cabeza. El nuevo propietario decidió evitarle estos contratiempos a su capataz, y a la semana siguiente todos los árboles frutales fueron derribados: lo que ahora importaba era más espacio y más hierba para el ganado.

Por la falta de trabajo y por el atractivo de la ciudad, la emigración aumentó. Los campesinos se iban para Barranquilla, pero apenas unos pocos lograban penetrar realmente. Los otros quedaban en la periferia y los tugurios con una existencia ajena a las comodidades del progreso. El espejismo de la urbe solo si les permitía estar allí como simples espectadores.

El día de nuestra partida los vientos de enero pasaban de prisa. Mi padre se rindió ante la temeridad del arroyo. Nada le importó la piedra y las tejas compradas meses antes para construir la nueva casa de *material*. Con su compadre Nicolás Florencio habló una noche sobre la educación de los niños, y esta idea se le agrandó en sus propósitos. A un forastero le vendió su terrenito y su docena de vacas para comprar la casa en Barranquilla. Y sin pensar mucho en el asunto subió al camión que manejaba el Nelo la cama de hierro de matrimonio, los muebles de bejuco y demás chécheres. Todo el mundo parecía feliz, menos yo. Me habían vestido con el traje de marinero, cachucha azul y zapatos. Desde el asiento delantero del camión veía pasar los árboles como si fuesen ellos los que se movieran. Dejaba atrás un mundo de recuerdos que estaría después presente en la ensoñación onírica. A las tres de la tarde, cuando abandonamos el pueblo, los niños comenzaban a elevar las cometas. Por primera vez iba a estar lejos de mi juego favorito. Una semana antes había hecho una cometa de una estrella roja en el centro. Con los centavos de la venta de cascos obsequiados por

los parranderos en las fiestas de diciembre, pude comprar varios carreteles de hilo y papel de seda. Mi cometa se elevaba serenamente y en casi todas partes se escuchaba su zumbido. Era ese el orgullo de un buen cometero, y todo dependía del virtuosismo para calcular los tamaños del rabo, los runrunes, las arandelas y los *hicos*. Pensando en las decenas de cometas que surcaban el espacio azul de los cielos de verano, y mareado por el movimiento del camión, me quedé dormido.

Me despertaron para bajarme en otro mundo.

La calle Obando, donde estaba la nueva residencia, carecía de pavimento. Era de una tierra menudita, como casi todas las calles de Barranquilla, que en los días de brisas formaban torbellinos de polvo. Pero yo la miraba interminable, con sus alámbradas aéreas del fluido eléctrico y cometas enredadas en los postes. Enfrente de mi casa había una de dos pisos, cosa extraña para mí. Varios días pasé mirando desde lejos todo lo novedoso, con la timidez propia de un niño del campo. Sin embargo, los juegos eran casi los mismos, con la diferencia de que en el pueblo no había automóviles perturbadores.

La primera mañana fue distinta. Yo estaba acostumbrado al canto de los cucaracheros, que hacían sus nidos en la paja de los techos. Con sus trinos me despertaba. Ahora los pitos y ruidos de los camiones estacionados en la casa del constructor Gutiérrez de la Hoz venían a reemplazar el sonido bucólico. En la calle el pregón de los buhoneros también me impresionó. Los vendedores parecían estar de prisa ofreciendo periódicos, pan, verduras, buñuelos, leche, carbón. Después me acostumbré a sus gritos, que eran muestra de un hábitat distinto. Poco a poco fui descubriendo sus encantos, y tan familiares se me hicieron, que en las tardes esperaba con impaciencia los que anunciaban el *raspado*. Aunque, para decir verdad, las campanitas

de los carritos de las paletas me ofrecían el embrujo de un anuncio celestial. Apenas distinguía el tilín tilín me situaba en la puerta para ver su llegada.

Al día siguiente mi madre visitó a los vecinos para poner la familia a la orden. Era usanza que facilitaba la amistad entre desconocidos. Yo la acompañé y pude así cruzar miradas con mis futuros amiguitos. En la tarde ya corríamos juntos pateando una bola de caucho. Entonces sucedió algo que nunca olvido. En pleno juego los niños salieron huyendo para entrar en sus casas, y me dejaron solo. Un policía se acercaba caminando por la acera de la sombra. Yo no entendí en un comienzo el por qué del temor. En mi pueblo no había policías, y los niños solo dejaban de jugar cuando sus padres los requerían. Pero en esos tiempos en la ciudad los niños solían asustarse con los uniformados, y los juegos se desbarataban con su presencia. Al poco rato los compañeros me miraban con cierta admiración. Me consideraron muy valiente porque no corrí a esconderme, aunque yo no comprendía por qué lo hicieron ellos.

Aquella mañana en que mi padre me llevó al centro de la ciudad me causó cierta turbación. El encuentro con las calles de cemento fue en el callejón del *Progreso*. Allí mismo estaba el edificio OK, un monstruo gigantesco que parecía rozar las nubes. Apenas era de cinco pisos, pero mi imaginación de niño lo veía así, y me obliga ahora a recordarlo como un verdadero rascacielos. Después vi el edificio Palma, con sus colores que desafiaban las alturas. Y el Paseo de Bolívar y sus filas infinitas de automóviles, sus almacenes y la gente vestida de blanco. Todo eso se apretujaba en mis pupilas para agrandar mi embelesamiento. Mi padre iba al Tribunal Superior en busca del doctor José P. Tenía que conseguir trabajo, pero las cosas no eran tan fáciles como en el pueblo. Tuvo que esperar varios meses mientras lo nombraron en el Resguardo. Durante ese tiempo se gastó el dinero de las vacas y comenzaron los contratiempos del nuevo modo de vida: corte de

los servicios de agua o de luz, presencia poco grata de los *polacos* que cobraban las cuotas atrasadas de la ropa, cierre del vale en la tienda de la esquina.

Un domingo salimos a conocer la parte alta de la ciudad, donde vivían los ricos y extranjeros. Entonces era común alquilar los carros por horas para pasear por el barrio del *Prado*. Los jardines y las grandes mansiones impresionaban al visitante. Pequeñas fuentes y calles arborizadas constituían un amplio conjunto residencial que venía a ser la otra cara de la medalla. De un lado estaba la ciudad calurosa y del trajín, con zonas comerciales y grandes barriadas de casas de paja o teja y ventanas empolvadas. Del otro, el cuidado urbanístico y la comodidad. Podría decirse que la ciudad se dividía en tres partes: el centro, del comercio, de las familias de raigambre local con poder económico y político y de la clase media; el norte, de los extranjeros ricos y los criollos que seguían sus huellas; y el sur, con la masa popular, los carros de mula y el barrio *Chino*, vivienda de las *mujeres de vida alegre*.

Ese mismo día el chofer contratado nos condujo a la Scadta o, mejor dicho, al sitio de acuatizaje de los aviones de esa empresa. Plenos de admiración vimos los pequeños hidroaviones posarse sobre las aguas tranquilas en un brazo del río Magdalena. Eran los mismos aparatos que surcaban los de los de mi pueblo en viaje a Cartagena. Todas las tardes pasaba uno, y desde la loma lo miraba como a un pájaro sonoro. Ahora estaban allí, monumentales y exóticos, aunque solo transportaban unas dos o tres personas. Recuerdo lo mucho que me impresioné cuando uno de ellos venía en el agua acercándose al lugar donde nos permitían estar. Corrí a esconderme en las piernas de mi padre, y mucho más me sorprendí cuando observé, que al llegar a la orilla, se abrió una puerta y unos pasajeros salieron. Como todos hablaban de los vuelos, yo curioseaba con mis ojos en busca de las alas de los hombres que habían llegado de las nubes...

Un día de febrero mi padre me llevó al San José, el colegio de los jesuitas, a matricularme. Esa fue para mis padres una de las fechas de la ilusión cumplida. Ya mi hermano estudiaba en una escuela agrícola. El sacrificio del traslado a la ciudad encontraba su compensación. La pensión del Colegio era cara para las posibilidades de mi padre, pero estaba a pocas cuerdas de la casa. El ingreso no era tan fácil como en la simplicidad de la escuela del pueblo. Acá hacían preguntas extrañas sobre el estado civil de los padres, creencias religiosas y posición social. A mí me pusieron a rezar, pero yo casi no sabía de esas cosas. Mucho menos pude contestar indagaciones sobre los misterios de la Virgen y los dogmas de la Santa Iglesia. Al final el sacerdote de las entrevistas le dijo a mi madre que tenía que quedarme en el curso que llamaban “Superior”, el anterior al primero de bachillerato, porque no sabía religión.

Pese al embrujo de la ciudad, la añoranza del pueblo estaba presente. Los domingos mi padre me llevaba a casa de Fernando Barraza, en el barrio *Montes*, sitio de encuentro de los paisanos. Allí se daban cita los inmigrantes para recibir noticias del pueblo y jugar lotería. En el patio, debajo de un palo de matarratón, colocaban las mesas y los bancos, siempre había un experto para *cantar* las fichas que sacaba de una bolsa. Su gracia consistía en darle a cada número un nombre especial: si era el uno, *Unión, cutiplán y múcura*; si el dos, *Dosía la mujer de Pilatos*; si el cinco, *Sin casco parió la mula*. En su memoria, el personaje retenía cien dicharachos para anunciar los cien números, del cero hasta el noventa y nueve.

Algunas veces mi primo Miguel Rada, el padre de quien fue después famoso futbolista, me invitaba al estadio “Moderno”. Era la época del fútbol aficionado, con todo el vigor y la entrega del deporte sin mañas ni negocios. Los que aún se recuerdan con afecto, estaban allí. Como entrábamos a la tribuna de sol, desde muy temprano nos cobijaba la sombra de un almendro,

que tal vez creció a las espaldas de los constructores. Yo no tenía afectos por un equipo en particular, pero sí gustaba de los tiros potentes del Flaco Meléndez y las atajadas de Escorcia. Cuando ya conocí el camino, en las tardes de asueto entraba en las prácticas con el objeto de estar cerca de los ídolos para aprender sus movimientos y destrezas. La ciudad entonces, más que a un equipo, quería a los jóvenes que representaban su fútbol. Recuerdo el mediodía que entre miles de personas corría a la orilla del caño siguiendo el movimiento lento del buque donde venían los muchachos victoriosos de un campeonato nacional jugado en el interior del país. Y poco me importó el regaño de mi madre porque en la tarde me presenté con un solo zapato. Ni tampoco sentía el dolor de mis rodillas peladas en la caída de un barranco. La alegría del triunfo no daba oportunidad para pensar en los problemas.

Para mi padre las noches de la ciudad eran un tormento: en el pueblo solía quedarse dormido, desde muy temprano, en la puerta de la casa. Mi abuelo llegaba a visitarlo al ocultarse el sol. Y sus diálogos duraban muy poco. Eran unos dormilones consuetudinarios. No podían mecerse en las cómodas mecedoras de bejuco y pajita cuando comenzaban a roncar; una vez se quedaron profundos y solo despertaron en la madrugada con los saludos de unos campesinos que aprovechaban la claridad de la luna para ir bien temprano a sus rozas.

Pero en Barranquilla los vecinos temían a los ladrones. “Pájaro Verde” y “Cartagena”, eran los dos pillos más famosos. Todo el mundo hablaba de ellos aunque nadie los conocía. Se contaba que utilizaban menjurjes especiales para impedir que las personas despertaran. A fin de cuidarse de ellos los vecinos pagaban los servicios de celadores que recorrían las calles sonando un silbato y golpeando fuertemente las puertas de las casas con un bolillo. Lo curioso de esta conducta masoquista era que al vigilante se le reclamaba si dejaba de golpear las puertas o de sonar su penetrante pito.

Mi padre nunca comprendió que tuviera que pagarle a alguien para que no lo dejara dormir. Por eso se alegró mucho cuando supo que al cachaco Ramírez, el sereno, lo habían atracado en una cantina de la calle Murillo para despojarlo del revólver. Por algún tiempo la calle Obando estuvo libre de sus ruidos, y mi padre volvió a dormir plácidamente y de corrido.

El tiempo fue pasando y la niñez quedaba atrás. En el colegio se oía misa todos los días a las siete de la mañana. Desde mi casa escuchaba las primeras campanadas de la torre de la iglesia. En ese momento dejaba todo, a veces hasta el café con leche y el bollo limpio, mi desayuno, para salir corriendo y llegar a tiempo. La disciplina era rígida, aunque a mí de todas maneras me dejaban castigado. El padre Zaldívar que se empeñaba en patrocinar literatos, todas las tardes cuando leía su lista de castigados, al final agregaba los nombres de unos alumnos que, de cinco a las seis de la tarde, escribían sonetos o páginas en prosa. Este asunto me lo contó años después Manuel Figueroa, el monaguillo, pero ya el padre Zaldívar había regresado a España, y nunca pude reclamarle el absurdo. Porque no hay nada más insensato que escribir a la fuerza.

La enseñanza en los colegios de entonces era ampliamente literaria y humanística, incluso los profesores de matemáticas gustaban de los versos. Pedro U. Socarrás, que entonces era cura, solía mezclar el álgebra con sus poemas furtivos. Cuando notaba que sus pupilos se fatigaban con la abstracción de las fórmulas, abría su nota de apuntes para leer sus cantos al paisaje ribereño. Sin embargo, el padre Núñez, el profesor de literatura, desplegaba toda su pasión en la cátedra. Llegaba impoluto y recién bañado como para una ceremonia celestial. En el tablero escribía la sinopsis del tema, pero a la larga parecía embelesado en la lectura de frases o poesías. Gustaba de la metáfora y la musicalidad de la palabra, y en los arrebatos de retórica cerraba los ojos como para incursionar mejor en los vericuetos de la inspiración.

Como en buena parte de las materias estaba presente la literatura, nadie podía sustraerse a su estudio. Si eran los idiomas, por ejemplo, las lecturas en latín, inglés y francés involucraban fragmentos de los clásicos de esas lenguas. Hasta el profesor de geografía, el maestro Bernier, explicaba la naturaleza de las zonas montañosas o costaneras a manera de discurso y bajo el rigor de la elocuencia.

El carácter de la enseñanza facilitaba la afición por el estudio más allá de las exigencias académicas. Los buenos libros se leían hasta el punto de estar uno familiarizado con los autores famosos de la literatura universal. Por eso los centros culturales y tertulias eran corrientes. En el seno del colegio los distintos profesores las promovían. Y hasta los festejos de cualquier cumpleaños terminaban en recitales, por ahí todavía en los escritos periodísticos se transcriben los cuartetos satíricos de García Márquez, que nunca faltaban en las celebraciones, y que él leía con cierta gracia.

Pero también fuera del colegio cada uno buscaba sus amigos para la inquietud cultural. Mi primer periódico, que se llamó *Tribuna Estudiantil*, fue el fruto del intercambio con otros colegios. Buena parte del tiempo lo pasábamos un grupo de muchachos en las imprentas y emisoras de radio. Desde las distintas emisoras se transmitían programas culturales. Y en ellos participaban los jóvenes músicos que tocaban piano, guitarra, o violín, y los literatos. En estas actividades siempre se contaba con el apoyo y la tolerancia de los personeros de la intelectualidad.

Para esos años Barranquilla tenía orquesta sinfónica y compañía de ópera. Entre el colegio y mi casa estaba la residencia de las hermanas Altamar, sitio de encuentro del maestro Biava y sus artistas. Todos ellos tenían tiempo disponible para acompañarnos en nuestros proyectos de mozuelos principiantes. Recuerdo que en el acto en donde, como Rector de la Universidad

del Atlántico, le hice entrega al maestro Biava y a Meira Delmar de títulos de Doctores Honoris Causa, mencioné el detalle placentero de la entrevista que le hice a la joven poetisa de entonces para *Sábado*, un semanario bogotano de política y literatura. Ella hablaba como si leyera sus poemas, y bastante trabajo me costó después transcribir sus respuestas.

Al finalizar la década de los años treinta las noticias de las guerras europeas hicieron sentir sus efectos. En el Colegio, por ejemplo, el Prefecto de Disciplina, que muy pronto se ganó el apodo de Pecho de Piedra, convirtió los patios en una especie de cuartel. Todos los días se practicaban marchas marciales con el debido asesoramiento de militares uniformados. Los aprendices de intelectuales, nada simpatizantes de los pasos de gansos, acudían desde temprano al consultorio médico en busca de excusas. En buena hora nací con una hernia inguinal que siempre fue mi cómplice fiel para librarme de las excentricidades de Pecho de Piedra. El doctor Juliao, que desde entonces ya pensaba en un teatro municipal, y sobre este tema daba reportajes para el periodiquito, sonreía al verme llegar y comentaba; no se te ocurra operarte, Consuegrita, porque caes en manos de la milicia.

Los finales de mes traían zozobras entre los estudiantes pobres. Casi siempre nos regresaban a casa por falta de pago. Eran los momentos en que mi madre acudía a las casas de empeño con el anillo de matrimonio y la cadena de oro. La mensualidad solo valía cinco pesos, pero eso era un dineral en los limitados ingresos familiares. Yo, por ejemplo, jamás pude ingresar al salón donde todas las tardes servían una merienda por cinco centavos. Mis recursos se limitaban a un centavo que, en riguroso cumplimiento, me entregaba mi madre al salir en las mañanas.

El centavo era entre nosotros el verdadero símbolo monetario. Con él se compraba un guarapo, un raspado, un helado, una cocada o tres bananos.

Los sitios predilectos para gastar centavos eran las tiendas de los chinos. Los chinos tenían paciencia para soportar a los muchachos, sus bromas y juegos. Siempre contaban con buenos toneles para preparar los guarapos de panela o de piña, y de las vigas del techo colgaban los racimos maduros de guineos.

A veces los centavos se guardaban para las fiestas domingueras. Cuando los Carnavales se acercaban, las reuniones bailables eran frecuentes. Los muchachos se daban cita en casa de uno de ellos para ensayar las comparsas o bailar porros y boleros. Los centavos recolectados servían para alquilar un *pick-up*, y al caer de la tarde se iniciaba el bailoteo.

El Carnaval era la fiesta universal. Nadie se libraba de su atractivo. En los cuatro días de festejo el pueblo estaba dispuesto al gozo. Danzas, comparsas, disfraces y salones de bailes se encontraban en todas partes. El “Carioca” fue para entonces el lugar favorito de las parejas, aunque en cada barrio las bandas tocaban sus ritmos tropicales en los salones *burreros*, al aire libre y con entrada gratuita. Sin embargo, los disfraces y danzas dominaban el espectáculo. Todo el mundo se disfrazaba de alguna manera, y las danzas recorrían las calles para bailar enfrente de las casas de los invitantes.

En los Carnavales la ciudad perdía su formalidad. Porque, bueno es decirlo, ciertas cosas no eran tan fáciles y espontáneas como ahora. Los enamorados, por ejemplo, apenas si veían a sus dulcineas desde el poste de la esquina. Y para ellos con una o dos veces que se asomaran a la ventana era suficiente. Esos instantes se aprovechaban para mandar la cartica perfumada, o para hacer las señas mensajeras de los sentimientos amorosos. El noviazgo, por su parte, involucraba reglas rígidas: visitas a horas determinadas, previo pedido de mano, o solicitud para hacerlo bajo el compromiso del matrimonio. A veces los convenios se extendían en el tiempo. Mi tía Elena, la que

vivió en la calle de las Flores, envejeció soñando con su traje blanco en sus cuarenta años de idilio con Clímaco, sin que este mancara una sola noche de visita.

Podría decirse que los enamorados eran tímidos. Más que un sentimiento gozado y compartido sin trabas ni enredos, era el afecto idealizado. Por lo menos así sucedía entre los muchachos en edad de pubertad. A veces el amor cumplía el papel de motivo para el deleite literario. En alguien se pensaba cuando en las tertulias los de buena voz leían los versos de Bécquer, Nervo, Silva o Valencia. A mí de tanto ver pasar por la acera de mi casa a Beitina, la enfermera de los ojos grandes y melancólicos, se me dio por escribirle cartas que jamás le enviaba. Una tarde las leímos entre amigos, y uno de ellos se interesó tanto que después me las compró a razón de un centavo cada una. Fue la primera vez que recibí dinero como autor, y durante algún tiempo pude comprar bastantes raspados. El comprador, que sigue siendo mi amigo y ahora es un dentista notable, me dijo alguna vez en broma que esas benditas cartas fueron la causa de su prisión matrimonial.

Mi padre, a pesar de no tener a la mano la complicidad de Miguel Agustín, solía buscar motivos para reír. Una vez llegó a la casa un muchacho campesino, que vino de Orihueca en busca de Miguel Fonseca, esposo de una tía. Miguel Fonseca era un soñador que vivía recordando sus hazañas en la Zona Bananera. Dos años estuvo en la cárcel de Cartagena por haber sido dirigente sindical en el tiempo de la huelga y la masacre. El muchacho contó que su padre lo mandaba a cobrar tres fracciones ganadoras de la Lotería del Atlántico. De inmediato se mandó en busca de Miguel al pueblo, y al día siguiente bien temprano estaban cobrando el premio. En las horas de la tarde mi padre supo que Miguel Fonseca y su sobrino estaban en la cárcel. Mi padre corrió a buscar al doctor José P., y unas horas después el

asunto se aclaró: Un timador vendió los *quintos* falsificados al muchacho (después de aleccionarlo para que dijera lo que dijo) por el precio de quince pesos, que era el dinero que su padre le mandaba al hermano para que le comprara una vaca lechera. Miguel Fonseca abatido y en total mutismo se internó en la Sierra Nevada de Santa Marta, y de allí solo salió treinta años después, para morir. Todo esto lo contaba mi padre con arandelas picarescas para carcajear con los amigos.

También en las tardes se sentaba en la puerta de la casa a gozar de las ocurrencias de los muchachos que mortificaban con apodos a ciertos personajes medio locos, o locos y medio. *María Cuero*, con la cara embadurnada de coloretos y talcos, gritaba a todo pulmón sus palabrotas y vulgaridades mientras se ajustaba la pañoleta que le cubría la cabeza. Era una solterona coqueta plena de candidez hasta el momento en que los *pelaos* empezaban con sus burlas. Lo mismo sucedía con *Juancho Orejas*, el galán de mentira, que amarraba su corbata en las ventanas con la complicidad de la noche, y comenzaba a decirle a la amante imaginaria que lo dejara ir. Mi padre le brindaba café a *Juancho Orejas* para gozar con las historias de sus conquistas amorosas que su cerebro desequilibrado le permitía evocar.

Una noche mi padre me llevó al salón de cine “Chiquinquirá”, donde se presentaría en persona el cantante argentino Hugo del Carril. Unos segundos antes de iniciarse la función mi padre divisó a *Guineo* sentado unas hileras de sillas después de la nuestra. *Guineo* era un loquito normal mientras nadie dijera esa palabra. Usaba bastón y vestía con saco y corbata, como era la costumbre entre los mayores, a pesar del fuerte calor tropical. Mi padre pidió que cantara *Guineo*, y este se levantó enfurecido a repartir bastonazos, mientras se oían las sonoras carcajadas del pintoresco Negro Adán.

Ya un poco mayor pude ir al cine con mis amigos. Los teatros no tenían

techos, para poder gozar del aire fresco. Mis películas preferidas eran las de charros mexicanos. Tal vez las escenas campestres con los cantos de Jorge Negrete y los chistes de Chaflán y el Chato Ortíz, estaban más cerca de mí que las pistolas y disparos del Llanero Solitario. En las propias salas de cine aprendíamos las letras de las canciones, para salir a las calles, a la medianoche, a canturrear las melodías del Rancho Grande, Guadalajara o Cielito Lindo.

Al llegar la alborada de la juventud fui pensando en otras cosas. La guerra de los europeos se había iniciado y la gente solo hablaba de eso. Los muchachos tomamos partido, y cada uno expresaba sus simpatías. Yo hacía una pausa en las tareas escolares para escuchar desde las siete de la noche el diario hablado de la Emisora Atlántico, donde Germán Vargas leía las noticias que después comentaba el profesor Pérez Domenech, un español que embelesaba a los oyentes con su erudición geográfica. De manera minuciosa explicaba el avance de las tropas alemanas, aldea por aldea, como si estuviese, en plena batalla, encima de un tanque de la vanguardia. Después mi madre *sacó* a crédito un radio de tres bandas que nos permitía escuchar directamente las emisoras de Berlín, Londres y París.

En las reuniones literarias se fue perdiendo el interés por los versos. Ahora el tema favorito era la política. En el propio colegio se dieron situaciones distintas: una vez yo me atreví a solicitarle al profesor que explicara la filosofía marxista sin la limitación rígida y dogmática del silogismo, y levantó el dedo para señalarme como subversivo. En verdad yo poco sabía de aquello, pero las frecuentes menciones en la prensa y la radio despertaban la curiosidad.

La inquietud por lo político rompió con los esquemas cotidianos: ya poco interés suscitaban las frivolidades. Ahora en vez de pensar en los goces

personales preocupaban los problemas de la comunidad. Hasta el místico afán de estar en todo instante en paz con Dios para ganar la gloria, fue cediendo en su exigencia. Las denuncias de Gaitán contra la oligarquía y sus elocuentes descripciones de la miseria de las masas, comenzaron a mostrarnos algo que allí estaba y conocíamos de sobra porque también en parte lo sentíamos. Tanta fue la rebeldía que un sábado programamos editar el semanario *Frente Nacional* con el propósito de divulgar nuestras propias denuncias.

Sin pensar en burocracia ni en curules en los órganos legislativos, en las noches visitábamos las barriadas pobres para conversar con los desposeídos. Por eso cuando Gaitán vino por primera vez a Barranquilla en afán proletista, ya se contaba con un buen grupo de estudiantes que gritaban alborozados en la plaza pública. Más aún, en el banquete que se le ofreció en los jardines del restaurante Chop-Suey, a mí me correspondió hablar en nombre de la juventud. Recuerdo que como no tenía pantalón largo ni chaqueta, en la tarde fuimos a la cacharrería “Memato”, en el mercado público, a alquilar un vestido de paño azul.

Gaitán esa noche contestó mis nerviosas palabras con una conferencia sobre el mensaje de dos libros del autor soviético M. Ilim, titulados *Las Montañas y Los Hombres y Cómo el Hombre se hizo Gigante*. Años después recordé ese pasaje en la introducción de mi libro *Lenin y América Latina*, porque en ese acto empezamos a saber del pensamiento y la obra del revolucionario ruso. Lo curioso de este asunto es que tiempo después en una visita a Alma Ata, con motivo de los cien años del nacimiento de Lenin, hablé en un Simposio de científicos de lo mucho que significó para mí la lectura de aquellos libros que relataban el influjo de las ideas de los hombres en los cambios de la naturaleza, hasta el punto de convertir los desiertos en eriales, pero ninguno de los soviéticos allí presente conocía, a quien fue para mí y

para mi generación, uno de los escritores favoritos, cuyas obras conservo con aprecio.

La presencia de Gaitán estimuló voluntades. A todas partes lo seguíamos en los días que permaneció en Barranquilla. En la casa de Pascual del Vecchio lo mirábamos desde una prudente distancia para escuchar sus palabras. Entonces solo acompañaban al caudillo el pueblo, pequeños comerciantes, algunos profesionales y los estudiantes de bachillerato. En la ciudad no había universidades y los políticos profesionales estaban del lado de sus partidos. Gaitán era la insurgencia en forma de oratoria. Su verbo conmovía a la audiencia dejando el rastro de la mística. Escucharlo era seguirlo después. Sus críticas y análisis ofrecían el sello de lo apetecible porque se fundamentaban en la realidad y en la conveniencia de lo nuestro. No tenía compromisos ni dependencias ideológicas y hablaba claro y directo como le gusta a las masas. Por eso cuando se acercó al mercado público, en la media hora que duró la visita no hubo transacciones comerciales. Los miles de vendedores dejaron de gritar sus ofertas o de deambular para esperar con la mirada fija y la emoción contenida a su conductor. Esa mañana su amigo León y B., que de por sí era generoso, ofreció gratuitamente pedazos de sus quesos a los transeúntes.

El pueblo quería a Gaitán como a su intérprete y guía. Aunque sus amigos no habían incluido a Puerto Colombia en el programa, él pidió que lo llevaran allá. Ya su largo muelle estaba abandonado, pero su bahía, aún resguardada por la isla Verde, era albergue de aguas azules. Ahí estaban los pescadores amigos de Gaitán, los que conversaban con él en los atardeceres cuando hacía de turista veraneante en los hoteles Esperia o Estambul. A pesar de que era de noche, Gaitán no pudo esquivar la tentación del Caribe, y pidió permiso en casa de los Ahumada para ponerse su vestido de baño. Los pescadores le hicieron compañía y en la playa los campesinos y obreros

portuarios esperaban impacientes. Gaitán no perdía oportunidad para practicar ejercicios, y esta vez el pueblo se acercaba a tocar sus espaldas desnudas y sus brazos descubiertos como en un deseo de cerciorarse de que no era un sueño compartir con su líder.

El *Frente Nacional* lo imprimíamos en una vieja tipografía. Como fruto de las borracheras del encargado del levante, yo aprendí a chapucear el oficio. Cuando él demoraba mucho en las cantinas, a mí me tocaba ordenar los tipos y hasta armar páginas. El periódico circulaba los sábados y en su elaboración participábamos todos. No teníamos oficinas ni nada que se pareciera. Por eso buena parte de las tardes y las noches las pasábamos en el amplio sardinel de la casa de la imprenta. En unos taburetes y una banca que hacía las veces de escritorio, escribíamos las notas y corregíamos pruebas. En conjunto llevábamos a cabo todas las tareas: conseguir y cobrar los avisos, redactar el material, pegar carteles en las esquinas con el contenido de cada edición, distribuir los ejemplares a los voceadores. Si acaso sobraban unos pesos después de cancelarle al dueño de la imprenta, íbamos de tarde en tarde al Café Roma a tomar un chocolate con emparedados de huevos. Otro placer era escuchar los sábados en la esquina de la *Lunchería Americana* a nuestro amigo, el vendedor de periódicos que usaba muletas, vocear el *Frente Nacional* al lado de *El Herald*o y *La Prensa*, los dos grandes diarios matutinos.

Nuestro periodiquito no era el único. Por el contrario, para entonces abundaban. Cada tertulia, o cada grupo de jóvenes, quería contar con su órgano de expresión. Se daba un ambiente de cordialidad y entendimiento. Incluso los grandes periódicos solían facilitarnos los clisés. Era cierto que las actividades políticas y literarias perturbaban un poco la exigencia de los estudios, pero el tiempo parecía alcanzar para todo. Hasta algunos domingos en la noche nos escapábamos por los lados del cementerio Calancala, donde

una orquesta tocaba en un amplio salón de baile llamado “Academia”. Figueroa, Bolaño y yo reuníamos entre todos los cinco centavos que costaba bailar una pieza con la “Mariposa”, una moza danzante que permitía varios *baratos*.

Naturalmente todo periódico que se respetara contaba con una página literaria, que recogía versos y prosa lírica. En esos días casi todos incursionaban en dichos terrenos. Eran pocas las excepciones, porque cada uno alguna vez tuvo que ver con la paternidad de un soneto. En el *Frente Nacional* no había censura en este campo; apenas, si era necesario, el pulimento, que estaba a cargo de los entendidos en la materia. No obstante, nunca, incluso en la página editorial, faltaba el poema del poeta consagrado.

El tiempo de viajar a Bogotá para ingresar a una Universidad llegó. Mi padre, que durante unos años trabajó como celador en la fábrica Rayón, estaba a cargo ahora del restaurante. El sindicato le encomendó esa misión, y mi hermano Eusebio también laboraba en las oficinas de esa poderosa empresa. Una tarde me llevaron a los almacenes *Everfit* a comprar dos vestidos de paño, camisas y corbatas. Yo llené mi maleta con ejemplares del periódico y una máquina de escribir portátil con que me obsequió una tía.

La tarde que la familia llegó en un automóvil de alquiler al puerto donde estaba el buque “Vásquez P.”, era fresca y con el cielo azul de diciembre. Mi madre lloraba como si aquello fuera una desgracia. Ella solía hacerlo cuando alguien partía. Pero yo estaba feliz con la aventura. Nunca antes estaba tan cerca de un sueño acariciado en madrugadas de insomnios. Los barcos que viajaban por el río Magdalena eran bellos. A mí me parecían palacios de aquellos imaginados en las lecturas de cuentos de hadas. El Vásquez P. contaba con columnas y cielorrasos que imitaban las casas de los nobles antiguos, con paredes blancas y lámparas colgantes.

A medida que nos alejábamos de Barranquilla el calor aumentaba. En cada puerto el buque se detenía, y yo me iba corriendo al telégrafo para comunicarle a mis padres que viajaba sin contratiempos. En cierta forma el río era para mí una novedad. Porque no obstante de rodear a Barranquilla, la ciudad vive a espaldas de él. Distinto a las ciudades europeas, donde los ríos atraviesan los perímetros urbanos y se convierten en calles y parques, con sus embarcaciones que transportan personas de un barrio a otro, y sus extensos malecones que facilitan la recreación social, en Barranquilla las fábricas construyen muros y paredes que impiden acercarse a las orillas del Magdalena.

Yo pasaba horas del día contemplando el río y su paisaje. Cuando el buque se acercaba a los barrancos, los caimanes podían verse recibiendo el sol. Algunas veces se apresuraban a zambullirse, mientras las garzas blancas alzaban el vuelo asustadas. Aun el río ofrecía un poco del encanto silvestre, con sus orillas dominadas por la espesura de los bosques y las bandadas de pájaros.

Normalmente el viaje de Barranquilla a Puerto Salgar duraba una semana, pero en la época de verano las encalladuras eran frecuentes. Nuestro periplo duró veinte días, pero en verdad muy pocos se preocupaban de eso. Casi todos éramos jóvenes estudiantes que disfrutábamos con el río y con las comodidades del buque. En los sitios donde se inmovilizaba por la escasa hondura de las aguas, se pasaba parte del tiempo nadando. Las comidas eran abundantes y de buena calidad, y en las noches el capitán, a eso de las siete, iniciaba el baile. Cada buque llevaba consigo su propia orquesta, y nadie encontraba tiempo para aburrirse. La vida transcurría alegre y desprevenida como las propias corrientes de las aguas.

Nunca se me olvidan las fechorías de “Frijolito”, un jugador perdulario que

se pasaba de buque en buque desplumando incautos. Cargaba en el bolsillo tres *checas*, o tapas de botella, con una bolita de papel o cera, a manera de un fríjol, que perdía entre las uñas. Nadie adivinaba dónde quedaba la bolita, mientras “Frijolito” echaba bocanadas de humo y movía su hombro derecho a consecuencia de un tic nervioso. Al final del viaje muchos eran los que habían perdido todos sus haberes, y entonces “Frijolito”, paternalmente, les devolvía una parte de dinero para que continuaran el viaje a Bogotá, después de darles algunos consejos con el fin de que fueran buenos estudiantes y se apartaran de las malas costumbres, entre ellas las del juego.

Otro suceso fue el ferrocarril. Bien temprano, a las cinco de la mañana, partimos rumbo a Bogotá. La mayor parte del día el tren subió perezosamente los dos mil seiscientos metros para alcanzar la sabana. Todo en el transcurso ofrecía detalles para admirar: los cambios en la vegetación, las cuestas empinadas, las corrientes rápidas de los riachuelos. Pero la gran sorpresa fascinante apareció en la tarde al contemplar la verdura de la planicie. Allí estaban los trigales y los campos sembrados de papa, cosa que desconocía.

El frío de la tarde nublada trajo poco a poco la sensación de algo jamás sentido: en las noches frescas de Barranquilla, en los meses de brisas, apenas la temperatura bajaba a veinticuatro grados. Y ahora estaba allí percibiendo el aire gélido de las alturas.

Bogotá era distinto a lo conocido. Su gente, casi toda vestida de oscuro y con sombreros negros, parecía tener tiempo para las ceremonias. Cada saludo en la calle obligaba a una leve inclinación con sombrero en mano. De calles estrechas y casas coloniales, estaba acondicionada a la vida sin prisa. Casi toda la gente se aglomeraba en la Carrera Séptima, sitio de encuentro de estudiantes y políticos, repleta de cafés y librerías.

La Carrera Séptima era por sí misma un espectáculo. A las doce de la mañana, o a las seis de la tarde, sus habitantes parecían concurrir a una cita colectiva. No pasaban automóviles sino tranvías. Con gracia los bogotanos informaban al visitante que solo dos carros transitaban la Séptima: el del Presidente y el de la basura. A esas horas se encontraban los amigos para hablar de política o de sus regiones, o a esperar las noticias que *El Espectador* adelantaba en un pizarrón colocado en el segundo piso de sus instalaciones.

Sin embargo, los domingos la Séptima tomaba la característica de un largo paseo para grupos de jóvenes, que a falta de otra diversión, pasaban el día caminando de un sitio para otro. Aquellas caminatas las llamaban *septimazo*, y eran una especie de exhibición, a veces en procura de aventuras amorosas. Los jóvenes cadetes, con capas y vestidos a la usanza antigua, buscaban la oportunidad para saludar a sus superiores con aires marciales.

La vida de café era parte del quehacer cotidiano. En cada uno de ellos las mesas y sillas se dividían en dos secciones: una para los clientes, y otra para los estudiantes. Podría decirse que los estudiantes actuaban como coarrendatarios, porque sus mesas y sillas se respetaban y guardaban. Y cada estudiante en particular separaba su sitio al iniciar el año académico. Bastaba con dejar encima de la mesa una revista o un libro, que nadie hurtaba ni cambiaba de sitio. Algunos cafés, que también vendían licores, ofrecían servicios de billares. Pero ni el sonido de las bolas, ni los tangos y boleros de los tocadiscos, perturbaban el estudio.

Yo llegué a una pensión donde me esperaba mi amigo del Frente Nacional (denominación, por cierto, que nosotros empleamos antes que el doctor Lleras Camargo) Elías Cajeli. Elías era juguetón y desprevenido. Le gustaba vivir la vida en medio de la bondad y la entrega. Su padre me decía orgulloso que Elías cuidaba con esmero sus vestidos, porque todos los años regresaba

con dos de ellos sin manchas ni arrugas. Claro está que yo nunca le soplé que el alegre Elías apenas llegaba a Bogotá corría a la casa de empeño a guardarlos para festejar con Mario Criales el regreso a la capital.

La primera noche Elías me dejó sufrir como también a él le habían hecho. Desde temprano me llevó a conocer su café favorito para que tomara posesión de un asiento en su mesa, pero al regresar, no me explicó que debajo de la sábana de la cama estaban las cobijas de lana. Era esta una especie de trampa en que caían los costeños, y demás estudiantes de tierra caliente. En Barranquilla nadie se cubría para dormir, y si no se les explicaba, los jóvenes despistados soportaban los efectos de un frío que calaba los huesos. Bien temprano Elías se asomó a mi cuarto, y allí me encontró arropado con la bata de baño y la ropa puesta encima de la pijama. El tributo por la novatada fue una gripa con tres días de fiebre y agüitas de panela que, tal vez con ilusiones de conquistas, me llevaba muy solícita la sobrina de la dueña de la pensión, una gordita tolimense que a cada momento entonaba “Pachitoché” y “Borrachera”, los dos sones de moda. Las pensiones eran viejas casonas construidas a la manera antigua, frías y oscuras. Al frente de ellas, por lo general, estaba una viuda o una solterona con sobrinas. Entre los jóvenes se comentaba que los costeños antes de enterarse de la tarifa del hospedaje indagaban por las sobrinas. Porque la amistad o coqueteos con ellas agregaban privilegios de naranjas y panes en cualquier momento. Las pensiones abundaban, y cada una de ellas tenía su propia historia, que era una suma de anécdotas y ocurrencias. Algunas contaban con población fija y flotante. Esta última la constituían los estudiantes que de noche entraban furtivamente a dormir con el respaldo cómplice de sus compañeros. Pero, en general, las relaciones entre caseros y huéspedes se daban con ciertos rasgos de familiaridad. Pese a las mentirillas y afanes de los estudiantes, se les guardaba consideraciones, y con paciencia se esperaban los pagos atrasados. A veces cuando llegaba el giro, el ambiente se

llenaba de fiesta: sonreía la dueña de la pensión, que rescataba préstamos y mesadas, como también los amigos acostumbrados a las invitaciones especiales en esta clase de suceso.

Aunque algunas veces los estudiantes, apurados por el cobro de mensualidades atrasadas, dejaban sus maletas para buscar otros alojos, esos riesgos no alteraban la confianza y comprensión. Julián Devis Echandía, ya como director del diario *El Nacional*, contaba a sus amigos que una vez en las playas de Puerto Colombia se encontró con una dama entrada en años que lo miraba de manera insistente. A pesar de la diferencia de edades el combativo periodista se creyó por unos instantes seductor. Pero al cabo rato la señora se le acercó a cobrarle los cuarenta pesos, valor de un mes de hospedaje y alimentación, que le quedó debiendo veinte años atrás, en su época de universitario. Julián, que de por sí era amistoso y desprendido, colmó de atenciones a su antigua casera y le retribuyó con creces la deuda pendiente.

Las pensiones eran sitios de descanso y ensueños. Cuando la lluvia caía sobre los cristales el pensamiento encontraba el momento propicio para regresar al paisaje lejano. Las lluvias facilitan la melancolía. Tal vez el sentirse aprisionado a la espera de su terminación obliga al sobrecogimiento y la nostalgia, pero a mí me gustaban las pródigas lluvias bogotanas que apenas podía mirar. En Barranquilla en medio de los aguaceros se corría por los patios y las calles para gozar la frescura de las gotas. Después los muchachos colocábamos tablas, a manera de puentes, para cobrar centavos al paso de los transeúntes. En Bogotá los paraguas resguardaban de las lluvias, y el placer estaba en contemplar el jugueteo de las gotas rodantes en las flores del jardín cercano a mi ventana.

Una semana después de mi llegada fui a visitar al doctor Gaitán. Me llevó Carlos Calderón, que estuvo con él en Barranquilla. Yo le dije que estudiaría

derecho, y él me contestó que necesitaba economistas. Al poco rato me entregó dos tarjetas: una dirigida a Gerardo Molina, Rector de la Universidad Nacional, y otra a Darío Samper, director del periódico *Jornada*. En el transcurso del tiempo estos dos personajes de la política y la literatura fueron mis amigos cercanos. Con Gerardo Molina conservo la costumbre, en mis visitas a Bogotá, de salir de paseo por los lados de Sopó a comer panelitas y mirar las pinturas de la iglesia.

El día que me acerqué a la ciudad universitaria en busca del Rector me aprisionó el encanto de los jardines y arboledas. Como Molina gustaba de comentar, las instalaciones universitarias fueron programadas con un entorno que indujera a la alegría de vivir. El ambiente era plácido, de invisible invitación al estudio. El verdor de la grama y de los árboles y los caminitos bordeados de rosales contrastaban, en un conjunto armónico, con la blancura de las edificaciones. Molina, a su vez, me hizo portador de otra tarjeta para Antonio García, quien estaba a cargo del Instituto de Ciencias Económicas.

Yo, si acaso, había oído hablar de finanzas públicas. Para entonces la carrera de economista apenas comenzaba, y sin pensar en eso, al poco rato ya lucía en la solapa del saco mi escudo de estudiante. Creo que esa misma tarde, en mi condición de gaitanista, ingresé al Partido Socialista Colombiano.

En realidad el socialismo no iba más allá de un centenar de estudiantes y artesanos que en las noches se reunían para escuchar a García y a Molina en sus juiciosos análisis repletos de supuestos teóricos. Recuerdo que los amigos hacían de nuestras pretensiones partidistas y revolucionarias motivo de chanzas. Cuando García conversaba en los pasillos de la Facultad de Derecho con dos o tres de sus pupilos, Juan B. Fernández y Mario Alcalá pedían silencio porque el Partido Socialista estaba reunido en sesión plenaria.

Otros personajes socialistas eran Diego Luis Córdoba y Guillermo Her-

nández Rodríguez. Hernández Rodríguez nos llevaba a su casa campestre de Usaquéen a enseñarnos las virtudes de la organización colectivista y tributaria de los chibchas, y García, con terminología de sapiente y seguridad en sus planteamientos, pregonaba la estrategia de una economía de defensa ante las potencias industriales, sin distingos de sus sistemas políticos.

De todos esos profesores yo sentía una admiración especial por el magistrado de la Corte Suprema de Justicia, doctor Robles. Era hijo del legendario parlamentario y conductor liberal Luis A. Robles, mulato costeño de cuyas dotes de orador se hablaba siempre en mi pueblo. Tal vez por eso, por su notoriedad, a Nicasio Robles, un negrito parlanchín y liberal hasta la cacha, como él mismo gritaba a todo pulmón en las noches de parranda, mi padre le puso el alias de *General Robles*.

El *General Robles* era todo un personaje pintoresco, dicharachero y servicial, siempre dispuesto a recibir las ofertas de la vida con una carcajada. Un día se fue para la Zona Bananera en busca de trabajo y dejó a Úrsula, su mujer, con sus diecinueve hijos. Un año después, al regreso, las relaciones matrimoniales habían cambiado. Sin embargo, el *General Robles* no varió en nada su ánimo y se limitó a comentarle a mi padre en medio de risotadas: Cómo será de bruto este hermano mío, compadre Ignacio, que no solo cargó con Úrsula sino también con mis diecinueve hijos. Lo gracioso del asunto es que Úrsula siguió en sus devaneos y una noche, como si fuera una mozuela quinceañera, se fugó con un campesino de Molinero, el pueblo vecino a Isabel López. Dos días después el *General Robles* y su hermano convocaban a los vecinos a la loma de la iglesia para pedirles que se tomaran medidas de seguridad contra los extraños usurpadores de lo ajeno, prohibiendo la entrada al pueblo de todo extranjero, como ellos graciosamente llamaban a los habitantes de las aldeas vecinas.

Lo interesante y digno de recordar de mis profesores era su constancia y su

entrega al compromiso académico. La formación ideológica y la labor proselitista se llevaba a cabo fuera del recinto universitario. Naturalmente que en la ciencia social cada interpretación de una teoría involucra una conducta y una manera de pensar, pero la honestidad del análisis descartaba el enfoque dogmático. Si pudiese hablar de un propósito coincidente de ellos, tendría que hacer mención de la permanente inquietud por el estudio de lo nuestro.

Fuera de las aulas la actividad era constante. Yo no recuerdo haber entrado a un cine por descanso o diversión en mis años de estudios universitarios. Durante buen tiempo la lectura de *El Capital* y la *Historia Crítica de la Plusvalía*, de Marx, se extendió hasta la madrugada. Aún conservo los ejemplares de esos libros, y los de Ricardo y Smith, subrayados y con las anotaciones que me atrevía a hacer al margen de sus páginas. Con Jorge Child, Raúl Alameda, Francisco Morazán Escorcía y Carlos del Cid, desde muy temprano, aceptamos el reto de la cátedra, en calidad de profesores auxiliares, lo cual obligaba al compromiso y a la brega sin pausa. Claro está que el espíritu juvenil nos permitía compartir retozos. Un compañero de clases que solíamos llamar Don Fulgencio, por el parecido con el personaje de la tira cómica que jamás tuvo infancia, se pasaba parte del tiempo haciendo pilatunas: una tarde rodó hasta un matorral el carro del profesor Halbersteter, un alemán que jamás entendió la broma de sus alumnos y se negó a volver a su clase de finanzas privadas. Algunos viernes, después de escuchar los discursos de Gaitán en el Teatro Municipal, nos íbamos a las tenduchas de los barrios del sur a tomar cerveza Cabrito, que era la más barata. Una de esas noches, como una señora expendedora oía que a Luis Felipe Palencia Caratt lo llamábamos doctor, le pidió que le diagnosticara, en busca de cura a unas viejas dolencias. El literato de Luis Felipe, ni corto ni perezoso, recetó penicilina, que era la droga milagrosa de moda. Como recompensa al *médico* tuvimos una opípara velada con aguardiente y

salchichón cervecero. Después Jaime Díaz Granados escribía versos que recitaban Marceliano Polo y José Francisco de la Hoz, los dos galanes del grupo, para que el costo del consumo fuera el mínimo.

Todo ese deambular por tiendas y calles podía hacerse en la Bogotá de entonces, apacible y un tanto ajena a la inseguridad delictiva. Los crímenes eran cosa rara, y los estudiantes, que tenían fama de perpetuos sin dinero, gozaban de cierta inmunidad en el campo de los atracos. Una vez un tal *doctor* Matallana cometió un crimen y la prensa habló sobre el caso durante varios meses. Aquello no era común y llenaba de miedo a la ciudad.

Los loquitos también hacían la delicia de los parroquianos. El murmullo de las calles solía romperse de tarde en tarde con las palabrotas de Pomponio si alguien le preguntaba si quería queso. La fobia de Pomponio, un cartero particular, era por el queso. Y él, que como cuerdo se portaba ceremonioso y cortés en su trato, perdía la chaveta a la sola mención del bendito alimento. Otro personaje lo fue el *Loco de Tranvía*, frustrado policía del tránsito, que con uniforme y espada, se la pasaba corriendo detrás de todos los tranvías.

En la Ciudad Universitaria los estudiantes contábamos con nuestro propio chiflado. El *doctor* Goyeneche, candidato sempiterno a la presidencia de la República, en todo tiempo estaba en plena campaña proselitista. Era un hombre bajito, con marcadas facciones indígenas, mejillas chapeadas y pulcro vestir. Vivía en la universidad, y el sueldo que le pagaban como ceadador, más las colectas que recogía entre sus *seguidores*, lo gastaba en imprimir hojitas volantes con el contenido de sus programas de gobierno. Entre esos programas, los más celebrados eran los de la pavimentación del río Magdalena, desviando su cauce, para aprovechar la anchura de su lecho natural; y el de colocar un paraguas gigantesco en Monserrate, con el fin de librar a los bogotanos de las constantes mojaduras.

Los estudiantes residentes en la Ciudad Universitaria solían dividirse en dos bandos: amigos y adversarios del *doctor* Goyeneche. Y a veces lo secuestraban los no simpatizantes con su candidatura, encerrándolo y poniendo a prueba su disposición de sacrificio por los idearios y noble causa, como él comentaba. Horas después, enardecidos seguidores lo rescataban y lo paseaban en hombros dando gritos de vivas y entusiasmo, mientras el doctor Goyeneche, en el clímax del regocijo, levantaba su mano derecha para obsequiar saludos.

Tan confiadamente se vivía, que Gaitán, el caudillo que fustigaba al establecimiento y encendía con su elocuencia al pueblo en compromisos de cambio, todas las noches se iba a pie conversando con sus amigos desde su oficina hasta el parque de la Independencia, donde dejaba su automóvil, a una distancia de doce cuadras.

No obstante, la agitación política estaba a la orden del día. El pueblo escuchaba y asimilaba. Gaitán preparaba cuidadosamente sus discursos cuando trataba temas de la concentración de la riqueza y la desigualdad social, la defensa de los recursos ante la voracidad de las empresas extranjeras, y el manejo oligárquico de la administración pública. Era un orador de multitudes por antonomasia. Desde tiempo atrás actuaba como rebelde y fiscal en rechazo a la conducta oficial divorciada de las conveniencias populares. En el caso de las bananeras denunció con vehemencia en el Congreso la complicidad del Gobierno de entonces con la United Fruit Company, que dejó como saldo la muerte y la cárcel de obreros huelguistas. Cuando le explicaba al pueblo que en Colombia había un país nacional, de desposeídos y explotados, y un país oligárquico que disfrutaba la riqueza a su antojo, su elocuencia desenfrenaba estuosidad. A mí me gustaba observar las reacciones de obreros, aparentemente doblegados por la resignación, cuando levantaban sus voces y puños al calor del mensaje de su caudillo,

para salir después, en marcha de antorchas encendidas, a recorrer la Carrera Séptima gritando su inconformidad.

Eran esos días coyunturales apropiados para la insurgencia. En la década anterior una serie de reformas propiciaron el crecimiento económico en los sectores manufacturero y comercial. Pero las conquistas obreras no se daban en armonía con el avance del capital. A los trabajadores se les podía observar en las horas del almuerzo enfrente de las fábricas tirados en el suelo comiendo los cocidos de papa que les llevaban sus mujeres. El partido liberal había perdido sus arrestos, y los campesinos continuaban su éxodo a falta de tierra.

En el claustro la creatividad de los profesores motivaba el ánimo de los estudiantes. Pese a lo novedoso de los estudios económicos, más que la actitud cómoda y fácil de los que se limitan a tomar un manual de autores extranjeros para explicar hipótesis deducidas de realidades extrañas, mis profesores enseñaban con sus propias conferencias y libros. Antonio García acababa de publicar sus *Bases de Economía Contemporánea*; Hernández Rodríguez esbozaba su *Historia del Clan, la Encomienda y el Latifundio*; Leopoldo Lascarro, con sus *Tratados sobre Presupuestos*; Ots Capdequí ya había editado algunos de sus estudios sobre la legislación indiana; Nieto Arteta su famosa *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*; Molina y Jaramillo Uribe compilaban sus notas para sus ensayos históricos sobre las ideas políticas colombianas; Eduardo Larrea, el ecuatoriano que ya había escrito un ensayo sobre el *Ciclo Económico*; y el español Francisco de Abrisqueta, con sus voluminosas conferencias de estadísticas. Y los más jóvenes, como Abdón Espinosa Valderrama, Jorge Méndez, Néstor Madrid Malo, Alfredo Vásquez Carrizosa, entre otros, seguían esa misma ruta de la disciplina y el compromiso creador. Sin lugar a dudas el ejemplo de ellos moldeó inclinaciones por la investigación científica y el ejercicio académico entre muchos de sus pupilos.

A medida que se acercaban las elecciones presidenciales la agitación política tomaba mayor interés. *Jornada* tenía sus oficinas en la Carrera Séptima, y desde los balcones se pronunciaban los discursos. Tanta gente había unos minutos después que el reloj de la torre de San Francisco anunciaba las doce que no se necesitaba convocatoria previa. Apenas sonaban los alto-parlantes, la manifestación se iniciaba. A veces la policía montada perturbaba la actividad proselitista, y en las noches solían dispersarnos con gases lacrimógenos. Los choques entre la policía y los estudiantes eran frecuentes, pero no se iba más allá del lanzamiento de piedras y bolillazos. En ocasiones el propio Comandante de la Policía, un general rechoncho cuyo nombre no recuerdo, nos invitaba paternalmente a conversar, después de las refriegas, alrededor de unos tintos.

De vez en cuando, cualquier domingo, sobre todo a la llegada de visitas de otras partes, a las cuales había que cumplirles rigurosamente la costumbre de llevarlas a conocer Monserrate y el Salto de Tequendama, se organizaban paseos para disfrutar de los prodigios de la naturaleza. Tanto el cerro de Monserrate como el Salto de Tequendama eran los sitios símbolos de la belleza de la Bogotá de entonces. El Salto se mostraba sencillamente esplendoroso. No existían obstáculos que limitaran la corriente, y la caída del caudal resonaba en la distancia. La blancura de la espuma y el vaho de las aguas mezclaban el misterio con la tentación. En ocasiones los amantes despechados se lanzaban a su turbulento lecho como en un ritual de muerte apasionada.

También el Parque Nacional y las retretas dominicales de la Banda de la Policía copaban las exigencias de la distracción. En los bailes los costeños sacaban provecho de su espíritu festivo. Los porros estaban de moda, y a las muchachas les gustaba el ritmo caribeño. En ocasiones los jóvenes bogotanos mostraban desagrado ante los movimientos sensuales de cintura

de los bailarines costeños, o por su desenfado, y los tildaban de guaches. Pero las inquietudes comunes de la vida universitaria y política soslayaban en parte los prejuicios.

Aunque Gaitán cada vez más llenaba las plazas públicas, el oficialismo liberal siguió adelante con su candidato Gabriel Turbay. La preocupación de los dirigentes era la posibilidad que encontraría, como así sucedió, un candidato conservador. Por eso una tarde se recibió con cabalgatas y banderas rojas al doctor Arango Vélez, quien venía de servir en la Embajada ante el Vaticano. Ese día nos encomendaron a los universitarios el desfile, y desde el Parque de la Independencia, adonde llegaban los buses de la Universidad Nacional que traían a los estudiantes, partimos con un mar de banderas rojas.

Arango Vélez no estaba decidido, y en su discurso se limitó a explicar el contenido de un libro sobre el triunfo de Cristo sobre Marx, y a declarar que él no tenía aspiraciones. El viernes inmediato Gaitán se refirió a esa frase, y comentó que quien en Colombia no estuviese en disposición de servir a la comunidad en las más altas y comprometedoras posiciones, era un mediocre o un mentiroso.

Las elecciones fueron favorables al doctor Ospina Pérez, candidato del conservatismo. Turbay salió al exterior y Gaitán asumió la dirección plena del liberalismo y de las mayorías parlamentarias.

En el Congreso, Gaitán dio inicios a sus propuestas con la presentación de proyectos de Ley. Uno de ellos, y en cuya redacción yo participé en mi condición de universitario, fue el de reforma bancaria y nacionalización del Banco de la República. Con Antonio García, Alberto Silva, Augusto Espinosa Valderrama, y todos los demás que fungían de ideólogos, se

llevaban a cabo reuniones con el objeto de preparar estudios y proyectos.

Pero al lado del proselitismo activista liberal encaminado a la reconquista del poder para propiciar las propuestas y reformas de Gaitán, en los campos se dio inicio a la violencia. Todos los días la prensa publicaba noticias de muertos con fines de amedrantamiento. Una tarde Gaitán reunió en la Plaza de Bolívar la más multitudinaria manifestación silenciosa de protesta, para pedirle al Presidente, en nombre de los muertos, la concordia y la paz. Yo estaba debajo del balcón donde él extendía sus brazos como queriendo recoger el sentimiento de cien mil personas que escuchaban su mensaje. Fue la última vez que lo vi de cerca, porque mi oficio de periodista acreditado ante la Novena Conferencia Panamericana, me mantenía pendiente de los sucesos preparatorios.

El 9 de abril de 1948, unos minutos después de las doce de la mañana, salía del Capitolio Nacional, sede de la Conferencia, en compañía de mi condiscípulo, y también periodista, Manuel Lorenzo. Manuel era un exiliado dominicano que trabajaba en *El Liberal*, el periódico fundado por Alfonso López Pumarejo. Juntos cubríamos las sesiones de la Conferencia. Precisamente en la noche anterior hicimos reportajes a Rómulo Betancur, que presidía la delegación venezolana. Betancur y su presidente Rómulo Gallegos gozaban de las simpatías gaitanistas. Acción Democrática, el partido de ellos, venía de cumplir un historial de lucha contra la dictadura de Juan Vicente Gómez y la penetración imperialista. En esa velada-reportaje los jóvenes exiliados que estudiaban en Bogotá trataban de lograr el respaldo de los delegados demócratas para el repudio a las dictaduras militares.

Manuel Lorenzo, que era compañero de inquietudes izquierdistas, me dijo, a manera de guasa, mientras bajábamos las gradas del Capitolio: Mira a tu jefe, que viene detrás de nosotros. Yo miré, y vi al doctor Laureano Gómez,

que en su condición de Canciller caminaba acompañado de dos personas, Era la primera vez que veía al jefe del Partido Conservador.

Pasada la una de la tarde, después de almorzar, yo estaba en mi pensión, por los lados de San Victorino. En esos momentos escuché por la radio los gritos de mi amigo Hernando Garavito que pedía al pueblo que saliera a la calle a vengar a su jefe. De inmediato el dueño de la pensión vino a decirme con los ojos empapados en lágrimas que habían matado a Gaitán. A los pocos segundos seguía detrás de los cientos de personas que dejaban sus trabajos para llegar a la Séptima. Allí encontré a mis amigos, entre ellos a Manuel Zapata Olivella, quien me hizo entrega de un machete, que abandoné al poco rato, porque nunca supe de un oficio distinto para esa herramienta que aquella que le daban mis paisanos cuando cortaban las malezas de sus rozas.

Minutos después, un bus de la universidad nos recogió para que fuéramos a los barrios a arengar a los trabajadores. En el camino se nos ocurrió visitar la oficina de Jorge Uribe Márquez, en busca de órdenes precisas. Hasta ese momento el pueblo pensaba, en medio del dolor y del tumulto, en la toma del gobierno y en el juicio a las oligarquías. Allí estaba Antonio García y muchos amigos cercanos de Gaitán, pero a ellos solo se les ocurrió recomendarnos que nos quitáramos las corbatas para poder identificarnos. Al regreso de los barrios, el caos se iniciaba. Algunos saqueaban almacenes y tomaban licores. Por todas partes hacía falta la organización para conducir al pueblo hacia el poder. Al llegar frente a la Radiodifusora Nacional, un piquete de policías sublevados, con pañuelos rojos en sus cuellos, esperaban que alguien los mandara, pero ni yo ni mis compañeros sabíamos nada de eso. Después Manuel Lorenzo nos llevó en el bus muy cerca del Capitolio Nacional. Sin saber qué se proponía, subimos las escaleras del Capitolio hasta alcanzar la oficina asignada a la delegación de su país. Allí arrancó un retrato del dictador Trujillo y comenzó a darle puntapiés. Después nos dijo

con voz temblorosa: Ya he satisfecho un anhelo de años; he representado a mi pueblo en este acto simbólico.

Como a las cuatro de la tarde habíamos regresado por los lados del Café Molino, que quedaba en los bajos del edificio de *El Tiempo*, en la Carrera Séptima con la Avenida Jiménez de Quesada, o sea, en la parte más céntrica de la ciudad. En ese momento dos tanques de guerra, con soldados encima, se dirigían al Palacio de Nariño. El pueblo, que ya estaba con armas en la mano, confiado los saludaba con vivas. Después supe que el joven teniente, que sonreía al pueblo y retornaba sus saludos, al llegar a la puerta de Palacio, ordenó cañonazos y ráfagas de ametralladoras a la multitud delirante.

En la noche la ciudad ardía por todas partes, y los muertos se apiñaban en aceras y calles. Era un espectáculo dantesco que yo jamás había imaginado. De todas partes disparaban y nadie podía considerarse libre del peligro. El pueblo no solo había perdido a su conductor, sino que pagaba con sangre su insurgencia. Miles de cadáveres iban dejando los soldados a medida que avanzaban en las calles. Bajo el silbido de las balas me refugié con unos amigos en una pensión que aún quedaba libre del fuego. La bondadosa señora propietaria nos hizo tirar en el suelo para librarnos de las balas perdidas. Fueron ratos de angustias y de desolación. En esos instantes me di cuenta que había terminado una etapa de ilusiones y confianzas, y se abrían las puertas a un estado de violencia y de muerte nunca antes conocido. Desde ese momento las cosas serían distintas a la simplicidad e ilusiones de la infancia y de los primeros años de la juventud. Muchos sueños quedaban sepultados.

BRISAS Y VERANOS DEL AYER

LAS BRISAS DE MI NIÑEZ tenían un sonido especial. Yo las recuerdo a la caída de la tarde, recostado a los mamones, que casi siempre eran los árboles que quedaban en pie para servir de refugio y albergue en las rozas de millo y algodón. A esas horas, después de la jornada del día, mi padre y mi hermano se alejaban en busca de la leña y la hierba que se llevaba a la casa. Y a mí me dejaban cuidando el calabazo que conservaba el agua fresca y los sacos repletos con el fruto de la cosecha.

El miedo que me producía la soledad se mitigaba con la cadencia de las hojas secas al pasar el viento. Siempre la imaginación tenía mucho qué ofrecer. De noche los vecinos del pueblo se reunían a contar los mismos cuentos de aparecidos y fantasmas. A los niños nos asustaban esas creencias, pero allí estábamos, con la boca abierta, escuchando las historias del Hombre sin Cabeza, la Bola de Fuego y la Gallina con los Siete Pollitos. Las noches sin luna y sin estrellas eran propicias para relatos y temores. La oscuridad predisponía la escena para estar casi siempre pendiente de los duendes y las malas horas. Pero yo sabía refugiarme, cuando el sol comenzaba a teñirse de rojo, en la vivienda de la lejanía. Las bandadas de galanderos que cruzaban el horizonte semejaban las nubes de abril. A veces caían en los matorrales cercanos, cubriéndolos con el amarillo de sus plumas para llenar el ambiente

de ruidos y chirríos. Entonces me armaba de mi honda y de las piedras chinas para alejarlos, pues en cosa de minutos daban cuenta de centenares de mazorcas.

Pero en verdad lo que más me solía distraer en mis ratos de espera era el sonido de las flautas de los campesinos que se quedaban pajareando sembrados. No hay un instrumento musical que suene más bello que una flauta de millo en lontananza. Toda la sencillez, la tristeza y los sueños del hombre del campo parecen escaparse en sus tonadas. En esas melodías imita los pájaros y revive sus leyendas como para seguir compartiendo el hechizo de la naturaleza. El viento es el cómplice feliz de sus cadencias: en el silencio del campo sigue su huella. Y yo las buscaba, en mi quietud obligada, entre el sonido de las hojas y el canto de tierrañas, mochuelos y candelillas.

El verano era la brisa fresca y juguetona, pero también la melodía y el color. Los pájaros parecían llegar al festín de las espigas. Las cotorras y loros con el ropaje verde y la algarabía; los montañeros y canarios con el trino. Había momentos en que todos parecían ponerse de acuerdo para ensayar juegos orquestales. En esos meses también se dejaban ver las flores, y se hacían los paseos en busca de patillas y orquídeas silvestres.

Para los niños el verano era generoso. Porque después de la recolección se nos dejaban las marañas. Yo tenía mi grupo que me acompañaba a recoger las últimas motas del algodón perenne. Con las pocas libras que recolectábamos se compraban las arepas y raspados. Eran los días de la abundancia. Y como cada uno se ocupaba en sus afanes, se olvidaban los muertos y las ánimas en pena. Nadie iba entonces a recostarse en las arenas del arroyito a escuchar cuentos tenebrosos, sino que se permanecía allí, al lado de las fritangas y la tina de guarapo, para gastar centavos después de haber elevado las cometas.

PRODIGIOS DE LA CUMBIA

LA COSECHA DE MILLO había sido buena, y las trojas estaban repletas. Ya en las calles se escuchaban los pregones de las muchachas ofreciendo “alegrías” y bollos calientes. En verdad esto ocurría siempre en las siembras de postrera, cuando las lluvias eran abundantes. Se iniciaba diciembre, y todos preparaban sus ánimos para la fiesta de las velitas.

La tarde del sábado el sonido del tambor rompió la rutina. Era Teófilo Angulo que anunciaba la cumbiamba de esa noche, presagio de un verano alegre. Vivía al sur de la loma, y desde allí enviaba su mensaje festivo. Toda su familia lo acolitaba, y hasta a los niños se les veía en los ensayos con los ojos fijos y las orejas abiertas.

Yo estuve cerca de Teófilo unos años después. Una mañana llegué a su rancho en compañía de Peyo Pineda. Ya vivía solo con su mujer, bajo el peso del tiempo y de la artritis. Sus dedos no eran los de antes. Ahora los tenía deformes. Pero al vernos se levantó de su cama de viento y colocó entre sus piernas su compañero de toda la vida: el llamador. Entonces, sin que nadie lo pidiese repitió la historia de su disputa con el diablo en el camino al cementerio. Fue la última vez que sus manos callosas golpearon el cuero roído por el uso en tantas parrandas. Y como sus dedos no podían

doblarse con la prontitud necesaria para buscar el sonido adecuado, relató su hazaña con la ayuda de la palabra. “Aquí lo espanté con este golpe de trueno, murmuraba con la cabeza hundida. Después, con el ritmo rápido, le cerré las salidas para acorralarlo. El muy mañoso parecía amenazarme con sus ojos de candela y los cachos puntiagudos, pero mis toques en cruz lo mantenían a distancia. Cuando toqué la Mujer Alborotada no pudo contenerse y comenzó a bailar. Entonces dio media vuelta y se fue corriendo por donde había venido.”

Teófilo también se burlaba de la muerte. Uno de sus sones más populares recogía el canto del Guacabó, el ave agorera de fatalidades, si ella cantaba era para presagiar difuntos. Teófilo convirtió el miedo en gozo e hizo del trino asustadizo una melodía que invitaba a la danza. Precisamente su hijo el flautista ya se la sabía de memoria, como todas las demás, para estrenarla en la cumbiamba de esa noche.

A eso de las siete los muchachos compraban los paquetes de espermias para ofrecerlos a sus parejas. Había ron blanco de la renta y tapetusa del alambique clandestino de Miguel Fonseca. La fiesta se prendió en la plaza, al pie de la loma, y a los pocos minutos la rueda de candela giraba bajo el embrujo acompasado. Ahora nadie se acordaba de las angustias en los momentos de largura del veranillo de San Juan, de los barriales que estorbaban el paso de los burros con sus cargas, ni de las crecientes del arroyo vecino que en octubre inundaba patios y alcobas. Sin embargo en aquella embriaguez del regocijo algo faltaba. Tanto los bailarines como los espectadores estaban pendientes de la llegada de Rafael Reyes y Jacinta Mercado, almas del jolgorio. Ellos siempre se encontraban, sin que se pusieran de acuerdo para hacerlo, cuando las Siete que Brillan, estrellas favoritas de los campesinos, parecían estar encima del redondel para iluminar también el espectáculo. Mana Jacinta traía su roja flor de cayena en su moño. Era vieja como todas

las grandes cambiaderas, y primo Rafa estrenaba chñelas y pantalón de lona con pretinas.

Teófilo sabía del compromiso cuando Rafael y Jacinta entraban a la rueda. Se empinaba la botella y parecía recobrar fuerzas y entusiasmo para arrancar al tambor más resonancia. Lo mismo hacía su hijo con la flauta de caña. Jacinta iniciaba el rito con el coqueteo insinuante de sus pasitos cortos. Nadie veía sus pies cubiertos por la larga pollera, pero sus suaves movimientos podían imaginarse. Era la plasticidad de la danza y la gracia revestida de sencillez. Al primo Rafa se le dejaba espacio porque todas las miradas lo seguían en el círculo. El ritual encontraba en el acercarse y alejarse para esquivar la llama de las velas su sublime simbolismo. Cuando daba la vuelta a su pareja, su brazo derecho, casi tocando el suelo, semejava el ala abanicada del gallo en su cortejo. Allí, en sus gestos armoniosos se notaba el vigor de la tambora un tanto domado por la melancolía ancestral de la flauta: milagros del sonido con su herencia triétnica amasada en el Caribe... ¡prodigio de la cumbia!

MI PUEBLO, AYER Y HOY

CAMINO POR LAS CALLES DE MI PUEBLO. Mejor dicho, por su calle. Porque mi pueblo solo tiene una calle larga. Es de noche y la luz eléctrica se ha ido. Yo estoy contento, y mi gozo sorprende a mis acompañantes. Entonces me detengo, como solía hacerlo, cuando niño, en la loma de la iglesia, para contemplar el cielo. Y allí parece estar, como antes, con sus estrellas y luceros.

En el pasado era esa la mejor distracción nocturna: nos gustaba jugar a la contemplación y los deseos. Acostados en la peña, boca arriba, pasábamos las horas mirando las Siete que Brillan, las Tres Avemarías, los Ojitos de Santa Lucía... Y sabíamos distinguir entre las estrellas rutilantes y los luceros. Después venía el momento de mirar el horizonte para descubrir el descenso fugaz de los meteoritos. En los pocos segundos de su incandescencia había que pensar en los anhelos. Los míos eran casi siempre los mismos: hallar, después de la lluvia, una moneda de un céntimo para poder comprar guarapo. Porque la calle tenía tanta arena que era difícil encontrar las monedas cuando se les caían a los mandaderos. Claro está que cuando se perdía una moneda de diez o veinte, de pura plata, todos los vecinos estaban allí con sus totumas y coladores buscándola. Al pasar la fuerte lluvia, los niños caminábamos con la vista clavada en la tierra, convencidos del presagio celeste. Mientras miro, un punto luminoso sigue un camino largo. Pregunto

qué es, y me dicen que un satélite. Ya los campesinos los conocen, como conocían antes el lucero de la mañana, que les servía de compañía, en las trochas solitarias, cuando marchaban, encima de los burros, a sus rozas, en las madrugadas claras.

Me sorprende aquello, y comparo el presente con el ayer. Alguna vez, admirando las virtudes de la sociedad socialista en la Unión Soviética, al responder a mi intérprete, que orgulloso describía el espíritu comunitario y la moral sin egoísmo, le dije: igual que en mi pueblito, cuando era niño. Apenas si se diferencian porque allá existía la propiedad privada sobre la tierra al lado de los ejidos. Entonces recuerdo las fajinas y convites para limpiar los caminos, quemar los predios de las siembras, recoger las cosechas o construir las casas. Las frutas eran silvestres. Todos los campos se cubrían de cerezas rojas, juangarrotes, jobos, mamones y piñuelas. Y las frutas sembradas, como los mangos y cocos, se obsequiaban. Yo comandaba un grupo de muchachos, que competía con los pajaritos todo el año, buscando ciruelas y guayabas. Con las flores sucedía lo mismo: en las tardes las mujeres se iban de paseo a recoger margaritas y San José, la orquídea silvestre.

Después vino el desarrollo del subdesarrollo capitalista. Detrás de la carretera llegó el poderoso de la ciudad, que se robó las tierras comunales, compró los terrenos y desalojó al campesino. Las palmas, que suministraban el techo de las viviendas, y los árboles que daban la madera y los frutos, se tumbaron para sembrar las hierbas de una ganadería extensiva que no ocupa mano de obra.

Ahora hay luz eléctrica, pero en casi todas las familias los padres y hermanos no están, porque deben emigrar a Venezuela en busca de trabajo. Y los campesinos no tienen flores ni frutos. Y hasta el cielo parece haber perdido las estrellas.

DE LA LECTURA Y EL RELATO A LA TELENVELA

“Nadie canta porque ya le cantan a él; ni tiene nada que decir porque ya se lo dicen, y ni siente el menor deseo de hablar porque hay una máquina que llena su silencio. Ni tampoco las palabras de amor son necesarias: para eso están los romances de las telenovelas.”

Rafael Oñoro Urueta

DE LA LECTURA QUE SE HACÍA EN FAMILIA EN EL AYER, a la telenovela de hoy, han pasado muchos años. Pero, sobre todo, un mundo complejo de causas y efectos separan las dos modalidades.

Yo recuerdo las veladas vespertinas de mi pueblo. A casa del abuelo acudían los vecinos para escuchar a Petronita, la misma que todavía anda por las calles de Barranquilla, con la ayuda de un bastón, vendiendo las boletas de la Rifa Roqueña. Ella, la de fácil lectura y voz romántica, sabía darle a cada pasaje la entonación acorde. Los libros que se tenían a la mano eran pocos, y muchos de ellos, de tanto escucharlos, casi se sabían de memoria. Aunque, para decir verdad, *María*, *El Quijote*, *Quo Vadis* y *Genoveva de Brabante*, gozaban de favoritismo.

Los campesinos de todos los rangos, tal como sucede ahora, vivían el mundo de los personajes, y le daban cabida en sus hogares. Algunos se sorprenden en estos tiempos de dependencia electrónica porque las madres bautizan a sus hijos con los nombres de los superhombres gringos. Mi vecina en Pradomar, a su hermoso ejemplar de raza de ébano, lo llama Jonatán, a pesar de los ojos azules del tocayo de “Los investigadores” y las protestas de su marido Florentino. Mi tío José de la Cruz, puso a parir veinte años seguidos a su mujer para acomodarle a sus hijos los nombres de los cristianos y romanos de *Quo Vadis*. Por ahí sobreviven todavía con el peso de los caprichos de su padre mis primos Petronio, que cuida gallinas y nada sabe de elegancia; Ursus, más bien enclenque y libertino; Ligia, gastada por el paso del tiempo, y Vinicio. Ni los perros se les escapaban, ya que recibían los nombres de los “malos” del reparto: Nerón y Tigelino cuidaban de su roza cuando se alejaba en sus parrandas.

A mi tío los recuerdos de las lecturas de Petronita lo acompañaron toda la vida. Cuando se fue a vivir a Molinero, en uno de esos *delirium tremens* que solían seguirle después de sus largas borracheras, se le dio por liberar doncellas del peligro de monstruos. Una noche, camino a “Caño Grande”, lo encontraron sus amigos persiguiendo, a todo galope, en su burro bayo, a la “Bola de Candela”. Tan demacrado estaba que sus grandes bigotes desteñidos por el uso y abuso del cigarrillo y el café, casi le cubrían todo el rostro. En su apagado discurso hacía mención de algunas de las peripecias del Hidalgo de la Mancha.

También, como ahora, las lágrimas corrían por las mejillas de chicos y grandes. Varias veces, a pesar de mi niñez, compartí angustias y tristezas con Efraim y el Conde Sigifredo. En las noches de invierno, la lluvia interminable y menuda de octubre hacía más íntimo el ambiente. Todo entonces parecía propicio para compenetrarse con la trama. La oscuridad cercana y

el tenue sonido de las gotas al caer en las hojas, apenas perturbadas por la lamparita de gas y el croar de las ranas, parecía apretujar la atención. Un mundo de paisajes y escenarios desfilaba por la imaginación a medida que Petronita leía. Y, de vez en cuando, se le solicitaba que repitiera y explicara, o se hacía una pausa para comentar cada uno a su manera.

Como yo nunca había salido de mi pueblo, todas las escenas descritas por los autores las buscaba en el paisaje conocido. Si se hablaba de ríos o mares, allí estaban el arroyo y las pozas; y cuando el tema era el bosque, entonces abandonaba la única calle del pueblo para pensar en la Loma de los Indios o el Cerrito de las Pavas. Era cierto que muchas cosas no las comprendía, pero yo les daba solución al figurar mis propios escenarios.

Los sábados, domingos y días de fiesta, buena parte de los campesinos se daban cita en el callejón del Arroyito. Los adultos permanecían de pies, para no ensuciar sus vestidos blancos de lona o dril sedoso, al estilo de algodón. Los jóvenes y niños se tiraban en el suelo para gozar del fresco de la arena blanca. Casi siempre, después de hablar de las lluvias, el tema favorito eran los cuentos de las malas horas. Entre los contertulios algunos gozaban del arte del relato. Con toda clase de detalles imitaban los quejidos de la "Llorona Loca", o el andar presuroso de la "Gallina con los Siete Pollitos". Aquellos espantos eran criollos, del hábitat, como dirían los sociólogos, y, pese al miedo que infundían, su origen procuraba el respaldo de las buenas costumbres. Porque los fantasmas, casi siempre, solo dejaban los cementerios a las doce de la noche, tal vez con el objeto de asegurar que los maridos libertinos estuviesen desde muy temprano al lado de los suyos.

En otros casos, el misterio encubría la picaresca o los pecadillos de un galán furtivo, que tomaba la apariencia del "Hombre sin Cabeza", para pasar la calle, libre de la curiosidad de los chismosos, hasta llegar a la alcaoba de una púdica viuda o de la joven amante.

Yo me llenaba de miedo, pero siempre estaba allí, de los primeros, con la boca abierta y los ojos encendidos, sin querer perder un gesto ni una palabra, aunque por lo regular, fuesen las mismas historias. Después, con el susto a la espalda, salía corriendo para alcanzar la puerta de mi casa. Recuerdo que una vez cerré los ojos para no ver la “Mano Peluda”, y en mi loca maratón caí en medio de una cría de puercos que dejaron su descanso despavoridos, mientras a mí me auxiliaban los vecinos. Después, en las reuniones de niños cada uno ensayaba otras versiones, o repetía, con su particularidad, las ya conocidas. De todas maneras aquellas prácticas expresaban el folclor y condicionaban la creación, sobre todo cuando el diablo era vencido en duelo por tamboreros, o por improvisadores de décimas.

Lástima que no haya tiempo para referirse a los cuentos de Tío Conejo y de la Varita de la Virtud, obligatoriamente contados por cada uno de los asistentes a los velorios.

He vuelto a mi pueblo con la ilusión de encontrar en el horizonte al cometa Halley. Con binóculos en las manos subo a lo más alto de la loma de la Iglesia. Hasta allí llegan mi compadre Gregorio, que hace de patriarca, el rector del Colegio y otros amigos más. Les hablo de mis propósitos, y ellos no parecen comprender. Entonces les explico que tengo en mi memoria los cielos estrellados de mi infancia. Ya nadie mira al cielo, me dice el compadre Gregorio, y al cometa lo vieron en la televisión. Se queda pensando, y declara con aire de nostalgia; pero yo lo vi desde este mismo sitio cuando apenas tenía nueve años. Aquí venían los del pueblo a distinguirlo con su cola brillante. Eran los tiempos en que los vecinos, amigos y parientes, salían a la calle a conversar, para contarse las buenas y las malas. Ahora las calles permanecen vacías. Todo el mundo está enfrente de esos aparatos pendiente de las telenovelas...

LA NAVIDAD EN MI PUEBLO

LA IGLESIA DE MI PUEBLO no tenía techo de teja ni de ninguna otra clase, pero yo la recuerdo como la más bella del mundo. Muchísimos años atrás un incendio que arrasó la mitad de las casas de paja de la calle principal, solo le dejó en pie las paredes laterales y el altar de la Inmaculada. Por eso desde su interior podía contemplarse la misteriosa majestad de los cielos de diciembre. Y el sitio y el tiempo eran apropiados para alimentar imaginaciones infantiles. La iglesia estaba encima de la loma, y como entonces la luz eléctrica no existía en mi pueblo ni en ningún pueblo vecino, la naturaleza entregaba su espectáculo sin perturbaciones limitantes. Los cielos de finales de diciembre eran límpidos, y las estrellas tantas, que a veces parecían regatear su sitio con los luceros y planetas. Pero todos sabíamos distinguirlos, porque una noche el profesor nos dijo que las estrellas eran como los enamorados coquetos que guiñaban los ojos. Los luceros, en cambio, semejaban los robles florecidos, inmóviles y amarillentos; mientras los planetas, bañados por la luz del sol, estaban en sus predios lejanos con el mismo color de las lunas llenas.

Yo he visto después las cúpulas y bóvedas más famosas: pero sigo pensando, con testarudez romántica, que nada del arte creado por el hombre puede igualar a la obra de la naturaleza. Más bello para mí sigue siendo el decorado

sin límites de mi iglesita al descubierto, que todo el esfuerzo creador de los artistas en las catedrales de Roma o de Quito.

Nunca se me olvida la primera vez que me permitieron trasnochar un 24 de diciembre. La fiesta de la Navidad era simple, con la simpleza de las cosas bellas. Las campesinas estaban en la iglesia mirando un pesebre rústico, hecho a su manera, y cantando coplas y villancicos. A los niños nos dieron el encargo de sonar los pitos para alegrar el ambiente. Más que utensilios para el ruido, que poco entonces se conocían, ocupábamos nuestras propias manos y labios para silbar con más fuerzas. Era un ruido infernal si se tiene en cuenta el silencio de entonces de un paisaje bucólico nocturno, apenas perturbado por los cantos de los gallos o los rumores de las brisas. Sin embargo todos los niños estábamos con los ojos fijos en el cielo en busca de la Estrella de Belén. Sabíamos que en cualquier momento ella estaría allí señalando el camino a los vecinos retrasados para que viniesen a ver al Niño Dios. Y como al final, a pesar de nuestros esfuerzos, el sueño doblegaba, por la mañana los adultos nos relataban su presencia.

En Navidad los niños jamás recibíamos juguetes. Pero los padres permitían que los hiciéramos. Y como era el fruto de nuestro trabajo, duraban mucho. Ahora mis nietos, destruyen los tanques de guerra o las patrullas de policía que fabrican los japoneses, en cosa de minutos. Y los sicólogos dicen que eso es bueno, porque señala curiosidad por saber la razón del movimiento, o del ruido de las ametralladoras. Los niños de mi tiempo, que por su propia cuenta elaboraban sus juguetes, conocían de sus simplezas revestidas por el milagro de la imaginación, y por eso no los dañaban.

En grupos salíamos bien temprano en busca de carretes en las alturas de las ceibas blancas. Y bastaba con extraer las fibras pulposas de los ejes de esos frutos para tener las llantas de los camiones y carretas. Lo demás era fácil. Los calabazos tiernos se convertían en vacas y burros, hundiéndoles palitos que hacían de patas y rabos. Después, en los patios sombreados, y con

ramas partidas en pequeños trozos, se armaba el corral. Allí estaba nuestro pequeño mundo para hacer las veces de las civilizadas *disneylandias* de estos días. Otros armábamos cometas. Yo todavía tengo en mis dedos las cicatrices de los descuidos en el manejo de pedazos de vidrios con los cuales pulía las astillas de cañabrava. Siempre las hacía en forma de estrella con arandelas y runrunes zumbadores.

Los niños del ayer en sus juguetes imitaban a su hábitat. Pero lo que más importaba es que desde la infancia moldeaban su futuro. A nadie se le ocurría construir una pistola para salir a jugar a matar a otros. Las películas de los *cowboys* norteamericanos no se conocían, ni ningún profeta espontáneo osaba presagiar estos tiempos enfermos de atracos, mafias y pérdidas de valores morales. Nos gustaba, de mañana, jugar en pequeño con las cosas que hacían los grandes, y en las tardes con los vientos. Los corrales con sus vacas y sembrados simbolizaban el trabajo cotidiano; las cometas, en su afán de buscar las alturas, lo ignoto y porvenir. La Navidad era fiesta favorita, tal vez porque el personaje central es un niño. Para mí tiene una significación particular, especie de mezcla de nostalgia y anhelo irrealizable. Porque siempre se me viene a la memoria, en las ilusiones del regreso, los versos que escuchaba de mi madre en esos días:

*La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va;
y nosotros nos iremos,
y no volveremos más.*

Yo no pienso, como a lo mejor lo hizo el poeta, en el viaje de la muerte. Mi problema es con el tiempo ido, o simplemente, con el retorno a las calles y a la gente de mi pueblo. Quién pudiera volver a lo pasado o desandar lo andado, como se dice en la frase del pleonismo permitido, para quedarse hasta siempre. Sé muy bien, como lo recuerda Neruda, que nosotros los de entonces ya no somos los mismos. Pero cierro los ojos y me consuelo con mis sueños que siguen mostrándome los mismos caminos, el mismo cielo y la misma Navidad.

EL ENCANTO DE LAS LLUVIAS

HE VUELTO A OÍR las explicaciones científicas sobre las causas de la lluvia. Y ahora con la ayuda de la televisión y los aviones, que le permiten a los informantes y espectadores estar en la propia escena, para contemplar el fenómeno que provocan las reacciones químicas. Y aunque también quedo absorto, recuerdo con nostalgia la simplicidad de las creencias de los tiempos idos.

En mi pueblo las angustias tenían inicios en mayo. Ya era el momento adecuado para las siembras del primer semestre, y las lloviznas apenas habían coqueteado en el caprichoso abril. Entonces comenzaban las rogativas a la Cruz de Mayo, especie de diosa de las aguas y el buen tiempo. Y el día tres salía su procesión, con la cual expresaban su fe los campesinos promeseros. Don Manuel Redondo, curandero y custodio de la tradición religiosa, la guardaba todo el año en su casa, cubierta con tela negra y rodeada de regalos, casi siempre figuritas de plata y oro alusivas al recuerdo grato del bien recibido.

Y nunca olvido dos sucesos que se repetían en medio de la expectativa y la fiesta, el regocijo delirante de los fieles cuando se daba la feliz coincidencia del caer de las gotas del cielo en la tarde del desfile, y la actitud rebelde, insólitamente solitaria, del mono Gregorio, un liberal descreído que gritaba

a todo pulmón, en lo mejor de su juma, que jamás doblaría su rodilla ante los pedazos de madero que él había visto armar a Fernando Barraza, el carpintero del pueblo. El mono Gregorio era veterano de las jornadas de la Zona Bananera, y allá había aprendido, por boca de un maestro ciudadano, que los hombres inventan sus propios dioses ante la impotencia de dominar la naturaleza. Sus chácharas no eran ningún muestrario de dicción didáctica o científica, pero no dejaban de inquietar a los curas españoles y antioqueños, con sede en Sabanalarga, que por pocas horas tenían que soportar las impertinencias de la libre expresión, intoleradas en otros tiempos, que se iniciaba en el gobierno de Olaya Herrera.

Los niños, que tampoco entendíamos las explicaciones de los profesores sobre el choque de nubes con distintos tipos de electricidad, pasábamos buena parte de la prima noche esperando el regreso de las viajeras blancas, que al decir de nuestros padres, iban presurosas al mar a beber el agua que después derramaban. Poco nos importaba el problema de los mayores, con sus rozas de maizales sedientos. La lluvia nos llenaba los arroyos para acudir en bandadas a nadar, y a recoger los jobos que las corrientes traían de los bosques. También en las calles, después del aguacero, los muchachos buscábamos las monedas de centavos que se perdieron antes en los arenales. Las lluvias, además, eran aliadas para no ir a la escuela, y jugar a los zancos en medio del barro y de los charcos. Por eso todos queríamos las lluvias, y nos gustaba más la esperanza del milagro que la rigidez inexorable de las leyes metereológicas. Y estábamos allí, también al pie de la Cruz de Mayo, deseosos de que ellas viniesen con el frescor de sus aguas a calmar la picazón del sarpullido de los calores sofocantes.

Ya en mi pueblo no se festeja el 3 de mayo, y pocos se acuerdan de su Cruz. Y no es que las tesis del mono Gregorio se tengan en cuenta, sino que los afanes son de otro tipo: las tierras que antes se labraban y pertenecían a los

propios vecinos, ahora están en manos de propietarios que viven en la ciudad, y las mantienen en ocupaciones distintas, de ganadería extensiva o de valorización. Tal vez los ruegos de los habitantes de mi pueblo sean ahora para el santo que vela por las reformas agrarias, con el deseo de volver a tener un pedazo de tierra dónde trabajar.

NAVIDAD Y JUGUETES

LAS CALLES DE LA CIUDAD están llenas de juguetes. Poco le pertenecen al pueblo, pero allí están. Casi todos han llegado del Japón o de otros sitios como símbolos de civilizaciones electrónicas y automatizadas para desplazar, sin mediar permiso, los simples pero auténticos objetos que pulían las manos de artesanos siempre prestos a complacer los caprichos de los niños con sus mueblecitos, guitarras y buses de madera o lata pintada al estilo de los cuadros costumbristas de Noé León. La abundancia de ellos, ofrecidos en aceras y calzadas, es engañosa: en verdad si hay muchos vendedores ambulantes es porque carecen de trabajo fijo, y en la lucha por la vida esperan a los padres de ingresos limitados que sacrifican gastos prioritarios para evitar la frustración de sus hijos.

En mi niñez no conocí los aguinaldos navideños. Los niños de mi pueblo teníamos que fabricar nuestros propios utensilios de juego. Con los calabazos tiernos hacíamos los toros y vacas del corral, después de colocarles cinco palitos a manera de patas y rabo. Éramos creadores y sabíamos manejar el cuchillo viejo o los vidrios de botellas rotas, para construir las varillas de las cometas o dar forma a los trompos.

Las costumbres han cambiado mucho. En el ayer, los niños pasábamos

todo el año ocupados proporcionándonos los medios de las distracciones, cada mes o en cada estación se practicaba un juego distinto: en el invierno, los zancos; en el verano, los trompos; en agosto y diciembre, las cometas. Los mejores trompos eran de guayacán, canaleta o ceiba. Tan solo de Barranquilla se llevaban las pitas y los papeles de colores. Hasta hace poco yo seguía haciendo las cometas de mis hijos, con arandelas zumbadoras, adornos de estrellas y rabos de trapos. Después vinieron el yo-yo de la multinacional Coca-Cola, con jóvenes exóticos que exhibían sus habilidades y trucos, y los globos de plásticos: Lo arraigado y nuestro cedió el paso a lo extraño y complicado. Ya los niños no quieren jugar a la uñita, que obliga a pensar en estrategias defensivas o deleitarse en las escondidas, que impulsa al ejercicio y el ingenio. Ahora permanecen sentados horas y horas delante de máquinas que tragan monedas para enseñarles el diabolismo de la guerra, con la destrucción de aviones, submarinos y tanques.

Ya la Navidad no es la Navidad. La fiesta religiosa, con símbolos de pesebres modestos que a pesar de su origen oriental semejava el mismo hábitat de nuestros campesinos, con sus asnos, gallinas, ovejas y terneros, entró en el torbellino del comercio, con un Papá Noel rodeado de nieve y con un talego repleto de obsequios como muestrario de una opulencia tan distinta a la pobreza y el recato del hijo del humilde carpintero.

La Navidad se aleja y los que no podemos detener el tiempo, ni desandar lo andado, cuánto daríamos, como lo anhelaba el poeta, por el dulce milagro de *“niñez temblando, a un alba de inocencia renacer”*.

RECUERDOS DE SEMANA SANTA

EN MI PUEBLO LA SEMANA SANTA, la gran fiesta religiosa, transcurría con poca religiosidad. Más bien era el tiempo del folclor culinario, los vestidos nuevos y los juegos campestres de los niños.

Desde el lunes cada familia comenzaba a preparar sus platos y dulces favoritos para su tradicional intercambio entre vecinos y familiares, siempre había unas ensaladas comunes que solo se comían en marzo o abril: salpicón con bagre seco, mote de ñame con cebolla cruda y trocitos de papaya verde envinagrados. El pescado tenía poca gracia, porque casi todos los días del año estaba en la mesa campesina. De la laguna de Guájaro traían el boca-chico, la mojarra y el arenque “pecho fino”. En la madrugada se iban los del negocio en sus burros para regresar a las once de la mañana con cajones repletos de pescado fresco. Después, a freírlo para que, más tarde, un grupo de niños recorriera la calle principal, que era, y sigue siendo la única, con el pregón de su oferta. Pero en Semana Santa nadie trabajaba. Entonces la lisa y el bagre, que colgaba en las vigas de las tiendas, reemplazaba las otras carnes, en compañía de los camarones y el chipichipi de agua dulce.

Sin embargo, lo más apetecido eran los dulces, y entre ellos, los de coco, guandul, guayaba, papaya, mango y tomates. Las frutas se daban en los

campos de manera silvestre. Al pueblo lo rodeaban las tierras ejidales, sin tapias ni dueños. Y todo era abundante y libre para coger. Después vino la “civilización” y las carreteras. Y con ellas, los terratenientes de la ciudad, que cercaban. Se cumplió entonces la sentencia del doctor Aguja: “A más alambre, más hambre”. Los bosques se destruyeron, y también los árboles frutales, para sembrar pastos, despojar a los campesinos de sus tierras y obligarlos a emigrar a los tugurios de Barranquilla, Maracaibo o Caracas.

Los niños gozábamos la fiesta. Siempre estábamos al pie de los calabazos con canatos chupando su miel, o salíamos a jugar los “micos” encima de los árboles cubiertos con enredaderas y bejucos, y a recoger higas para el mal de ojo. No sucedía lo mismo con los que iban en compañía de sus padres a pagar mandas en las procesiones de Sabanalarga. Para ellos las noches eran interminables, por los martirios de la solemnidad religiosa y los zapatos nuevos. Sabanalarga hacía de sitio, o sea, de lugar de reunión. Hasta allí llegaban las caravanas de cientos de personas, de los corregimientos y caseríos vecinos, estrenando vestidos, botines, abarcas o chinelas. Y como en esos días las costureras y zapateros tenían que entregar los pedidos de todo el año, trabajaban de prisa y con defectos. Por eso, después de “marcar el paso”, regresaban con los pies llenos de vejigás a contar a sus compañeros las maldades de los judíos.

El Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección los niños, gozando de la tregua de los días santos, que alejaban reprimendas, caminábamos por el cauce seco del arroyo en busca de las pocas pozas que quedaban después del largo verano. Y comiendo juangarotes, jobos y cerezas, nadábamos sin descanso. Pasadas las fiestas, se volvía a lo mismo: recordar las aventuras vividas, oír los cuentos sobre muertos y espantos, y esperar otro año, para gozar de plena libertad, pues en Semana Santa era pecado para los padres regañar o zurrar a sus hijos.

LA ROZA Y LAS ANTIGUAS PALABRAS

EL ANCESTRO CAMPESINO, que invita al retorno, llena de nuevo el cupo de los gozos perdidos. En el patio de la casa —de riscos pedregosos que harían dudar a un entendido del oficio— siembro gramíneas y guandules. Recuerdo el ritual de los cultivos, para observar hasta el exceso el prodigio de la naturaleza. Primero, la limpieza del suelo, que libra de malezas perturbables; después, la estaca que abre el surco en miniatura.

La espera es de tres o cuatro días. Lluvia y sol propician el milagro de la germinación. No hay nada más admirable que encontrarse en las mañanas los moñitos verdes de los maíces nacidos. Entonces comienza el mimo y las inquietudes: por un lado, el ojo avizor que detecta hormigas y gusanos; por el otro, la mirada suplicante a la nube viajera, para que detenga su andar. Después, el verde de las hojas largas en jugueteo con el viento, y el olor a maizal.

Las espigas son augurantes, pero solo trae confianza el período de las *barbas*, preludios de mazorcas anheladas.

El guandul es más lento, y solo se recogen sus legumbres en diciembre. Y si las vainas están ya secas, esparcen sonidos de maracas con la caricia de

las brisas. Son los días en que mochuelos, tierrelitas y canarios se acercan al millo pródigo en busca de sus granos, para dejar, también en recompensa, sus colores y trinos.

Pero mi roza, como se dice en la conocida canción, no es una roza cualquiera: distinta a las demás ella está en medio de la biblioteca y el mar. Y tanto me obliga, que apenas si dedico un poco de tiempo para mirar el azul interminable del Caribe en la quietud de sus aguas que patrocina el octubre invernal.

Mientras cuido de mi roza, como para duplicar mis gozos, recibo *Las Antiguas Palabras*, de Jorge Marel. Son canciones a la soledad: el poeta se angustia con ella. Se queja ante el mar cuando la soledad inunda su alma. Y se asusta, grita y pide socorro. Recuerda entonces a sus compañeros de infortunio, y les cuenta que el mundo es una emboscada, que apenas le permite soñar nerviosamente con la ilusión de un nuevo sol.

En algunos pasajes no estoy de acuerdo con el poeta: porque la soledad es para estar a gusto, únicamente en compañía de lo que se elige. Jamás me quedo solo; tengo demasiados recuerdos queridos e imágenes amadas, solía decir Goethe. Y Baudelaire, más sentencioso, suponía que aquel que no sepa poblar su soledad, tampoco conseguirá aislarse entre la gente. Y esto es muy cierto. Tanto, que Lacordaire pensaba que la soledad une, mientras la multitud aísla. La soledad facilita el sentimiento y doblega amarguras. Ve a tu soledad hermano mío, con tu amor y tu canción, era el consejo de Nietzsche.

Pero el poeta une la soledad con la muerte. Y más doloroso aún: tanto como a la muerte teme al olvido. Lo imagina floreciendo en color de rosa blanca. En su nostalgia memora la niñez y la confunde con un sueño. Es el instante

en que el pesimismo lo inunda como a un náufrago sin barca: hasta los relojes del parque le recuerdan la muerte.

A veces se reanima y pretende afirmarse en la existencia. Acude a su hermano de pesares, para preguntarse con él: “¿Va a acabar el mundo a manos de los hombres? ¿Reniega la vida de la vida?”. Y como el poeta del pueblo, el que supo que algo se moría en él todos los días, encuentra en la telaraña motivos de deducciones, intenta el refugio místico, y el propio mar resplandece para darle respuesta. Y con esa luz ve más claras las noches, para saber que ella existe: su amada poesía, que está allí, donde la belleza esparce su mandato.

La tarde termina y también las páginas del libro. Estoy a la vera de mi roza. Por un instante cierro los ojos, y recuerdo, a mi manera, los versos de Tirso de Molina:

*Si esta gloria da el poeta y el suelo,
¿Qué gloria será aquella que da el cielo?*

EL ENCANTO DE LA MAGIA

EN ESTOS DÍAS PASADOS DE AGUINALDO le compré a mi nieto una caja con trucos del Mago Lorgia. Me pongo a manosearlos mientras leo las explicaciones, y acuden a mi mente recuerdos de mi vida universitaria, en Bogotá. Era el año de 1947, y vivía en el Hotel Magdalena, antigua casa de dos pisos situada en la calle 10 con carrera novena. Allí residió Laureano Gómez, y según contaban los inquilinos, nacieron sus hijos, entre ellos el actual candidato a la Presidencia de la República.

Pese a la heterogeneidad de los residentes, el ambiente era de familia. Estudiantes, congresistas, burócratas y bohemios compartían contentos la sencillez de entonces. Más que un hotel aquello parecía una de esas casonas patriarcales de mi pueblo que daban albergue a parientes y amigos. Entre sus moradores estaba un senador de Nariño, un representante por el Magdalena, un compositor santandereano, varios estudiantes y un mago profesional. Este último era el alma de la diversión, y jóvenes y viejos disfrutábamos de su arte y buen humor.

Se le conocía como el Mago Lorgia. Ya estaba casi retirado, pero mostraba con orgullo las fotos de la que fue su compañía de variedades en las actuaciones teatrales. Vivía con sus hijos pequeños, que deben ser los mismos

que siguieron su oficio con fortuna, pues ya le prestaban ayuda en las fiestas infantiles. Yo mismo estuve a su lado como eventual acólito en las reuniones que de vez en cuando se hacían en la pensión para festejar un cumpleaños. Pero casi todos los días, a la hora del almuerzo, daba rienda suelta a sus bromas.

El grupo de huéspedes costeños secundaba las chanzas de aquel hombre maduro con alma de niño. Siempre estábamos a la espera de algún desprevenido parroquiano que llegara al hotel desde un pueblo de la meseta cundi-boyacense. La gente para esos tiempos era muy recatada en sus comportamientos. Se solían sentar a la mesa de manera ceremoniosa, con todo el rigor de saludos inclinados y composturas al estilo de Carreño. Y nuestro mago, con la complicidad de la camarera, preparaba los cubiertos saltarines, el agua que cambiaba de color al servirse, las sillas con ruidos indecentes al sentarse, y muchas cosas más que ponían en situaciones embarazosas a la víctima, mientras nosotros, con risa inaguantable, disimulábamos la escena. Un día el plato de sopa caliente que se manipulaba desde la otra mesa a través de cordeles invisibles, se derramó en el pulcro vestido de una señora de aire aristocrático. La imprudencia de la sonora carcajada costeña enfureció a su esposo y tuvimos que salir corriendo en busca de la calle. Esa noche el Mago Lorgia, después de larga búsqueda, encontró asustados a sus amigos en el Café Colombia, de la Carrera Séptima. Y allí tuvimos que pasar la noche entre lecturas de la *Revista del Banco de la República*, que dejaban en las mesas los estudiantes de economía para proteger su territorio sagrado, relatos de anécdotas y tomaduras de pelo a los personajes nocturnos —loquitos, vendedores de libros y caricaturistas— que solían deambular por esos sitios. Por la mañana supimos que la dama del cuento, más asustada que nosotros, obligó a su marido a salir en la madrugada en busca de hoteles sin embrujos.

Para mí el año que compartí con el Mago Lorgia se mantiene presente en la

añoranza. Desde niño, el misterio de la prestidigitación me supo a encantamiento. Admiraba el enigma indescifrable de los sombreros de copa capaces de albergar conejos y palomas. Y sentía el dolor de la mujer cuando Richardine serruchaba su cuerpo, aunque estaba seguro de su fuerza diabólica para resucitarla. Entonces la simplicidad de la vida hacía más inescrutable el secreto de la sugestión. Ahora, cuando voy a Bogotá, suelo visitar la librería de la Academia, que queda un poco abajo del Capitolio, para sentirme cerca de ese mundo maravilloso del ayer, en esa calle antigua donde aún permanecen su iglesia de piedra, sus casonas coloniales con escaleras de madera y alfombras raídas, y para volver a gozar del recuerdo redivivo del Hotel Magdalena.

RECUERDOS DEL NUEVE DE ABRIL

DESPUÉS DE LAS DOCE DEL DÍA bajaba las gradas del Capitolio Nacional en compañía de Manuel Lorenzo, exiliado dominicano y compañero de estudios en la Universidad Nacional. Ambos participábamos en la Novena Conferencia Panamericana en calidad de periodistas. Él representaba a *El Liberal*, el periódico que fundó en Bogotá Alfonso López Pumarejo, y yo a *El Nacional*, de Julián Devis Echandía. Manolo, como le decíamos sus amigos, compartía las inquietudes políticas de sus discípulos colombianos, y sabía muy bien de sus pasiones. Y como yo era de los activistas del gaitanismo, pues dirigía el semanario *Frente Nacional*, que había sido el único órgano escrito del Movimiento en Barranquilla, me dijo sonreído: “Mira a la izquierda y saluda a tu jefe”.

El que iba casi a nuestro lado era el doctor Laureano Gómez, para entonces Canciller. Le festejé la broma y caminamos juntos por la muy concurrida Carrera Séptima, hasta llegar a la Avenida Jiménez. Entonces seguí solo a mi pensión, que quedaba en San Victorino, en la esquina de la Carrera Trece. Unos pocos minutos después del almuerzo escuché por el radio de una pieza vecina la voz, o, para ser más exacto, los gritos de Hernán Garavito,

pidiéndole al pueblo que saliera a la calle a vengar a su jefe. Reconocí el estilo oratorio de mi amigo, y pensé que se trataba de algo rutinario en esos días de mucho ajeteo proselitista. Pero de inmediato tocaron a la puerta, para decirme que habían matado a Gaitán.

Cuando corría hacia el lugar de los hechos, era tal el estado de ánimo que no pude contener el vómito de lo recién almorzado. Ya las calles se llenaban de gente, y el pueblo lloraba a su conductor, afanado en la búsqueda de armas para la lucha revolucionaria. En la Carrera Octava me encontré con Manuel Zapata Olivella, Luis Felipe Palencia y Efraín Valencia Navia. Allí nos acercamos a tomar un carro que estaba en la acera para ir a los barrios populares a arengar a las masas, como era nuestro oficio. Pero no hubo necesidad de violencia, porque el propio dueño, que nos miraba desde su oficina, vino a ponerse a las órdenes.

A eso de las tres de la tarde encontré nuevamente a Manuel Lorenzo, al frente de uno de los buses de la Universidad Nacional. Nos rogó que lo acompañáramos a una misión muy importante, en el Capitolio. Sin importarnos el ruido de los tiros cercanos, y sin saber para dónde íbamos, lo vimos entrar en la oficina asignada a la delegación de Santo Domingo, bajar el retrato del dictador Leonidas Trujillo, para pisarlo y maldecirlo, con toda la ira de un joven patriota que sabía de la tortura represiva por su apego a los idearios de la libertad y la democracia.

Poco después llegamos a las puertas de la Radio Nacional. El espectáculo era trágicamente bello; decenas de policías con pañuelos rojos en la cabeza, alineados al lado del pueblo, a la espera de órdenes. Pero ninguno de nosotros sabía de mando militar, y apenas si extendíamos las manos en gesto solidario. Todo sucedía con la rapidez de una película acelerada. El pueblo estaba allí, como siempre, dispuesto al sacrificio. Amaba a su dirigente, y había

comprendido su mensaje, pero no encontraba quien lo condujera a la toma del poder.

Como a las cinco de la tarde vi pasar dos tanques camino al sur. Yo estaba en la puerta del Café Molino, que quedaba en la esquina del edificio de *El Tiempo*. El pueblo saludaba con alborozo a los soldados descubiertos. Estrechaba sus manos, y les ofrecía aguardiente. Después supe, que al llegar al Palacio de Nariño, se dieron vuelta y arrasaron a la multitud que los seguía. Al anochecer, el pillaje, los incendios, la muerte... y la noticia de la presencia en Palacio de los nuevos jefes, los doctores Lleras y Echandía, en plan de tregua y convenio.

RECUERDOS DE GARCÍA MÁRQUEZ

SI TODOS LOS LATINOAMERICANOS están de plácemes por el premio otorgado a Gabriel García Márquez, con mucha más razón gozan los que en una u otra forma han compartido momentos de su apasionante existencia. En estos días llegó a mi casa una carta de un compañero de estudios de bachillerato, que hace ya unos treinta años no veo. Se trata de Roberto Meisel, condiscípulo en el Colegio de San José.

Roberto me dice: “En la revista *El Día* publicaron una foto de García Márquez con sus compañeros de secundaria. Ahí estamos los de entonces, ese grupito de “troublemakers”, integrado por él, tú, Jorge Dangond, Valmiro Donado, Edgardo García, Hernando Astrálaga, el Chino Herrera y yo. Éramos los indisciplinados, pero también los de inquietudes intelectuales, si así se puede llamar a los cuartetos que escribía Gabito para burlarse de tu apellido, el de Arteta, y de toda la disciplina mortificante de los jesuitas, o a tus cartas de amor y poemas en prosa que publicabas en el periodiquito *Tribuna Estudiantil*. Yo he vivido mucho tiempo en los Estados Unidos. Estoy recién llegado a mi Barranquilla de siempre y todos los lunes leo tu columna en *El Herald*, donde quiero que recuerdes esos días inolvidables y cargados de presagios”.

Yo no puedo hablar del alcance que pudo tener para Gabriel García Márquez su paso por el Colegio San José, de la calle Las Flores. Para mí, que durante seis años recorrí sus anchos pasillos, fue de una total significación. Recuerdo que en la primera tarea de redacción me turbé con las correcciones del padre Zaldívar. En una frase yo había escrito haiga y aguaité, por haya y mire. Así se hablaba en mi pueblo, pero eso era ya un castellano en desuso. Entonces comprendí por qué a los pueblerinos nos decían “coralibes”, que equivale al “corroncho” de nuestros días: éramos los de las costumbres y el hablar añejo, los silvestres y libres de las complicaciones y modernismos de la ciudad.

García Márquez pertenecía al grupo de provincianos, los de la misteriosa imaginación, que seguían creyendo en los espantos y las malas horas. Era tímido y descarnado, pero sabía vengarse de la soltura de sus compañeros con la ironía de sus versos. Y más que amigo de juegos y confidencias, fue mi compañero de infortunio: casi todas las tardes nos dejaban castigados, y como penitencia nos ponían a escribir versos y cuentos. Años después supe que el padre Zaldívar y el padre Posada creían que teníamos aptitudes para esos oficios, y buscaban la manera de estimularlas. Si aún viven tan pacientes educadores, gozarán como Roberto Meisel y yo, del placer de saber que el pupilo de Aracataca sea hoy el más famoso novelista del mundo.

La enseñanza en el San José era eminentemente literaria. El padre Núñez, un indio boyacense que llegaba al salón impoluto y perfumado, se paseaba con soltura por el camino de la metáfora. Oír su clase era asistir a un recital en manos de un maestro que sabía transmitir el mensaje de la belleza que habita en la palabra escrita. Rafael Marriaga, que enseñaba la historia; Héctor Rojas Herazo, el dibujo; Enrique Bernier, la geografía; Pedro U. Socarrás, las matemáticas, etc., eran también, en el fondo, literatos que respondían así a ese ambiente propicio. De esa formación intelectual son frutos el escritor

García Márquez, el periodista Juan B. Fernández Renowitzky, el jurista Jorge Dangond, el médico José Benavides, el financista Álvaro Jaramillo, el compositor Mario Gareña, el político Juan B. Arteta, el poeta en receso Luis Eduardo Consuegra, el arquitecto Cristian Ujueta, y tantos otros que han sobresalido en sus profesiones. Y aunque Gabriel García Márquez estuvo poco tiempo en el San José, sus inquietudes literarias expuestas en las clases y registradas en la revista *Juventud* dejaron la huella y el testimonio que alimenta la dulce nostalgia por ese ayer en que tuvimos la feliz oportunidad de compartir, en el esplendor de la infancia, alegrías, travesuras y sueños.

EL TEATRO MUNICIPAL

MI HISTORIA DEL TEATRO MUNICIPAL, que acaba de inaugurarse, está exclusivamente asociada al doctor Rafael Juliao. Desde niño comencé a saber de sus sueños. Eran los años de la década del cuarenta, cuando él prestaba sus servicios de médico en el Colegio San José, de la calle de Las Flores. Para entonces la llamada Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo, y todo el mundo pensaba en soldados. Hasta se encontraban simpatizantes de la organización militar. Uno de esos era un curita, llegado de Europa, que hacía de Prefecto de Disciplina, bautizado por sus discípulos con el mote de Pecho de Piedra, por su andar de tipo marcial, más cercano a un campamento de infantería nazi que a un claustro de la Compañía de Jesús.

Al pintoresco curita se le dio por convertir el Colegio en un cuartel. Con una vara de mando nos puyaba las costillas cuando no alineábamos bien, y hasta contrató los servicios de sargentos, con fusiles, espadas y cornetas, para ensayar maniobras. Fue entonces cuando decidí sacarle provecho a mi hernia inguinal derecha. Sin embargo, Pecho de Piedra obligaba a los incapacitados a visitar semanalmente al médico en busca del permiso. Esto me permitía todos los lunes subir al segundo piso, donde estaba el despacho del doctor Juliao. La mayor parte de los clientes del médico eran los niños y jóvenes que participaban en lo que podría llamarse las actividades inte-

lectuales: teatro, coros, bibliotecas, etc. Yo intervenía en los actos de las sesiones solemnes de fin de año, siempre con papeles cortos, por mi mala memoria. Y más que mi propia actuación me gustaba escuchar al doctor Juliao, cuando dejaba a un lado su fonendoscopio, y comenzaba a hablarnos de la necesidad de construir en Barranquilla un teatro, exclusivo para presentaciones vivas, que superara las deficiencias del Apolo, albergue de las inquietudes del profesor Biava, las hermanas Altamar y Amira de la Rosa.

Unos años después, ya en la pubertad, seguía visitando al doctor Juliao en su consultorio de la calle Bolívar con 20 de Julio. Y, más que todo, lo hacía para poder ver a Beitina, su bella enfermera, con quien mantenía una especie de amor platónico. Y allí seguía el médico con su cantaleta sobre el bendito teatro. La verdad es que mientras él me hablaba con entusiasmo y brillo en los ojos de sus proyectos, yo miraba a Beitina. Pero tanto le había escuchado el tema, que no me era difícil escribir los reportajes para mi periódico *Tribuna Estudiantil*.

Desde entonces para mí, pensar en teatro era recordar la obsesión del doctor Juliao. Sus amigos, como Ezequiel Rosado —patriarca inolvidable— y Néstor Carlos Consuegra, solicitaban apoyo para su compañero de civismo. Y en todas partes, en la calle, en las reuniones privadas y públicas, estaba el doctor Juliao divulgando sus esperanzas. Nadie puede decir ahora que no lo escuchó, porque su voz llegó a todos los rincones de nuestra ciudad. Había veces que los contertulios de la “Peña Alicia”, teníamos que esperar turno, porque doña Alicia Rosales, contagiada también con el entusiasmo del doctor Juliao, le cedía los espacios de varias semanas. Y yo, sin poderlo evitar, en mis viajes al exterior, cuando asistía a representaciones teatrales en México, Buenos Aires, Madrid, Moscú o Leningrado, dedicaba buena parte del tiempo en inspeccionar los interiores, para imaginar cómo sería el teatro del doctor Juliao. Y debo confesar ahora, que si hice el esfuerzo de

disfrazarme con smoking la noche del 25 de junio, fue más que todo para buscar la manera de abrazar a un hombre tenaz que por fin pudo saborear el fruto de su empeño ejemplar.

Mi admirado amigo, el doctor Rafael Juliao, como él mismo lo ha declarado, puede retirarse tranquilo a recordar sus esfuerzos, porque ya le dejó esa gran obra a su ciudad.

ABEJAS, MAR Y SILENCIO

LAS ABEJAS SIEMPRE GOZARON DE MI SIMPATÍA. No solo en los poemas he leído desde niño las hermosas descripciones de su laboriosidad, sino en la literatura de la ciencia social. Economistas, sociólogos y políticos han gustado de encontrar en la organización de la colmena ejemplos dignos de imitar por el hombre. Hasta el propio Keynes, en medio de la aridez y la abstracción de sus hipótesis, encuentra un lugar, en el capítulo 23 de su *Teoría General*, para incluir el texto completo de la fábula de las Abejas.

Pero yo solo conocía la especie silvestre de las abejas, esas que en mi pueblo llaman canatos. Cuando niño era un empedernido buscador de canatos. Para encontrarlos, tenía una vista prodigiosa; con la mirada extendida en las ramas del bosque, buscaba en el aire al insecto o escuchaba su susurro, para seguir su vuelo hasta los huecos de los árboles. A veces los descubría en las flores, y allí esperaba paciente su retorno a la colonia. Los canatos son mansos, hasta incapaces de defenderse. Por eso los campesinos suelen mantenerlos en sus ranchos en calabazos especiales que se abren para extraer la miel, en los días de Semana Santa.

En estos días los albañiles que reparan mi casa, se han quejado de los peligros de belicosas abejas que han hecho su panal en el techo. A mi escritorio

también llegaron y me han dejado sus agujones. Yo no entiendo esa actitud, y mando a llamar a mi buen amigo y apicultor, profesor Víctor Vacca.

El doctor Vacca llega con escafandra e insecticida, e inicia una verdadera batalla. Las abejas se defienden heroicamente y atacan a todo ser viviente. Dos perritos y unas gallinas mueren, y mi amigo y yo tenemos que buscar refugio apresurado. Desde la ventana nos divertimos viendo correr a los trabajadores y vecinos por los montes de los lados. Pero después, me hundo en arrepentimiento y nostalgia. Aquella guerra repele con el azul y la quietud del mar que tengo enfrente. Y poco a poco me vuelvo solidario con esos soldados suicidas que defienden su morada. El doctor Vacca me explica que las abejas gustan del silencio, y por eso su conducta. El ruido del martillo, y hasta el teclear en mi máquina, las asusta y exaspera. Y a lo mejor nos consideran intrusos, perturbadores de su refugio.

Yo pienso entonces en el valor de la soledad, en el significado del retiro, en el goce del mutismo. Se me viene a la memoria las gestas heroicas de los pueblos que han dado sus vidas en defensa de sus territorios, y me pongo sentimental. Entonces le digo a mi amigo: ¿No sería posible buscar una tregua e intentar conseguir que me dejen teclear mi máquina y les prometo no fumigarlas más? El doctor Vacca recuerda que un común amigo, el profesor Lucho Bula, dice que habla con ellas en su finca. Y sale a buscarlo, para que les transmita mi mensaje mientras yo espero intranquilo, pero más consciente del significado del silencio y de la paz.

Las
SORPRESAS
del tiempo
José Consuegra Higgins

5
TOMO
OBRAS
COMPLETAS

Las
SORPRESAS
del tiempo
José Consuegra Higgins

EDICIONES



UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR

Obras completas - Tomo 5
Las Sorpresas del Tiempo
José Consuegra Higgins

Obras Completas
ISBN 958-97197-2-4
Tomo 5
ISBN 958-97197-3-5

Portada
Acuarela
Arq. Ignacio Consuegra Bolívar

Ediciones
Universidad Simón Bolívar

Diseño e Impresión
Editorial Mejoras Ltda.
Calle 58 70-30
editorialmejoras@yahoo.com

Enero 2006

Printed and made in Colombia

Las
SORPRESAS
del tiempo
José Consuegra Higgins

5
TOMO
OBRAS
COMPLETAS

NOTA DEL AUTOR

El escribir estos recuerdos ante todo ha sido un motivo para dialogar con amigos. De ellos he recibido la observación complementaria y la enmienda oportuna. Pero, también, y muy especialmente, la grata oportunidad de conversar sobre hechos del ayer que perduran en la memoria. Mis reconocimientos, pues, por haber leído los originales, al gramático Elías Muvdi, a la poetisa Meira Delmar, al poeta Jorge Artel, al escritor David Sánchez Juliao, a los profesores Luis Felipe Palencia, Rafael Ortigón Páez y Ramón Molinares, y al historiador Juan Pablo Llinás.

Estas notas escritas de prisa carecen del rigor propio del análisis de los textos de historia. Su validez podría deducirse del testimonio y la fidelidad a costumbres e idearios que en el ayer y el presente fueron y son incentivos de la existencia.

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Estimado José:

Con la satisfacción de siempre he leído y releído las páginas de tu nuevo libro sobre nuevos recuerdos y vivencias. No me ha sorprendido hallar en él ese fluido amable que distingue tu prosa dándole un lugar especial entre la de aquellos escritores que no cultivan su veneno. A este respecto, generalmente te recreas en señalar el brazo que te hirió, sin detenerte ni saciarte en emplear palabras o párrafos aludiendo a tal o cual incidente de tu vida. Ya hiciste de esta manera de pensar y de escribir tu propio estilo, hasta el punto de que se podría decir entre nosotros: "Hagámoslo a la manera de José Consuegra". Es muy gracioso, y a la postre resulta divertido, evocar "tragos amargos", injustos las más de las veces, cuya alusión más tarde resulta un entretenido divertimento.

Se necesita cierta dosis de "crueldad", bien dominada, para referirse a pasajes, que en su momento fueron importantes, para darles, pasado un tiempo, significación apenas relativa. Hay quienes no poseen esta habilidad.

Necesario es tener en cuenta, sin embargo, que se requiere principalmente ser un triunfador, como en tu caso personal, que siempre has salido sano y salvo en tus luchas con la "adversidad".

Hay, amigo José Consuegra Higgins, en tus Sorpresas del Tiempo, toda una gama de pasajes inquietantes, que constituyen una lección de fondo para el político "serio" que dispone en su haber de un rasgo inolvidable, de esos que hacen más grata la vida. Todos hemos asistido al sancocho de gallina robada, a media noche; todos saboreamos una vez el trago fiado, que resultó más sabroso al compás de los bordoneos inolvidables.

Este libro tuyo, escrito con la sinceridad y el pulso de siempre, está entre las obras que se untan de cierta universalidad, si tenemos en cuenta aquel principio filosófico de que lo local es en sí universal, ampliamente discutido y aceptado en el mundo literario y estético. Por otra parte, nos demuestra lo que pueden la fe, el apoyo del hombre en el hombre, en la fuerza de los ideales humanos.

No todos tenemos la gracia y el valor de recurrir a nuestras propias ocurrencias de la juventud para ponerle un poco de color a las añoranzas de la bohemia. No es exiguo el goce que proporciona acordarse de los compañeros de redacción, al salir por la madrugada del matinal donde trabajábamos, cuando íbamos por las panaderías, por los cafés, poniendo el célebre "conejo".

Una vez cierto poeta negro firmó a un conductor de camión, en Carnavales, un vale por Alberto Lleras Camargo, lo cual hizo decir a este cuando lo pagó: "¡Caray... esta es la magia de los Carnavales, que vuelve lo blanco negro!".

Me han conmovido las referencias a Gerardo Molina, Darío Samper y Antonio García, mis condiscípulos y amigos, sobre todo del primero quien como Rector de la Universidad Nacional, extendiera su sombra munífica hasta la Universidad de Antioquia, donde yo era profesor.

Mi cariño por él se emocionó al escuchar al profesor Luis González, de Panamá, refiriéndose a un curso que aquel dictara en la Universidad del Ecuador, a la cual asistió González: "...ese tipo es un sabio... Ustedes los colombianos deben estar orgullosos de él. No saben lo que tienen...".

José:

En muchos libros publicados bajo el patrocinio de nuestra Universidad Simón Bolívar, tú has hecho del diálogo una especie de estilo particular en los prólogos y presentaciones que les escribes. Incluso en algunos, como fue el caso del prólogo escrito para el libro Piar, Petión y Padilla, tres mulatos de la Revolución, del gran Juan Zapata Olivella, llegas a mantener polémica acalorada.

Como tengo a la mano algunos conceptos emitidos por amigos que, como yo, han leído tus originales, se me ocurre sentarlos imaginariamente a mi lado, para intentar uno de esos diálogos inolvidables del ayer, que ahora las distancias físicas de las ciudades grandes y los achaques de la vejez, como suele decirse, casi no nos dejan gozar.

ARTEL. Yo no creo mucho del todo en el “clientelismo” como causa de nuestra corrupción política, ni en tales o cuales fallas de las clases dirigentes, como causa de la desfiguración histórica de los pueblos. Para mí el desajuste, la desarmonía fundamental de la humanidad consiste principalmente en su mestizaje, en las mezclas de razas que las distinguen desde los comienzos de la desorganización del mundo. No estoy de acuerdo, nunca lo he estado, con aquello que dice Consuegra de que los “tiempos cambian y las costumbres también”. En esencia somos políticamente, socialmente, los mismos de siempre. En mi modesto concepto las causas originarias de las deformaciones en el pensamiento y las abruptas irregularidades de nuestra conducta, residen en los notables cambios y confusiones que constantemente alteran la conducta humana.

CARLOS CALDERÓN MOSQUERA. No te olvides, poeta y amigo, que sobre nosotros —e incluyo a José Consuegra y a ti— sigue pesando la formación ideológica de nuestros maestros, esos mismos que tú tanto admiras y que fueron tus condiscípulos, además de las lecturas de tantos años, iniciadas en la juventud, que moldearon la manera de pensar. Esos profesores nos inclinaron por el estudio de la dialéctica y sus principios sencillos y enfáticos expuestos por Heráclito, Hegel, Marx, Engels. ¿Recuerdas?: “Nadie se baña dos veces en el mismo río”. “Las cosas son y no son a la vez”. “Todo

cambia...". "El hombre piensa como vive; no vive como piensa", etc. Naturalmente, en el lado opuesto, y con anterioridad, en la enseñanza religiosa recibida en el bachillerato, habíamos aprendido las palabras, si mal no recuerdo, del rey Salomón: "Nada nuevo hay bajo el sol". Claro está que los valores morales y la educación recibida suelen extenderse en el tiempo.

ARTEL. Sin embargo, un breve repaso a la historia nos convencerá de que desde los pueblos más antiguos la ambición del hombre enfrenta las conveniencias sociales y políticas del mismo ser humano. La pugna por el poder no es sino un trasunto de nuestro propio temperamento, una de las causas endógenas que nos caracterizan. Sería largo e innumerable puntualizar la lucha de los emperadores, la controversia entre los pueblos, etc., etc.

RAMÓN MOLINARES. Pienso que están ustedes entrando en los campos de la ciencia social y eso sería cuento de nunca acabar. Más bien limitémonos al aspecto literario, ya que tenemos la oportunidad de encontrarnos con el Consuegra literato. Traigo a la memoria Del Recuerdo a la Semblanza, y ahora leo Las Sorpresas del Tiempo, para poder decir que la refinada sensibilidad artística del autor, dominada durante mucho tiempo por el imperio de la razón, hasta cierto punto reprimida por el rigor científico que exigen los análisis económicos e históricos, se nos presenta ahora fluyendo bajo la forma de una prosa cristalina, brotando a torrentes. El que antes se proponía la formulación de nuevos conceptos sobre las ciencias sociales, tiene ahora a la belleza ocupando el espacio entero de su alma. Ojalá se nos ancle ahí...

ARTEL. Por lo menos José trabaja en los dos campos. Porque recuerdo que el tantas veces mencionado y no muchas menos admirado Antonio García, primero fue cuentista y poeta, y después escritor científico.

CALDERÓN MOSQUERA. No son incompatibles los oficios. Sé que nuestro amigo José Consuegra trabaja ahora también en la reaparición de la Revista Desarrollo Indoamericano y en la revisión del texto de Economía Política para una nueva edición. Y a propósito de Desarrollo Indoamericano, recuerdo que una tarde en Cartagena, a finales de 1965, en el hotel donde

nos hospedábamos, tomó una hoja de papel y diseñó cómo sería la Revista, publicación donde escriben los más reconocidos científicos sociales de América Latina.

JUAN PABLO LLINÁS. Bueno, yo soy historiador, y de una sentada, leí las cuartillas (literatura y memorias) de José. Son notas gratas, gratísimas, escritas en forma coloquial, casi de conversación. El alcalde, personaje favorito del autor, es hombre que se tiene en pie. Posee derechura y nobleza. Es un hilo conductor que puede enhebrar toda una tradición. Así éramos antes. Así recuerdo a mi padre. Gente toda salida de nuestro Eclesiastés. “La muerte de la tía Pacha” es hermosa crónica escrita en idioma noble, fresco y puro de excepcional belleza.

DAVID SÁNCHEZ JULIAO. Comparto la opinión del historiador Llinás. De todas las historias contenidas, “La Tía Pacha” me ha apasionado. Aquí, con el respaldo estimulante de la lejanía, esta noche en Nueva Delhi aprecio su particular manera de vivir. Mañana se la entregaré al doctor Susnigdha Dey, Rector de la Universidad de la India, para versiones en inglés e hindi, tal como hizo con “Mi aldea ayer y hoy”, del libro anterior, Del Recuerdo a la Semblanza.

GASTÓN PARRA LUZARDO. Sobre este asunto de José Consuegra Higgins, economista y literato, déjenme contar una anécdota: Estaba yo de Vicerrector de la Universidad del Zulia y aspiraba a que mi hija Isabel María, estudiara Economía, que es mi profesión y la de mis amigos en América Latina. Para eso tenía el cuidado de hablarle de los libros de mis amigos, entre ellos los de José, algunos de los cuales, como el de la Teoría de la Inflación fueron editados por el Centro de Estudios Latinoamericanos, ahora bajo mi dirección. Pero un día llegó a la casa Del Recuerdo a la Semblanza, e Isabel María, impresionada por el título y la portada de Ignacio, inició su lectura. Tanto le gustó la hermosura y sencillez del relato que despertó su genuina vocación y ahora está estudiando letras y comienza a escribir los primeros cuentos. Sin embargo, opino que no debemos hacer separaciones en Las Sorpresas del Tiempo. Porque al lado de la narración está el enjuiciamiento a la estrategia neoliberal y el argumento económico comprometido con el destino de nuestros pueblos. Hasta podría decir que Consuegra

se vale de la literatura y de los recuerdos para afirmarse, y seguir divulgando, sus tesis económicas.

* * *

No quisiera, estimado José, cerrar este breve glosario al valioso aporte de tu libro, sin referirme a la encarnación del apego hogareño que ha lugar en figura de la Tía Carmen, algo muy valioso para mí, quien tuvo una "tía Carmen" inolvidable, parte integrante de mi formación moral.

Recibe un abrazo fraternal de,

JORGE ARTEL

Malambo, junio de 1993

PRÓLOGO A LA SEXTA EDICIÓN

Las confesiones de José Consuegra

*Por Jorge Emilio Sierra Montoya
Director del diario La República*

Con este nuevo tomo de las Obras Completas, entramos al fascinante mundo literario y periodístico de José Consuegra Higgins a través de sus recuerdos, memorias o confesiones, en un plano intimista, familiar, que convierte al lector en cómplice o amigo inseparable.

¿Quedan atrás acaso —valga la pregunta— los densos temas económicos, científicos, de los libros anteriores? De ninguna manera. Al menos las “ideas-fuerza” que otrora identificamos no dejan de surgir, ratificando por enésima vez que estamos frente a un escritor que siempre se manifiesta, en cada una de sus páginas, “de cuerpo entero”, en forma integral, con la plena coherencia entre las distintas actividades intelectuales a que ha consagrado su vida.

En efecto, aquí aparecen también las hondas convicciones ideológicas sobre el socialismo democrático, con la total independencia del autor para atacar las fallas del comunismo soviético y cubano o la absoluta sumisión de nuestros pueblos al neoliberalismo en boga, aquel que en su concepto sólo revive el liberalismo clásico del siglo XIX y acentúa la dependencia y el subdesarrollo estructural a que hemos sido sometidos.

Aparece asimismo el culto a la historia, sobre todo a la historia local, que se remonta hasta las comunidades indígenas, precolombinas, y por ende a la cultura propia, a la identidad cultural, en oposición a la visión extranjerizante impuesta por doquier, arrasando con las expresiones autóctonas, donde brota el alma de la nacionalidad.

El nacionalismo se revela en estos dos libros, claro está. O mejor, el latinoamericanismo, la visión bolivariana de la integración de América Latina, encarnada en su Universidad Simón Bolívar, la gran obra de José Consuegra Higgins, quien vuelve a hablarnos acá como el maestro, el hombre de estudio, el académico o, en definitiva, el intelectual, a quien ni siquiera la actividad política, aún desde el Congreso de la República, le ha sido ajena.

Repito: aquí no desaparece, ni mucho menos, el gran economista, crítico implacable del neoliberalismo, del centralismo, de la ausencia de identidad cultural, de la corrupción que subyace en el sistema capitalista. Ni desaparece, entre cordiales anécdotas, el moralista, con un alto sentido de la amistad, que valora la historia, que le canta a los libros, que invoca el civismo de sus coterráneos, que defiende los recursos naturales y la soberanía nacional.

Sólo que tales principios se formulan ahora en amables confesiones autobiográficas y en un lenguaje periodístico o literario, desconocido para

muchos de sus fieles admiradores en el campo de “la ciencia lúgubre”. Permítanme hacer algunas observaciones al respecto.

Escritos con nostalgia

Quien repase estas bellas páginas —Del recuerdo a la semblanza y Las sorpresas del tiempo— podrá reconstruir con facilidad, acaso con el encantamiento de la varita de la virtud, los pasajes más significativos de la ya larga vida del Maestro José Consuegra Higgins, uno de los economistas de mayor relevancia de América Latina en las últimas décadas.

Pero, no se piense que por su enorme prestigio desde tiempo atrás, las destacadas posiciones que ha ocupado en el gobierno nacional, el Congreso de la República, las universidades..., y hasta su reconocido liderazgo en la Costa Atlántica, él nació en la muy selecta clase dirigente de Colombia, donde todavía parece existir un régimen oligárquico, elitista, con escasa movilidad social, según demuestran múltiples estudios.

No. Se ha hecho “a puro pulso”, según suele decirse. Es oriundo, sí, de un modesto corregimiento —Isabel López—, que si bien encarna el subdesarrollo y el atraso explicados con amplitud en sus libros sobre temas económicos, también fue el ambiente idílico, en gran medida idealizado, de sus años de infancia, cuando participó también de un socialismo primitivo, comunitario, de la universalidad del mundo de la aldea, y de profundos valores culturales, como los ritmos y danzas folclóricos, los juegos y, por encima de todo, la familia, desde el abuelo Silvestre y el coronel Higgins hasta el abuelo Nico y la tía Pacha, entre muchos otros parientes y amigos que desfilan con sus características especiales, en cordiales anécdotas.

En general, el pasado es visto con los ojos de la nostalgia, con mayor

razón hacia la niñez, hacia los lejanos años infantiles, entre otras razones —si me permiten la expresión— porque José Consuegra nunca ha dejado de ser un niño, “el niño Joche”, conservando aún la pureza de espíritu que es condición básica en el cristianismo para llegar al reino de los cielos.

Nostalgia, además, por hechos de la vida política y académica, en altos cargos del Estado y en numerosas universidades nacionales y extranjeras; por sus viajes alrededor del mundo; por amigos que se fueron sin cumplir todavía su misión sobre la tierra, como Salvador Allende; y por los tiempos en que sentíamos el galope de la revolución popular en nuestros países, de la que Consuegra esperaba sin duda ser uno de sus máximos dirigentes intelectuales.

“El ayer, un ayer de apenas veinte años, de insurgencias y esperanzas, tan distinto de las destrucciones posteriores y de la violencia del presente”, escribe con dolor en el alma, con sentimientos de frustración ante la terrible realidad que hundi6 sin clemencia “las perspectivas de transformaciones estructurales y cambios sociales” de los años setenta.

Nostalgia, repito. No resentimiento, es preciso aclararlo. Ni mucho menos desolación, angustia, entrega al fracaso. Por el contrario, él espera que sus viejos ideales de justicia social, más allá de las desigualdades acentuadas por el capitalismo salvaje de hoy, reaparezcan y triunfen, corregidos los errores presentados en sociedades como la antigua Unión Soviética.

De ahí su fidelidad “a costumbres e idearios”, a las ideas democráticas defendidas hasta el exilio, a los valores culturales de nuestros pueblos y, en fin, a la autenticidad que siempre ha proclamado y asumido a cabalidad, lejos de la moda y la falsa apariencia.

José Consuegra Higgins ha sido, es y será un auténtico isabeloperero, para decirlo sin rodeos.

El hombre de letras

“¡Abra los ojos! ¡No hable!”, es uno de los regaños más comunes del Maestro Consuegra a sus amigos cuando los pasea en su vehículo, al lado de doña Anita, por las cálidas vías de Barranquilla. “Mire aquel árbol. Y las flores de aquel otro. Y los pajaritos...”, señala a cada paso.

Habla su sensibilidad a flor de piel, como es obvio. No habla la razón, la voz del economista. Habla el escritor, el poeta, el hombre de letras o, si se quiere, el hombre culto que convierte su vida en un libro, en la búsqueda insaciable de la verdad, de la belleza, de los supremos valores del espíritu. A mi modo de ver, José Consuegra Higgins es también un poeta. Y lo es aunque no escriba versos. O mejor, los escribe en prosa, en una prosa poética que brota así, en su sensibilidad, en su vitalismo, en su contacto directo con la naturaleza, aquella que lo envolvió desde su infancia en Isabel López, un humilde caserío metido en el campo.

Los densos estudios académicos, por tanto, no han matado al poeta, a diferencia de muchos otros intelectuales. ¿Por qué? Por lo que acabo de anotar, pero igualmente por su formación humanista, la misma que recibió en el colegio San José, de los padres jesuitas, donde compartió las aulas escolares con nuestro Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez.

Consuegra escribía “una novelita cursi” mientras Gabo lanzaba “cuartetos satíricos” a diestra y siniestra; poco tiempo después, dirigió periódicos juveniles, de corte gaitanista, siguiendo las huellas de Pedro Pastor Consuegra, su ilustre antepasado; y a fin de cuentas desde cuando cursó estudios de Economía en la Universidad Nacional recibió una formación integral,

en las diversas ciencias sociales, de verdadero humanista.

“Es poco probable que un hombre sea buen economista si no es nada más que economista”, decía Stuart Mill, a quien él cita con entusiasmo desbordante. La máxima le cae de perlas, igual que a sus más queridos amigos, profesores y alumnos, más de los tiempos idos que de los actuales.

Y fuera de dicha formación, complemento indispensable de su honda vocación literaria, está el ambiente, el alegre y multicolor ambiente costeño que en apariencia, desde el punto de vista de “los cachacos”, es tan poco propicio para la cultura, para la reflexión, para la ciencia.

Es posible que no lo sea, especialmente en actividades científicas, racionales, no así en el campo del arte, de la literatura, de la poesía, porque la magia del Caribe es acaso la más favorable a la creación que nace del sentimiento, del corazón, del alma. Pensemos en García Márquez, en Obregón, en Cepeda Samudio o en Julio Flórez, quien fue a encontrar su tumba en Usiacurí, adonde el Maestro Consuegra ha hecho tantas peregrinaciones desde niño.

No es de extrañar, entonces, que en las siguientes páginas literarias se manifieste también el realismo mágico característico de la literatura latinoamericana, el cual convirtió en modelos universales las obras de Rulfo y Vargas Llosa, de Carpentier y el propio García Márquez, de Cortázar y Borges, para sólo citar unos cuantos escritores de talla mundial.

Con razón, Consuegra fue enaltecido, aunque de manera tardía, a la Academia Colombiana de la Lengua, como lo había sido antes en las de Historia y Ciencias Económicas. Del recuerdo a la semblanza bastaba, desde mucho

tiempo atrás, para tan justa exaltación que al final se hizo en una solemne ceremonia donde de nuevo él hizo gala de su autoridad moral e intelectual, de su raizal humor costeño, de su condición única como gran promotor cultural, y de su amor a doña Anita, a sus hijos y nietos, pasados los ochenta años de vida.

Aquel fue un homenaje al hombre de letras, al poeta, al escritor insigne, al humanista. Al hombre que es un Dios cuando sueña, para volver a Holderlin.

Colofón

No hay nada más que decir. Sólo hay que leer, leer las bellas páginas de José Consuegra Higgins, para recordar, para sentir nostalgia, para enamorarse de la vida, perpetuada en la memoria escrita.

“Recordar es vivir”, sin duda.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Nota del autor | VII |
| Prólogo a la primera edición | IX |
| Prólogo a la sexta edición | XV |
| Primero fue el mar | 3 |
| Volver a Popayán | 11 |
| Bogotá, Cartagena, amigos y <i>Desarrollo Indoamericano</i> | 15 |
| Recuerdos de la URSS | 22 |
| La Casa de la Cultura | 36 |
| De Bagdad a Atenas | 39 |
| Los pueblos piensan con nobleza | 44 |
| La defensa de los recursos naturales | 46 |
| El Chile de Allende | 49 |
| Ilusiones y entregas | 55 |
| Así es su universo | 58 |
| La tía Pacha | 61 |
| El quehacer político | 67 |
| La Universidad | 85 |
| Recuerdos de ciudades | 115 |
| La planeación | 141 |

LAS
SORPRESAS
DEL
TIEMPO

1a. edición: Julio 1993
2a. edición: Febrero 1995
3a. edición: Junio 1999
4a. edición: Marzo 2000
5a. edición: Agosto 2001
6a. edición: Enero 2006

PRIMERO FUE EL MAR

UNA DE ESTAS TARDES frescas de verano recibí la visita del Cónsul de Venezuela, Edvin José Chiriquez. Vino en compañía de un periodista caraqueño, compañero de trabajo, en el Palacio de Miraflores, de mi tocayo José Consuegra C.

Desde la terraza de mi casa miran el Caribe. Está en todo su esplendor, sereno y verdiazul. Como se inicia enero, comienzan a pasar las bandadas de pájaros migratorios. Las más vistosas, tan cerca de nosotros que se escucha el aleteo de su vuelo: son de alcatraces en su formación en V. El cielo está espléndido, apenas con nubecitas lejanas. Eso permite el crepúsculo encendido y la plena redondez del sol.

Después de un rato el periodista me pregunta: ¿Qué siente usted todos los días cuando mira desde aquí el atardecer? ¿Se cree dueño del mundo?

Le cuento muchas cosas sobre esa sensación de placidez y éxtasis. En otra ocasión una señora, gratamente impresionada, exclamó: —Con razón usted puede darse el lujo de escribir. Ahora comprendo...

Y no hubo argumento que valiera. Le dije que cuando escribía no miraba paisajes. Era mi mundo, casi siempre con recuerdos endulzados. Pero insistió, y a lo mejor tenía razón, porque la realidad supera todo lo imaginado. Y la imaginación, en una u otra forma, mantiene el tinte de lo visto o vivido.

Me hace gracia la opinión del amigo, y me incita a meditar. Yo no me creo dueño del mundo, pero sí bien situado para imaginar su grandeza. Soy un habitante de la frontera, aunque nadie lo sospecha. Y de la más espléndida: a la orilla del Caribe presiento la presencia extendida en el lomo de las olas de todo lo que está en el norte. Además, distinto de los límites terrestres que aprisionan y discriminan, acá no hay raya ni nada que impida introducirse con la mirada hasta el confín. Por eso puedo darme el lujo de señalar, con la ayuda del dedo, dónde están muchas ciudades y naciones. Una noche pasada compartía esta terraza con amigos cubanos, entre ellos una señora con ingenuidad de niña. Pasaba un barco muy lejos con luces apenas perceptibles. Entonces le dije a ella que allí estaba La Habana. La añoranza era tanta que hizo milagros. Porque ella llegó a pensar que distinguía el resplandor del Malecón. La verdad es que el camino celeste a ciertos sitios se conoce bien. En las noches mis nietos y sus amiguitos están pendientes de los puntos de luces de los aviones que vienen, a su hora exacta, de Nueva York y Miami. Yo les cuento las picardías de Tío Conejo, siempre dispuesto a burlarse de las persecuciones poco amistosas de Tío Tigre.

Sin embargo, cuando miran las estrellas, algunos de ellos prefieren descubrir las naves espaciales de otros planetas. Porque, en verdad, no hay nada por delante que restrinja la ficción o el ensueño. Las fronteras terrestres son insólitas y deprimen. Por lo regular en ellas hay ríos y puentes que cumplen misiones distintas de las naturalmente supuestas. Los ríos son símbolos de movimiento eterno. Nada los detiene. Ni siquiera el mar, porque ya en su

seno, siguen el peregrinaje en las corrientes oceánicas. Los puentes, a su vez, se construyen para facilitar el tráfico o rebasar obstáculos. En las fronteras los ríos y los puentes son mamparas que separan los pueblos. En la mitad de esos puentes están las rayas que interrumpen bajo la vigilia de fusiles. Tal vez por eso las aves peregrinas siguen la ruta del mar y sus orillas: Ellas saben que la tierra es una y les pertenece, aunque el hombre, que se cree más inteligente, la estrecha y encasilla.

Mis amigos admiran el mar porque vienen de las llanuras y cordilleras. Pero yo le saco provecho a dos paisajes. Estoy en el sitio adecuado para hacerlo. A una altura de cien metros, tengo a las espaldas las estribaciones de una serranía que se extiende al oeste paralela a la costa. Enfrente, la arrogancia del mar, solo circunscrita en la distancia por el horizonte; atrás, la impavidez de la arboleda y el verdor de los cerros. Y como si todo esto fuera poco, decenas de árboles alrededor, muestrario de la exuberancia tropical: mangos, guayabos, aguacates, uvas playas, mamones, ciruelos, cocoteros, naranjos y muchos más. Por eso, también, los pájaros encuentran un hábitat apropiado, y en sus ramas tejen sus nidos. Ahí están, por ejemplo, colgando, las mochilas de los toches y los emplastos de los cucuruchús. Por cierto, son dos muestras bien distintas de estilo y estética. Los unos, pulcros, minuciosamente tejidos, sujetos en las puntas de las ramas más altas como para cuidar la privacidad; los otros, descuidados y chambones, con toda clase de materiales, hasta trapos y basuras. Los toches y los pequeños cucaracheros son mis preferidos. Los toches, de cantos torpes y colores vistosos, semejan las brisas de diciembre. Jamás aceptan el cautiverio. Prefieren la muerte. Una vez visité la Quinta de San Pedro Alejandrino, donde murió El Libertador, en compañía de los escritores cubanos Onelio Jorge Cardoso y Manuel Cofiño. Ellos estaban impresionados por la majestuosidad del lugar y los frondosos tamarindos. Observaron los nidos de los toches y a decenas de ellos luciendo con orgullo su plumaje negro y

amarillo. Les dije que esos pájaros eran como el quetzal de Guatemala, símbolos de libertad. Entonces Onelio Jorge, comentó:

—¡Qué interesante! ¿Será simple coincidencia, o instinto prodigioso que les permite reconocer este rincón alegórico de la libertad latinoamericana?

Los cucaracheros vienen a ser la versión criolla, aunque de menor tamaño, del ruiseñor europeo. Pequeños y descoloridos inundan el entorno con sus cantos melodiosos. En las mañanas y los atardeceres penetran en los alares de las casas para cumplir misiones musicales. Yo los escucho al amanecer, cuando apenas empiezo a despertarme, como si quisiesen decir con el trino que salga a disfrutar el milagro de la vida. Claro está que los mochuelos y chirríos, que no faltan encima de las matas de millo, emulan en los conciertos, incluso en los momentos en que Príncipe estorba con los ladridos.

Príncipe es un perro zalamero pero despistado. Cuando salgo a los patios permanece a mi lado. Sin embargo, creo que él piensa que tengo problemas con otros perros, y no es así. Sus afanes de guardián los concentra en los perros de las otras casas. Se sube a la gruesa y baja paredilla, hecha en esa forma para que sirva de asiento y no impida la vista hacia el Castillo de Salgar, y comienza a provocar, con los ladridos ruidosos, al perro del vecino. En cambio, cuando llegan personas, permanece quieto y confiado. Entonces deja caer su cuerpo en el suelo. Yo no sé si comprende mi mirada que quiere preguntarle: —¿Acaso, alguno de los dos no estará equivocado?

Cerca de Príncipe siempre está Lisandra, la única perra conocida que no parece perra: en tres celos que lleva ya, no le ha sido infiel a Príncipe. Por el contrario, hace de compañera cariñosa. A todo momento le lame los oídos, a manera de besos, y juguetea sin cansancio. Nada le importa la presencia de Petronio, el pastor elegante, ni de los muchos perros del vecindario,

siempre dispuestos a perder el juicio cuando el olor genésico de las hembras se esparce en la distancia.

En los patios están los sembrados. La herencia campesina de mi niñez patrocina el retorno. Cuando comencé todo parecía imposible. Un domingo invité a tres amigos de mi pueblo natal. Les mandé a decir que vinieran preparados para una pequeña siembra. Ese día hubo sancocho de gallina y ron. Ellos disimularon muy bien, y con las estacas cortadas ahí mismo, puyaban la tierra inclinada para dejar caer los granos de maíz y las semillas de guandul y patilla. Después me contaron que al regreso hubo borrachera para festejar las ocurrencias más de pretender cosechar en riscos y pedregales. Tres meses más tarde volvieron, y la sorpresa fue grande. Como el año fue seco y carecen de riego, nada pudieron recoger en sus rozas. De acá, un poco avergonzados, llevaron a sus casas yucas y mazorcas tiernas. Les conté que supe de las burlas, y por eso todos los días conversaba con las matas y les pedía que no me hicieran quedar mal. Ese fue otro motivo, de retorno al pueblo, para otra parranda.

Lo que más me gusta es bajar la escalera en las tardes para observar en el huerto el crecimiento de las plantas. En el primer peldaño hay una frase Kogi, el pueblo indio que aún subsiste en la Sierra Nevada de Santa Marta: *Primero estaba el mar; el mar era la madre*. La religión de nuestros naturales se acerca más a la explicación científica. Y pregona el respeto a la naturaleza. Son conceptos sabios que procuran, en el ropaje místico, salvaguardar el apropiado entendimiento entre el hombre y el entorno.

Mi compañero de paseo, casi siempre, es Juaruquito, un niño de cinco años, auténtica muestra Mocaná. Le digo así porque sus padres nacieron en Juaruco, aldea cercana que todavía conserva rasgos ancestrales. Cerca de ella están Tubará y Cipacua. En estos lugares los conquistadores españoles

saquearon un puerco espín de cinco arrobas y media de oro fino, la pieza más pesada de que hablan los cronistas de esa época de rapiña. Tubará es un pueblo pintoresco. De noche semeja un pesebre navideño. Como está situado en el lomo de la serranía, a 285 metros de altura, sus calles inclinadas regalan el encanto de las poblaciones andinas. Camino a Juaruco pueden verse las piedras que tallaron los indios y las cavernas saqueadas por antropólogos y aventureros extranjeros.

Juaruquito me conversa sobre los temas que me agradan. Cuando salgo, a mi regreso, sin que yo lo pregunte, rinde informes de distintos sucesos. Siempre mata serpientes venenosas y escucha nuevos trinos. Extiende el brazo y abre su mano derecha para que se vean los dedos:

—Ayer maté dos culebras.

Para él no hay diferencia entre dos y cinco. Golpea el piso con las botas que le regaló el padrino, y agrega:

—Así les aplasté las cabezas...

Entonces le pregunto dónde están, y de inmediato responde:

—Las boté allá lejos...

Y señala la lejanía en el mar. Eso me basta para darle las gracias, y su carita redonda parece llenarse de complacencia. Ni más faltaba que me atreva a preguntarle cómo navegó hasta el sitio indicado, porque de seguro su imaginación lo sacaría de aprietos. Después tararea el canto de pajaritos distintos de los ya conocidos. Todo suena igual, pero él sabe distinguir. Cuenta entonces historias fabulosas que mezclan personajes de la televisión

con otras de la inventiva natural, mientras yo le ayudo en el relato:

—Pájaros que salen de las nubes... ¿con el arco iris en el pico?

—Sí, con el arco iris en el pico. Y llegaron hambrientos porque se comieron todo el maíz.

—Pero si tu papá no había sembrado. A propósito, ¿qué hace tu papá cuando no estoy aquí?

—Dormir, dormir, dormir...

—¿Y por qué duerme tanto?

—Porque tiene sueño...

—¿Entonces los pájaros siembran y riegan?

—Sí, de noche las bandadas de gaviotas van al río y se llenan los picos. Después regresan y dejan caer el agua...

—¿Y las siembras?

—Los cangrejos rojos abren los hoyos...

—Bueno Juaruquito, el asunto es sencillo...

—Sí, sencillo, y ya me voy a buscar el tetero...

—¿Y todavía tomas tetero?

—Si. Mi mamá dice que para que sea como Miguel Ángel.

—¿Acaso te gusta la escultura?

—¿Qué es eso?

—Lo que hacía ese artista: figuras talladas en mármol.

—No, *dotol*. Usted no sabe de eso. Miguel Ángel y Leonardo siempre ganan cuando los monstruos atacan a las tortugas ninjas. Hasta luego. Después vengo a matar otras culebras...

VOLVER A POPAYÁN

QUEDO SOLO, y los recuerdos lejanos vienen a mi memoria. Acabo de recibir una invitación de discípulos de la Universidad del Cauca. La promoción de abogados de 1962 programa el festejo de treinta años profesionales con sus profesores. Es un detalle un tanto insólito en estos tiempos de marcado pragmatismo. Pero Popayán es algo muy especial en la irracionalidad del subdesarrollo dependiente que se regocija menospreciando tradiciones y valores autóctonos, mientras sucumbe deslumbrado por lo ajeno. Cuando llegué por primera vez una mañana me esperaban en el aeropuerto personalidades intelectuales. Hasta el Gobernador estaba allí acompañando al Rector y a los decanos. Gran sorpresa indescriptible por lo desacostumbrado en otras partes, donde los personajes de la administración pública reciben mandatarios y hasta futbolistas, pero no a profesores. Al doctor Jorge Illera Fernández, Decano de la Facultad de Derecho, se le metió en la cabeza la idea de vincular en las cátedras a figuras reconocidas en sus especialidades. Y allí llegaron tratadistas y ex magistrados de la Corte Suprema de Justicia. Yo no tenía esos méritos. Apenas si había escrito un informe sobre la economía en Barranquilla. Por cierto que, dos años después, cuando el presidente Alberto Lleras Camargo y Jorge Franco Holguín, jefe de Planeación Nacional, organizaban el flamante organismo creado en esos días, me llamaron a dirigir la división que atendería los departamentos y municipios, y pregunté

por qué pensaron en mí. El doctor Franco Holguín, con una franqueza poco usual entre los bogotanos de entonces, respondió sonreído:

—Por este mamotreto, que yo no he leído, pero mis asesores dicen que es de lo poco escrito en el país sobre la materia.

Entonces le dije:

—Bueno, mi padre por lo menos lo intentó, pero a los cinco minutos se quedó dormido.

Y he aquí lo curioso de la anécdota: gracias al tedioso documento de análisis de estadísticas e hipótesis de crecimiento y desarrollo urbano, que sirvió de primer peldaño, más tarde fui elegido por el Congreso miembro del Consejo Nacional de Política Económica y Planeación, tal vez el cargo más honroso desde un punto de vista profesional, a que podía aspirar un economista.

Nunca olvido a Popayán. Entonces la ciudad era la Universidad. Podría decirse que en ella la pirámide de la organización social mostraba en el ápice al grupo universitario, con sus directivos, profesores y estudiantes. Y, como para que no quedara duda, en toda la entrada de la sede principal estaba una piedra esculpida, a la manera de los monumentos indígenas de San Agustín, con los nombres de los 16 presidentes de Colombia que formaron parte del claustro.

La vida en Popayán transcurría con el encanto de un paisaje añejo detenido. Sus calles de casas blancas apacibles apenas soportaban la algarabía de extraños en la Semana Santa. Porque entonces nadie podía escaparse de la fiesta, fuese de allí o de los contornos. Yo quise hacerlo la primera vez, y el doctor Antonio José Lemos Guzmán, me requirió en tono amable y persuasivo:

—Usted, profesor, puede ser todo lo librepensador que quiera, pero mañana espero que esté con sus colegas marcando el paso.

Y allí estaba, vestido de negro y todo atento al ritual, al lado de Arturo Valencia Zea, Luis Carlos Pérez, Álvaro Pío Valencia y muchos otros estudiosos del marxismo. Al final se nos contaba que en los tiempos de guerra entre liberales revolucionarios descreídos y gobiernos godos y clericales, en las noches de procesiones los insurgentes dejaban la montaña para cargar el santo de su devoción, sin que nadie perturbara ni se diera por entendido.

Lemos Guzmán era el Rector por antonomasia. Historiador, ideólogo y catedrático, casi vivía en la Universidad. En las noches, cuando ya las puertas se cerraban, caminaba a su alrededor conversando con amigos, como si quisiera resguardar la sagrada interioridad del recinto.

La Semana Santa es la fiesta de los payaneses. Todos los habitantes de un pueblo o de una urbe guardan por su fiesta, ya sea religiosa, carnavalesca o patriótica, cierto comportamiento de fidelidad. Tal vez sea el tributo a las vivencias infantiles, que tanto pesan en los recuerdos gratos. Y en el caso de las efemérides religiosas, aunque algunas de ellas suponen recogimiento, los vecinos las convierten en expresión de lo suyo, con cierto regocijo particular. Alguna vez la escritora barranquillera Amira de la Rosa, quien vivió muchos años en Sevilla, contaba con gracia costeña-andaluza, para referirse a las exageradas medidas de protección militar que se tomaron, en vísperas de Carnavales, con motivo de la visita a Barranquilla del presidente Gustavo Rojas Pinilla, las ocurrencias de un andaluz: En una de las procesiones de Semana Santa un campesino le preguntaba a su pariente, ciudadano de Sevilla, quiénes eran los de las imágenes que se cargaban en el desfile.

—Aquel es nuestro Señor Jesucristo... Aquella, la Santísima Virgen... ese, San José...

—¿Y la que viene más atrás?, preguntó el campesino.

—Esa es mejor no mencionar su nombre... esa es la que estuvo a punto de dañar la fiesta... la mujer de Poncio Pilato... ella pidió que se perdonara la vida al Señor, contestó el sevillano.

Y doña Amira, comentaba: —¡Cómo no nos conocen los compatriotas del interior del país! ¡Pensar que un barranquillero va a perturbar su fiesta atentando contra un generalísimo, por más dictador que sea!

BOGOTÁ, CARTAGENA, AMIGOS Y DESARROLLO INDOAMERICANO

TENGO EN EL HABER DE LOS RECUERDOS el ejercicio de la cátedra en ciudades que ofrecían con orgullo sus características de centros universitarios. Dos de ellas las han perdido un poco ante la avalancha del modernismo. Son Bogotá y Cartagena. La primera es ahora muestra del gigantismo urbanístico. Como efecto del centralismo macrocéfalo, Bogotá concentra el poder administrativo y el producto de la riqueza del país. La actividad comercial y la polución que exhalan los autos borran la imagen, en el presente, del apacible sitio del ayer, con predominio del quehacer intelectual. Como entonces (en los años cuarenta a sesenta) eran pocas las universidades en provincia, desde distintas partes llegaban los jóvenes en procura de instrucción. Y la ciudad sabía responder con acogida estimulante. Los personajes que aportaron a su patrimonio histórico en las distintas áreas del saber y la creación intelectual, hicieron del ejercicio de la cátedra un compromiso honroso. Con algunos de ellos estuve compartiendo inquietudes, primero como discípulo, y después de colega. Fueron muchos los compañeros de responsabilidades pedagógicas, pero conservo el recuerdo permanente de Gerardo Molina, Antonio García, Guillermo Hernández Rodríguez, Joaquín Molano Campuzano, Darío Samper, Leopoldo Lascarro, Jorge Child, Diego Luis Córdoba, Óscar Alvear, J. M. Ots Capdequí, Hernán Echavarría

Olózaga, Eduardo Wiesner, Jorge Méndez Munévar, Miguel Fadul, Jaime Posada, Luis Emiro Valencia, Delio Jaramillo Arbeláez, Álvaro Pérez Vives, Fernando Hinestrosa, Jaime Quijano Caballero...

A Cartagena llegué por primera vez como profesor en la Escuela Naval. Me había ganado un concurso para dictar la cátedra de Economía de Guerra. Yo me aproveché de lo que aprendí del profesor Abdón Espinosa Valderrama, una especie de experto en la materia, aunque pienso que a duras penas, y desde el otro lado de la calle, había conocido un cuartel. Pero mi presencia en los predios castrenses terminaron una tarde que acompañé a Domingo López Escauriaza, director del diario *El Universal*, donde escribía una columna, a recibir en el terminal marítimo, al doctor Carlos Lleras Restrepo, quien regresaba al país después de su exilio en México. Rojas Pinilla hablaba entonces de tolerancia. Pero eso tenía un límite.

Así me lo explicó con suma cortesía el Capitán de Navío encargado de notificar mi despido. Otros amigos de cátedra y periodismo, como Fabio Morón Díaz, Roberto Burgos Ojeda y Gonzalo Zúñiga, se libraron de la represalia, por no asistir al recibimiento. Un tiempo después volví a la Ciudad Heroica como profesor en la Facultad de Economía de la Universidad de Cartagena. Fue una etapa fecunda. La facultad había sido fundada por los economistas Alberto Ruiz Vélez y Gumersindo Serge, y ellos se dieron a la tarea de contratar profesores residentes en otras ciudades, incluso a extranjeros, que se encargaron de formar las generaciones que más tarde tomarían las riendas de la ciudad. Cartagena era plácida y bohemia, ajena al bullicio del turismo. La Universidad manejaba la promoción cultural de la ciudad y sus integrantes eran merecedores de gratitud y respeto. Una mañana en el salón de clases, mientras exponía tesis en favor de la originalidad y el deber de los científicos sociales del subcontinente de formular teorías para las estrategias de desarrollo económico y social de nuestros pueblos, me com-

prometí a dirigir y editar una revista especializada que sirviese de órgano de expresión del pensamiento latinoamericano. Así nació *Desarrollo Indoamericano*, que durante treinta y tres años se ha leído en muchas universidades del mundo. Por cierto, el año pasado fue considerada la mejor del mundo en el género económico y social por la Asociación Internacional de Escritores, con sede en los Estados Unidos. No pasa un día en que no lleguen cartas de universidades o centros de investigaciones de Estados Unidos, Europa o naciones de nuestra América Latina, solicitando su envío. Pienso que en estos tiempos de neoliberalismo, afianzamiento de la dependencia ideológica y simplicidad analítica de los hechos económicos y de la razón del atraso —todo interpretado bajo la óptica de manos invisibles y supuestas leyes del mercado— su existencia debe apreciarse aún más. Porque desde sus páginas se divulga el pensamiento de Raúl Prebisch, D. F. Maza Zavala, Josué de Castro, Celso Furtado, Oreste Popescu, Marcos Kaplan, Ruy Mauro Marini, Orlando Fals Borda, Carlos Rafael Rodríguez, Alejandro Lipschutz, André Gunder Frank, Pedro Vuscovich, Manuel Agustín Aguirre, René Báez, Julio Silva Colmenares, Raúl Alameda, Jorge Child, Isidro Parra Peña, Salvador Osvaldo Brand, Saúl Osorio Paz, Cuauhtémoc Cárdenas, Pablo González Casanova, Alonso Aguilar, Jesús Silva Herzog, Fernando Carmona, Rodolfo Stavenhagen, Ramón Martínez Escamilla, Virgilio Roel, Ezequiel Ander-Egg, Jorge Julio Greco, Víctor Manuel Barceló, Jaime Serruto Flórez, Humberto Espinoza Uriarte, Gastón Parra, Marcio Mejía, Ángel Bassols Batalla, Vicente Rovetta, Carlos M. Rama, Carlos Quijano, Antonio García, Gerardo Molina, Orión Álvarez, y tantos otros ensayistas latinoamericanos. No se trata de una de esas publicaciones de ahora, tan repletas de colorines y síntesis, sino, más bien, hecha a la usanza antigua, en talleres menores manejados por artesanos, como era la muy añeja imprenta de don Eduardo Salazar, linotipista de la vieja guardia y las nacientes de los esposos Sante y Darcy Gaddini y de la familia Salcedo. Todo aquello, puede suponerse ahora, fue obra del milagro que solo se cultiva y da frutos

en el mundo del subdesarrollo. Así, por lo menos, lo explican de manera anecdótica, los amigos escritores David Sánchez Juliao, Luis Felipe Palencia Caratt y Roberto Burgos Ojeda, quienes contaban que una vez el director de *The Economist*, de Londres, me escribió para recomendarme a uno de sus redactores, un economista ecuatoriano que acababa de terminar los estudios en London School y quería seguir trabajando en el periodismo, para lo cual consideró adecuada mi revista. Ellos escucharon el comentario, cuando leí la carta:

—Si supiera ese amigo inglés que *Desarrollo Indoamericano* se prepara en esta mesita rústica comprada en la puerta de la casa a un vendedor ambulante, y la Olivetti Lexicon 80 que me acompaña hace años, y con un director que desempeña, además, las funciones de redactor general, busca y cobra avisos, corrector de pruebas... apenas auxiliado, en la mecanografía y mando general, por doña Anita, en los momentos libres de sus obligaciones caseras...

Distinto de estos tiempos, en los cuales solo se exige para asumir la cátedra los diplomas de especializaciones, entonces lo que más se valoraba era el libro escrito. Son dos criterios diferentes que involucran toda una expresión compleja política, de comportamiento y compromiso. Más aún si se tiene en cuenta que los posgrados son más reconocidos y valiosos cuando se adelantan en universidades de los países dominantes, sean estos capitalistas o socialistas, como se daba el caso cuando existía la Unión Soviética. El profesional master o Ph.D. educado en el exterior, enseña lo aprendido, que responde a las conveniencias ideológicas del país de origen. Por el contrario, el requisito primario de trabajo de investigación u obras publicadas supone el conocimiento de las características, fenómenos y problemas de la realidad local, nacional o continental, que autoriza para deducir hipótesis y enriquecer el patrimonio científico de la materia a su cargo.

La primera vez que visité a Cuba recibí una sorpresa inesperada. Mi afán

era conversar con los profesores de la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana. Les pedí me hablaran de sus experiencias y me entregaran materiales doctrinarios de la planeación socialista en un país subdesarrollado de América Latina. Quería libros escritos por ellos, distintos de los conocidos en nuestras universidades. Pero solo se guiaban por los textos soviéticos. En las librerías pasaba lo mismo: apenas si de Cuba o América Latina se ofrecían las publicaciones literarias y políticas de Casa de las Américas. Recuerdo que en una de ellas, cerca de la heladería Copelia, a doña Anita, mi esposa, se le ocurrió una tarde colocar en los estantes, sin que nadie lo notara, unos ejemplares de la colección *Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina*, que yo dirigía, y publicaba Plaza & Janés. Y a los pocos minutos, al querer comprarlos los clientes, hubo confusión entre las señoritas vendedoras. Nunca supimos si nuestro subrepticio mensaje fue entendido.

Ahora deduzco también, que la facilidad de la imposición en las conductas desarrollistas y de apertura en los países del Tercer Mundo (al lado del desastre del modelo socialista soviético y de los vicios del intervencionismo estatal politiquero, el sindicalismo y los partidos de izquierda) encuentra el camino expedito en la formación dogmática de las nuevas figuras que dirigen el poder, casi todos provenientes de universidades de las áreas dominantes, o de sus similares en nuestros países.

Tal vez en un mañana de rectificaciones y búsqueda de conductas más apropiadas, podrá sacarse provecho de la conjunción de las dos modalidades en los requisitos para concursar a la cátedra, siempre y cuando las especializaciones se adelanten, prioritariamente, en las propias universidades.

Lo curioso de este asunto de la dependencia intelectual es que los propios teóricos en materia económica de los países poderosos, no la patrocinan:

Paul Samuelson se sorprendía cuando unos jóvenes latinoamericanos le informaban que su libro era texto oficial en sus universidades. Entonces comentó: “Qué curioso. Eso fue escrito para un tipo de economía distinta; digamos, desarrollada”. Una vez fui invitado por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética a dialogar en Moscú con un grupo de economistas sobre temas de teoría monetaria. Acababa de escribir el libro *Teoría de la Inflación, el Interés y los Salarios*, con planteamientos distintos de los monetaristas y cuantitativos, en el análisis de los precios. El encuentro de una semana no tuvo ni vencedores ni vencidos. Porque, al final, los soviéticos declararon:

—Lo que dicen nuestros textos es lo que conviene a la economía de nuestro país. Si cree que lo expuesto por usted es de beneficio para el suyo, eso está bien.

Entonces respondí:

—Gracias. Ese concepto es justo y apropiado. No importa si lo que yo digo tiene alguna validez. Lo que cuenta es el criterio sobre el compromiso de los pueblos de enriquecer la cultura universal con sus propias aportaciones. En los muros de la Universidad que fundé en 1972 hay uno con pretensiones simbólicas, con tres grandes lozas talladas que recogen pensamientos de Bolívar, Bello y Neruda. Yo suelo transcribirlos en escritos por la magnitud de la síntesis ideológica. Simón Bolívar, el conductor revolucionario y padre de la libertad, dijo: “Nuestra patria es América”, para referirse a la América Latina. Andrés Bello, el universitario y jurista, sentenció: “América tiene un camino: su propio camino”. Y Pablo Neruda, el poeta del siglo XX, predijo: “La libertad de América Latina, será hija de nuestros hechos y de nuestro pensamiento”. Sin embargo, buena parte de los profesores dejan que piensen por ellos, y enseñan en sus clases con los manuales soviéticos

o norteamericanos, de acuerdo con la alineación política. Ellos olvidan a Simón Bolívar, cuando dijo en el Congreso de Angostura: “¿No dice *El espíritu de las leyes* que estas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una casualidad que los de una nación puedan convenir a otra? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, al género de vida de los pueblos? ¿Referirse al grado de libertad que la Constitución pueda sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el código que deberíamos consultar y no el de Washington!”.

RECUERDOS DE LA URSS

EN AQUELLOS TIEMPOS, la búsqueda de nuestro propio camino, como añoraba Andrés Bello, me asistía en las deducciones. No obstante, guardaba por los soviéticos admiración y respeto. Hice observaciones, y eso me valió el reproche de los intolerantes. Pero siempre pensé que en la dinámica de los acontecimientos las fallas serían superadas o, por lo menos, no repetidas en la organización social futura de nuestros pueblos. Digamos por caso, el dogmatismo casi religioso que obligaba a pensar en el pasado monasterial donde cosas simples de la vida o del libre albedrío eran pecado. Aquí, con el mar de testigo y la compañía de amigos soviéticos intelectuales que frecuentemente visitaban la Universidad Simón Bolívar, exterioricé comentarios. Un medio día, ante Sergio Mikoyan, hijo del ex presidente Anastas Mikoyan, y Víctor Volsky, Director del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias Sociales, expuse juicios sobre el peligro del excesivo armamentismo. Recordé a los clásicos de la economía política, con Smith, Ricardo y Malthus, a la cabeza, que siempre inventariaron los gastos en armas y ejércitos como improductivos, e hice mención de la hipótesis de futuristas que calculaban para el año dos mil el descenso a los terceros y cuartos lugares de las economías norteamericana y soviética. Cuando iba a la Unión Soviética me sorprendía la exagerada atención a los asuntos militares. Muchas fueron las noches que a mi sueño lo perturbó el andar ruidoso de

interminables filas de camiones militares que viajaban rumbo a la frontera china: para fastidio del reposo, pasaban por la calle del hotel en la ciudad de Jabaros. En cualquier sitio que visitaran las delegaciones que asistían a congresos científicos, en el programa se incluía una visita al monumento del soldado desconocido. Sin cesar se hablaba de la paz, casi con obsesión, pero el recuerdo de la guerra y la barbarie de los ejércitos de Hitler, que estimulaba el armamentismo, parecía competir.

Mientras tanto, tenía presentes los resultados en los países como Japón y Alemania, obligados por los victoriosos a reducir a cantidades insignificantes los presupuestos militares. En 1961 pasé varios meses en el Japón y visité todo el territorio y buena parte de sus fábricas. Eran los tiempos de la recuperación y el despegue. Y se observaba en la gente un rechazo al pasado bélico y un entusiasmo por la libertad política y el porvenir democrático. En una reunión dije que el Japón había ganado la guerra. Unos 20 latinoamericanos, africanos y asiáticos estaban allí en misión oficial. Yo representaba la planeación nacional de Colombia. Al llegar a las ciudades se visitaban las fábricas y los centros culturales. Después, en los ágapes, un orador agradecía las atenciones. Cuando a mí me tocó, ya conocía los informes sobre el crecimiento económico del Japón (de once por ciento anual), las inversiones para la reconstrucción de su aparato productivo patrocinadas por los Estados Unidos, las reformas agrarias y del capital impuestas por el general MacArthur, que exterminaron el latifundio y los *zaibazus*, o grandes monopolios, para abrirle las puertas a la cooperativa agrícola y a la venta libre de acciones y la atención prioritaria a la educación. Con todo esto, sumado a la tradición manufacturera y la disciplina en el trabajo, me fue fácil presagiar los acontecimientos del presente y deducir que, a pesar de Hiroshima y Nagasaki, la ventaja del porvenir estaba muy cerca de las naciones derrotadas. Todavía conservo un ejemplar del periódico japonés que publicó mi osado comentario, como también, los agradables recuerdos de un Japón austero y acumulador.

Mientras en la Unión Soviética el aparato militar se ensanchaba, los medios de consumo se limitaban a lo indispensable. Una tarde me encontré en la Plaza Roja con el periodista bogotano Pedro Clavijo, casado con moscovita. Me invitó a su casa, y solicitó un lapicero para anotar la dirección. Le entregué un modesto *Paper Mate*, y le dije que se lo obsequiaba, pues contaba con otros. Entonces me respondió:

—Sí, me quedo con él. Porque los soviéticos fabrican cohetes que pueden llegar a centímetros previstos de la Luna, pero todavía no hacen un lapicero que sirva.

Después pensé que aquel comentario desapercibido involucraba todo un examen de una falla de producción y consumo. En La Habana, también, una calurosa tarde de agosto me hizo mucha gracia formar parte de una cola para comprar granizado. Al día siguiente conversé con Carlos Rafael Rodríguez, vicepresidente de la República, sobre ese fenómeno que no alcanzaba a comprender. —Si Cuba, le dije, es el primer productor de azúcar en el mundo, y uno de los países con más recursos hídricos, ¿cómo es posible que no haya en cada esquina una venta de granizado, o raspado, que es hielo molido y miel de azúcar, para evitar las molestias de las colas?

Ahora, sin olvidar las críticas de entonces que, además, involucraban aspectos relacionados con la libertad de expresión y pensar, no puedo negar la pesadumbre que siempre me acompaña por lo sucedido en la Unión Soviética. Recorrí el vasto territorio de Rusia desde Leningrado hasta Najodka, y fueron varias las repúblicas visitadas. A Najodka iba cada dos años como participante y conferencista del simposio sobre recursos naturales del área del Pacífico. En ese bello puerto del Lejano Oriente, con espléndida bahía siempre repleta de barcos de carga y de pasajeros, sus habitantes hacían del encuentro de personalidades de otros continentes un motivo de fiesta y en sus calles se bailaba en honor de la amistad. El tren

transiberiano solía llegar en las mañanas frescas de verano, y allí estaban docenas de niños con ramos de flores para entregar a los huéspedes. En otras ciudades la costumbre común era ofrecer un pedazo de pan de tortas que portaban bellas jovencitas vestidas con trajes típicos. En ninguna parte de la Unión Soviética jamás vi un mendigo. En las calles del populoso Moscú solo encontré una vez un embolador. Y los pocos vendedores ambulantes, como dos señoritas impecablemente vestidas, la una ingeniera y la otra agrónoma, vendían en una esquina de Alma Ata jabones y caramelos por cuenta del Estado, mientras las ocupaban en sus profesiones. Alma Ata es la ciudad de los árboles. Las viviendas casi no se ven porque los altos y abundantes ramajes cubren el espacio. Es una de las ciudades más arborizadas del mundo. Y la gracia de eso es que antes de la Revolución de Octubre todo era desierto, y apenas en ese sitio acampaban las caravanas de las tribus nómadas. Ahora el entorno es de un verde de cultivos con un lago azul en el fondo que semeja un pequeño mar. El agua proviene de canales de casi mil kilómetros construidos en los años heroicos del inicio socialista.

La vida cultural soviética que conocí era sencillamente deslumbrante. Como solo había pueblo, era para el pueblo. La primera vez que asistí al teatro Bolshoi quedé sorprendido con los exóticos peinados de un grupo de señoritas, y le dije al intérprete que me parecía un espectáculo versallesco. Tal vez lo entendió mal, pensando que hablaba de rangos aristocráticos, porque unos minutos después trajo hasta donde estaba, en el vestíbulo, a tres de ellas. Después de saludos de manos, me preguntó:

—¿Notó algo?

—No.

—Míreles las manos. Están llenas de callos. Son obreras de la construcción, y para venir al teatro usan pelucas, porque tienen cabellos cortos.

La mayor parte de la Unión Soviética fue arrasada por las hordas hitlerianas. Las fábricas las desmontaron para llevarlas a Alemania. En Leningrado no lograron penetrar, pero los cañones instalados en las afueras y en los propios palacios campestres de los antiguos zares, destruyeron la ciudad. El museo L'Ermitage también fue víctima. Vi las fotos de las ruinas y contemplé el milagro: todo lo reconstruyeron con exactitud. La industria y otras actividades, por cuestiones estratégicas, fueron trasladadas a lo profundo del país. La legendaria Siberia recibió los efectos del cambio. Hasta la Universidad de los genios y científicos la localizaron cerca de Novosibirsk. En verano la capital siberiana parece una ciudad tropical. Alegres palmeras en las calles y en las noches los salones de baile repletos. El río Obi es todo un espectáculo de vida, con decenas de barcas que lo cruzan. En el hotel me alojaron en una habitación que permitía contemplar la plenitud de su ancha corriente, parecida a la del Magdalena, aunque de aguas menos turbias. Como para que estuviera más a gusto, el administrador me hizo saber que en ella estuvo dos meses atrás Gagarin, el primer astronauta. En Alma Ata también recibí una sorpresa grata: el gerente del hotel, un hombre bajo de estatura, gordito y siempre risueño, fue el soldado que colocó la bandera roja de la hoz y el martillo en la cúpula del Reichstag, sede de Hitler y de su gobierno, y cuya fotografía se ha publicado en todos los periódicos y revistas del mundo. Nunca se quitaba del pecho la condecoración de héroe nacional. Los soviéticos gustaban de sus medallas e insignias. Y el pueblo guardaba respeto por esos símbolos. Una vez Víctor Volsky que de tanto tratar con latinoamericanos y visitar a nuestros países, siempre estaba de ánimo para reír y gozar de la alegría de vivir, nos invitó a mí y a mi familia, a un almuerzo en las afueras de Moscú. Como era domingo, en el restaurante de una bella cabaña no había sitio disponible. El doctor Volsky, guiñó un ojo, y les dijo a doña Anita y a mis hijos:

—Veamos si aún recuerdan a los veteranos... Entonces se introdujo en el automóvil y regresó con su estrella de héroe de la guerra en la solapa de la

chaqueta. De inmediato fuimos atendidos con muestras de afecto, sin que nuestro amigo hubiera dicho una palabra mencionando su rango.

Son tantas las impresiones gratas, que conturban la rapidez de los acontecimientos. ¿Cómo pudo deslumbrar la irracionalidad del egoísmo individualista todo un mundo de acercamientos igualitarios? ¿Que había fallas en una burocracia lenta y de privilegios? Cierto. Pero entre nosotros, la apertura librecambista y el predominio de las reglas del mercado —puro e inclemente capitalismo de monopolios y carteles— ha incrementado la corrupción oficial hasta el punto de que son pocos los presidentes latinoamericanos libres del cuestionamiento público, mientras la miseria popular adquiere niveles insospechados. Las propias estadísticas de los Estados Unidos señalan que la población indigente ha alcanzado en ese país cifras jamás antes conocidas, con más de treinta millones de pobres absolutos.

Nadie se atreve a negar los errores y arbitrariedades. En la propia Unión Soviética fueron juzgados los responsables. Las estatuas de Stalin dejaron sus pedestales y sus crímenes merecieron el repudio.

Alguna vez visitaba la Plaza Roja en compañía de académicos del mundo. Al llegar al sitio donde estuvo la tumba de Stalin, una voz solitaria se mostró en desacuerdo con el tratamiento dado por los renovadores. Entonces, la bella rubia que servía de intérprete dejó a un lado su compostura discreta, propia del oficio, y con énfasis en sus palabras, denunció la muerte de su padre, general revolucionario, condenado por los jueces de Stalin como traidor, y después reivindicado en el gobierno de Jruschov. El interlocutor, tal vez por cortesía, calló. Pero más tarde, cuando íbamos en el bus de regreso al hotel, dijo:

“Es cierto que fue un dictador, y como tal los abusos y errores no pueden

escondese, pero nadie está libre, en los primeros años de advenimiento e insurgencia de una nueva organización social, de esos pecados. Recordemos, para no ir tan lejos, al capitalismo con sus invasiones y arrasamiento de los pueblos a través de las cruzadas, o de las conquistas y colonialismos en América, África y Asia. Y ahí sigue tan campante y sus áulicos santificando a sus pioneros y festejando sus genocidios. ¿Acaso, en cada ciudad de América Latina no está, en la plaza principal, la estatua del conquistador europeo que aplastó culturas, asesinó gobernantes indígenas, masacró pueblos y saqueó riquezas?”.

Ante el silencio nuestro, que era una especie de muestra de respeto a la voluntad y autonomía de la tierra anfitriona y de sus habitantes para decidir sus conveniencias, el colega crítico bajó el tono de la voz y apenas movía los labios, como para escucharse él mismo en sus observaciones sinceras pero un tanto imprudentes.

En general, la vida de los soviéticos que conocí era austera. Y como no había desocupados, la delincuencia jamás ofreció las características de otras partes. Del hotel Aguilucho en Moscú, donde en una ocasión pasé dos semanas con mi familia, solía atravesar sin temores un bosquecillo de día y de noche para llegar a la estación del metro, aledaña a las Colinas de Lenin, sitio de visita de los recién casados. Allí una tarde me encontré con Vladimir Lukin, miembro de la Comisión Estadounidense en la Academia de Ciencias. Olvidamos la prisa de las obligaciones de trabajo, y durante un par de horas hubo un regreso a Barranquilla. Él había asistido a un encuentro en la Universidad Simón Bolívar, y no olvidaba los patacones ni el arroz con coco de la reina Guillermina, la mujer de Marco, el celoso guardián de la Casa de la Cultura. Hace poco el académico Nicolás Díkó me comunicaba que el doctor Lukin es el nuevo embajador de Rusia en los Estados Unidos, y me adjuntó el recorte de un reportaje publicado en *Novedades de Moscú*, donde

el diplomático menciona su paso por nuestra Universidad. Son las *sorpresas del tiempo*: el antiguo camarada que tanto fustigó al imperialismo yanqui y explicaba emocionado el futuro promisorio del socialismo, representa en Washington el nuevo gobierno que se empeña en borrar todo vestigio del ayer en aras del advenimiento capitalista.

La vida nocturna en la Unión Soviética terminaba a las once. A esa hora cerraban sus puertas los sitios de diversión, digamos por caso, los restaurantes, cines y expendios de bebidas. Porque los prostíbulos no existían. La noche de un sábado en la ciudad de Ashjabab, un grupo de amigos latinoamericanos y un africano visitamos el parque central. Todo era animado y festivo y a las once de la noche, la música dejó de sonar y las familias comenzaron a retirarse. Entonces un joven nos invitó a su casa, cerca de allí. Era un obrero que trabajaba en la recolección de basuras. Vivía con su madre, una anciana de cabellos blancos. Después de la confusión de nuestra presencia (gente tan extraña en esas remotas regiones), ella preparó de inmediato ensaladas de cebolla y tomate. A pesar del humilde oficio del anfitrión, en la salita del apartamento había un estante con unos libros y una guitarra. Siempre suelo recordar, cuando se trata el tema del prejuicio racial, la reacción de aquella mujer que de seguro en su larga existencia jamás había visto un negro. Se sentó a su lado y le tocaba la cara con curiosidad maternal. En un comienzo el africano esquivó las caricias un tanto sorprendido, pero después comprendió que todo era ternura y complacencia. A lo mejor para ella un rostro de color no común en su medio era algo exótico muy bello.

* * *

Cuando escribo estos recuerdos vuelvo a leer publicaciones soviéticas, entre ellas *Tiempos Nuevos*, la revista que fue una especie de órgano oficial ideológico de la Unión Soviética. Desde muchos años atrás la consulté

porque en ella escribían académicos e intelectuales. Pero este número del 6 de junio de 1991 trae una noticia inesperada: es el último que se publica en español, después de 40 años de aparición semanal. Y lo curioso del asunto es que el director y la redacción, todos entusiastas defensores del regreso al capitalismo, hacen saber a los lectores que “en las nuevas condiciones de paso a la economía de mercado en nuestro país, *las dificultades financieras hacen imposible continuar la publicación que, a partir de 1951, procuró tenerlos al hilo del acontecer político y cultural del mundo*”.

En esta última entrega de *Tiempos Nuevos* en español puede apreciarse, en el contenido de los artículos y entrevistas, la interpretación de los investigadores soviéticos de estos nuevos tiempos. Así, para I. Dorovskij, “*los que añoran otros tiempos de pan y leche sus reclamos son simples aullidos de la plebe*”, porque solo debe tenerse en cuenta el pensamiento de George Washington, primer Presidente de los Estados Unidos, cuando decía: “El hombre que renuncia a la más mínima libertad en aras de su seguridad personal no es digno ni de una cosa ni de la otra”. El militar Ivan Uporov, mayor de las tropas interiores y diputado al Soviet urbano de Bezmein, en Turkmenia, escribe: “Es absurdo defender un sistema económico donde un barbudo hambriento y casi desnudo agite una cachiporra nuclear comprada a un precio fabuloso. La gente no está en contra de un ejército fuerte y una defensa segura del país. Mas está en contra de que el poderío del ejército se mantenga a costa de sus flacas billeteras, a costa de su salud y su estómago. Aparte de que todo esto ocurre cuando los altos mandos y los caudillos del partido nadan en la prosperidad... El complejo militar industrial chupó toda la sangre de la economía nacional...”. En un ensayo titulado “Los obreros contra su propia vanguardia”, L. Vasíliev piensa que las huelgas y las manifestaciones de los obreros son simples expresiones de rechazo a su partido político: “Lo importante, afirma, es que los obreros que participan en los movimientos de protesta lo que no quieren en primer lugar es el poder del

partido comunista. Es así como debe apreciarse hoy su posición... Los obreros nada tenían que ver con la dictadura del partido que usurpó todo el poder y cuya novedad consistía en que no era un partido de tradiciones parlamentarias dispuesto a ceder el poder en caso de que el pueblo se le opusiera... No hay que hacerse ilusiones. Es poco probable que los obreros acojan con entusiasmo la perspectiva del mercado. Es poco probable que la mayoría esté contenta con la aparición de personas ricas cuyos ingresos contrastan con la pobreza de los desdichados y desempleados... De ahí que la cohesión de la izquierda democrática con los obreros, y cabe recordar que es una de las ideas predilectas del marxismo que se justifica en plena medida, pueda considerarse poco menos que la condición principal de éxito en la lucha contra el socialismo totalitario”.

En otra sección de la revista mencionada, su propio director Alexander Pumpiaski, polemiza con el mariscal S. Ajroméev, y se dicen verdades sugerentes. Por ejemplo, para el militar el ejército defenderá la integridad del país y “si la Ley Fundamental (la Constitución) se enmienda por la vía legal y se anula la tesis sobre la sociedad socialista, la situación cambiará... Pero hoy las fuerzas armadas deben defender la opción socialista. Es su deber constitucional”. Por su parte, el periodista replica: “¿Es la Constitución la Ley Fundamental? Sí, pero únicamente en un Estado normal, o sea democrático y civilizado, pero, en el nuestro, siempre y a todo nivel la Ley Fundamental fue la palabra del dirigente del partido u otro... Si reconocemos como norma la injerencia o el empleo del ejército en el proceso político interno, jamás seremos un Estado normal. Es un axioma”. El militar responde: “Su actitud hacia nuestra Constitución es demasiado superflua. Para usted el sistema socialista no es sino una línea en la Ley Fundamental, mientras que para mí son los setenta años de vida y lucha de nuestro pueblo. Hace tres años que repiten sin cesar que las fuerzas armadas preparan y pueden dar un golpe militar. ¿Quién lo dice? Usted lo silencia cortésmente,

pero yo le diré sin rodeos: Yeltsin, Sobchak, también Arbátov. ¿Con qué objetivo? Lo hacen para dividir en medio de la lucha al ejército y la marina... Soy partidario de una Unión federativa única y de la opción socialista...”.

Año y medio después de la anterior lectura de *Tiempos Nuevos* y muchos años más de las reformas de Mijail Gorbachov y del proceso hacia el capitalismo, el diario *El Tiempo*, de Bogotá, dedica una página a su corresponsal en Moscú, Álvaro Sierra, quien intenta recoger el balance del primer año de disolución de la Unión Soviética. El título del artículo (edición del 28 de diciembre de 1992) es una especie de radiografía sutil de los alcances y logros: “Rusia avanza hacia el mercado... persa”. Y afirma el periodista: “El gobierno tiene razón: hoy el mercado es una realidad”. Sin embargo, los resultados nada tienen que ver con los presagios optimistas de sus impulsores. Porque el arqueo ofrece resultados disímiles. Leamos a Sierra: “Para el presidente ruso Boris Yeltsin, el principal logro de su gobierno ha sido la entrada en el mercado de la ex potencia comunista. Sus opositores opinan que la crisis económica se ha profundizado en lugar de reducirse... Y los resultados de este itinerario son elocuentes. El alza de precios bate cualquier marca: un pan de cinco centavos hace un año vale hoy 25 rublos. El transporte subió veinte veces; la comida entre trescientas y quinientas veces... Está caminando un plan para entregar a manos privadas en tres años la mitad de la propiedad estatal. Han aparecido cuarenta mil negocios y ciento cincuenta mil granjas privadas y desde enero están listas a venderse en subasta ocho mil grandes empresas del Estado. Al mismo tiempo, la producción sigue cayendo en picada. Este año se espera casi un veinte por ciento de declive en comparación con el 91. La inflación va por el dos mil por ciento anual. La lista de empresas a medio cerrar o al borde de la quiebra es interminable. El comercio exterior pasa por la crisis más grande de su historia. El déficit del presupuesto estatal pone pálidos a los comunistas clásicos. La oposición, pues, tampoco miente: la crisis es aterradora. Al

simple ruso el año de 1992 le impuso un brutal cambio de opinión. En diciembre pasado, no había quizás en el mundo gente más entusiasta y esperanzada con el capitalismo que los rusos. Un año después el nivel de vida de la aplastante mayoría se ha reducido cerca de cuarenta veces. Y el mercado no es para ellos sino una reforma que les arrancó las ventajas sociales del sistema anterior y no ha dado nada o casi nada a cambio... La delincuencia, la prostitución y el contrabando navegan a toda vela sobre las olas del mercado. El propio gobierno ruso está seriamente preocupado porque el país se está convirtiendo en un paraíso de las mafias”.

El periodista Álvaro Sierra también observa que “Moscú se ha convertido en un San Victorino”, barrio caótico de Bogotá, elocuente muestrario del subdesarrollo capitalista, en cuyas plazas y calles se ofrece “no productos de primera necesidad sino toda clase de accesorios de contrabando, empezando por licores, al estilo de los *sanandresitos* colombianos”.

Y, como para que no quede duda, lo escrito se ilustra con fotografías deprimentes: la Plaza Roja, que yo conocí como símbolo de limpieza y pulcritud urbanística, está rodeada de casetas miserables para venta de cachivaches que semejan el peor tugurio de África o América Latina. Son *¡las sorpresas del tiempo!* Pero a lo mejor, como lo imaginan los dialécticos discípulos de Hegel, a la larga la síntesis hará su aparición, para ofrecer, de nuevo, la expectativa de un socialismo democrático que garantice la soberanía popular en el marco de un Estado responsable en la orientación económica y social. Por lo menos, fueron esos los lineamientos ideológicos, los del socialismo democrático y la economía pública de servicio, los que regularon y siguen regulando los idearios de mi existencia.

* * *

Naturalmente, las interpretaciones acerca de las causas de la crisis del modelo soviético exigen un examen cuidadoso más allá de las espontáneas obser-

vaciones en la simplicidad de los recuerdos. Sobre este tema converso por teléfono con el escritor Ramón Molinares Sarmiento. En el diario *El Herald*o he leído sus juicios sobre el papel que jugaron las raíces ancestrales (costumbre, religión, lenguas, historia, etnia, etc.). Y esto es cierto. Solo habría que agregar el *centralismo*, fenómeno político, cultural, social y económico que en todos los tiempos ha sido motivo de insurrección en la lucha de los pueblos.

El centralismo distorsiona, separa, discrimina y explota, y a la vez rebela y une. Tiene tanta fuerza o más que la lucha de clases en los pronunciamientos defensivos de las regiones discriminadas. Con el centralismo, una ciudad, una región, un país, se vale del poder para sacar provechos espaciales. Pero, además, al beneficio económico se agrega la discriminación. Incluso en los países discriminados por los centros políticos dominadores, se da el caso que estos, a la vez, discriminan a sus propias regiones.

En el acontecer político, grupos o clases portadoras de determinadas ideologías se identifican y separan para el logro de objetivos; en la protesta anticentralista todos se unen como en las jornadas liberadoras e independentistas.

En la Unión Soviética, como en Colombia, el centralismo despertaba reacciones en la periferia. Incluso en la propia Rusia observé descontento por la rigidez centralista, pese a la doctrina de la autonomía de las repúblicas, de las regiones y de las etnias. En Leningrado sus habitantes veneraban a su Pedro, tal vez con más estatuas que Lenin, y una vez escuché críticas al predominio de Moscú. Además, jamás entendí el uso de pasaportes entre regiones integradas.

Ya comenté las fallas y descuidos en la producción de medios de consumo. Tal fenómeno era fácil de comprobar. Aunque en los 270 millones de habi-

tantes del extenso territorio soviético que periódicamente visitaba, nunca advertí miseria ni nada parecido al hambre que en nuestros días ensombrece en el mundo a miles de millones de personas, la verdad es que la oferta variada de artículos era modesta. En esos días se orquestaba una campaña ideológica contra el *consumismo* que se daba en los países capitalistas desarrollados. Sin embargo, cuando llegaba a Moscú mis amigos me hacían saber con satisfacción que ya contaban con nuevos almacenes y mercados. Hasta una tarde me llevaron, en compañía de doña Anita, a conocer el primer salón de belleza para mujeres.

Cuando mis amigos soviéticos me hablaban de los futuros logros que alcanzarían en la oferta de mercancías de consumo, solía aprovechar la oportunidad para enjuiciar a los *berioskas*, almacenes especiales de toda clase de artículos nacionales y extranjeros de consumo y de uso personal, que solo vendían en dólares a turistas foráneos. Nunca pude entender cómo en el país que se fundamentaba ideológicamente en la igualdad social, podía prohibirse el acceso de los nacionales a esos sitios. En Cuba, donde copiaron la extraña modalidad, en varias ocasiones protesté, y logré que amigos cubanos me acompañaran en la compra de algún obsequio para ellos.

LA CASA DE LA CULTURA

Y YA QUE ANTES MENCIONÉ la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, imagino que muchos hablarán de ella en distintas partes del mundo, como albergue que ha sido de investigadores, científicos sociales, escritores, poetas y catedráticos. Se trata de una de esas edificaciones de los años veinte, época de oro de Barranquilla. La terminación de la construcción estuvo a cargo de Luis Gutiérrez de la Hoz, un maestro de obra, de los que hacían de arquitectos —que residía en todo el frente de mi casa cuando yo era niño— por encargo de comerciantes árabes de procedencia francesa. Los extranjeros, después de lograr fortunas, acostumbraban mandar a construir sus viviendas al estilo de los palacetes de los ricos de sus ciudades o pueblos. Por eso el barrio *El Prado* es una especie de muestrario de la arquitectura de varios países, de donde eran originarios sus habitantes. La Casa de la Cultura, que aún conserva en su frontis el nombre de “La Perla”, fue fiel copia de una mansión con el mismo nombre de la Costa Azul. Cuando la adquirió la Universidad, el arquitecto Ignacio Consuegra Bolívar convirtió las alcobas en bibliotecas y los garajes en el patio de actos. Ahora funcionan en sus predios ampliados la *Biblioteca de Humanidades*, con varios incunables y centenares de ediciones príncipe; el Museo Bibliográfico Bolivariano, con más de cuatro mil libros sobre la obra y el pensamiento del Libertador, considerado por los historiadores venezolanos como único en su clase; la

Hemeroteca, con colecciones de revistas de Economía, Sociología, Historia, Política, etc., de América Latina, Estados Unidos, Europa y Asia. Es, pues, un sitio apropiado para el estudio y el encuentro académicos. Por eso en sus instalaciones se han reunido académicos de Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Argentina, y han dictado conferencias catedráticos de muchas universidades. Los actos públicos en la *Casa de la Cultura* se convierten en verdaderas fiestas de las artes integradas. Cuando se presenta un libro la fiesta es general, porque también se exhiben pinturas, actúan los coros, las danzas, los conjuntos folclóricos, y los poetas recitan. Regocija el espectáculo de mil o más personas aplaudiendo a los autores o artistas. El profesor Luis Felipe Palencia Caratt, comentaba alguna vez: "Qué distinto este entusiasmo, que estimula al creador intelectual, de los cocteles, en los cuales a la larga, los invitados se olvidan de los libros, o comienzan a conversar de espaldas a los cuadros expuestos". Una tarde de llovizna nadie se perturbó mientras escuchaba al maestro Pablo González Casanova, ex Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. El ilustre sociólogo estuvo feliz: por primera vez hablaba a los jóvenes sobre el destino de América Latina con el respaldo solidario de menudas gotas refrescantes. Nicolás Guillén, quien pasó una semana entre nosotros, y Jorge Artel, los dos grandes de la poesía negra, después de leer sus poemas jugaban el "tingo tengo" con los funcionarios y empleados de la Universidad, después de saborear los bizcochos que se brindaban en sus nombres. Una vez la Academia de la Unión Soviética comunicó que llegaría un economista de apellido Nikitín. Yo no simpatizaba con el autor de un manual de economía política con ese apellido. Se trataba de un texto más de divulgación y propaganda que científico, muy popular en nuestros medios universitarios, utilizado al pie de la letra por profesores comodones, conocidos con el apodo de *nikiteros*. Me era difícil entender cómo un profesional que entraba a formar parte del oficio de la educación, desaprovechara la oportunidad de instruirse y estudiar el acontecer histórico, para limitarse a divulgar lo expuesto en otras cir-

cunstances y conveniencias. Sobre todo, si se tiene en cuenta que la ciencia social es un rico muestrario de teorías que interpretan los distintos fenómenos en concordancia con la realidad política, histórica y geográfica. El manual de Nikitín, como de manera correcta lo indicaba el editor, era un trabajo premiado en un concurso celebrado en Moscú en 1959 con el propósito de divulgar, entre otras cosas, en amplios círculos de lectores, especialmente obreros soviéticos, los criterios del Partido Comunista de la URSS. Bueno, el Nikitín de la historia nada tenía que ver con el otro Nikitín. Por el contrario —y como aleccionadora paradoja— resultó ser investigador interesado en conocer los trabajos teóricos y las tesis expuestas por nuestros profesores e ideólogos en el análisis de los problemas económicos propios de la dependencia y el subdesarrollo. Bonachón y disciplinado a la vez, pasaba las horas en la sección de publicaciones latinoamericanas de la Hemeroteca y los domingos se iba a la plazuela del Estadio Municipal a escuchar los conjuntos vallenatos. Amigo de Martín, un conserje de la Casa de la Cultura, cascarrabias y gruñón, que por su temperamento yo solía llamarlo Hitler, un día comentó delante de él: “Hitler, no: dictador fascista; Stalin, dictador proletario”.

DE BAGDAD A ATENAS

EL INVIERNO LLEGÓ. Quiero decir, las lluvias. El invierno es mar azul y quieto, brisas lentas, verdor que entusiasma. Sin embargo, Juaruquito nota mi tristeza. En su media lengua repite los versos de una vieja canción que le enseñé una vez cuando él estaba afligido por un regaño materno. “Son cosas de la vida, que suelen suceder. Mi negro no te aflijas”. Trato de animarme, y observo los alcatraces, en un vuelo que parece un rito: avanzan en forma de espiral. Con el reposo de las aguas los peces se acercan a las orillas para ofrecer un espectáculo depredador pocas veces visto: primero están las sardinas juguetonas y desprevenidas. Un poco atrás se distinguen las manchas de cojinúas, sierras y otras especies medianas; y después los tiburones y delfines. Cada uno busca su alimento sin sospechar su propia suerte. Y, más allá, los botes de los pescadores con anzuelos y chinchorros que no hacen distinciones. Pero el paisaje y los hechos concurrentes en el mar no me alejan del todo de mis nostalgias. Pienso en *las sorpresas del tiempo*: el ayer, un ayer apenas de unos veinte años, de insurgencias y esperanzas, tan distinto de las destrucciones posteriores y de la violencia del presente. También, en lo ideológico, el abandono de un camino propio, con cosecha a la vista de más problemas, recarga el pesimismo: las noticias de Colombia de los periódicos y la televisión se refieren a las masacres diarias de campesinos,

a la disminución de las cosechas, el derroche de los ricos y el aumento de tugurios y hambrientos.

No puedo imaginarme cómo son ahora algunos sitios que conocí con cierto esplendor en la quietud de lo espontáneo y sencillo. En 1972 asistí en Bagdad a un encuentro de intelectuales bajo el patrocinio del Consejo Mundial de la Paz cuya sede está en Helsinki, la capital de Finlandia. Llegar a la tierra de las *Mil y una Noches* era retroceder a la infancia de lecturas nocturnas. De noche el Tigris se ilumina con la gracia de los faroles en restaurantes y barcazas. Eran los tiempos del rescate del petróleo, de la conducta anti-imperialista y de la defensa de la paz. Cuando fuimos recibidos por el Presidente de la República, en la puerta del Palacio los guardias solo tenían lanzas, a la usanza antigua. El comercio de alfombras y utensilios de plata sobresalía, y daba gusto recibir las atenciones de los dependientes, iniciadas con el obsequio espontáneo de un vaso con agua. Nunca supe el por qué de esa costumbre, pero imagino su origen remoto de bienvenida al peregrino en los caminos del desierto. Un medio día estaba con doña Anita comprando regalitos y de pronto el señor que nos atendía salió y nos dejó solos. Nos asomamos a la calle, y estaba de rodillas con la cabeza inclinada en dirección a La Meca. Hasta el policía que dirigía el tránsito se había bajado de la plataforma en la ceremonia de la una de la tarde, y hacía lo mismo.

Ahmed Hassan El Bark, presidente de Irak, inauguró el Seminario sobre el petróleo. Después habló el doctor Romesh Chandra, Presidente del Consejo Mundial de la Paz, y yo lo hice en nombre de la delegación de América Latina. Eran los días heroicos de la reconquista de los recursos naturales en los pueblos del Tercer Mundo. Hoy desconcierta el comprobar que tantos sacrificios nada significan en el festín de la entrega neoliberal. Entonces, es cierto, las condiciones fueron apropiadas: división del mundo en dos grandes fuerzas opuestas, y divergencias en las propias filas de los dominantes. Los débiles suelen sacar provecho cuando los poderosos pelean entre sí. La

independencia de las colonias africanas y asiáticas cristalizó al terminar la llamada Segunda Guerra Mundial. Lo mismo sucedió con la nuestra, que gozó de la simpatía y el apoyo de Inglaterra, Francia y Holanda. Ahora las tesis y estrategias de la sustitución de importaciones, integración regional, desarrollo con justicia social, proteccionismo condicionado, selección del crédito, reformas agrarias, etc., han sido arrinconadas ante el esplendor de un único bloque dominante de la economía mundial, que impone a su arbitrio conductas y razonamientos.

No obstante la profunda convicción en nuestros derechos y en la legítima decisión de nacionalizar las operaciones de las compañías petroleras extranjeras, dijo entonces el Presidente irakí, comprendemos muy bien que ellas y sus gobernantes no respetarán en el futuro las decisiones autónomas de los pueblos. Por eso debo reconocer, agregó, que esta clase de reuniones constituyen contribuciones importantes a las causas liberadoras, porque pone a la ciencia y al pensar al servicio de una causa justa. Romesh Chandra, por su parte, ratificó los idearios de la paz en el mundo y la plena autonomía de las naciones. Yo dije que el petróleo, como los demás recursos naturales de los países subdesarrollados, se convertirán en baluarte para la paz cuando ellos sirvan para su propio provecho y desarrollo. El inventario de los recursos de América Latina, recordé, es prodigioso. La variedad de la riqueza de su suelo contrasta con la pobreza de la mayor parte de sus habitantes. Con su riqueza América Latina abastece buena parte de la demanda del mundo, pero no se basta a sí misma. Entrega la materia prima para fortalecer la industria de las potencias económicas. Como afirmaba Josué de Castro, es botín y pedestal del poder de otros. El treinta y tres por ciento del hierro está en su territorio; también el treinta y cinco por ciento de las reservas mundiales de cobre, el diez por ciento del plomo, el quince por ciento del zinc, y tiene las minas más importantes de estaño, níquel, tungsteno, plata, etc. Solo Venezuela produce el doce y medio por ciento del petróleo del planeta...

Una comisión que representó las treinta y seis delegaciones de distintos países, integrada por Romesh Chandra, Presidente del Consejo Mundial de la Paz; Asiz Sharif, Primer Ministro de Irak; Mohamed Sami, Secretario General de la Organización de los Países de Asia y África; Alexandre Dzassokhov, de la Academia de Ciencias de la URSS; Francisco Pistolese, de Italia; Charles Sharma, de la India, y José Consuegra Higgins, de Colombia, redactó la declaración final.

De Bagdad, ya de regreso, un grupo de cuatro asistentes al seminario, del cual yo formaba parte, aprovechó la oportunidad para visitar a Siria, Líbano, Grecia y Turquía. Por cierto, al dejar el hotel, el delegado de Yugoslavia, discípulo del Mariscal Tito, nos previno del peligro de visitar Turquía, país caótico, según él, de violentos e inamistosos. Y, aunque solo estuvimos una semana en Estambul, todo allí fue placentero. Nunca olvido el trato amable de la gente en la calle ni la tarde en la que un par de jóvenes nos pagaron los pasajes en un bus urbano porque el conductor no tenía vueltas para un billete. Y quién iba a pensar, *¡sorpresas del tiempo!* que años después la Yugoslavia de hermandad socialista padeciese el rigor de una horrenda carnicería y destrucción entre etnias y pueblos hasta hace poco integrados.

En Damasco, a pesar de la guerra latente con Israel, todo era muestrario de jovialidad. Los estudiantes sonreían. Una noche fuimos invitados a una fiesta familiar en un barrio alejado del hotel. Como caminamos las calles con la luz de la luna, yo pregunté qué pasaba. Entonces me dijeron que no se encendían los faroles por temor a bombardeos aéreos. Sin embargo, nunca vi en las calles soldados ni armas. Tampoco observé movimientos de tropas en todo el largo recorrido de la carretera que de Damasco conduce a Beirut, a pesar de atravesar los territorios de Siria y El Líbano, y de haber pasado, en cierto lugar, según contaba el intérprete, a unos veinte kilómetros de la zona de conflicto. Cuento esto, porque al regresar a Colombia, camino a mi

residencia en la pacífica Barranquilla, tropezamos una camioneta con soldados que portaban una ametralladora que apuntaba a los vehículos que seguían atrás en la casual caravana callejera.

Los libaneses con quienes conversé se consideraban de mejor familia en la comunidad árabe. Ellos creían que eran una extensión de Europa. A Beirut la llamaban la París del Oriente. Nos hospedamos en el hotel Fenicia, todo de mármol y orgulloso, como los otros, de sus casinos. Lo que más importaba a sus habitantes era contar con un automóvil lujoso. Poco querían saber de la conducta de sus vecinos en la defensa de sus riquezas naturales y de la identidad cultural. Cuándo iban a imaginar los libaneses —*sorpresas del tiempo!*— que pocos años después la barbarie de la guerra arrasaría los campos y las hermosas avenidas, mientras los desprevenidos habitantes del ayer se enrolaban en luchas religiosas que sembraron la miseria.

En Atenas nos ocurrió algo simpático. Una tarde paseábamos por las calles adornadas con naranjos de frutas maduras, y después de mirar la Universidad desde fuera, fuimos a la Academia. Como la puerta principal estaba abierta entramos a conocer, sin darnos cuenta, que a los pocos minutos, se iniciaría una sesión especial para recibir a un nuevo miembro. Allí todos vestían de etiqueta, menos nosotros. Un académico que hablaba castellano se nos acercó, y al decirle quienes éramos, muy cortésmente nos invitó a sentarnos en sitio especial. Aunque no entendíamos nada de los discursos en griego, todo aquello resultaba agradable. Después sirvieron vino e hicimos tertulia. Naturalmente, en la casa de Platón, el momento era propicio para hablar de *La República* y de *Los Diálogos*. Entonces uno de los académicos, un tanto sorprendido, me dijo: —“Es usted un erudito”. Y le repliqué: —Erudito, no; subdesarrollado. Y tenía razón. Porque una de las características del subdesarrollo, con su elocuente arista de la dependencia intelectual, es saber más de lo ajeno que de lo propio.

LOS PUEBLOS PIENSAN CON NOBLEZA

PERO, EN EL SUBDESARROLLO también se cultivan sentimientos paradójicos: bajo el rigor histórico de las rapiñas conquistadoras, la expoliación colonialista del pasado y las injustas normas de predominio económico e intercambio comercial del presente, los pueblos pobres piensan con nobleza en el destino de la humanidad. Lejos del resentimiento y el odio se anhela la paz entre las naciones poderosas. Nunca olvido un personaje, que bien podría simbolizar esta apreciación. Una tarde lluviosa, como todas las tardes choconas, llegué a Condoto, al lado de Andagoya, sede de la empresa extranjera Chocó-Pacífico, que durante muchos años extrajo oro por toneladas para dejar pedregales y miseria. Yo estaba al frente de una comisión de Planeación Nacional encargada de preparar un plan de inversiones para dar cumplimiento a una ley, fruto de la iniciativa de Diego Luis Córdoba, el intelectual y político negro que hasta el día de su muerte representó en el Senado de la República, con orgullo y honestidad ejemplar, a su raza y a su pueblo. Chocó es tal vez la región de Colombia más pobre y abandonada a pesar de haber sido la más rica en recursos de oro y platino. En el hospital derruido de Condoto había un solo médico, un bogotano, a quien una tos persistente casi no le permitía hablar. Yo esperaba nos recibiera con una obligante sarta de reclamos o un inventario de necesidades. Pero su preocupación iba más allá del cuidado de sus enfermos que atendía como apóstol.

Lo embargaba el temor de la bomba atómica en esos momentos de guerra fría entre las potencias militares. En ese rincón del mundo, abandonado a su suerte, pero rodeado de selvas y lluvias protectoras de los inventos mortíferos del hombre, aquel hijo del trópico pensaba en Nueva York y Moscú bajo los efectos desintegradores del átomo. Ni en él, ni en ninguna de las enfermeras oriundas del lugar, la realidad del trato discriminatorio de empresas extranjeras, como la Choco-Pacífico, que en Andagoya, una isla en la mitad del río, instaló sus huestes con toda clase de comodidades al estilo de las urbes modernas para manipular desde allí la succión de la riqueza nativa, había en sus sentimientos espacio para el rencor. Lo que ahora les importaba era la humanidad lejana o, mejor dicho, la existencia de los habitantes de las naciones cuyos gobiernos eran los propios protagonistas de esa situación.

LA DEFENSA DE LOS RECURSOS NATURALES

COMO MIEMBRO QUE FUI de la directiva del *Consejo Mundial de la Paz*, y fundador de la *Sociedad de Defensa de los Recursos Naturales y Valoración del Hombre*, de Colombia, participaba con entusiasmo en las comisiones encomendadas. Con motivo de la reunión de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, UNCTAD, en Santiago de Chile, en 1972, una delegación integrada por Víctor Perlo, de los Estados Unidos; Azis Sherif, de Irak; Olga Poblete, de Chile; Alfredo Varela, de Argentina; Fassou Loua, de Guinea; Eugen Kossarev, de la Unión Soviética; José Herrera Oropeza, de Venezuela; Felipe Freyre, de Argentina; Virgilio Roel, del Perú; y José Consuegra, en representación de Colombia, dejó constancia que la abolición del atraso económico y social de la familia de las naciones era indispensable para la paz.

Entonces defendíamos la soberanía sobre los recursos naturales de los países subdesarrollados y el derecho a realizar transformaciones sociales necesarias. Por cierto, todo lo contrario del presente, cuando la apertura librecambista entrega las riquezas a la voracidad de los monopolios extranjeros casi sin condiciones. Es cierto que existe un despertar en el campo de la ecología, y son muchas las personas que se organizan para impedir la irracionalidad del hombre, pero los alcances de los precursores eran más amplios. Ahora

los ecologistas vigilan la preservación de la naturaleza: por ejemplo, en la explotación de una mina de carbón, existe por parte de ellos la preocupación para que los residuos dañinos a la salud no perturben el entorno y a sus habitantes. Nuestras metas eran esas también, pero, además, incluíamos la reclamación del aprovechamiento propio de dicho recurso natural para nuestro desarrollo. Son dos concepciones semejantes en el campo puramente ecológico y, no obstante, distintas en lo político: en el presente, con el neoliberalismo capitalista impuesto en la estrategia de los países subdesarrollados y dependientes, hay plena libertad para explotar los recursos naturales, importando poco que estos sean para exclusivo beneficio de los otros. Y, sea esta, la oportunidad para rendir un homenaje de gratitud a los intelectuales colombianos (algunos muertos ya; los otros en la brega) que desde décadas atrás irrumpieron en los caminos de la salvaguardia de los recursos naturales. Los recuerdo plenos de entusiasmo indagando hechos nocibles para denunciarlos en ensayos que publicaba la Revista *Desarrollo Indamericano* y los periódicos. La sede de la organización estaba en Barranquilla, y de su directiva, que entonces yo presidía, formaban parte Joaquín Molano Campuzano, Benjamín Sarta, Enrique Pardo Parra, Hugo Ángel, Ernesto Saa Velasco, Gerardo Molina, Darío Samper, Julio César Turbay Quintero y Ana Bolívar de Consuegra. En 1973, hace veinte años, se fundó la filial de Bogotá. En una tarde de esperanzas se reunieron conmigo el sacerdote y científico Jesús Emilio Ramírez y los doctores Julio Carrizosa Umaña, Director del Inderena; Darío Samper, Rector de la Universidad Libre; Gerardo Molina, ex Rector de las universidades Nacional y Libre; Joaquín Molano Campuzano, fundador de la Universidad Jorge Tadeo Lozano; Delio Jaramillo Arbeláez, ex Ministro del Trabajo y Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Santo Tomás; Rafael Baquero, Director del Instituto Cultural Colombo-Soviético; Carlos Echeverri Herrera, profesor del Colegio Mayor del Rosario; Arturo Valencia Zea, tratadista de Derecho Civil; Néstor Madrid Malo, escritor; Mario Carbonell Salas,

profesor de la Universidad La Gran Colombia; Julio César Turbay Quintero, estudiante universitario; Carlos Calderón Mosquera, profesor de la Universidad Libre; Hernando Abisambra, funcionario del Instituto Colombiano de Servicios Sociales; Federico Billón, geógrafo y profesor de la Universidad Inca; Gonzalo de las Salas, de la Universidad Industrial de Boyacá; Enrique Pardo Parra, ex Ministro de Minas y Petróleos y Senador de la República; Jorge Villegas, escritor y catedrático; Álvaro Godoy, Antonio Rodríguez, José Luis Robayo, profesores universitarios; Daniel Samper Pizano, columnista del diario *El Tiempo*; Benigno Acosta Polo, columnista del diario *La República*; Héctor Muñoz, columnista del diario *El Espectador*; Humberto Plazas Olarte, director del periódico *El Sol*; Eduardo Vanegas, Presidente de la Sociedad de Marineros de Colombia; Hernando Restrepo Botero, Luz Colombia de González y Alejandro Gómez, catedráticos. Los miembros del nuevo comité, integrado por lo que bien podría calificarse buena parte de la intelectualidad colombiana, aprobó un programa de trabajo inmediato que comprendía estudios sobre algunos recursos, entre ellos, los explotados por empresas extranjeras, análisis de los contratos cuestionados entonces, y divulgación del ideario de la protección del patrimonio nacional por todos los medios posibles: cátedra, periódicos, radio, televisión.

EL CHILE DE ALLENDE

VARIAS VECES FUI A CHILE en el gobierno de Salvador Allende, unas como miembro del Consejo Mundial de la Paz y de la Unidad Latinoamericana, y otras por mi cuenta. Estas últimas en compañía de doña Anita. No he vuelto allá después del magnicidio y por eso no me atrevo a comparar. Pero nunca olvido el contento de las caras juveniles, la complacencia de los intelectuales y la solidaridad proletaria con el nuevo régimen. Parecía como si estos grupos representativos de la sociedad gozaran en plenitud el acontecimiento que admiraba el mundo. Chile era el primer país de América donde el socialismo llegaba al mando del gobierno por la vía de las urnas electorales. No había nada que se pareciera a dictadura. Existía plena democracia y confianza. Mucho se hablaba entonces del ejército profesional, respetuoso de la vida civil. Pocos sospechaban de la existencia de un Pinochet. Cada uno expresaba libremente su pensamiento, aunque meses antes del golpe militar, las actividades solapadas de la IRT y las actuaciones de terroristas de extrema perturbaban el ambiente.

A pesar de que casi todas las conversaciones giraban alrededor de la política, un día nos fuimos para la casa del sabio Alejandro Lipschutz, en el barrio Ñuñoa, en Santiago. Allí estaba él y su señora, ambos de noventa años, pero lúcidos y vitales en compañía de Delia del Carril, *La Hormigueta*,

como la llamaba Pablo Neruda cuando eran esposos, por su incansable capacidad de trabajo. Entonces hicimos del encuentro una especie de tertulia al estilo de las épocas románticas de versos recitados, tazas de chocolate y galleticas dulces. *La Hormigueta* habló de sus pinturas recientes, para iniciar de inmediato la lectura de poemas. Meses antes yo le había mandado al profesor Lipschutz varios libros de autores colombianos, entre ellos los editados por la Universidad del Atlántico, cuando era su Rector. *La Hormigueta* tenía entre sus manos los de Meira Delmar, la poetisa barranquillera de exquisito lirismo, y como para halagarme, comenzó a leer versos de *Sitio del Amor*, *Secreta Isla*, *Alba del Olvido* y *Verdad del Sueño*. Pasaba de una página a otra, ya doblada, que tal vez señalaban su preferencia, y leía:

—Amarte fue lo mismo que ver sobre el ocaso un vuelo detenido de mariposas blancas...

...este extraño amor, de frío y llama,/ de nieve y sol, que nos tomó la vida,/ aleve, sigiloso, a espaldas nuestras,/ en tanto que tú y yo, los distraídos,/ mirábamos pasar nubes y rosas/ en el torrente azul de la mañana...

...porque el amor es río que de pronto desencadena sus corceles de agua por un cauce de fuga./ Y nadie ha visto regresar a un río.

Entonces hizo una pausa que yo aproveché. En la romántica juventud de los años cuarenta las parrandas eran para leer en las tardes, bajo el respaldo cómplice de las cervezas, los versos de los grandes poetas y, a veces, los nuestros que solíamos publicar en los periódicos estudiantiles. Los bolsillos de las chaquetas los teníamos repletos de los cuadernillos que dirigía Simón Latino, seudónimo del jurista de Sincé, Carlos H. Pareja, propietario en Bogotá de la librería y la editorial La Gran Colombia. En uno de esos folletos estaban los poemas de amor de Neruda. Aunque no soy buen memorista,

quise corresponder a la galantería y, para estar a tono, recordé, de manera arbitraria, versos de diferentes poesías:

*—Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero
 porque en noches como esta la tuve entre mis brazos
 Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos
 Es tan corto el amor y es tan largo el olvido...
 Mi alma no se contenta con haberla perdido.*

Por un buen rato el monólogo se convirtió en diálogo: *La Hormiguita* leía un verso de Meira Delmar y yo le contestaba con otro de Neruda, mientras el doctor Lipschutz, su señora y doña Anita, se reían de nuestras ocurrencias.

* * *

Como el Hotel Carrera, donde nos hospedábamos por obra y gracia del control de precios, quedaba diagonal al Palacio Presidencial, en ciertas ocasiones recibía el saludo, desde lejos, que el presidente Allende mandaba a los transeúntes cuando entraba o salía de la Casa de la Moneda. Él había recibido en su despacho a la Comisión del Consejo Mundial de la Paz, y en esa ocasión por unos minutos conversamos a solas. Se mostraba pleno de contento y de convicciones, tal como lo expresó en su discurso ante la UNCTAD. Así lo comenté después en la introducción que le hice cuando fue publicado en *Desarrollo Indoamericano*. Porque no se trató de un discurso de protocolo, sino de una auténtica pieza de profundo contenido doctrinario, de análisis de los problemas de los países subdesarrollados, y de un llamado a sus pueblos para que tomaran conciencia de unión y solidaridad en la defensa de sus derechos.

Con la claridad y el valor de que dio muestra hasta el día de su muerte, en su discurso preguntaba a los asistentes a la Tercera Reunión sobre Comercio Internacional de los Países del Tercer Mundo, si ante las características de

dependencia podría aspirarse a mejores destinos, para recordar, con énfasis, que la solución dependía en primera instancia de la responsabilidad que asumiera cada pueblo en la superación de los obstáculos estructurales que los mantenían en el atraso. Y se reafirmó en los principios a favor de la recuperación de las riquezas básicas, la búsqueda de equidad en el comercio con los países desarrollados, las reformas monetarias y denunció las presiones de los poderosos para impedir a los otros países el ejercicio del derecho de disponer libremente de sus recursos. El ser humano, dijo, debe ser sujeto y fin de toda política de desarrollo y de toda deseable colaboración internacional. Corresponde a nosotros, los pueblos postergados, agregó, luchar sin desmayo por transformar esa vieja estructura económica antiigualitaria, deshumanizada, por una nueva, no solo más justa para todos, sino capaz de compensar los efectos de la explotación secular de que hemos sido objeto. “En Chile queremos echar las bases de una sociedad que ofrezca a sus hijos igualdad social, bienestar, libertad y dignidad. Consecuentes con lo que ha sido nuestra historia y tradición estamos realizando esa transformación revolucionaria profundizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política dentro del orden legal y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado, no solo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas. En esta nación no hay un solo preso político, ni la menor limitación a la expresión oral o escrita. Todos los cultos y creencias son practicados en la más irrestricta libertad y ante el mayor respeto. Contamos con un régimen multipartidista, un avanzado Estado de Derecho y un sistema judicial absolutamente independiente de los otros poderes del Estado; la oposición es mayoría en el Parlamento.”

A pesar de esa realidad de convivencia democrática y de respeto a la opinión distinta que pude comprobar en las varias visitas a Chile, los grandes intereses foráneos —por cierto ahora, en este retorno al librecomercio del siglo XIX, tan mimados en sus actuaciones— no cerraban los ojos en su conducta

conspiradora. En esa misma edición de *Desarrollo Indoamericano*, coincidentalmente, en las páginas que seguían al discurso del presidente Allende, los profesores norteamericanos Dale Johnson, John Pellock y Jane Sweezy, de la Universidad del Estado de New Jersey (Livington College, Department of Sociology, Rutgers University, The State University of New Jersey), publicaban un artículo, acompañado de algunos de los documentos relacionados con la intervención de una empresa extranjera en la vida política de un país soberano. Se referían a la Internacional de Teléfonos y Telégrafos, una de las mayores corporaciones multinacionales, dueña en Chile de la Compañía de Teléfonos (en Colombia siempre fueron del Estado), la Compañía Standard Electric, los grandes hoteles, All American Cables and Radio, World Directories Inc. y muchas otras compañías de servicios. No es difícil imaginar, pues, decían los autores, a los representantes de la ITT sentados en una lujosa *suite* del Hotel Carrera en franca conversación de la política chilena en compañía de los agentes de la CIA y conspiradores de la derecha chilena, ya que hay que recordar, que el ex Director de la CIA, John McCone, es Presidente del Directorio de la ITT. A continuación los investigadores y catedráticos reproducían las pruebas de las maniobras de las empresas norteamericanas, en concordancia con el gobierno de ese país, encaminadas, primero a impedir el triunfo de Allende, y después la toma de posesión. “Nada se disimula ni escatima: en un memorando confidencial, los de la ITT informan que hicieron saber a Mr. Kissinger que están deseosos de ir a Washington a discutir sus intereses y que están preparados para ayudar económicamente con cifras hasta de siete cifras”. En otro mensaje, puede leerse: “Tarde en la noche del martes 15 de septiembre el embajador Edward Lorry recibió finalmente la orden del Departamento de Estado que le daba luz verde para actuar en nombre del presidente Nixon, con autoridad máxima para hacer todo lo posible para impedir que Allende tomara el poder”.

A propósito de la mención que hacen los profesores norteamericanos del

Hotel Carrera, recuerdo la anécdota de lo sucedido una vez cuando me hospedaba en él en compañía de doña Anita. Una tarde salimos rumbo a Buenos Aires y Montevideo, ciudades donde dictaría conferencias. El microbús del hotel transportaba los pasajeros al aeropuerto. Días antes los terroristas provocadores habían asesinado a un militar, y en la calle que conducía al aeropuerto, la policía detenía los vehículos para revisarlos y solicitar la identificación de los pasajeros. Cuando le tocó el turno al microbus, la señorita guía dijo que era del Hotel Carrera, y de inmediato se le dio orden de pasar. Entonces yo protesté e hice saber que eso no era correcto, porque en todos los sitios podían guarecerse los enemigos del régimen. En ese momento se me vinieron a la memoria las observaciones de los catedráticos de la Universidad de New Jersey, y me animé para levantar la voz. Los otros pasajeros, entre ellos algunos norteamericanos, me miraron sorprendidos, al igual que los propios agentes de la policía y el oficial que daba las órdenes, no así el chofer que pareció comprender mi reacción quiijotesca, pues al final del viaje, me dijo: “¡Gracias, compañero!”.

ILUSIONES Y ENTREGAS

LOS PRIMEROS AÑOS de todo proceso revolucionario son muestrarios de ilusiones y entregas. Al iniciarse la década de los setenta las perspectivas de transformaciones estructurales y cambios sociales en la América Latina eran muchas. A mí me gustaba compartir la circunstancia con la juventud universitaria. Por eso aceptaba complacido dictar conferencias en los centros de estudios superiores. Con doña Anita peregrinaba por el sur, de Quito a Guayaquil, a Lima, Arequipa, Santiago, Buenos Aires y Montevideo. Claro está que me quedaba tiempo para de vez en cuando acompañarla a visitar tiendas en busca de artesanías y productos nacionales. Por cierto, nunca olvido una anécdota, que siempre cuento en reunión de damas, para reclamar la marca impuesta por mi esposa. Como se sabe, las mujeres son fervientes practicantes del arte de cambiar todo lo que compran. Tal vez por eso no hay establecimiento comercial que se respete sin una sección para atender las reclamaciones. Es una especie de costumbre, indispensable en el comportamiento femenino. Bueno, en vísperas de viaje, doña Anita una vez compró en Lima una blusa y al día siguiente, después de volar miles de kilómetros, ya en Santiago de Chile, entró en una supertienda y la cambió. Lo simpático de su comportamiento es que para ella todo eso era natural, simple acontecer en el mundo de las devoluciones y el regateo. Y, algo sorprendente también: pude observar que en estos casos parece darse cierta complicidad de mañas entre congéneres —vendedoras y clientas— hasta el punto de no tener en cuenta las diferencias de marcas. No obstante, un tanto apenado,

cortésmente reproché a doña Anita aquella extraña modalidad, hasta entonces desconocida por mí, de comprar en la capital de un país y cambiar en la de otro. Entonces ella, me respondió: —“Casi todos los días escucho tus conferencias sobre la importancia y necesidad de la integración económica de nuestros países, para que todo sea un solo y gran mercado, sin fronteras ni obstáculos. ¿Acaso lo que hice no encaja en el modelo?”.

Ante tan contundente argumentación tuve que callar.

Pero, regresando al tema, digo que eran los momentos en que se creía en la importancia de proteger el trabajo nacional, aprovechar los recursos y producir la mayor parte de las mercancías de consumo interno. La CEPAL pregona la estrategia de la sustitución de importaciones, el incentivo exportador y el adecuado uso de las divisas. Mi formación académica era aún más orgánica. Cuando, por primera vez formé parte de la Planeación Nacional de Colombia, escribí un libro para refutar el concepto de la planificación como instrumento neutro, que difundían en sus conferencias los funcionarios cepalinos asesores. En el campo del comercio, las tesis del proteccionismo condicionado, que el maestro Antonio García expuso en su libro *Bases de Economía Contemporánea* y amplió yo años después en mis *Apuntes de Economía Política*, se describía un nuevo tratamiento protector comprometido con el bienestar general de la economía y el hombre. Vale decir, integral: que comprendiera la manufactura, la agricultura, la minería, el trabajo, el consumo, etc., y debidamente planificado. La intervención del Estado regularía los recursos financieros a través de la selección del crédito en procura de un apropiado aprovechamiento en los sectores y en favor de la solución de los problemas sociales de la vivienda, educación y salud. Incluso, la propia exportación no podía ser arbitraria, dado que la producción nacional habría de atender primero las necesidades internas.

Ahora recuerdo aquellas posiciones doctrinarias que contrastan con las estrategias presentes de libre importación y exportación, con sus resultados amplificadas en la brecha de la desigualdad social. Precisamente, ante esa

realidad que no pueden disimular los propios órganos periodísticos de las nuevas tendencias, pienso en reanudar labores en receso, para divulgar otra vez en *Desarrollo Indoamericano* un razonar de conveniencia propia. En este sentido hago preguntas, en forma de encuesta, a los economistas y pensadores sociales más destacados del subcontinente. El primero en contestar es Hernán Echavarría Olózaga, empresario y escritor. Su respuesta es enfática. No solo descarta ese camino, sino que encuentra en el librecambio el único camino.

Entonces pienso en la experiencia en este diciembre de 1992: las calles repletas de mercadería foránea, bagatelas que inundan los andenes en decenas de cuadras, centros comerciales atiborrados con artículos importados que desde hace años se producen en el país, mientras los obreros del campo quedan sin trabajo porque las aduanas no impiden el acceso del algodón, el arroz y otros productos subsidiados por la competencia extranjera. Como se acerca Navidad y hay que hacer regalitos a familiares y comadres, acompaño a doña Anita. Nos gusta obsequiar cosas útiles, y unas de ellas son las vajillas. Las grandes tiendas están llenas de variadas ofertas de la locería china, que ofrecen a menor precio y garantizan como de mejor calidad. Sin embargo, no encuentro motivo para titubear. Pienso en los miles de trabajadores que dependen de la fábrica "Corona", de mi admirado amigo Hernán Echavarría Olózaga, e insinúo a mi compañera que siga comprando *la bonita*, el juego de utensilios que tradicionalmente adquirimos.

Lo antitético del asunto es que mientras las importaciones en el área del subdesarrollo se dejan sueltas, en los países dominantes el proteccionismo no cede. Y hasta se da el caso, como lo muestran las impactantes imágenes de la televisión, que se queman los productos de exportación en las naciones pobres (caso de los bananos colombianos) por el cierre de los mercados o la caída de los precios. Claro está, mientras en las calles de Bogotá o de cualquiera otra ciudad de América Latina, los niños se mueren de hambre...

ASÍ ES SU UNIVERSO

LOS DÍAS DE LAS CABAÑUELAS SON una especie de descanso en la sequedad del verano. El verano es la estación sin lluvias y el jugueteo estrepitoso de los vientos alisios a la orilla del mar. Distinto de lo que sucede en otras partes donde el sol escasea, en mi refugio un ambiente nublado motiva regocijo por la expectativa de lluvia. Caen ahora unas lloviznas que alegran y estimulan las plantas. Parece como si todas despertaran para intentar vestirse de nuevo. Con Juaruquito observo los retoños y escucho la algarabía melodiosa de los pájaros.

Juaruquito tiene su mundo circunscrito a los límites de su mirada. Más allá nada existe. Y si acaso existe es a imagen y semejanza de lo que le rodea. Esa figuración del universo me recuerda el mundo de mi niñez. Alguna vez el poeta Jorge Marel me comentó: “Hay una frase en su libro de recuerdos y semblanzas que tengo subrayada. Es aquella que dice: *Aquel era el mundo, porque era nuestro mundo*, cuando usted se refiere al paisaje de su infancia”.

En verdad, esta percepción elemental ofrece su encanto y se extiende a todas las edades en algunos ámbitos rurales donde todavía la televisión no llega. Hernando Abisambra, que se la pasa en Bogotá contando pasajes de la hermosa simplicidad de sus paisanos, una vez visitó la pequeña aldea

donde nació, y al preguntar si en la casa de la esquina aún vivía su comadre Teresa, Roberto Arrázola, el sabedor de todo, le respondió:

—Así es.

Y agregó:

—¿Se acuerda, *docto*, de María Isabel, la hija de doña Tere? Ella se fue para Nueva York, y mire qué coincidencia: hoy domingo se casa. ¡Está Nueva York prendío!

En el habla popular, prendido, sinónimo de encendido, es algo así como plenitud de fiesta o jolgorio colectivo. Porque para *mano* Roberto, toda Nueva York, como su pueblito, en casos como esos, no podía menos que entregarse al festejo.

De Juaruco llegaron dos nuevas empleadas, sin darse cuenta adónde llegaron. Una para la casa de mi hijo, y la otra para la mía. Aunque eso de casa mía, que suena a propiedad y mando, es un decir optimista. Quien manda en la casa es doña Anita. Aquello de *el hombre propone y Dios dispone*, de seguro fue máxima pregonada por un cura o un célibe. Porque para todo casado el asunto es más terrenal: *el hombre propone y la mujer dispone*. Por lo menos ese es mi caso. Y, como van las cosas, con el tiempo ni habrá cabida para propuestas, si es que me atengo a la rectitud idiomática de un buen amigo mío, quien me observa que el verbo transitivo proponer es manifestar con razones alguna cosa, ya para su simple conocimiento, o para inducir a adoptarla. El otro día, por ejemplo, regresé a la casa en las horas de la tarde y Magola, la nueva empleada de Juaruco, no me dejó entrar. La señora no estaba, y ella no me conocía, eran sus argumentos irrefutables. Como llegó unas horas antes, mientras yo estaba en la oficina, “no conocía el personal”,

como graciosamente comentaba después. Fue entonces cuando se me ocurrió buscar un teléfono para llamar a la residencia del hijo mayor en busca de doña Anita.

—¿Quién habla?, pregunté.

—Gladys, la hija de Benedita, me respondió una voz juvenil.

Era la otra juaruqueña, espontánea y segura en su encantadora simplicidad, convencida de que en Barranquilla, como en el Juaruco de dos decenas de casas, con esas señas bastaba.

No puedo negar que aprecio y hasta me gusta compartir esa dimensión. Ahora echo de menos a mis nietos, de cinco años atrás, con fantasías del entorno, en busca de la nube que llevaba mensajes al reino del juguete. La televisión y los juegos electrónicos parecen aplastar la iniciativa y el anhelo imaginado. Todo se programa, y entristece ver a los niños como autómatas apretando interruptores. Juaruquito también habla ya de las tortugas ninjas y esto me preocupa. Sin embargo, lo más grave es que el arrinconamiento ahora, en las ciudades, no es natural. Es algo distinto. Todo parece estrecharlo la violencia del modernismo sin riendas.

LA TÍA PACHA

CASI AL ANOCHECER regreso de la ciudad. La luna está espléndida, sin nubes que la estorben. Se refleja en la espuma de las olas. Así, blanco, el mar me recuerda los algodones que en mi infancia rodeaban mi pueblo en los comienzos de año. Los niños quieren jugar, pero estoy nostálgico. En la tarde asistí al entierro de la tía Pacha, hermana de mi madre.

La tía Pacha murió vieja y satisfecha. Por lo menos de sus noventa años, setenta los dedicó a la simplicidad del amor y a la alegría de vivir. Podría decirse que poco le importaban los afanes que someten al común de las personas. Por eso no quise desaprovechar el momento de ver reunida en el cementerio buena parte de la parentela para amonestar a los familiares peleoneros. Yo tengo fama de regañón, y esa mala costumbre se la debo a los cuarenta años de magisterio universitario. Antes, por lo menos, los profesores estaban pendientes del comportamiento de sus discípulos, y la costumbre hace ley. En su tumba dije que nos legaba una conducta, elemental y simple, pero hasta cierto punto aleccionadora: la razón de su existencia parecía reposar en el trípode del amor a la familia, la lectura diaria del horóscopo y las cervezas frías. Por cierto que no es una familia al estilo moderno, de pocos miembros. Porque el padre, Coronel de los ejércitos revolucionarios de Uribe Uribe, tuvo un poco más de cien hijos, como para

llevarle la contraria al doctor Silvestre B. Higgins, su progenitor, el primero de los Higgins que llegó a estas tierras desde los Estados Unidos, quien fuese científico de ejemplar disciplina, dedicado por entero a la investigación de los reptiles y de las plantas medicinales. La siembra de mi abuelo, el padre de la tía Pacha, dio sus frutos en un amplio territorio que se extiende desde Panamá hasta Venezuela. Todavía son muchos los que lo recuerdan en distintos sitios, aunque apenas si lo veían en su eterno peregrinar de gallero y homeópata. Y allí, ayer en la tarde, estaba la cosecha de Barranquilla y las poblaciones del departamento del Atlántico. Les recordé que la tía Pacha no conoció la envidia, las ambiciones estériles, ni mucho menos el odio. Si alguien se acercaba a ella con el ánimo perturbado, le pedía que se mandara la *fría*, y al cabo de un rato comenzaba a reír y a contar historias agradables. De mañana visitaba a los familiares y llevaba cositas buenas de venta. Como todos la querían, en cualquier parte almorzaba. De tarde era el regreso a Juan Mina, a su casita con techos de teja. Y ya en su taburete recostado en el quicio de la puerta, degustaba la cerveza a pico de botella para sentirla más fresca. Los choferes de los buses no le cobraban pasajes, y por eso gozaba plenamente la libertad de salir todas las mañanas a repartir consejos. Fue cierto que tuve que esperar un largo rato para despedir a la tía Pacha. Una rezandera profesional se me adelantó con un rosario interminable: fidedéjima expresión folclórica, con toda clase de arandelas sobre las virtudes del difunto que jamás conoció. Sin embargo, al final, cuando el ayudante de la plañidera quiso agregar algo sobre el maná que consumiría la tía Pacha en la gloria, le pedí que se callara porque estaba seguro de que ella lo pasaría muy mal en cualquier sitio en donde no vendiesen cerveza *helada*. Antes, en la funeraria, también ocurrió algo engorroso. Cuando entré en la antigua casona que sirve de velatorio, ya a la tía le cantaban la misa en la parte posterior del edificio. Eran las tres de la tarde y en la calle el sol ardiente deslumbraba. Un tanto encandilado me acerqué a la primera sala a dar el pésame. Una señora me abrazó y me llevó al ataúd, como es costumbre

en los velorios, para que viera al difunto. Y tenía razón, porque no era difunta sino difunto: me había equivocado, y entré a otro acompañamiento. Eso fue para mí desagradable. No me gusta ver muertos. Nunca olvido que le sacaba el cuerpo al tío Tomás Mariano, quien acostumbraba en los velorios destapar el cajón para que miraran por última vez al pasajero de la eternidad, como solía exclamar en tono solemne. Como me crié en un pueblo pequeño donde la única distracción en las noches sin luz eléctrica eran los cuentos de fantasmas y aparecidos, el miedo a los muertos me acompaña todavía. Recuerdo que la noche del velorio del tío Rafael, acá en Barranquilla, acababa de regresar de Bogotá en una de las vacaciones de los tiempos universitarios. A las dos de la mañana decidí retornar a dormir a mi casa de la calle Obando. Estaba fatigado por el viaje. A pesar de eso no fue posible cerrar los ojos, aunque una y varias veces me recordaba a mí mismo que era materialista dialéctico y no creía en los espíritus. De nada valieron mis ínfulas intelectuales. A los pocos minutos la marca atávica venció al raciocinio. En la puerta de la casa, sentado en el sardinel, me encontraron, esperándonos, mis padres y hermanos a las seis de la mañana al regresar del sitio del duelo.

Después del entierro de la tía Pacha aproveché la ocasión para admirar la obra recuperadora de mi buen amigo Leonello Marthe Zapata en el Cementerio Universal. Ya don Eduardo Carbonell, que todos los días lo visitaba, me había hablado del encanto de los atardeceres en las estrechas callejuelas de las tumbas. Y conste que no era el único con esas ocurrencias poéticas. El tío Luis Reyes alguna vez vino de Maracaibo, y al pasar por los *Jardines del Recuerdo* y contemplar al fondo la entrada del moreno Magdalena en el azul Caribe a manera de “cuchillada del río sobre el mar”, como imaginó la poetisa, medio embelesado exclamó que así valía la pena morir. La verdad es que a pesar de mi recelo ancestral, pude apreciar el orden, la limpieza y el buen gusto en la restauración de los monumentos. Precisamente, cuando

miraba los mausoleos con numerosas lápidas de una misma familia, pensé en el significado de esa antigua costumbre distinta de la de los nuevos camposantos. Porque antes llegué a suponer que los cementerios modernos, con sus profusos ramilletes y simples pedazos de mármol esculpidos borraban la imagen terrorífica de los sepulcros y determinaban un aspecto de igualdad democrática. Incluso alguna vez conversé ese asunto con un amigo soviético cuando me mostraba en Moscú el cementerio, al estilo tradicional, con mausoleos para los notables del Partido y sencillas tumbas de los camaradas comunes. Entonces le hice saber que el capitalismo en esa materia, aunque solo fuera en los terrenos de los muertos, se acercaba más al ideal igualitario socialista. Y esto puede ser cierto, pero debo deducir también ahora que la tumba colectiva expresa y simboliza mejor la unidad familiar, una de las pocas cualidades positivas que perduran en el mundo del subdesarrollo.

Los gastos del entierro de la tía Pacha fueron posibles por la espontaneidad en el aporte de los deudos. Yo no estaba al tanto de los precios y supe entonces cuánto cuesta morir. Un amigo comentó que los provincianos como yo, que habitan en la ciudad, se verán obligados a restaurar las bóvedas de sus antepasados, porque todavía en el ámbito rural los servicios e impuestos mantienen niveles razonables.

Bueno, la verdad es que la tía Pacha parece haber comprendido a tiempo tales fenómenos, y desde muchos años atrás se salió a vivir, a su manera, en los alrededores de Barranquilla. Y, digo a su manera, pero debiera agregar: a su manera programadamente feliz. Porque ella le sacaba el cuerpo a las dificultades y se ingeniaba para solo ver el cielo azul y el horizonte despejado. Por ejemplo, era bien conocido su estilo particular en la lectura del horóscopo. Si en el párrafo asignado a *Libra* en la columna diaria del periódico se presagiaban contratiempos, sin que nadie se lo preguntara, hacía saber que eso era para otros compañeros de signo. En cambio, en un augurio

de hechos positivos, sobre todo de dicha y alegría, allí estaba ella involucrada, y entonces lo tomaba como motivo para destapar una *fría* en nombre de los hados y los astros.

* * *

En ese cementerio, que cuida mi amigo doctor Leonello Marthe como un espacio sagrado de la historia de la ciudad —y en verdad lo es— está la tumba del tío abuelo Pedro Pastor Consuegra. La aprecio como un monumento a la dignidad y al compromiso. Un ángel escribe en su frontis: “Solo partiéndome el corazón me callarán”. Fue la frase pronunciada en su última intervención en el Congreso, publicada también en el editorial de su periódico. Al regresar a Barranquilla, una noche en el teatro Cisneros, dos balas atravesaron su pecho. Desde las columnas del diario *La Nación*, que había fundado años atrás, reprochaba la conducta antidemocrática de los gobernantes de entonces. Aproveché la oportunidad para visitarla. Tomé de la mano a su ahijado, Eusebio, mi hermano mayor, y en el silencio recordamos la frase de su compañero de jornadas periodísticas, el escritor Miguel Moreno Alba: “Fue un carácter. Fue una voluntad. Fue un ejemplo...”. Son segundos de mutismo que se rompen con dos palabras que expresan el orgullo por la lección legada: ¡Gracias, pariente!

En su momento histórico el tío abuelo mantenía rivalidad política con el general Eparquio González, gobernador casi vitalicio del departamento del Atlántico. Eran los años de la llamada hegemonía conservadora. Desde su periódico el tío abuelo enjuiciaba los abusos de autoridad y cedía las columnas editoriales a los intelectuales del país para que expresaran libremente sus criterios críticos, democráticos y progresistas. La rivalidad y el resquemor entre las facciones políticas eran tantas que un áulico gratuito que oficiaba de periodista, dejó a un lado el arma que supone debe de usar el

escritor público en estos casos —la pluma o la máquina de escribir—, para valerse de la homicida. Medio siglo después de esos tristes sucesos *las sorpresas del tiempo* me permitieron compartir la amistad con uno de los hijos del rival político de mis ancestros familiares: Benjamín Sarta.

Don Benja, como cariñosamente llamaba a Benjamín Sarta, estuvo a mi lado veinticinco años. Juntos escribimos libros y me acompañó en la organización de la Universidad Simón Bolívar. Después de dirigir empresas, representar a Colombia en las Naciones Unidas y tantas otras actividades creadoras, hizo de la lectura y del quehacer universitario sus compromisos favoritos.

EL QUEHACER POLÍTICO

SIN LUGAR A DUDAS en la política es donde el paso del tiempo ofrece más sorpresas. La política es una disciplina eminentemente dinámica. Relacionada con el acontecer histórico se apega a la dialéctica. Por eso se dice que ante todo es un arte. No el arte del camaleón —en el cambio de colores que simbolizan ideologías o conveniencias personales—, como en expresión peyorativa se tilda a los políticos que mudan frecuentemente de toldas, sino más bien en la conducta estratégica que, al decir de Maquiavelo, justifica los medios para alcanzar los fines.

Distinto de lo que piensa el común de la gente, el ejercicio de la política supone sacrificio y entrega. Tal vez no hay otra actividad de más riesgos y exigencias. El político no descansa. Su ajetreo es permanente y el comportamiento moral debe ser intachable, porque todos los miembros de la comunidad están pendientes de sus actos. Además, la pasión partidaria o grupista suele muchas veces trajinar por los caminos de la distorsión y en algunos casos la crítica adquiere rasgos temerarios.

Como en todo desempeño humano, en la política cabe lo bueno y lo malo, la virtud y el vicio. No obstante, en ciertas ocasiones, como sucede ahora en Colombia, los periódicos y noticieros de televisión y radio, descargan

sobre la política y los políticos en general campañas difamatorias. En la estrategia privatizadora, las grandes empresas extranjeras y nacionales, que son las que pagan la propaganda, acolitan el descrédito de todo lo que represente el manejo oficial o público de la producción y servicios y de la institución legislativa. Una noche pasada, por ejemplo, un periodista de televisión recorría las calles de Bogotá con micrófono en mano preguntando a los caminantes su opinión sobre algunos congresistas y concejales enjuiciados por el uso de auxilios. Y las respuestas de los entrevistados —no se sabe si hubo selección de ellos, pues se trata de programas diferidos, como se les llama en el lenguaje de los medios de comunicación a los previamente grabados— fue de condena a los legisladores en su generalidad por considerarlos únicos corruptos devengadores de altísimos sueldos. Nadie explica a los oyentes que las dietas parlamentarias en la mayoría de los casos son varias veces inferiores a los salarios y prebendas de los ejecutivos.

Este tipo de confusión y desprestigio, que no distingue entre lo correcto e incorrecto, deteriora la imagen de la rama legislativa, máxima expresión del sistema democrático, y desconoce los alcances del quehacer político.

Siempre he pensado que las empresas y los bienes de los particulares deben tener las mismas responsabilidades exigidas en el manejo de la propiedad pública. Se argumenta que las pertenencias y fondos del Estado corresponden a la comunidad en su conjunto, porque provienen de los impuestos y tributos que pagan todos. Nadie discute lo anterior, como tampoco el rigor de su cuidado, ni los castigos que determina la ley para los que hagan mal uso de ellos. Pero, también, los ingresos y utilidades de los productores y negociantes particulares recogen el fruto del trabajo de empleados y obreros y los precios —casi siempre especulativos— de las mercancías y servicios pagados por la sociedad en general. Podría alegarse que los propietarios pagan salarios e impuestos. Sin embargo, los beneficios e intereses que

acumulan riquezas y privilegios, provienen de la participación universal de los habitantes de un país, sometido a las reglas de un mercado dominado por los oferentes. Desde este punto de vista, no tan radical como el análisis clásico de la plusvalía, la autoridad debe vigilar y controlar los bienes e ingresos privados con cuidado semejante a los estatales. En los días presentes todo esto suena a absurdo. Ahora el intervencionismo estatal y el control sobre la actividad económica se enjuician como obstáculos. El neoliberalismo suprime custodias y facilita la acumulación desbordada que alimenta la brecha entre ricos y pobres. La vigilancia ahora es de carácter eminentemente unilateral, tan solo para el sector oficial, y no para corregir las fallas en el manejo de la empresa pública, sino para desprestigiarla y entregarla, con su venta y privatización, a la voracidad de las multinacionales extranjeras.

Desde muy temprana edad tuve que ver con la política. Cuando apenas cursaba los estudios de bachillerato ya dirigía semanarios para respaldar las campañas de los políticos insurgentes de la izquierda. Una de esas publicaciones que llevaba el nombre de *Frente Nacional*, era el órgano oficioso en Barranquilla del movimiento que orientaba el conductor y mártir Jorge Eliécer Gaitán. Ya en la madurez asistí al Concejo Municipal, la Cámara de Representantes y el Senado de la República.

Tanto en la Cámara como en el Senado la mayor parte de los legisladores que traté eran ciudadanos correctos, responsables en el ejercicio de las atribuciones. Nunca olvido algunos sucesos funestos en la historia política colombiana. En una sesión de la Cámara estaba citado por un representante el Ministro de Justicia doctor Rodrigo Lara Bonilla. Cuando entró en el recinto yo no sospechaba lo que ocurriría. Porque el joven Ministro saludaba eufórico a los amigos. Al iniciarse el debate, el congresista citador lo acusó de haber recibido dinero de delincuentes, y para demostrarlo hizo pasar por

los equipos de amplificación, lo que él afirmaba era una conversación entre el Ministro y los sobornadores.

En verdad no entendí nada del supuesto diálogo, por el ruido y anomalías de la grabación. Todo permitía deducir que se trataba de un burdo montaje. Entonces dediqué el máximo de atención a las reacciones del Ministro. Pude apreciar cómo su apariencia placentera pasó en segundos, después de la sorpresa desagradable, a un semblante tétrico que expresaba el desconcierto y la pena. Sin embargo, cuando le concedieron el uso de la palabra, supo reaccionar, y en feliz intervención oratoria, desvirtuó las acusaciones. Meses después, la mafia organizada lo asesinó.

En otra sesión se levantó la inmunidad de congresista a Pablo Escobar Gaviria, representante suplente por Antioquia. El debate se prolongó hasta las dos de la madrugada. A esa hora salimos del Capitolio Nacional rumbo al Hotel Continental, los representantes Hernán Berdugo, Hernán Rincón y yo, todos hombres de paz. Como a esa hora no pasaban taxis, nos tocó caminar por las solitarias calles bajo el temor y la inclemencia del frío. Siempre recuerdo las palabras del doctor Berdugo, con su manera peculiar de decir las cosas: “—Yo que debía estar en mi hamaca en Sabanalarga, durmiendo sabrosito, aquí voy en la Carrera Séptima, en medio de ustedes, sin saber a qué hora nos barran las metralletas de los sicarios... ¡Verdad que esta vaina de la política exige sacrificios!”.

Una mañana, en esta casa a la orilla del mar, salí a saludar a los pajaritos y a echarles en el suelo granitos de millo, porque las palomas caseras comen en las manos. Siempre suelo hacer eso. Es esta una de las diversiones que más gustan a mis nietos. Pero esta vez estaba solo. Los radios de las casas vecinas sonaban a todo volumen. Emitían noticias de manera poco usual. Me acerqué a la paredilla y escuché. El locutor hablaba del asesinato de

Luis Carlos Galán la noche anterior. Toda aquella barbarie doblegaba el ánimo. Después de un rato doña Anita me encontró llorando recostado al tronco de uno de los cocotereros. La experiencia de varias décadas anteriores se repetía, y también el peso de mi incompreensión. ¿Cómo pueden actuar los seres humanos así? Mi niñez estuvo acompañada, en el pequeño pueblo, por el recuerdo doloroso del asesinato de su hijo favorito y protector, mi tío abuelo, el periodista y parlamentario, a quien ya he mencionado. Más tarde, en la juventud universitaria, compartí el dolor del pueblo en el caso de Gaitán. En mi libro *Del Recuerdo a la Semblanza*, describo la angustia de aquel mediodía, cuando al regresar del Capitolio Nacional —donde en calidad de periodista y en representación del diario *El Nacional* cubría las sesiones de la Novena Conferencia Panamericana— escuché también, en el radio de la pieza vecina de la modesta pensión, la noticia de la muerte de Gaitán. Era la una y cuarto de la tarde, y el locutor pedía al pueblo que saliera a la calle. Yo acababa de almorzar y en la carrera al sitio de los acontecimientos, hacía esfuerzos por contener la emoción y las lágrimas para evitar una congestión. Ahora vuelve a repetirse el fruto de la violencia, aunque el origen es distinto: antes los magnicidios provenían de la pasión partidista o religiosa; ahora son las mafias las que siembran el terror y la muerte.

A Luis Carlos Galán lo había conocido en plena juventud. Fui amigo de su padre. Y aunque no formé parte de su grupo político, en dos ocasiones le facilité las instalaciones de la Universidad Simón Bolívar para que expusiera a los jóvenes simpatizantes de una causa las tesis que pregonaba a favor de un nuevo liberalismo. Era un orador brillante y político honesto de valor y rectitud en permanente entrega al sacrificio y patriotismo. Sus cualidades las supe apreciar en la Junta Directiva del ICFES, el organismo oficial que regula la educación universitaria. Yo representaba entonces a las universidades públicas y él presidía las reuniones en condición de Ministro de Edu-

cación. Su inteligencia y precocidad eran tantas, que fue nombrado Ministro antes de recibir su título de abogado. O, como decían sus admiradores, tuvo que apresurar la graduación para posesionarse. Pero, pese a la juventud, de-rochaba carácter. Cuando evoco su memoria, siempre recuerdo la sesión de junta directiva del ICFES, en la cual le pidió la renuncia al Director, después de enjuiciar su proceder y moral en el desempeño del cargo. Entonces los miembros de dicha junta que representaban al gobierno y a otros sectores de las universidades allí presentes le solicitaron al joven y bizarro Ministro un poco de prudencia con el fin de evitar que los hechos se conocieran en la calle, y de esta manera cuidar la imagen del ICFES. Yo intervine e hice saber que no estaba en ese lugar para disimular nada, y por eso ofrecía pleno respaldo al señor Ministro, superior jerárquico del funcionario enjuiciado. Nunca olvido las palabras del doctor Luis Carlos Galán, cuando me despedí de él, al finalizar la reunión: —“Qué sorpresa. El rector que califican de marxista fue mi único apoyo. ¡Gracias, profesor!”.

* * *

En estos recuerdos varias veces he criticado la estrategia neoliberal y librecambista. Pero debo confesar (arrepentido, por cierto) que también soy responsable, como dicen los juristas, por complicidad de omisión. En el orden del día de una sesión del Senado estaba incluida la aprobación de la llamada Ley Marco de la política de apertura, o neoliberalismo librecambista, que determina la estrategia del actual mandato del Presidente doctor César Gaviria Trujillo. Naturalmente me había preparado para debatir el proyecto, tal como ya lo venía haciendo, con lucidez y firmeza, el veterano congresista, doctor Roberto Gerlein Echeverría. Pero mis críticas apenas pude hacerlas en la reunión especial convocada por los señores Ministros de Fomento y Hacienda, doctores Ernesto Samper y Rudolf Hommes, a la cual asistieron los senadores distintos de la bancada conservadora. Allí

expuse las tesis proteccionistas y mencioné los peligros de una conducta de libertad comercial de conveniencias exclusivas para las economías desarrolladas y dominantes, cuyos resultados se cosecharon en forma negativa en el siglo pasado. Era ese uno de mis temas favoritos en tantos años de cátedra, y allí estaban por lo menos quince senadores que habían sido mis discípulos en distintas universidades del país, entre ellos el Presidente de la Corporación, doctor Aurelio Iragorri Hormaza. Además, en mi libro *Apuntes de Economía Política*, había recogido buena parte de las exposiciones orales. Dije entonces que el siglo XIX fue una especie de muestrario de las dos grandes doctrinas —la proteccionista y la librecambista— cada una con sus respectivos resultados. José María del Castillo y Rada, el Ministro de Hacienda de los gobiernos de Bolívar y Santander, y gran estadista del comienzo de la República, toma una posición nacionalista y protectora que más tarde expone con seguridad ideológica José Ignacio de Márquez, al afirmar que: “la crisis de la industria que no ha podido resistir la competencia extranjera se ha debido a la excesiva libertad en el comercio exterior... Así es como nuestros productos no tienen expendio, y los pueblos se han visto en la dura necesidad de abandonar sus fábricas, de donde ha resultado igualmente la baratía o más bien el casi ningún consumo de las materias primas con perjuicio de la agricultura y de la cría de ganado. Si hay alguno que dude de esta verdad, no tiene más que recorrer las industriosas provincias del Socorro, Tunja, Bogotá y Pamplona, antes bastante productoras y hoy abandonadas y pobres. Si se quiere, pues, vivificar el comercio y beneficiar a los colombianos, es preciso que se pongan trabas al comercio exterior prohibiendo absolutamente la introducción de varios géneros, frutos y efectos que se producen en nuestro país”. Como puede apreciarse, es la misma situación repetida ciento sesenta y dos años después, y son semejantes los criterios de los productores agrícola-ganaderos y de algunos industriales. Unos tres años más tarde Francisco de Soto amplía el argumento proteccionista en su *Memoria de Hacienda* de 1833 y defiende una especie de

intervención estatal condicionada al bienestar de productores y consumidores. “El poder Ejecutivo, escribía, detesta las prohibiciones absolutas en general; pero sí cree que la libertad de comercio exterior no debe envolver nunca la ruina de las manufacturas interiores... esta conservación [de la industria nacional] presupone no ha de venir la concurrencia de productos extranjeros de análogos, más baratos, a destruir la salida de los nuestros. Si los consumidores de estos son granadinos, lo son también los productores y el gobierno debe cuidar igualmente que la fortuna de aquellos no sea desmejorada por el excesivo precio de los efectos nacionales, como habría de verificarse en caso de prohibiciones absolutas.”

Contrario a ese proceder emanado de la realidad del país, dije esa noche, los jóvenes educados en las universidades de las potencias dominadoras, cuyos ideólogos formulaban teorías para una política económica de sus conveniencias, regresaban, tal como sucede ahora, a pregonar lo aprendido. Entonces iban a Inglaterra, que era el centro de poder, como ahora van a los Estados Unidos. Uno de esos pregoneros del ideal librecambista de los clásicos del pensamiento europeo, fue Florentino González, quien en sus alegatos ante el Congreso en 1848, pide a los legisladores de entonces que no acepten ninguna clase de solicitud de los “industriales que en nada contribuyen al fomento de la riqueza nacional”. Proteger los artefactos que la Europa y la América del Norte, agregaba, pueden enviar a precios baratísimos a todos los mercados del mundo, sería un contrasentido imperdonable: “Libertad para producir y cambiar, he aquí lo que el legislador debe conceder a todos, y dejar a la inteligencia y a la actividad del campo libre para obtener ventajas, que la poca habilidad o la pereza pretenden conseguir con una protección onerosa para la sociedad entera”.

Naturalmente, argumenté en tono mesurado a los concurrentes, Florentino González, como tampoco los ideólogos oficiales del presente, tuvo, o tienen, el cuidado de indagarle a la historia que antes de abogar por la plena liber-

tad de mercado que su industrialización reclamaba, esas potencias y sus ideólogos se sirvieron del más radical proteccionismo, practicado en la etapa mercantil de su desarrollo capitalista. Una de esas potencias de ahora, Alemania, supo a tiempo cambiar de estrategia, y acoger para bien de su patrimonio económico, las tesis que uno de sus economistas —tal vez el más importante y provechoso— había aprendido en los Estados Unidos en los tiempos en que Hamilton y demás grandes estadistas norteamericanos se apartaban de los preceptos librecambistas para proteger su industria y su producción nacional. Me refiero a Federico List, quién lo creyera, *¡sorpresas del tiempo!*, economista favorito del padre del señor Ministro de Hacienda, que enfrente de mí, en el podio del salón, estaba en ese sitio para reclamar el apoyo al librecambio.

Antes, mientras escuchaba la exposición del señor Ministro de Hacienda, me vinieron a la memoria acontecimientos del pasado y de días anteriores. Yo había contribuido a la organización de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad del Atlántico, y fui llamado a dictar las cátedras de Economía Política, Política Económica y Economía Colombiana. He debido ser su primer Decano, como lo fui años después, por la sencilla razón de que era uno de los dos economistas con título universitario residente en Barranquilla. El otro, el doctor Dilio Donado Comas, siguió estudios de derecho, y a esa disciplina dedicó sus inquietudes profesionales. Pero, por razones políticas partidistas, las autoridades preferían nombrar abogados con rótulos de conservadores. El Rector de la Universidad era el intelectual y educador Fernando Cepeda y Roca, quien ante el clamor de los estudiantes que reclamaban profesores idóneos, nombró al doctor Rudolf Hommes, veterano catedrático alemán radicado en Bogotá, con un sueldo de setecientos pesos mensuales. El doctor Hommes no aceptó porque estaba al frente de una comisión de rescate de los bienes confiscados por el gobierno a los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Lo curioso del asunto —cruel

prueba del complejo extranjerizante— es que en la resolución rectoral se hacía saber que tendría la misma carga académica del doctor Hommes, pero con sueldo de treinta pesos mensuales, vale decir, con seiscientos setenta pesos menos que el colega europeo. Pocos años después compartí oficina profesional en el edificio del Banco de la República con el doctor Fernando Cepeda y Roca y juntos dirigimos la revista *El Economista*. Por cierto, que para reír un poco a costa de mi compañero cuando él exponía planteamientos en favor de la valoración de lo nuestro, sacaba de la gaveta del escritorio el documento del comentado nombramiento, que aún conservo. Fernando Cepeda y Roca fue un hombre de virtudes: de recto proceder, maestro de juventudes, incansable lector y humanista. Y he aquí las *¡sorpresas del tiempo!*: Quien en momentos desafortunados de gobiernos excluyentes desconfió de mis ideas izquierdistas e hizo discriminación en salarios, años después recibió el título de Doctor Honoris Causa que le otorgué en mi condición de Rector de la Universidad del Atlántico, como un reconocimiento a su obra educativa. También recordé los comentarios que una tarde anterior hacía el profesor, escritor y antropólogo Aquiles Escalante. Él adelantó sus estudios universitarios en la Normal Superior y fue discípulo del doctor Rudolf Hommes. Parece que lo estuviera escuchando, comentaba el doctor Escalante, repleto de entusiasmo explicando el contenido del *Sistema de Economía Nacional*, el libro de List. Se valía también de otros autores para afirmar que ante la posición del cosmopolitismo librecambista, Alemania escogió el camino de la defensa de los intereses nacionales y del fomento industrial propio como el medio más adecuado en la búsqueda del desarrollo. Vea usted, quién iba a pensarlo, observaba el doctor Escalante, que ahora otro Rudolf Hommes sea el personero del librecambio...

Al terminar mi intervención no hubo réplica, sino solicitud persuasiva. El doctor Ernesto Samper hizo saber que no discutiría un tema polemizado desde los albores de la República. Amigablemente declaró que era lector de

la Revista *Desarrollo Indoamericano* y que conocía el pensamiento expuesto en mis libros. Tan solo insinuaba que se le permitiera la oportunidad al Gobierno de poner en práctica su estrategia para conocer los resultados. A su vez el senador Víctor Renán Barco, en tono jocoso, expresó: “Esperemos a ver qué pasa, profesor Consuegra. Y ojalá el Ministro Hommes no pase a la historia como el Florentino González de finales de este siglo”.

Tanto el doctor Ernesto Samper como el doctor Víctor Renán Barco han sido personajes admirados por mí. Los Samper forman parte de la historia colombiana de todos los tiempos en los campos de las letras y la política. Hace poco el doctor Samper, actual embajador de Colombia en España, visitó la India, y en compañía del escritor David Sánchez Juliao, Embajador de Colombia en ese país, hizo entrega al señor Rector de la Universidad de la India del diploma de Doctor Honoris Causa que le otorgó la Universidad Simón Bolívar. Víctor Renán Barco fue mi compañero de inquietudes políticas universitarias. Compartimos inquietudes de apoyo al movimiento que orientaba Gaitán. Se desempeñaba entonces como redactor del diario *Jornada*. Lo recuerdo ágil, inteligente, un poco pintoresco en el vestir con sombrero al estilo de la época, y siempre en apuros económicos. Ahora es una especie de primera voz autorizada en el Senado. Sus intervenciones son escuchadas con atención y respeto por los colegas.

* * *

Cuando joven escuchaba desde lejos los discursos de don Carlos Martín-Leyes, entonces promotor de la candidatura a la Presidencia de la República del doctor Gabriel Turbay, el candidato del oficialismo liberal rival del doctor Gaitán y, por lo tanto, contrario nuestro. Hombre equilibrado y de pensamiento progresista, fue Ministro y Senador por varios períodos. Con el correr del tiempo lo reemplazó su hijo Pedro en la conducción del Movi-

miento de Mayorías Liberales. Pedro Martín-Leyes, también ex Ministro y ex Gobernador, y Presidente del Senado, ha sido, como su padre, exponente del ejercicio político popular y democrático. En muchas jornadas electorales —*¡gratas sorpresas del tiempo!*— estuve a su lado respaldando programas ideológicos que después se convertirían en normas legales en favor de la solución de los problemas del pueblo. Muchas fueron las noches que pasamos recorriendo caminos para llegar a los pueblos apartados a escuchar el clamor de su gente. Entonces no se necesitaban los guardaespaldas y la mejor recompensa en el trajín de las campañas proselitistas era la bienvenida entusiasta de los copartidarios. A Martín-Leyes, en cualquier municipio del territorio costeño, que comprende ocho departamentos incluyendo las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, se le recordará con gratitud por haber sido el gestor de la creación del CORPES, el organismo símbolo de la descentralización en Colombia, cuyas funciones comprenden la planificación del desarrollo regional.

* * *

Los tiempos han cambiado y las costumbres también. Leo en los periódicos las noticias internacionales y nacionales. En el Japón, hasta hace poco considerado un país modelo de disciplina, de trabajo y cumplimiento del deber, los parlamentarios son enjuiciados por corrupción. En la Revista Dominical del diario *El Heraldó*, se reproduce un estudio de Yoshikatsu Takahashi publicado en *Look Japan* que pone al descubierto los escándalos de políticos y empresarios sobornadores en la Dieta japonesa. Hay un dicho japonés que reza: Todas las cosas obedecen al dinero. Esto es especialmente cierto en el mundo político japonés, escribe Takahashi. Lo mismo se informa de acontecimientos similares en Italia y otros países industrializados. En Colombia los casos abundan. En Bogotá, congresistas, concejales y sacerdotes, en la cárcel; en Barranquilla, festín de acusaciones entre funcionarios pú-

blicos, senadores y empresarios en el manejo de contratos de miles de millones de pesos. Y así en todas las ciudades.

La quiebra de los idearios socialistas facilita el pleno dominio de la moral dineraria. Ya pocos son los que se detienen a mirar una luna llena. La simplicidad de la vida y el encanto del paisaje poco importan. La ostentación está a la orden del día. Rafael Núñez, varias veces Presidente de Colombia y el político de mayor influencia en su tiempo, al final encontró en la suavidad de los vientos cartageneros, el murmullo del mar y la espléndida biblioteca, una buena razón apetecida para la existencia. Uno de sus biógrafos, Rafael Serrano Camargo, relata lo que doña Soledad, la esposa y compañera en el desempeño político, le contaba a Daniel Lemaitre: “Núñez jamás pensó en dinero. Una vez me dijo: Soledad, ¿qué haríamos nosotros con riquezas? Yo continuaría con mi papa sancochada y mis frutas, y tú con tu chocolate y tus bizcochos... ¿Qué gana el hombre con rodearse de lujos? ¿Para qué los salones rumbosos, los muebles complicados y tantas cosas innecesarias? Preocupaciones inútiles...”.

Hugo Nichols y Congote, mi pariente y vecino, apegado a su Antioquia, tierra de creadores de riquezas con el trabajo diario y la austeridad permanente, cuando se trata el tema del derroche consumista, suele sentenciar: “¿Para qué quiero treinta pares de zapatos si solo me pongo uno?”. Hace años mi padre se desempeñaba como Alcalde del municipio de Juan de Acosta, patria chica del intelectual Luis Eduardo Nieto Arteta y del compositor Ángel Alfonso Molina, autor del Cóndor Legendario. Es esta una hospitalaria población casi a la orilla del mar, reconocida por la belleza de sus mujeres y el ánimo de los hombres, siempre dispuestos a gozar a costa de los vecinos. Gente de trabajo hace del divertimento el feliz complemento de la laboriosidad agrícola y ganadera. Podría decirse que mi padre encajaba en ese medio.

Hombre que gustaba de la chanza se amoldaba al carácter de los *costeros*. Y allí estaba el Alcalde construyendo puentes y administrando justicia, rodeado de Justiniano Molina, su cuñado Carlos Higgins y un selecto grupo de joviales colaboradores. Los domingos el Alcalde iniciaba el jolgorio. De noche las parrandas eran para amanecer, como dice la canción popular. Como a mi padre poco le atraía el licor, los amigos, para tenerlo contento, en cada una de las juergas cocinaban sancochos. Lo gracioso del asunto era que en las primeras horas del lunes, cuando la Alcaldía abría sus puertas, algunas veces los primeros querellantes denunciaban la visita a sus gallineros de furtivos fiesteros, como antes se acostumbraba, aunque los autores al día siguiente pagaran los daños. Casi todo el sueldo del Alcalde se gastaba en los benditos sancochos. Él contaba que pagó la novatada del primero. Fue un lunes bien temprano. Después de escuchar el relato de una señora, ordenó al Secretario que abriera la investigación de inmediato. Justiniano lo llamó aparte, y le dijo al oído: “*Compae Nacho*”, ¿recuerda usted las gallinitas que llevó anoche el *Churri* para el sancocho?”. Mi padre comprendió, y le dijo a la señora: “Son travesuras de muchachos, aquí tiene usted el valor de las dos gallinas...”.

A mi padre se le dio por impartir justicia a su manera. Cuando atendía casos de ambiciosos, las sentencias se confundían con moralejas de cuentos o sucesos referidos a su leal saber y entender. Una vez el usurero del pueblo, que solo gustaba del dinero contante, demandó a un campesino por atraso en la cancelación del préstamo al *dulce* veinte por ciento mensual. El prestatario apenas ofrecía como pago un caballo ya pasadito en años. Mi padre se dirigió al prestamista con estas palabras: “¿Se olvida que es este un país violento de guerras civiles periódicas y conflictos partidistas? ¿No se acuerda del rey que en la batalla cambiaba su reino por un caballo para poder huir a otro sitio? Uno no sabe. Usted verá... Hay momentos, amigo, como dijo el poeta, que todo no vale nada y el resto mucho menos. A veces con un caballo basta...”.

En otra ocasión el demandado era un personaje reconocido por su avidez de tierras, aunque nunca las cultivaba. Lo llamaban el *corre cerca*, por sus pleitos con vecinos. Cercaba baldíos, aprovechaba las dificultades ajenas para comprar terrenos a precios reducidos, en fin, parecía que la razón de su existencia se enmarcaba en resguardar apasionadamente las escrituras de sus propiedades territoriales. Y allí estaba el personaje otra vez, denunciado por cercar lo ajeno. Mi padre lo miró fijamente y le preguntó: “¿Nunca, cuando era niño, su mamá le contó la historia del ruso y la tierra? Bueno, se la voy a recordar: Aquel hombre no dejaba tranquilo a San Isidro el Labrador, implorándole para que le diera tierras. Hasta una noche cuando el milagro se le apareció y le hizo saber que lo esperaba bien temprano, a la mañana siguiente, en el sitio que escogiera. Y así fue. Después del saludo el Santo habló: Todo el espacio comprendido en lo que puedas recorrer durante el día será para ti. Pero hay una condición. Debes estar acá de regreso antes de que el sol se oculte. Yo te estaré esperando.

”El hombre de la historia ni siquiera se despidió. Salió apresurado en procura de lo único que anhelaba. Todo el día caminó sin descanso. Ya al atardecer observó que el sol declinaba y estaba lejos del lugar de la cita. Recordó el convenio y apretó el paso para el regreso. Aunque las fuerzas le faltaban y sentía mucha fatiga por el agotamiento del extenso recorrido, corría y más corría porque el sol se ocultaba. Fue tanto el esfuerzo que en el último tranco cayó muerto. Entonces San Isidro miró su cuerpo extendido y dijo: Esta era, hijo mío, la cantidad exacta de tierra que necesitabas. Dos metros de largo por uno de ancho para que descanses en paz. Aquí en este espacio te enterraré”.

Lo interesante del asunto es que los litigantes lo escuchaban con respeto y a veces aceptaban los consejos. Mi padre había heredado del tío Ignacio, barbero del pueblo, la gracia en el relato oral.

En aquel tiempo yo vivía en Bogotá en compañía de mi madre, doña Anita

y los tres pequeños hijos. Un año antes había muerto la tía Carmen, viuda de Clímaco Echandía, un antioqueño hogareño y bonachón. La tía Carmen era la rica de la familia, y como no tuvo hijos, la herencia le correspondió a las hermanas. Mi madre heredó tres casas en el residencial barrio El Recreo y algunas joyas. La tía María, la menor de las hermanas, era una especie de máquina gastadora de dinero, y la condescendiente de mi madre le otorgó poderes para vender las propiedades. Un día se me ocurrió escribirle a mi padre solicitándole que interviniera e hiciera lo posible por salvar aunque fuera una de las quintas. Una noche mi padre llamó por teléfono y me dijo: “Deja a tu mamá que haga lo de su agrado. Cuídamela allá un tiempcito más. A mí me basta con los deberes de burgomaestre y los sancochos”.

Desde mi lejanía me asombro con las noticias. Ahora predomina en alguna gente el afán del enriquecimiento ilícito o la búsqueda del dinero fácil. Como economista sé que la acumulación constituye el factor más importante en el crecimiento económico. La parte del ingreso que no se consume propicia la inversión. Y la inversión juega el papel de elemento ensanchador de la riqueza. Pero se supone que ese mayor valor o plusvalía es fruto del trabajo, y la riqueza acumulada, del trabajo y del ahorro. Vale decir, una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa. Y, al final, ¿tanta codicia para qué? De seguro el codicioso que se libra de la muerte o la cárcel, digamos por caso, donde quiera que esté, seguirá saboreando la exquisitez de los fríjoles antioqueños, el chivo friche de La Guajira, las papas chorreadas bogotanas, o el arroz con coco de la Costa. Nada más satisfactorio para un ser humano que al gozar de comodidades pueda demostrar que ellas son el fruto de desvelos, de trabajo constante y correcto proceder.

* * *

La corrupción en la política tiene buena parte de su origen en el *clientelismo*.

Es esta la habilidad de utilizar la burocracia oficial como medio para compensar la labor proselitista y el respaldo de los seguidores de los candidatos. Los daños que produce el clientelismo son múltiples: desfigura y enturbia el sistema democrático; envilece al elector y le aplasta el sagrado derecho de escoger libremente a sus legisladores y gobernantes; articula una oligarquía que se vale de esas prácticas para alcanzar curules y cargos; desprestigia la función administradora del Estado y los conceptos de la economía de servicio, etc. Precisamente, en estos tiempos de neoliberalismo sus voceros oficiales aprovechan crisis y fracasos de empresas estatales que en el pasado fueron muestra de autonomía nacional, explotación de los recursos y rescate de riquezas —petróleos, puertos, carbón, minas en general, transporte, electricidad, comunicaciones, etc.— para entregarlas de nuevo a la voracidad de las multinacionales extranjeras.

* * *

Cuando escribo estas notas recibo de Bogotá una carta de mi amigo Mario Carbonell Salas. Me envía una publicación en forma de separata del diario *El Espectador*, del domingo 7 de marzo de 1993. Se trata de “Papeles para la Democracia”, preparada por la Organización S.O.S. Colombia-Viva la Ciudadanía, esta vez dedicada a los “Estados de Excepción en Democracia”. La última página, con un bello dibujo simbólico, está dedicada a un pasaje de mi época de aprendiz de político y periodista, que transcribo textualmente, ya que me hace mucha gracia la insolencia de la juventud y porque, pasado el doble de los años solicitados, todavía nunca he tenido en mis manos un arma de fuego. La anécdota, titulada “Dentro de veinte años”, cuenta:

“El profesor José Consuegra Higgins dirigía el semanario *Izquierda*. En una nota de periódico se hacían fuertes críticas a un funcionario público.

Enfurecido el funcionario, llamó por teléfono al profesor Consuegra Higgins y luego de insultarlo lo desafió a un duelo con revólver. El profesor Consuegra Higgins le respondió:

—Usted me ha retado con sus armas y yo escogeré las mías: escriba un artículo replicando y con sumo gusto se lo publico. Como yo nunca he manejado armas, para aprender ese oficio solicito el mismo tiempo que usted necesitará para escribir el artículo: así que vuelva a llamarme dentro de veinte años”.

LA UNIVERSIDAD

JOHN STUART MILL, autor de *Principios de Economía Política*, solía decir: “Es poco probable que un hombre sea un buen economista, si no es nada más que economista”. Y buenas razones tenía el gran economista inglés para la sentencia. Ahora suele opinarse que quien se enorgullece al creer que solo sabe de una cosa no sabe ni de esa cosa. Es el concepto que sirve de respuesta a la estrechez de las especializaciones del mundo moderno, tan en discordia con el conocimiento humanístico. Y muy correctos esos juicios, por cierto, en el campo de la ciencia social, rama del saber humano de máxima dependencia e interrelación entre las variadas disciplinas y artes que la representan.

Mis maestros y amigos encajaban en las exigencias de Mill. Sus inquietudes intelectuales iban y van más allá de los límites profesionales: Antonio García, abogado, ideólogo político, profesor de economía, escritor; Darío Samper, abogado, sociólogo, poeta; Gerardo Molina, abogado, educador, historiador, político; Alfredo Vásquez Carrizosa, abogado, historiador, político; Jorge Child, economista, escritor, periodista, catedrático; Adán Arriaga Andrade, político, ministro, jurista, etc.

En mi caso las circunstancias me obligaron a recorrer varios caminos. La

intolerancia política que predominaba en los tiempos de los años cincuenta y finales de los cuarenta no permitía, en ciertas ocasiones, dedicarse de manera exclusiva a un oficio particular. De todas las actividades en que podía incursionar más allá de la profesión de economista, en tres de ellas intenté cumplir: la cátedra, el periodismo y la política.

Desde la temprana juventud trabajé en la enseñanza. La cátedra para mí era el máximo motivo para el estudio y la investigación. Una tarde pasada, mi nieto José Rafael me contó una historia de *Los Simpsons*, personajes de dibujos animados. En la escuela el niño travieso sustrae de los casilleros de los profesores sus manuales con preguntas y respuestas. Aquel hecho produce el caos en el cuerpo docente: nadie sabe cómo dictar clases y algunos toman la decisión de renunciar a sus cargos. Cuando los libros aparecen regresa la normalidad al centro de estudios.

Contrario de lo sucedido en la graciosa crítica, un auténtico profesor universitario pocas veces se limita a textos ajenos. Entrega a sus alumnos una bibliografía de consulta, en la mayoría de los casos escribe sus propias conferencias, que más tarde, por lo regular, publica en forma de libro. Mis libros tuvieron ese origen.

* * *

El magisterio es la entrega y el goce. Todo tiempo disponible es poco en el propósito de responder adecuadamente el educando. El profesor hace de la confianza depositada un compromiso sublime. Se suele hablar de sacrificio, pero lo cierto es que el verdadero maestro nunca piensa en eso ni lo entiende así. La otra tarde el doctor Juan Pablo Llinás, Presidente de la Academia de Historia en Barranquilla, me visitó en compañía de doña Celeste, su inseparable esposa. Con varios libros escritos sobre personajes de la historia

nacional y muchos años de trabajo intelectual, atiende la cátedra en la Universidad Simón Bolívar con el entusiasmo de un principiante. Y sus ojos brillan de felicidad cuando cuenta, pleno de alborozo, detalles de experiencias recientes. En el inicio de clases este año de 1993 reconoció a un discípulo del año anterior. Al preguntarle qué hacía allí y amonestarlo por estar repitiendo el semestre, el joven le contestó: “—No es así, doctor. Es que el profesor de esta hora en mi nuevo curso no ha llegado. Y aprovecho la oportunidad para volver a escuchar sus disertaciones sobre la moral”. Eso es suficiente en la compensación del esfuerzo, comenta el doctor Llinás. Y aquí están, agrega sonreído, los originales de un nuevo libro sobre Ética, la materia a mi cargo, para que los publique la Universidad.

El profesor enseña y aprende. Cada clase es una experiencia saludable. Incluso los momentos de descanso los convierte en foro familiar con los discípulos. Eso hacían mis profesores y yo seguí el ejemplo. Recuerdo al doctor Guillermo Hernández Rodríguez, profesor de Hacienda Pública. Era, además, el Presidente del Consejo de Estado. Los sábados convertía el asueto en clase de repaso. Allá, a su casa de Usaqué, llegábamos puntuales a seguir escuchándole y a consultar sus libros.

Los momentos más difíciles para un profesor, apenas son gajes del oficio. Los mismos sufrimientos y desventuras se recuerdan después como ofrendas al privilegio de educar la juventud. Así ha sucedido en la parte de mi vida que dediqué a la pedagogía. De los muchos sucesos infortunados, dos me vienen a la memoria. Estaba de profesor en la Universidad de Cartagena. Allí gozaba del aprecio de mis colegas y alumnos. No era la ciudad de los tiempos de Rafael Núñez, el político reformador de la Constitución de Colombia en el siglo XIX. Pero el encanto apacible de aquellos días se notaba aún en sus callejuelas coloniales. Y menciono al ex Presidente porque uno de sus biógrafos le transcribe opiniones acerca del ruido, según Núñez,

muy propio de los pueblos antiguos y salvajes, —que sonaban tambores en la paz y la guerra— pero cada vez menor en la civilización. En la tranquila placidez de El Cabrero, jamás imaginó el estadista y poeta el bullicio atronador de estos días dominados por la polución y el estruendo.

Apenas entonces, a finales de los años sesenta, se asomaba el atropello del turismo moderno, y Cartagena permitía que se gozara plenamente de la intimidad de su ancestro: tertulias espontáneas para enjuiciar el acontecer; bodegones con cervezas frías y poetas sin clientela dispuestos a dar a conocer su cosecha en la primera oportunidad. En esos sitios departíamos los viernes *culturales*, como graciosamente se acostumbraba llamar a los esparcimientos libres del rigor académico. Los profesores de Economía, aunque buena parte del tiempo la dedicábamos a ventilar las suposiciones teóricas del manejo del dinero o del intercambio de mercancías, a la larga el ambiente bohemio nos obligaba a recordar versos y anécdotas. Entonces cada quien, según sus gustos y orígenes, hablaba de los poetas favoritos. Jorge Child y Raúl Alameda, bogotanos, tenían presente a León de Greiff; Fabio Morón Díaz, Roberto Burgos Ojeda y los hermanos Carlos e Ismael Güete, cartageneros, manejaban a su antojo el repertorio del Tuerto López; Carlos Calderón Mosquera y Bianor García, como negros orgullosos de su raza, alzaban la voz en nombre de Candelario Obeso y Jorge Artel. Y así todos. Cuando solo estábamos los economistas el tema se limitaba a la ciencia económica. Yo había fundado en Barranquilla, con el respaldo de los economistas Euclides Acuña y P. y Dilio Donado Comas, la Sociedad de Economistas del Atlántico, la primera organización gremial de esa profesión que existió en el país. Como éramos tan pocos, la agrupación incluyó, en calidad de miembros asociados, a los discípulos de la Facultad de Economía. Algunos de ellos —Eduardo Santos Ahumada, Alcides Vargas Castro, Luis Meléndez Mosquera, José Watnik, Fernando Llinás Toledo, Silvio Llanos de la Hoz, Pablo Matos, etc.— fueron al pasar el tiempo rectores o decanos. Después

se organizó la Sociedad Colombiana de Economistas, de cuyas primeras directivas formé parte, pero ya se soñaba con una academia. Esas primeras inquietudes precursoras cristalizaron años después en la Academia Colombiana de Ciencias Económicas. No me olvido del juramento de Raúl Alameda una noche de parranda. En un momento de euforia levantó la copa de *Tres Esquinas*, y dijo:

—“Cuando vuelva a mi fría Bogotá no ahorraré esfuerzos hasta organizar nuestra Academia”. Y nosotros respondimos:

—“Allí estaremos respaldándote”. Y así fue. Años después se inauguró su hermosa sede en la capital de la República y de sus miembros fundadores se eligió la directiva: Presidente Honorario, Carlos Lleras Restrepo; Presidente, Abdón Espinosa Valderrama; Primer Vicepresidente, Isidro Parra Peña; Segundo Vicepresidente, José Consuegra Higgins; Secretario Perpetuo, Raúl Alameda Ospino; Secretario General, Julio Silva Colmenares; Tesorero, Hernán Echavarría Olózaga; Canciller, Eduardo Sarmiento Palacio; Director de la Revista, Jorge Child Vélez; Bibliotecario, Armando Samper; Fiscal, Manuel Ramírez.

Gozaba, repito, del ambiente acogedor de Cartagena cuando me llamaron a dirigir los destinos de la Universidad del Atlántico, en Barranquilla. Los alumnos de esa casa de estudios requirieron mi presencia y el Gobernador del Departamento cedió ante los reclamos. Solicité licencia por dos años, y el Rector en ese momento de la Universidad de Cartagena, el médico Juan C. Arango, la concedió.

Con el pleno respaldo y la simpatía de los estudiantes y profesores, las condiciones para adelantar una adecuada labor en la Universidad del Atlántico se facilitaban. En menos de un año la población escolar se duplicó,

lo mismo la planta física, los laboratorios, las bibliotecas y la nómina de profesores e investigadores. El Colegio de Barranquilla de bachillerato pasó a la antigua sede de la Escuela Industrial, y su hermoso edificio, adjunto a la Universidad, se sumó a las instalaciones de esta. En la entrada principal de la Universidad se organizó una librería que vendía los libros a los estudiantes a precio de costo. Se iniciaron las publicaciones de libros y los conferenciantes nacionales y extranjeros comenzaron a disertar sobre los temas de su especialidad. En la Escuela de Bellas Artes fue restaurado el Museo Arqueológico y la práctica y divulgación del folclor adquirió categoría prioritaria. El entusiasmo compartido era tanto que el trabajo copaba todo el tiempo. Una tarde, por ejemplo, Álvaro Castro Socarrás, Secretario General, entró en mi despacho en compañía de Jorge Artel, quien residía en Panamá y se desempeñaba como Secretario de la Universidad de Panamá. Yo admiraba desde los estudios de bachillerato al gran poeta pero no lo conocía personalmente. Él, Nicolás Guillén, de Cuba, y Luis Palés Matos, de Puerto Rico, representaban la máxima expresión de la poesía negra de América Latina. El doctor Castro Socarrás, me dijo: —“Aquí está Jorge Artel”, y yo le respondí de inmediato: —Hágame el favor de nombrarlo Director de Cultura y cuando tome posesión los espero para discutir el programa de labores. Artel había venido con el propósito de leer sus poemas y solo salió del asombro dos días después cuando regresó a la Rectoría a juramentarse.

Todo aquel mundo de exclusiva orientación académica e intelectual no gustaba a la administración departamental, acostumbrada a valerse de las dependencias oficiales como un medio de recursos burocráticos para fines político-electorales. También, en las esferas oficiales y universitarias nacionales la tolerancia ideológica había disminuido. Un día recibí un telegrama en cuyo texto el Rector de la Universidad de Cartagena me hacía saber que mi licencia quedaba cancelada y en el término de dos días debía

regresar al ejercicio de la cátedra. El doctor Arango ya no estaba al frente de los destinos de la muy ilustre institución cartagenera sino un personaje reconocido por su carácter dogmático y formación ideológica derechista. Como decidí permanecer en la Rectoría de la Universidad del Atlántico, una mañana encontré la sede invadida por la policía con orden de no dejarme entrar. Había sido separado del cargo. Ante la protesta de estudiantes, profesores y directivos, hubo represión, con muchas expulsiones y permanencia por largo tiempo de la policía en los predios del claustro.

En un comienzo se publicaron artículos en la prensa, de rechazo a la intervención oficial. Yo escribí un librito titulado *Cómo se reprime la Universidad en Colombia*, y se recibieron mensajes solidarios de los catedráticos latinoamericanos. Después, pasada la tormenta, inicié, en compañía de los ex directivos, de doña Anita y otros amigos que me acompañaron en los momentos difíciles, los estudios para la fundación de la Universidad Simón Bolívar.

Años después la Universidad de Cartagena, con su nuevo Rector, el ex Ministro de Educación Nacional y eminente catedrático, doctor Luis H. Arraut Esquivel, me concedió el título de Doctor Honoris Causa. De la Universidad del Atlántico nunca recibí ningún homenaje de desagravio. Sin embargo, *¡sorpresas del tiempo!* siempre recordaré la mañana que el doctor Guillermo Rodríguez Figueroa llegó hasta la oficina de la Rectoría de la Universidad Simón Bolívar, y me dijo: “Aquí le traigo a mi hijo Fernando para que lo eduque. Él quiere estudiar Derecho y con absoluta confianza lo dejo en sus manos”.

Lo interesante de la historia es que el doctor Rodríguez Figueroa fue el Rector nombrado para reemplazarme cuando el Gobernador de turno me destituyó de ese cargo. Y, como es fácil suponer, tuvo que soportar todas las

críticas mías y de mis amigos. En más de diez años transcurridos después de aquellos sucesos nunca lo había visto personalmente. Y ahora estaba enfrente de mí para darme una lección y un reconocimiento. Lección de grandeza humana, libre de prevenciones y resquemores; y espontáneo cumplido a mi ejercicio didáctico.

* * *

La organización de la Universidad Simón Bolívar hay que considerarla ahora como un acto heroico y de idealismo. Como lo fueron en esos días memorables de los años sesenta y setenta todos los que propiciaron el inicio de las decenas de centros de educación superior que surgieron en ese período. Entonces eran pocas las universidades existentes en Colombia. Y a pesar de que algunas de ellas, por el precio moderado de las matrículas, facilitaban el acceso de los aspirantes —como las universidades oficiales de las grandes ciudades, la Universidad Libre y el Externado de Colombia— la verdad es que las condiciones democráticas y populares adquieren cierta dimensión con el surgimiento de la Universidad pública en las capitales de los departamentos y ciudades medianas, y con el inicio de labores de las nuevas universidades no oficiales. En esos días hubo mística y entrega, y en todas partes el debate sobre conceptos renovadores del papel de la Universidad encajaba en el compromiso de los intelectuales protagonistas y revolucionarios. En un diálogo con Jorge Artel, que publicaron varias revistas de América Latina, y en Colombia, *Perijá* y *Desarrollo Indoamericano*, expuse criterios. Porque durante muchos años de crítica a la estructura tradicionalista de la Universidad, siempre pensé que en nuestro medio ella podía cumplir un encargo más importante que el de simple productora de profesionales. Si se aprovechaban correctamente los rasgos de autonomía, dije, la Universidad podía adelantar la misión de antena receptora del diario acontecer, analista responsable y faro irradiador de enunciados, para acometer el estudio consciente de la realidad social.

Esos conceptos iban más allá de los muy juiciosos que concebía la Universidad con el encargo de conciencia crítica de la sociedad: como complemento de la facultad crítica, agregábamos nosotros la función responsable y creadora, capaz de aportar condiciones insinuantes en favor de un arte, una técnica y una ciencia que pudiesen responder a las exigencias del futuro.

En nuestra óptica la Universidad era depositaria de un delicado compromiso y de una oportunidad envidiable. Sin embargo, en los medios universitarios se abusaba de la rigidez esquemática, para propagar interpretaciones de sabor sectario o justificar la inacción.

En las relaciones de la Universidad y la cultura también teníamos nuestros propios puntos de vista. Tradicionalmente las universidades han cargado con la responsabilidad de buena parte de la promoción de la cultura. Sus actividades en los campos del arte, la ciencia y la técnica así lo prueban. No obstante, en muchos casos, las universidades aparecen como conductos y expresiones de la dependencia cultural. Más aún, sirven de vehículos apropiados para la divulgación de valores culturales extraños y exóticos que deforman la herencia cultural vernácula. La cultura, pensábamos entonces, y seguimos pensando, no puede medirse con la capacidad de imitar, copiar o repetir lo ajeno. Ni tampoco la erudición sobre culturas extranjeras es suficiente para evaluar el correcto nivel de una persona. Por el contrario, en ciertas ocasiones cuando se hace gala de conocimientos del legado cultural ajeno y se desprecia lo vernáculo, solo se disimula una ignorancia pedante. De ahí que en el deber del fomento y promoción de la cultura el legado de lo propio tiene que ocupar el primer puesto.

Ninguno de los juicios anteriores pretendía desconocer la cultura como un patrimonio universal de la humanidad. Cuando Arguedas saboreaba la

cultura de sus antepasados Incas, solía exclamar: “Imitar desde aquí a alguien resulta algo escandaloso. En técnica nos superarán y dominarán, no sabemos hasta qué tiempos, pero en arte podemos ya obligarlos a que aprendan de nosotros”. Por nuestra parte, lo que queríamos decir era que cada pueblo estaba en la obligación de ofrecer su aporte al enriquecimiento de la cultura universal, aunque tuviese que valerse de los avances de otras culturas, especialmente en los campos de la técnica y de algunas disciplinas científicas.

* * *

He mencionado el fenómeno de la popularización de la enseñanza universitaria. Fue ese un hecho trascendental. No obstante, en lo mejor de su esplendor aparecieron las limitaciones oficiales que aún perduran, pese a que en la nueva Constitución de 1991 se establece que toda persona goza del derecho de escoger libremente los estudios que considere convenientes. Se argumenta que una menor cantidad de estudiantes facilita una calidad mejor en la enseñanza. Y el propio Estado se contradice y niega en sus prerrogativas; mientras autoriza a los colegios de bachillerato para conceder títulos, de inmediato duda y pone en tela de juicio la validez de ellos al exigir pruebas especiales para el ingreso en las universidades y, además, restringe los cupos en las distintas carreras. Nunca compartí estas conductas elitistas, por cuanto la vigilancia estatal debe ceñirse al cumplimiento de requisitos relacionados con las instalaciones físicas, los recursos académicos, los laboratorios, centros de investigaciones, bibliotecas, etc. La abundancia de profesionales sin oficio es un problema estructural. Hoy, los milagros del desarrollo en el Japón y en otros países asiáticos, fundamentados en la educación al pueblo, aparecen como una novedosa teoría que se divulga en los textos de economía de los países desarrollados.

* * *

En este mes de marzo de 1993, cuando terminé de escribir estos recuerdos,

la Universidad Simón Bolívar conmemora sus veinte años de iniciación de labores. Con tal motivo el diario *La Libertad* le dedicó la columna editorial. En ella se reconoce que la Universidad nació como un centro de estudios eminentemente popular y democrático que conserva su distintivo de organismo al servicio del pueblo para la investigación científica-social, la formación técnica y la promoción cultural e ideológica, característica que ha perdurado a través del tiempo y le ha impreso su carácter. Como ilustrativas y simpáticas, agrega el editorialista, se recuerdan algunas anécdotas que señalan los objetivos populares y el ánimo de sus fundadores y directivos. Una vez a un funcionario se le ocurrió comentar que las limitaciones y dificultades económicas presentes de la Universidad tenían su origen en la testaruda conducta del profesor Consuegra, de congelar durante varios años el precio de las matrículas con el objeto de facilitar el acceso de los hijos de los obreros y campesinos, y de inmediato el Vicerrector, doctor Leonello Marthe Zapata, respondió que esos hechos, precisamente, eran los que engrandecían la historia de la Universidad y el proceder de sus fundadores. En otra ocasión alguien comentó que ya era tiempo para que la Universidad pensara también en sus directivos, a través de la mejora en sus remuneraciones. Y al instante los decanos Jorge Bolívar, Carlos Llanos, Eugenio Bolívar, el Secretario General doctor Rafael Bolaño Movilla y el Vicepresidente de la Sala General, don Manuel Figueroa Ruiz, le hicieron saber al espontáneo interlocutor que la gran recompensa estaba en la satisfacción del servicio a una noble causa.

* * *

Hay un aspecto muy característico de la Universidad y de sus publicaciones y es el relativo al compromiso con la divulgación del pensamiento latinoamericano y la valoración de nuestras raíces culturales.

He tenido a mi cargo la dirección de colecciones en las casas editoras Espasa-Calpe, Plaza & Janés y Grijalbo. En las dos primeras se publicaron volúmenes de la *Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina*, APESAL. El hecho merece mencionarse por cuanto fue la primera tarea emprendida en la América Latina en este campo, ya que lo natural en las regiones subdesarrolladas y dependientes es acoger sin reservas y con entusiasmo todo lo que tiene origen en las áreas dominantes, mientras se ignora y menosprecia el esfuerzo intelectual vernáculo.

Yo supe aprovechar los vientos saludables de los años sesenta y setenta, de surgimiento de estrategias defensivas y estimación de lo propio, para dejar constancia y prueba: constancia del deber que obliga; prueba que amerita el reconocimiento.

Hasta entonces solo se habían escrito y publicado libros acerca de los aportes teóricos de personalidades en el área de la ciencia social en sus respectivos países: Jesús Silva Herzog, lo hizo así a través del *Pensamiento Económico y Social Mexicano*; Oreste Popescu, lo mismo, en los estudios sobre doctrinas económicas en Argentina, Bolivia y Colombia; Manuel Agustín Aguirre, en el caso de Ecuador; etc., etc. Yo mismo escribí *El Pensamiento Económico Colombiano*. Lamentablemente, como sucede en el aislamiento y la ausencia de intercambio e integración en el subcontinente, esos esfuerzos son poco conocidos fuera de las fronteras de sus respectivos mercados.

El propósito de la Colección es, pues, compilar y divulgar en un conjunto el repertorio de análisis deducidos de una realidad particular y las propuestas originales.

Hasta el momento son once los volúmenes publicados, con las obras más importantes o selección de ensayos de investigadores. El primero, *Mensajes*,

recoge el pensamiento del gran científico social brasileiro Josué de Castro. Temas como los del hambre universal, las causas del subdesarrollo y la explotación de los recursos naturales; el tratamiento desigual en el comercio entre países dominantes y regiones dominadas, el compromiso de la ciencia con el hombre, la justicia social, etc., son allí tratados por quien fue en vida no solo un estudioso de esos problemas, notable director de la FAO, sino además brillante escritor. En la presentación del volumen escribí: Decir Josué de Castro es pensar en la más noble cualidad del hombre. Su vida ejemplar de humanista, de caballero de las causas nobles, de indomable soldado de la justicia social, lo colocan entre los grandes del planeta en este siglo. Desde el Brasil, Joao Lyra Filho, Rector de la Universidad de Río de Janeiro, me escribió la siguiente carta: “Querido e ilustre amigo y profesor: Su idea de incluir textos relativos a la vida y la obra de Josué de Castro en la Colección *Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina*, me llenó de gozo. El notable sociólogo, también geógrafo y pensador político, universalizó este país en que ambos nacimos con los conocimientos que dieron lustre al espíritu. Su actuación fue determinante dentro y fuera de Brasil. Doctor en filosofía y medicina, profesor de geografía humana, autor de valiosos estudios de carácter científico, su palabra candente y su fecunda militancia estuvieron siempre al servicio de los pueblos sufridos y humillados. Sus enseñanzas no se limitaron solo al Brasil, se proyectaron en el mundo. Presidente del Consejo de la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas, del Comité Gubernamental de la Campaña de Lucha contra el Hambre, en la ONU; del Consejo del Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas (CIME); del Centro Internacional para el Desarrollo, en París; del Comité Mundial para una Constitución de los Pueblos, en los Estados Unidos; y, además, de la Asociación Parlamentaria Mundial, en Londres, sembró semillas en el llano árido con la esperanza de verlas fructificadas. Pero la muerte se anticipó. Los excesos de su dedicación al bien común le minaron irremediablemente la salud.

Pero su obra pionera sigue atrayendo sucesivas generaciones, sobre todo en la vida universitaria de esta nuestra América Latina. Algunos de sus trabajos tienen ingreso de preferencia en las bibliotecas diseminadas por el mundo: *Geografía Humana* (1939); *Geografía del Hambre* (traducido a varios idiomas a partir de 1946); *Geopolítica del Hambre* (traducido a catorce idiomas desde 1946), etc. Josué de Castro estaría atento, si estuviera vivo, a las manipulaciones de los ideólogos interesados en desfigurar el orden natural de los factores sociológicos sólidos. El hambre envuelve a los pueblos del Tercer Mundo. Creo que existe en el mercado común de las ciencias sociales un pacto secreto entre ciertos economistas y psicólogos aliados a la política de los gobiernos predispuestos a chupar la sangre de los pobres y enlucir la piel de los ricos. Las universidades deberían graduar mayor número de psiquiatras e higienistas: psiquiatras que intenten la curación de los que están locos de hambre; e higienistas empeñados en la inmunización de la sociedad contra sus miembros podridos por la riqueza”.

El segundo volumen *Ensayos sobre la Dominación y la Desigualdad*, del venezolano D. F. Maza Zavala, fue preparado directamente por el autor. El libro comienza con un análisis pesimista. Para ser más exacto, un pesimismo que expresa la angustia del investigador comprometido con el destino de los pueblos explotados. Responde esa posición a la del ciudadano del Tercer Mundo que, con base en la injusticia del presente, presagia peores posiciones por venir. En dichos estudios Maza Zavala sostiene la opinión de que la Ciencia Económica es una disciplina integradora de conocimientos en el campo social, constituyendo, por tanto, el elemento significativo de la Ciencia Social, entendida esta como sistema de leyes del funcionamiento y el desarrollo de la sociedad. Esta concepción toma como punto de partida el carácter social del fenómeno económico, y la condición esencial de que los procesos de cambio de la vida social tienen una trascendencia histórica, que solo puede explicarse por el contenido económico de esos procesos y por las contingencias del ser humano en su lucha por lograr su libertad.

D. F. Maza Zavala es la máxima expresión del pensamiento económico venezolano. De él dijo Germán Lairer: "...enseña no solo con sus lecciones de economía sino también, y hasta en mayor medida en el campo de la ética, con su tranquila modestia. Es él un hombre a quien no le queda grande el calificativo de sabio".

Obras Escogidas, de Raúl Prebisch, representa el volumen tercero de la Colección. La selección del material estuvo a cargo del doctor Isidro Parra-Peña, cuidadoso discípulo colombiano del consagrado maestro argentino, y destacado intérprete de la doctrina cepalina. A Raúl Prebisch hay que considerarlo el más grande economista y realizador contemporáneo de América Latina. En los textos de sus *Obras Escogidas* podría decirse que resume el aporte de su razonamiento: las grandes fallas del sistema, a su parecer, no radican en la propiedad en sí misma, sino en la apropiación privada del excedente y en las consecuencias nocivas de la concentración de los medios de producción.

En el prólogo a las *Obras Escogidas*, de Raúl Prebisch, Isidro Parra-Peña recuerda que para Dudley Seers el economista argentino era el más grande realizador viviente, una especie de lord Beveridge en el escenario internacional y quien ha hecho por ilustrarse en los problemas del desarrollo más que cualquier otro de sus contemporáneos. Nunca como ahora —de arrinconamiento del Estado y de vulgar dependencia intelectual— el pensamiento de Prebisch es tan necesario. Por algo los apóstoles del libre comercio entreguista intentan desprestigiarlo. Isidro Parra-Peña finaliza su estupendo prólogo con las siguientes palabras: "En la interpretación del papel del Estado en nuestras economías, Prebisch aseguraba que debe buscarse una disciplina impersonal y colectiva de acumulación y distribución compatible con el ejercicio de la libertad económica en el juego del mercado. Entonces se cambiaría la pugna distributiva por una ordenación de equidad social ajustada

con la eficacia económica. El Estado tendría las claves dinámicas del sistema y deberá rehacerse en calidad y capacidad para que pueda determinar en forma adecuada cómo repartir socialmente el excedente entre la acumulación, el consumo y los servicios del mismo Estado, compatibilizando estas funciones con las metas, los propósitos y las necesidades de la sociedad. Serían, pues, grandes y muy importantes las nuevas tareas del Estado en los planos técnicos y políticos, sin perder de vista que se trata solo de redistribuir, puesto que tiene que transformarse la organización social y económica sin descuidar la acumulación, ya que es ella necesidad primordial para una distribución dinámica del ingreso. Al final se echaría abajo la estructura económica-social presente en sus relaciones de poder, dañinas e inconvenientes, nacionalizando socialmente el funcionamiento de los mercados y preservando y garantizando la libertad económica. Para concluir, y como justo y necesario homenaje al economista auténtico, debo declarar: El vigor intelectual y los rendimientos de creatividad de Raúl Prebisch que el lector de seguro apreciará en las *Obras Escogidas* de la Colección APESAL que patrocina la Universidad Simón Bolívar, aún transitan en la parte ascendente de la curva y con pendiente acelerada. De su parte seguiremos recibiendo muchas más contribuciones magistrales al pensamiento económico”.

El colombiano Antonio García me entregó a comienzos de 1984, sus *Bases de Economía Contemporánea* para su publicación como volumen cuarto de la colección. Entonces dije que quienes conocían la creación científica de García, siempre consideraron dicho libro como su obra cumbre. Escrito para servir de texto en las universidades, ofrece originalidad. Durante cinco años trabajó en él, mientras exponía tesis en la cátedra. Yo fui de sus alumnos afortunados en mis años de estudios en la Universidad Nacional, y aún conservo los primeros originales que nos entregaba en forma de conferencias. Su empeño fue siempre el de articular un trabajo que permitiera

dar una visión de perspectiva del capitalismo mundial —como economía, organización política y cultura— desde el punto de vista de los países atrasados y dependientes, y en particular de América Latina. Además, la obra puede considerarse una apertura crítica al marxismo oficial de ese tiempo y a la exploración de un sentido común histórico y estructural en las economías indoamericanas. En la óptica defensiva —que comprende el mejor aporte de García— el autor explica los supuestos positivos del proteccionismo condicionado con planeación estatal, del control de cambios, de los sistemas de carteles dirigidos por el Estado en los sectores claves del comercio exterior, de la política de trueques multilaterales, del fomento de cooperativas y de los fondos regionales de financiación industrial.

El quinto volumen, titulado *Obras Escogidas*, permite apreciar lo más valioso del aporte del gran economista brasileiro, doctor Celso Furtado. Catedrático e investigador, a Furtado se le aprecia, al lado de Prebisch y Pinto, como integrante del grupo de preclaros exponentes de la escuela estructuralista de América Latina. Él mismo reconoce, a pesar de haberse desempeñado como Ministro de Economía en su país, que sus dos grandes pasiones han sido la cátedra y el análisis de los fenómenos propios de las economías tercermundistas. En una carta me hacía saber: “Paralelamente a mis actividades docentes he seguido en los esfuerzos para descifrar el enigma del subdesarrollo, emitiendo, de tiempo en tiempo, tesis nuevas con la esperanza de que ellas animen a otros investigadores a llevar más adelante el esfuerzo de reflexión y de hallazgo. Durante siete años que enseñé en París redacté un libro sobre la teoría del subdesarrollo, dos sobre América Latina y dos sobre el Brasil. Mi tarea, pues, no ha sido vana, ya que en ese período los latinoamericanos han comprado más de doscientos mil ejemplares de mis obras. Y aunque esta cifra no tenga importancia por sí misma, me ha mostrado que no estaba equivocado al suponer de antemano que existía en América Latina una inmensa sed de ideas”.

Orígenes del Subdesarrollo, del economista mexicano Alonso Aguilar, es el volumen seis. Aparece este libro en los momentos de máxima inquietud en el análisis macroeconómico e histórico de esplendor y compromiso en la indagación de las causas del subdesarrollo. Solo conociendo las causas del atraso, razonaba el maestro Aguilar, podrá formularse la estrategia adecuada que permita la superación de obstáculos. Alonso Aguilar dirigió el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, sitio que fue albergue entusiasta de los científicos sociales y catedráticos de América Latina en encuentros memorables.

Un selecto grupo de economistas e ideólogos venezolanos seleccionaron sus mejores escritos para que formaran parte del volumen siete con el nombre de *Dependencia y Subdesarrollo*. El tema que da unidad a los trabajos es la búsqueda de una teoría en favor del desarrollo en los países latinoamericanos. En el libro escriben Salvador de la Plaza, Francisco Mieres, José Moreno Colmenares, José Agustín Silva Michelena, Gastón Parra Luzardo, Pompeyo Márquez, Héctor Malavé Mata, Armando Córdova, Max Flórez Díaz, Ramón Losada Aldana y Teodoro Petkoff. En el prólogo el maestro Domingo Felipe Maza Zavala, comenta: "Característica común del pensamiento venezolano que se expresa en estas páginas es la crítica fundamental al sistema de concentración y dominación económico-social que impide el desarrollo orgánico y pleno de los países del Tercer Mundo. La crítica conduce necesariamente a la formulación de alternativas esenciales para la superación del subdesarrollo y la ruptura de la dependencia, más allá de los límites del propio sistema. Por ello, la identificación de los pensadores, cuyos ensayos hemos seleccionado para este volumen, con la causa de la verdadera independencia y del desarrollo real de nuestros países, proporciona la conveniente homogeneidad de la obra, sin que tal característica excluya el juego de las opiniones, la diversidad de los estilos, la dinámica humana que es inmanente a la acción y al pensamiento de los luchadores sociales".

El infatigable y prolífero investigador salvadoreño, doctor Salvador Osvaldo Brand, preparó una obra colosal para el volumen ocho: el *Diccionario de Economía*. Ya el profesor Brand había publicado el *Diccionario de Estadística* y el *Diccionario de las Ciencias Económicas y Administrativas*. Contaba, pues, con experiencia y autoridad en este campo que exige erudición y capacidad investigadora. Sin embargo, su nueva obra ofrecía una particularidad: era el primer diccionario escrito en la América Latina que superaba complejos y dependencias, para dedicar buena parte de sus páginas al registro y reconocimiento del aporte de los científicos sociales de nuestro subcontinente. Hasta entonces casi todos los trabajos en esta materia se dedicaban a definir conforme a los criterios y teorías de los economistas norteamericanos y europeos. Ahora, con el rigor académico y la suficiente autoridad para seleccionar los conceptos dignos de definirse y explicarse, los estudiosos de las disciplinas económicas y sociales y los estudiantes en general, encuentran un auxiliar apropiado que explica las dicciones en general, pero incluyendo los aportes de sus coterráneos, especialmente en temas novedosos propios de la estructura y de los fenómenos que afectan a las regiones subdesarrolladas.

Los volúmenes nueve y diez están dedicados a Oreste Popescu, catedrático de la Universidad Católica de Buenos Aires y de muchas universidades latinoamericanas, y coloso de la investigación de la economía y del pensamiento social de América Latina. Ésos libros son: *Introducción a la Ciencia Económica Contemporánea* y *Estudios en la Historia del Pensamiento Económico Latinoamericano*.

El profesor Popescu nació en Rumania y desde edad temprana adquirió la nacionalidad argentina, pero sus libros los escribió en Argentina, Colombia, Bolivia, Perú y Paraguay, países donde se ha desempeñado como asesor de las Naciones Unidas. Por eso se le puede llamar con toda propiedad

economista latinoamericano. La vida y obra de Popescu, comenté en 1985, son sencillamente ejemplares. Es un sacerdote del acontecer científico. No desperdicia segundos en oficios ajenos a la investigación y al conocimiento y análisis de las ideas y de los fenómenos sociales. Nadie como él goza de la autoridad que concede la disciplina del estudio para distinguir el aporte original. Por ejemplo —y solo cito un caso— en sus estudios demuestra que la teoría cuantitativa de la moneda (tal vez la más trajinada de las hipótesis económicas) tiene un origen latinoamericano, ya que fue expuesta por primera vez por Juan de Matienzo, en el Perú, en el siglo XVII.

De su texto de *Economía* el propio Popescu opina: “Antes que el detalle, el estudioso quiere tener sobre todo una idea de conjunto del todo inmenso campo de la ciencia económica contemporánea. Lo que el principiante espera de su maestro es que lo lleve a un mirador de donde, en una perspectiva panorámica logre descubrir sus perfiles de conjunto, en el tiempo, en el espacio y en la cosa misma. Y para lograr esos objetivos el estudiante desearía también que su maestro, además de la gran capacidad de síntesis, exponga las ideas con claridad y sencillez, sin perjuicio de las exigencias científicas, el rigor del enfoque y la investigación exhaustiva”.

Los *Estudios en la Historia del Pensamiento Económico Latinoamericano* son un enjuiciamiento global y orgánico que se hace del legado original de los pensadores sociales del subcontinente. Viene a llenar este libro un vacío. El profesor Popescu aceptó el reto que le hice en algunos escritos para que publicara en un solo volumen sus ensayos acerca de las contribuciones doctrinarias en algunos países de América Latina. Él mismo lo hace saber así en el prólogo que escribió en el volumen diez, cuando confiesa que la ignorancia de los propios nacionales acerca del aporte de sus paisanos en el pensamiento económico y social, fueron motivo de exigencia para acometer la tarea. Y agrega: “Jesús Silva Herzog, uno de los grandes de la historia

del pensamiento económico de México, relata que un amigo suyo al regresar al país, después de estudiar varios años en una de las más prestigiosas universidades extranjeras, aseguraba que en la América Latina como en España, jamás hubo economistas ni preocupaciones económicas. Y este mismo flagelo lo he podido comprobar reiteradamente durante los más de siete lustros de docencia e investigación por casi todos los países latinoamericanos. Estas circunstancias serían suficientes para reunir en el presente volumen mis *Estudios en la Historia del Pensamiento Económico Latinoamericano*. Pero a estas hay que agregar otras de mucho más honda naturaleza. Comienzan a publicarse obras de doctrinas económicas nacionales de la región. Así, a las obras tímidas de Guillermo Subercassaux en Chile (*Historia de las Doctrinas Económicas en América y en especial en Chile*) y Gastón Lestard, en Argentina (*Historia de la Evolución Económica Argentina*), empiezan a perfilarse estudios sustanciosos, como los de L. Nogueira de Paula, en el Brasil (*Síntese da Evollucaio do pensamento Económico do Brasil*), César Augusto Reinaga, en Perú (*Esbozo de una Historia del Pensamiento Económico del Perú*), y José Consuegra Higgins, en Colombia (*El Pensamiento Económico Colombiano*). Casi simultáneamente surgen enfoques a nivel regional, como los de I. F. Normeno (*El Pensamiento Económico Latinoamericano*), Felipe S. Vásquez Varini (*Acción y Pensamiento Económico en América Latina*), Isidro Parra-Peña (*El Pensamiento Económico Latinoamericano*), e incluso en forma de diccionarios, como el de Salvador Osvaldo Brand”.

El volumen once está a cargo de otro argentino, el trabajador social Ezequiel Ander-Egg, con su *Diccionario del Trabajo Social*.

Ander-Egg sobresale como el investigador infatigable, con más de sesenta estudios sobre los problemas sociales de América Latina. La Universidad Simón Bolívar había publicado la *Historia del Trabajo Social* del Decano

de la Facultad de esa disciplina, doctor Jorge Torres Díaz, y ahora se complementaba el aporte bibliográfico con el diccionario del maestro Ander-Egg. Comenté entonces que todo diccionario es digno de ocupar un lugar especial en el esfuerzo intelectual. Involucra en su realización la autoridad del autor, que supone un conocimiento universal de los temas en una materia particular. Para redactar una guía explicada de dicciones, o catalogar criterios, la constancia y la entrega son requisitos indispensables. Sobre todo en la ciencia social, de tan ricos matices ideológicos y juicios encontrados. Por eso, quien define aporta su sapiencia. Es ese el máximo valor del trabajo de coterráneos latinoamericanos como Brand y Ander-Egg. Porque, para el consultante y el aprendiz, el diccionario es un auxiliar valioso. Muy especialmente si en las explicaciones prima la holgura en los conceptos, más allá de las descripciones dogmáticas que limitan y excluyen. Además, un buen diccionario puede cumplir una misión didáctica cuando facilita la respuesta adecuada y estimula la amplitud para el estudio de lo definido.

* * *

La Universidad también ha publicado o patrocinado libros de otros investigadores y escritores del subcontinente, como los de Otto Morales Benítez, David Sánchez Juliao, Juan Zapata Olivella, Manuel Marthe Zapata, Orión Álvarez, Luis Felipe Palencia Caratt, Rafael Ortega Páez, Jorge Artel, Aquiles Escalante, Arsenio Gutiérrez, Álvaro de la Espriella Arango, Abel Ávila, Isidro Parra-Peña, etc. Recientemente las editoriales Plaza & Janés y Grijalbo presentaron en el Patio de Actos de la Casa de la Cultura, en ediciones pulcramente editadas, los libros *Cultura Vallenata*, de Tomás Darío Gutiérrez, egresado de la Facultad de Derecho, y *Cartas desde las Trincheras*, de Leonello Marthe Zapata (coautor), vicerrector Administrativo.

* * *

Retorno a los inicios de educador de los años cincuenta para recordar los días, que por agradables y repletos de sueños, persisten en la memoria. Todavía siguen en la brega los compañeros de entonces. Aunque nos desempeñábamos como profesores en colegios de bachillerato y comercio, la entrega en el estudio y la preparación de la cátedra no se descuidaban. Por el contrario, bibliotecas y sitios de tertulias eran los lugares de visita obligatoria, incluso para escribir el poema a la novia imaginada. A Rafael Ortigón Páez y Sigifredo Wilches los recuerdo en una interminable plática sobre Sartre y los filósofos de moda. Eran esos los mejores motivos de la existencia. Desprevenidos ante otras preocupaciones prosaicas, el afán de la formación académica y cultura dominaba aspiraciones y expectativas.

* * *

Aunque fui profesor, decano y rector en varias universidades del país, como ya lo he dicho, unas dos veces acaricié la ilusión —en un caso, por unos instantes, y en el otro por unos días— de dirigir los destinos de las universidades Libre y Nacional.

Una tarde recibí en la oficina del doctor Francisco Morazán Escorcía —que también servía de sede de *Desarrollo Indoamericano*, por graciosa cortesía de ese noble amigo— la visita de los doctores Gerardo Molina y Darío Samper. Ambos habían sido ya Rectores de la ilustre Casa de Estudios, guardián de los idearios liberales y democráticos, fundada por Benjamín Herrera. Me hicieron saber que estaban autorizados para ofrecerme la Rectoría de la Universidad Libre. Aquella propuesta de mis amigos superaba mis aspiraciones y me embriagaba de complacencia. Lamentablemente, al despedirse, el doctor Samper me tomó del brazo y en un rincón del despacho, me dijo:

—“José, antes tienes que entrar a la Masonería”.

No le contesté nada a mi entrañable amigo, ni supe si aquella insinuación la hizo de *motu proprio*. Al día siguiente regresé a Barranquilla y nunca más mencioné el inesperado desenlace. Sin embargo, en la intimidad de mi conducta académica, recuerdo personalidades sobresalientes de la ciencia y la vida universitaria que compartieron conmigo responsabilidades y creaciones, como son los casos de los doctores José Stevenson Collante, Vicerrector de la Universidad del Atlántico cuando yo era Rector; Leonello Marthe Zapata, Vicerrector de la Universidad Simón Bolívar; Aquiles Escalante, Decano de la Facultad de Ciencias de la Educación; Carlos Llanos, Decano de la Facultad de Derecho, etc., que son miembros destacados de esa asociación fraternal; pero, en buena hora, solo tuve en cuenta siempre en la búsqueda de su colaboración, las sobresalientes condiciones de sus conductas y desempeños pedagógicos. Como tampoco jamás he tenido en cuenta creencias religiosas ni mucho menos afiliaciones partidistas en el nombramiento de mis cercanos colaboradores.

Una noche, también en Bogotá, cuando se presentaba uno de mis libros, asistió al acto el catedrático e internacionalista, doctor Diego Uribe Vargas. En la semana siguiente el doctor Julio César Turbay Ayala se posesionaría como Presidente de la República. El doctor Uribe Vargas había acompañado al doctor Turbay Ayala en una gira por Europa y acababan de regresar. Uno de los periodistas allí presentes le preguntó sobre los nombres de los candidatos a ocupar los ministerios, y si él iba para el Ministerio de Relaciones Exteriores. Entonces el doctor Uribe Vargas —que sí ocupó ese cargo en la administración Turbay—, le respondió:

—“Lo único que sé es que José Consuegra será el Rector de la Universidad Nacional de Colombia, porque de eso nos habló el doctor Turbay”.

Como egresado de la Universidad Nacional, al regresar al hotel, pensé que sería honroso dirigir mi Alma Mater, especialmente por guardar en mis

afectos el recuerdo de una casa de estudios dirigida con sapiencia y acierto por Gerardo Molina. Unos meses antes de aquella tertulia había acariciado el propósito de regresar a residir en Bogotá. El doctor Salvador Contreras, colega y amigo, profesor en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional, supo de mis intenciones y me consiguió una cita con el señor Decano, para que volviera a vincularme a la cátedra. Yo iba con la voluntad de postularme a la de Doctrinas Económicas. Cuando estábamos reunidos los tres inicié un discurso, especie de exposición de motivos, con el objeto de respaldar mi aspiración a tan delicada responsabilidad. Argumenté que en quince o más años de cátedra tuve a mi cargo las de Economía Política, Política Económica, Ciclos Económicos, Teoría Monetaria, etc., y creía contar con experiencia y conocimientos para aspirar a la cátedra de Doctrinas Económicas. Cuando estaba en lo mejor del alegato me di cuenta que el señor Decano y el doctor Contreras se miraban y sonreían. Desconcertado procuré disimular. Pero al terminar el encuentro, molesto por lo que observé, camino al hotel le solicité al doctor Contreras que me hiciera el favor de informarme la razón de las sonrisas, ya que deducía que él y el Decano no encontraron válidos mis argumentos para hacerme cargo de una materia que supone un amplio conocimiento del desarrollo histórico del pensamiento económico y de las distintas asignaturas de la Ciencia Económica. Entonces el doctor Contreras, aún más sonreído, me dijo:

—“Nada de eso, doctor Consuegra. Es que la cátedra de Doctrinas Económicas, que usted tanto venera, en nuestra Facultad la dicta un estudiante de último año...”.

También en la soledad de la habitación tuve presentes las imágenes de la televisión que en los noticieros mostraban a encapuchados en pilatunas en la Ciudad Universitaria. Cosa distinta de mi época de estudiante, sin que entonces no fueran tan revolucionarios o más activistas los universitarios. No obstante, se defendían las ideas con ideas y dando la cara, y casi siempre

fuera del claustro, en los sitios adecuados para hacerlo. Los predios de la Ciudad Universitaria se cuidaban y en sus residencias se aprovechaba la oportunidad para responder al privilegio concedido, ya que solo una parte de los alumnos se hospedaba en esas instalaciones.

Yo había sido profesor del actual Senador doctor Julio César Turbay Quintero, hijo del Presidente, y todavía conservo en mis archivos un discurso en el Congreso del doctor Turbay Ayala, en el cual hizo saber que un colega lo tildaba de hombre de derecha, cuando él contaba con la amistad y la asesoría del jurista Álvaro Pérez Vives y del economista José Consuegra.

Todos esos recuerdos me permitieron acariciar la ilusión de regresar a la Universidad a la que tanto le debía, a trabajar con mis amigos por la recuperación de su imagen y grandeza del pasado. Ahora deduzco que los comentarios del doctor Uribe Vargas a lo mejor fueron hechos como simple y amistosa galantería.

* * *

Desde su fundación la Universidad Simón Bolívar se ha preocupado por adelantar actividades más allá de su sede. En su momento de mayor esplendor organizó escuelas, colegios, bibliotecas y museos en barrios marginados de Barranquilla y corregimientos y municipios del Atlántico. En la población de Isabel López construyó un edificio de cinco pisos y allí funciona el Colegio de Bachillerato para la educación gratuita de los niños de la región. A Isabel López han llegado los intelectuales de América Latina a compartir con los estudiantes y sus padres campesinos. El maestro Ramón Martínez Escamilla, del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, cuando lo visita no quiere regresar. Pasa horas y horas conversando con los campesinos y goza mucho del afecto y las atenciones de los labriegos. Alguna vez me comentó: “Como van las cosas y por lo que me dicen mis amigos, ante la voraz arremetida de

los terratenientes de la ciudad, ya aquí no quedará nadie con una parcelita pero todos serán bachilleres y doctores”. La verdad es que los hijos de los campesinos cuentan con el privilegio de becas especiales, y ya son bastantes los egresados de las distintas facultades. Un comentario parecido le escuché una mañana a mi vecino Jesús *Chucho* Rubio, famoso en el barrio por la afición a las sabrosuras —frutas, bollos y cocadas— que pregonan en las calles las morenas oriundas de Palenque. Al observar Chucho que mis amigas palenqueras (entre ellas Ana Valdés Casiani) llegan a mi residencia del barrio Paraíso en solicitud de becas para sus hijos, comentó: “Dentro de cinco años ya no podremos gozar la comodidad de comprar en la puerta de la casa los bollos de mazorca para acompañar el chicharrón mañanero, porque de seguro los nuevos doctores palenqueros de la Simón Bolívar no dejarán a sus madres cargar en la cabeza platonos con pesos hasta de una arroba. Bueno, qué vamos a hacer. Con tal de que mi sacrificio sirva para algo bueno...”.

En mi lucha permanente en favor de la descentralización inicié una campaña propiciadora de la unidad de las universidades de la Costa, con el objeto de adelantar una labor conjunta que permitiera aprovechar los recursos docentes y defender autonomías ante la exagerada intervención centralista.

En la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar varias veces reuní a rectores de otras instituciones, a los cuales expliqué el proyecto de creación de la Federación de Universidades de la Costa. A una de ellas fue invitado el señor Presidente de la República, doctor Belisario Betancur, quien me dirigió la siguiente carta el día 23 de octubre de 1985:

Señor doctor

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

Rector de la Universidad Simón Bolívar

Barranquilla

Apreciado Rector:

Quiero felicitarlo por la realización de los actos académicos que me anuncia, pero infortunadamente no me va a ser posible aceptar la muy amable invitación que me formula usted para el próximo viernes, y por la cual quiero manifestarle mi agradecimiento.

Entiendo muy bien la importancia que van a tener los diversos actos incluidos en este certamen: la iniciativa de crear la Federación de Universidades de la Costa, abre una rica serie de posibilidades para que se haga sentir en el campo de la educación superior la manifestación de una identidad, de unas necesidades y de unos propósitos regionales que deben llevar a una mayor flexibilidad en las modalidades un tanto rígidas que predominan con la universidad pública y con la privada.

Asimismo, debo felicitarlo, y lo hago muy sincera y cordialmente, por la creación del Museo Bibliográfico Bolivariano, el Museo de Escritores y Periodistas de la Costa y la Biblioteca de Humanidades.

Compatriota y amigo.

Belisario Betancur

La *Federación de Universidades de la Costa* tuvo corta vida. El organismo con sede en Bogotá que agrupaba las universidades no simpatizó con la iniciativa surgida del propio seno de instituciones regionales. Pero la semilla germinó. Y después, se patrocinó la organización de una asociación de instituciones de educación superior de la región, pero esta vez, sin *sorpresas del tiempo*, porque así suele suceder en estos casos, ignorando la iniciativa anterior y a la universidad precursora.

La Universidad Simón Bolívar inició labores en una casa arrendada a don Luis de Vivo por la suma de cinco mil pesos mensuales. Después se alquiló la de la parte de atrás de propiedad de doña Petra de Blanco Núñez. Nueve años después, con la presencia honrosa de personalidades de América Latina, se inauguró la sede académica. Ese día, 20 de agosto de 1982, dije las siguientes palabras:

“Con la modestia, y a la vez el orgullo, del campesino que ofrece en la vera del camino los frutos de su cosecha, hago entrega a Barranquilla, a la Costa y a Colombia, de estas instalaciones para el mejor desempeño de las actividades culturales y académicas de la Universidad Simón Bolívar.

”Es nuestra pequeña obra, pero nuestra. La hemos moldeado con nuestras propias manos, y se desprende de nuestra formación y pensamiento. Por eso, a sus entradas, y como sitios principales, están la Biblioteca José Martí, y la Librería Arsenio Gutiérrez. El libro es nuestro símbolo. A él rendimos culto. Lo amamos, y creemos en su misión sagrada. Es la espera y el servicio con plena sumisión. Cantera del pasado y el presente, y fuente para el análisis y la deducción futura. Ahí estarán ellas aguardando a profesores y estudiantes comprometidos con el estudio de la realidad en busca de soluciones a los problemas sociales que agobian y emplazan.

”Esta nueva sede es casi el resultado del milagro. Nunca recibimos un centavo del gobierno para su construcción, ni donaciones de ninguna clase. Intentamos usar dineros de crédito, pero las reiteradas solicitudes ante los bancos, uno, por cierto, estatal, jamás fueron atendidas, a pesar de contar con nuestros depósitos, y nuestros propios ahorros y los del pueblo, que se multiplicaban con la magia de la reserva legal. Y, más aún, no obstante de cobrar las matrículas de menor precio entre las universidades no oficiales del país, congeladas desde el día de su fundación, supimos cultivar la

austeridad para sembrar ladrillos y decorar paredes. Durante estos diez años, por ejemplo, los sueldos del Rector, Decanos y Directivos, han sido inferiores a los de cualquier profesor de una universidad pública. En muchas ocasiones, a veces años, sus directivos y algunos catedráticos, dejaron de recibir salarios. Y, naturalmente, sus estudiantes soportaron con paciencia las incomodidades de las aulas inadecuadas.

Pero los sacrificios son más que compensados. Yo recojo esta noche la alegría de mis compañeros y amigos, para extender la mano agradecida a los que nos brindaron su confianza. Y para reconocer el empeño y el entusiasmo creador de Ignacio Consuegra Bolívar y sus colaboradores, arquitectos, artesanos y obreros; de Gustavo Raad, Manuel Marthe Zapata, Carlos Eduardo Esmeral, Miriam Albán, Uriel Mendoza, y de todos los que, en una u otra forma, han dejado aquí sus huellas.

También hoy, por primera vez, se ha izado nuestra bandera: con un verde de mares, montañas y esperanzas, y el rojo de la sangre que bulle en los momentos de las dificultades y el compromiso creador. Ante su sombra protectora buscaremos siempre estímulos para recordar el viejo lema de entender estos predios como una casa de estudios del pueblo, para la investigación científica, la formación técnica y la promoción cultural e ideológica.

Llevamos un nombre que es un reto diario; Simón Bolívar. Ese Bolívar que José Enrique Rodó veía grande en todas las facetas de su vida: Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza”.

¡Que el gran Libertador proteja nuestros actos!

RECUERDOS DE CIUDADES

EN ESTOS DÍAS DOÑA ANITA me reclama que hace rato no viajamos. Yo me apego cada vez más al agradable retiro de la biblioteca. Desde aquí escucho el murmullo de las olas. El poeta Julio Flórez le oía al mar un “eterno clamor de encarcelado”. A mí me parece su rumor distinto; de jugueteo habitual... unas veces presuroso, cuando las brisas lo llevan de la mano; otras, en contagiosa placidez que obliga a la lectura.

La otra noche en Barranquilla, sacamos a pasear a la esposa del doctor Valdemar Marcha, Rector de la Universidad de Curazao. Y fue esa una oportunidad también para descubrir barriadas. En la vida rutinaria llega el momento en que uno se limita al recorrido de la oficina a la residencia sin darse cuenta de lo que sucede más allá. Estaba tan sorprendido por las cosas nuevas —centros comerciales, calles repletas de jóvenes en las ventas de *comida rápida*, barrios residenciales con edificios modernos— que se me ocurrió invitar a doña Anita a conocer primero nuestra ciudad.

Pienso que esto debe sucederles a muchos viajeros. Porque siempre se tiene por costumbre, cuando se sale, olvidar los descansos para sacar buen provecho de la estada, deambulando por las calles en busca de museos y sitios pintorescos de las ciudades visitadas.

Las ciudades cambian ahora con prisa desconcertante. Se ensanchan y modernizan. Tal vez volverlas a ver sería romper el encanto de un recuerdo distinto. A París llegué por primera vez una tarde de verano fresco. Toda la noche y buena parte del día los pasé viajando en *jet*. Para estar en pleno corazón del Barrio Latino escogí el Gran Hotel Saint Germain. En esa bendita reliquia de la arquitectura el ascensor le llevaba la contraria a los demás ascensores parisienses, famosos porque suben cargados pero bajan vacíos. El Gran Hotel solo prestaba servicio de bajada y a mí, que casi no podía abrir los ojos por el cansancio, me tocó subir cuatro pisos con una maleta monumental repleta, de esas que las señoras preparan a sus despistados maridos para que no les falte nada. Al llegar a la habitación, la gentil conserje que me acompañaba abrió orgullosa las ventanas, y me dijo: “Desde aquí puede usted contemplar los techos de París”. Como es fácil suponer yo no estaba para techos, pero antes de rendirme al sueño comprendí que había llegado a un sitio muy especial.

A propósito de ascensores, el doctor Álvaro Castro Socarrás, sociólogo educado en París, me contaba que una vez una señora francesa le preguntó si era cierto que en su país vivían en los árboles, y él le respondió:

—Así es, madame.

—¿Y cómo suben y bajan?

—En ascensores, madame. Pero tienen una pequeña diferencia con los de París, madame: allá suben y bajan a las personas...

En cada nueva visita a París, como también lo hacía en otras ciudades, buscaba hospedaje en lugares diferentes para tener la oportunidad de conocer más calles y lugares famosos. Con doña Anita pasé una temporada en Montmartre. Allí hicimos parte de nuestra convivencia a la Place du Teatre,

la de los pintores bohemios, el Sacré Coeur y la Opera. Claro está que doña Anita incluía en el itinerario las Galerías Lafayette. Siempre, desde muy temprano, salíamos a caminar en busca de sorpresas. Nos gustaba leer en los restaurantes famosos los vistosos letreros del *Café de Colombia*. Una vez en la Tour Eiffel, en el restaurante que ofrecía en la carta el café colombiano, el administrador nos invitó a una copa de vino de varios años de añejamiento. Por un buen rato conversamos sobre vinos y café. Entonces a Colombia se le conocía por la calidad de su suave y aromático producto y a los colombianos se les trataba con afecto. Tiempos distintos a los del narcotráfico que, según me cuentan amigos viajeros del presente, en ciertas partes a los colombianos se les mira con prevenciones.

En muchas ciudades europeas el anuncio del *Café de Colombia* estaba presente en establecimientos especiales. Yo me sentía orgulloso y hacía de esos expendios un lugar favorito. En ellos encontraba motivo para añorar el paisaje ondulado y siempre verde de la zona cafetalera que tantas veces recorrí en mi época de planificador. Por cierto que algo tuve que ver con dos grandes jerarcas de la Federación Nacional de Cafeteros: en el Consejo Nacional de Política Económica y Planeación compartí responsabilidades con el doctor Arturo Gómez Jaramillo, Gerente de dicha institución. Y unos años antes, cuando estaba a mi cargo la asesoría en la organización de los organismos planificadores en los departamentos y municipios, tuve la grata oportunidad de recomendar, muy especialmente al señor Alcalde de Medellín, al doctor Jorge Cárdenas Gutiérrez, joven brillante que se iniciaba con entusiasmo en esos menesteres. Y, gratas ¡sorpresas del tiempo!, poco tiempo después el doctor Cárdenas Gutiérrez pasó a cargos directivos en la Federación hasta llegar a la Gerencia General.

En estos días compartí unas horas con doña Mayre Claire De Andreis, quien llegó desde París en busca de libros sobre Manuela Saenz. Primero la llevé

al Museo Bibliográfico Bolivariano de la Casa de la Cultura, donde gozó acariciando con su mirada las distintas ediciones de los volúmenes sobre la apasionante existencia de la Libertadora del Libertador. Después, en mi biblioteca frente al Caribe, hablamos de París. Me hace saber que cuentan con un buen Alcalde cuidadoso del patrimonio histórico. Los ascensores en los barrios antiguos, comenta sonreída, siguen igual, pero la ciudad moderna crece y cambia. Estas buenas noticias me alegran. No pasa lo mismo con otras ciudades atropelladas por el gigantismo y las costumbres del presente. Por ejemplo, hace treinta y tres años conocí a Miami, especie de paraíso semitropical. Venía del Japón y allí me esperaban mi madre y doña Anita. Después de varios meses de estudio de la economía en pleno proceso de recuperación de ese país —que incluyó la visita a las grandes industrias en todo el territorio japonés— nada más adecuado que una ciudad apacible. Rumbo al Lejano Oriente había pasado por Los Ángeles, San Francisco y Honolulu. En el aeropuerto de Los Ángeles creí llegar a una ciudad mexicana. Casi todos los que esperaban a los viajeros hablaban castellano con acento mexicano. La extensión de la urbe era impresionante. Dos días después cuando salí para San Francisco sucedió algo graciosamente angustioso que permite confirmar lo dicho acerca de la vastedad del perímetro. Por estar conversando con la persona que se sentó a mi lado no puse atención al informe de las azafatas. A los pocos minutos del ascenso el avión comenzó a descender. Como sabía que el tiempo de vuelo a San Francisco era de una hora, pensé en lo peor: que el avión haría un aterrizaje forzoso. En verdad lo ocurrido era distinto a lo supuesto por mi imaginación medrosa. La espaciosa aeronave llegaba a otro aeropuerto de la ciudad a recoger pasajeros.

A San Francisco la encontré simplemente encantadora. Puentes interminables, tranvías con sabor del pasado y restaurantes chinos por todas partes. Pero la magia del embrujo lo guardaba Hawai. Al pie de la escalerilla del avión un nativo con vestimenta típica en compañía de bellas mujeres

colocaba a cada uno de los pasajeros un collar de flores, símbolo de fraternidad y saludo de bienvenida. Llegué por un día, pero estuve una semana detenido, con la complicidad del gozo, a la sombra de palmeras enamoradas del azul de las aguas y la blancura de la arena.

La Miami de entonces, como la recuerdo, parecía programada para el descanso y el sosiego. En los pasillos de los hoteles los ancianos conversaban animosos. Aquello era como el encuentro de los hombres y mujeres que compartían la oportunidad de una justa retribución después de haber entregado sus energías al trabajo. El comportamiento colectivo lo encontraba amistoso. En las calles los jóvenes detenían los automóviles para que los transeúntes pasaran. Nos hospedamos en el hotel *White House*, de fachada al estilo de la sede presidencial. De día y de noche paseábamos por *Lincoln Road* y las avenidas comerciales sin temor a los delincuentes. La otra tarde conversaba con mi vecino, el arquitecto Rafael Dinneny, y con un poco de nostalgia fácilmente perceptible, me dijo que él también disfrutó aquellos años, porque ya no existe el *Casa Blanca* ni el acontecer confiado de turistas y residentes.

De los Estados Unidos conocí, además, a Washington y Nueva York. Una vez le comenté al abogado Ramón Castro Hernández que en las noches, Broadway daba la impresión del Boliche iluminado. *Boliche* es un barrio de Barranquilla, de día centro de toda clase de labores artesanales y actividades comerciales, y de noche albergue de cantinas alborotosas y caras extrañas. Recuerdo que la primera noche neoyorquina fue de sorpresas ajenas a lo esperado. Escogí el *Hotel Paramount*, cercano a los cines y espectáculos para sacar provecho a la afición por el arte de Hollywood. Como venía de Moscú el contraste asombraba. En las calles la policía, montada en gigantesco caballo, se la pasaba persiguiendo a los negros que se burlaban de ellos y parecían disfrutar de las refriegas. Al doctor Castro Hernández

supongo que no le hizo gracia mi insólita comparación, y cada vez que lo encuentro en las calles se detiene, y con sonrisa sarcástica, me pregunta cómo es el asunto del Boliche y ciertas calles de la poderosa capital financiera y económica del mundo. Lo que él ignora es que una tarde mientras saboreábamos el chocolate caliente que prepara doña Anita y contaba esta anécdota a los doctores Cristian Ujueta, Juan Pablo Llinás y Miriam Llinás de Ovalle, el doctor Juan Pablo protestó:

—“La otra noche estuve en esa vieja barriada de Barranquilla con un amigo extranjero que quería conocerla, Y recorrimos sus callejuelas sin encontrar perturbaciones, ni jadeos. Pienso, José, que no eres justo con el Boliche...”.

En Washington estuve de paso. Solo un domingo. Fui a conocer la Casa Blanca y el Capitolio, y en frente de esos edificios me pasé la mayor parte del tiempo. Todo allí era tranquilidad, sin que nada perturbara la presencia del turista. Mientras esperaba que el vendedor ambulante de *perros calientes* —que había instalado su vehículo debidamente acondicionado para prestar ese servicio en una de las esquinas adyacentes al predio cercado de la residencia presidencial— me preparara uno como almuerzo, pensé lo difícil que resultaba imaginar desde otra parte lejana, que allí se manejaba la vida política, administrativa y económica de la nación más poderosa del planeta y de buena parte del planeta mismo. Era un día de verano caluroso y la capital de los Estados Unidos semejaba una ciudad de provincia, de cielo transparente, sin prisa ni afanes.

En la noche, mientras viajaba de regreso a Nueva York, el aire acondicionado del autobús se dañó. El calor se hizo insoportable. Entonces una familia negra que llevaba un termo grande lleno de refresco (tal vez para que lo tomaran sus hijos en el largo viaje), ofreció el contenido a todos los pasajeros. Los propios niños se encargaron de repartir los vasos con el precioso y

refrescante líquido. De inmediato una pareja de jóvenes blancos sacó de un maletín de mano una bolsa con emparedados e hizo lo mismo. Así, lo que en un comienzo fue causa de molestia se convirtió en motivo para romper el hielo de la individualidad de los viajeros y propiciar comentarios graciosos y solidarios ante el infortunio inesperado. Aquel suceso me pareció elocuente y aleccionador al recordar los absurdos procedimientos de los racistas.

* * *

Roma exige mucho tiempo para conocer su patrimonio histórico. A lo mejor toda una vida es poco. En cada calle y en cada casa hay alguna muestra de su pasado. Aunque las calles repletas de carros veloces perturban la curiosidad del visitante, de noche el afán disminuye y las plazuelas muestran su encanto legendario. Llegar a Roma por primera vez es encontrarse con la cuota ancestral latina. Quiero decir, de alegre parloteo. E incluso, de picardía. La primera mañana que tomé un taxi para ir a las oficinas de una empresa de aviación, pagué el valor de la carrera con un billete de diez mil liras. El chofer me dio vueltas como si hubiese sido de cinco mil. Al reclamarle, sacó del depósito donde guardaba el dinero un billete bastante usado de cinco mil, que nada tenía que ver con el muy nuevo de los que acababa de recibir de un banco de cambio. Aquello me hizo gracia y más bien le ofrecí disculpas al avisado conductor.

En Roma encontré al doctor José Maciá Moscote, discípulo en la Universidad de Cartagena. Jovial y siempre dispuesto a reír de todo, hizo de *cicerone* según su leal saber y entender. Sus ocurrencias hacían más agradables las explicaciones. El doctor Maciá gozaba mucho cuando le comentaba que si el giro que le mandaban de Colombia llegase a demorar no tendría ningún problema, puesto que sus cualidades de *cicerone* lo sacarían de aprietos, como aquel personaje que una vez, cuando visité el cerro de la Popa en Cartagena en compañía del Presidente de la Sociedad Bolivariana de Vene-

zuela, se ofreció de guía y explicaba el nombre del Salto del Cabrón, en su decir rudimentario, de la siguiente manera:

—Se llama así porque Bolívar encontró un español en esta orilla del precipicio, y gritó: “Salta Cabrón”, mientras le daba una patada en el culo...

La verdad es que mi amigo Mario Briceño Perozo, el gran historiador y bolivariano venezolano, al terminar la visita a los sitios históricos de Cartagena, recordaba complacido la inventiva graciosa del espontáneo acompañante de la Popa.

Con el doctor Maciá y doña Anita paseamos casi todas las calles de Roma. Al cruzar las avenidas repletas de pequeños automóviles, el doctor Maciá tomaba cierto aire de oficial en Batalla, y exclamaba: *¡Avanti!*

Después, al pasar al otro lado, ofrecía su explicación: “Esa fue la primera palabra que aprendí en italiano, y creo que para este tráfico loco y para mis aspiraciones profesionales, es la más importante. ¡Porque quien no avanza en el cruce de la calle o de la vida se lo come el *coroncoro...!*”.

El doctor José Maciá formó parte del grupo de los primeros economistas de la Universidad de Cartagena, que tanto contribuyeron después a la enseñanza de dicha ciencia social. De esa generación recuerdo a Hermes Darío Pérez, Dionisio de los Ríos, Argemiro Bermúdez, Ruderico Trujillo, Alfonso Osorio, Florentino Rico, Nancy Polo, María Herrera, Freda Hawki, Ignacio Amador, Candelaria Cruz.

La tarde de la visita a la cúpula de la Basílica de San Pedro, al subir por la estrecha escalera, el doctor Maciá, que iba atrás resguardado, comentaba:

—Agárrense duro y pisen firme. Aquí el *avanti* es lento. Un descuido, y

como estoy de último, me aplastan, y le tocará al maestro Consuegra regresar con mis huesos.

Y razón tenía en lo de huesos, porque el doctor Maciá de tanto caminar por callejones y túneles y gustar poco de los espaguetis, se veía bastante escaso de carnes.

* * *

En la esplendorosa Madrid una tarde sucedió algo que me hizo pensar en lo valedero de la conocida sentencia que define a la patria como el sitio donde se vive a gusto.

Caminaba por una calle céntrica e inesperadamente encontré un amigo español que pasó unos años en Ciénaga y al final se había establecido en Barranquilla como propietario de un pequeño restaurante, muy visitado por los intelectuales y bohemios.

No recuerdo por qué razón mi amigo vendió el negocio y regresó a España. Al verlo lo felicité por estar de nuevo radicado en tan bella y culta ciudad. Unas horas atrás había estado visitando museos y plazas. Le hablé entusiasmadamente de los hermosos atributos de Madrid, del orden observado, en fin, de todo lo que en ese momento se me ocurrió reconocer de manera sincera, aunque también quería halagar al amigo contertulio de años atrás.

Entonces aquel español, que en Barranquilla, cuando brindaba con el vino que conseguía en el puerto en los barcos de sus paisanos, solo hablaba del sol de su tierra y de la gracia de sus mujeres, en toda la mitad de la acera donde estábamos, me abrazó y comenzó a llorar y a decir:

—“Eso, amigo, puede ser cierto. Pero yo quiero regresar a Barranquilla o

Ciénaga. Allá era don Manolo, y todo el mundo me distinguía. Aquí nadie me conoce, y apenas soy un pasajero más en los buses repletos. Cuánto no daría por encontrar el regreso... Tal vez ya sea tarde...”.

Sacó el pañuelo, se secó las lágrimas y se despidió.

Llegar a Madrid era estimulante. Cuando los guardias aduaneros y de migración veían los pasaportes, solían exclamar:

—Muy bien, pueden seguir. Son de Colombia, tierra de letrados. ¡Han llegado a la Madre Patria!

Ahora me cuentan, *¡sorpresas del tiempo!*, que lo de colombiano, por aquello del narcotráfico y su violencia, es una especie de estigma que pone alerta a los vigilantes.

* * *

En Lima lo pasaba como en cualquier ciudad colombiana. Los amigos abundaban y la hospitalidad de su gente no permitía la nostalgia por cielos lejanos. Con mi madre y doña Anita varias veces compartimos con los catedráticos de la Universidad Nacional Federico Villarreal, entonces dirigida por el doctor Humberto Espinoza Uriarte. A nuestra tertulia se unían los de la Universidad de San Marcos. Eran tiempos de esplendor intelectual y de acercamiento a lo vernáculo y auténtico. Entonces se hablaba de la peruanidad para buscar en el pasado indígena el orgullo de las raíces culturales. Virgilio Roel, Justo Avellaneda, Max Getulio Luna Bustamante, Jaime Serruto Flórez, Santiago Segura y tantos otros, emulaban en publicaciones. A Mariátegui y Arguedas se les analizaba su pensamiento casi con devoción. Una noche todos ellos me acompañaron a la casa de doña Ana Chiape

de Mariátegui a oírle contar anécdotas que después se publicaron en *Desarrollo Indoamericano*. Fue una velada de larga duración hasta el amanecer. Para ella, Mariátegui siempre rechazó el dogmatismo y pregonó la autenticidad ideológica. No recuerdo de rencores en su vida, comentaba plena de orgullo. Es cierto que algunos gobiernos represivos nos causaron mal. No obstante, para mí el privilegio de haber compartido su existencia, agregaba, compensa las penas del pasado. Esa noche doña Ana Chiape servía copitas de pisco y Max Getulio Luna leía los párrafos predilectos de los *Siete ensayos*. A pesar de sus esfuerzos por estudiar e interpretar la realidad peruana, a Mariátegui se le tildaba de europeizante. En 1928, aunque hace intentos de defensa, al final lo reconoce. En el prólogo a uno de sus libros, confiesa: “No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme, contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeo u occidental. Sarmiento que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino”. Ahora podría decirse que a pesar de ese tipo de revelaciones tan distantes de las de los libertadores que anhelaban un camino propio, la influencia de Mariátegui en la juventud de América Latina de los años sesenta fue notable.

Arequipa, la ciudad blanca, parecía estar siempre pendiente de las garúas limeñas. Cuando llegué al aeropuerto, el saludo de bienvenida del Rector de la Universidad San Luis Gonzaga y de Mario Arenas Rodríguez, fue:

—Aquí en Arequipa sí llueve de verdad. Hace cuarenta años cayeron gotas muy distintas al simple rocío de Lima.

De las muchas ciudades que conocí en varios continentes, Lima me pareció la más húmeda y Arequipa la más seca. La primera, buena parte del año

cubierta con una capa de nube que jamás se derrama; la segunda, con un sol y un cielo azul carente de niebla. El asma y los hongos de piel que puedan adquirirse en Lima no resisten un par de días en Arequipa. Yo la pasaba muy bien en las dos ciudades escuchando los chistes que se hacían de manera fraternal sus habitantes, después de las conferencias.

Recorrí todo el Perú y gocé de su paisaje extraño: zona costanera desértica e interior selvático. En el campo intelectual parecía darse cierta emulación. Aunque fuese en ediciones locales, muchos catedráticos publicaban sus investigaciones o sus creaciones literarias. Ciertamente es que tan interesante circunstancia se apreciaba en toda la América Latina. Porque las décadas de los años cincuenta, sesenta y parte de los setenta, fueron de vivificantes expectativas y cambios que obligaban a la participación. Se creía en lo propio y, naturalmente, el compromiso del aporte se daba bien sin importar esfuerzos.

Una vez, de regreso del Perú, escribí en el diario *El Herald*, lo siguiente: Después de diez años de ausencia he vuelto a Lima. La ciudad ha crecido mucho, con un gigantismo que asusta y obliga a la nostalgia. Recuerdo a la Lima apacible de veinte años atrás, con sus taxis de comienzos del siglo, su *Rosita Ríos* y los artistas callejeros. Ahora todo anda de prisa, con cientos de miles de automóviles que hacen ruido y dejan humo, y multitudes de vendedores ambulantes.

Antes, solo los pintores populares ofrecían sus cuadros costumbristas en la Avenida Nicolás de Piérola. Ahora las aceras de la famosa calle están en manos de toda clase de vivanderos. El Jirón de la Unión es un hervidero de buhoneros que pregonan a grito sus baratijas y servicios, desde un vestido hasta el guarapo. Y como si todo eso no bastara, sitios de valores históricos y culturales, como la Plazuela de la Universidad de San Marcos, han quedado

de mercados de tercera categoría, con toldas y rústicos bancos para venta de frutas y fritangas.

Naturalmente, al lado de esta realidad propia del subdesarrollo, aparece el esplendor de nuevos barrios, centros comerciales y edificios de una exquisita arquitectura que contrasta con las limitaciones y miserias de los tugurios, irónicamente llamados *pueblos jóvenes*.

Sin embargo, hay algo que aún perdura para satisfacción del visitante, y es la amabilidad del peruano, ajeno al mal humor y al egoísmo del habitante de las grandes urbes. Apenas, si como nuevo, puede mencionarse el temor que infunde el terrorismo.

Mis amigos intelectuales de Lima me hablan de un estimulante apogeo de la actividad bibliográfica. Muchos libros y revistas se editan en las universidades y ciudades del país. Pese a la alineación dogmática que caracteriza a la universidad oficial latinoamericana, en Lima el análisis de los problemas políticos, económicos, sociales y culturales es motivo de preocupación diaria.

Cuando el tema del desempleo y el marginalismo se trata, los economistas limeños de izquierda hacen referencia al libro de Hernando de Soto, publicado con el sugestivo nombre de *El otro sendero*, como para diferenciar sus deducciones y propuestas de las que, desde su enfoque radical, formula el grupo guerrillero Sendero Luminoso.

Para los analistas las proposiciones de De Soto responden a los nuevos vientos neoliberales de origen extranjero interesados en desacreditar la intervención estatal, rescatar la deteriorada imagen de la libre competencia y el librecambio, y encubrir las tácticas de los grandes monopolios que utilizan ejércitos de vendedores callejeros para burlar las obligaciones fiscales y competir ventajosamente con la producción nacional.

No obstante, le observo a mis colegas en las conversaciones amistosas, se hace necesario distinguir, en el bien documentado estudio del investigador De Soto, dos capítulos fundamentales: el primero y el último. Porque su introducción es una especie de manifiesto del subdesarrollo y la dependencia. Con estilo diáfano y pulcritud en el uso del idioma, el autor ofrece una radiografía de aspectos sobresalientes del desarrollo del subdesarrollo: concentración de la población en los centros urbanos, sin que esto signifique normal desplazamiento de los sectores productivos; corrupción de la burocracia, al lado de “legiones de pordioseros, lavacarros” y vende frutas que deambulan en calles saturadas de basura; en fin, desigualdad social profunda que se refleja en barrios residenciales exclusivos, refugios de la burguesía y la aristocracia, mientras, en los sitios opuestos, están los tugurios sin agua, sin alcantarillado y sin luz eléctrica, y con casuchas de latas y cartones.

Pero, en sus conclusiones, De Soto esquivo el enjuiciamiento de las causas que motivan esa situación, especialmente en el mundo de la informalidad, para deducir razones que vienen a jugar el papel de sofismas de distracción.

Ya los economistas de América Latina han estudiado con lucidez y acierto, desde años atrás, los fenómenos estructurales de orígenes externos e internos (relaciones de intercambio con deterioros constantes de los precios de las mercancías exportadas, deudas e intereses, expoliación de los recursos, exportación de capitales y utilidades con libertades pregonadas con orgullo, formas de tenencia concentrada de la propiedad territorial y del capital monopolista, deficiencias administrativas y de los sistemas fiscales, etc.) que han dado el fruto de la desigualdad social, el empleo disfrazado y la subsistencia en general. La flaqueza del Estado, la violencia, la corrupción, el centralismo, la burocracia, son simples efectos y no causas: exactamente como la “informalidad” productiva.

Hace unas décadas los centros dominantes resucitaron a Malthus para responsabilizar al crecimiento de la población de los males del subdesarrollo. Fue una forma mentirosa de analizar el problema para eludir responsabilidades históricas. En nuestros días, países como Colombia han reducido a la mitad la tasa de natalidad pero sus problemas sociales, de hambre y miseria, tienden a duplicarse. Ahora surgen nuevos enfoques, como el del sector informal, que halaga y recibe el respaldo de los ideólogos del neoliberalismo. Lo mismo se da el caso del paradójico descrédito al intervencionismo estatal: porque es malo para defender los recursos y propiciar el bienestar social, pero bueno para vender y entregar las empresas oficiales a la voracidad de las multinacionales extranjeras y garantizar y proteger —con todo el poder indispensable— la libertad para esquilmar los recursos naturales (petróleo, carbón, bosques, etc.) y acrecentar la concentración de la riqueza y la desigualdad social.

* * *

El subdesarrollo y la dependencia que siempre aparecen al lado de la ausencia de integración y del complejo extranjerizante, impiden que se valore lo propio y se conozca más lo ajeno. Estos hechos son valederos entre regiones de un país o entre países de un marco geográfico en relación con el centro dominante. Digamos por caso: en Colombia muchos ricos costeños visitan primero las ciudades norteamericanas o europeas antes que las del interior del país. En el pasado esta evidencia era aún más común: la falta de carreteras convertía a un interiorano en exótico habitante de regiones remotas. La aviación redujo distancias y facilitó el encuentro, pero todavía el fenómeno comentado perdurará. Desde el punto de vista continental es más significativo el detalle. Los habitantes de las distintas naciones latinoamericanas que pueden hacerlo, acuden entusiasmados a las metrópolis dominantes pasando por encima de sus vecinos.

Yo nunca puedo olvidar el cielo azul de Quito y sus callejuelas tapizadas de piedra que siempre conducen a una reliquia religiosa. Me gustaba pasar las tardes en la plaza central, para darme el gusto de comprar artesanías en las tiendas ubicadas en la planta baja del Palacio Presidencial. Una vez estaba allí en plena dictadura militar, y nada impedía esa mezcla extraña de fusiles, política y comercio. Volar de Quito a Santiago es gozar del espectáculo interminable de las nieves perpetuas. Lima es la ciudad alegre de famosos museos. Sus calles y plazas ofrecen siempre la sorpresa del teatro popular. Yo solía pasear de la avenida Nicolás de Piérola al Girón de la Unión, para hacer pausa en la Plaza de San Martín a mirar los mimos o a escuchar los mensajes de los artistas parlanchines. Arequipa es ciudad de serena hermosura, toda vestida de blanco como las cúspides de los volcanes que la rodean. Y qué decir de la inmensidad de los desiertos peruanos con el verde milagro de los oasis. Se suele comentar que donde cae la lágrima de un indio se siembra una mata de maíz. Pero, al pasar la Sierra, como ellos llaman a la cordillera, está la plenitud exuberante de la selva. El Cuzco es el recuerdo y el misterio de la cultura de los Incas y sus precursores. Llegar a sus predios es obsequiar al gusto intelectual más exigente el deleite de la hazaña humana del pasado. Buenos Aires es el transplante aclimatado de la arquitectura europea, pero también tiene su personalidad. En ninguna otra parte del mundo hay calles como Lavalle o Florida. Allí todas las noches parecen de fiesta. En Buenos Aires todo es gigante: la calle más ancha, la avenida peatonal más larga. Para ir de Buenos Aires a Montevideo hay que navegar más de cien kilómetros por la desembocadura de su río. A mí siempre los aproximadamente dos kilómetros de ancho del Magdalena en Bocas de Ceniza me parecieron algo colosal. Pero cuando estaba en mitad de camino entre Buenos Aires y Colonia sin poder ver orillas, aquello me pareció simplemente majestuoso: Buenos Aires nada tiene que envidiar a las grandes urbes norteamericanas o europeas. Allí el viajero puede encontrar todo lo que ofrece la civilización. El producto de uno de los países con más riquezas

naturales en el mundo parece concentrarse en el lujo de sus almacenes y los vestidos de pieles de sus mujeres en invierno. Es tanto el derroche en sus centros comerciales y sus barriadas burguesas exclusivas, que quien no supiera de sus "ciudades miserias", que son las favelas brasileras o los tugurios colombianos, podría imaginar que está transitando por un muestrario de orgía y desarrollo general.

* * *

En el Ecuador también existen los contrastes entre ciudades. Eso es lo más interesante en América Latina: Ciudad de México, fría y con aire casi irrespirable por la polución, y Acapulco cálida, de aguas cristalinas y palmeras juguetonas; Bogotá fría, lluviosa y congestionada, y Cartagena, Santa Marta y San Andrés, risueñas y con sol de doce horas; Quito, en los límites del cielo y Guayaquil, enamorada de su río, original y contradictorio, que gusta repartir el tiempo, al correr unas veces para abajo y otras para arriba, aunque la poetisa Meira Delmar diga lo contrario. En Maracaibo, la semana pasada cuando estuve allí, me la pasaba peleando con mis amigos anfitriones que desprecian la tibieza de las brisas: salen de sus casas, que parecen neveras, siempre enfriadas por los acondicionadores de aires, entran en los lujosos automóviles con el mismo clima artificial, para luego pasar horas enteras en oficinas, supermercados, restaurantes o bares que compiten en enfriamientos. ¿Qué diablos vendría a hacer aquí un turista bogotano, quiteño (en cualquier mes del año) gringo, canadiense o europeo, en invierno?, les preguntaba. Y eso que la ciudad es bella, con paisajes de lago por todas partes, calles anchas, edificios modernos y casas antiguas, de múltiples colores subyugantes, que ahora comienzan a restaurarse. Quiero detenerme un poco en Maracaibo porque ha cambiado mucho, no solo en el crecimiento urbanístico, sino en las costumbres. Es un Maracaibo distinto al que viví en mi juventud. Entonces era muy parecido a Barranquilla. Es cierto que son

estas las ciudades de los dos países hermanos que se semejan, pero en el ayer las encontraba más cercanas. Horas antes de salir para Maracaibo leí en *El Herald* una crónica sobre las terrazas barranquilleras, escrita por Rosario Borrero e ilustrada con fotos de Claudia Cuello. La periodista dice: “A las puertas del siglo XXI, los nuevos conceptos arquitectónicos tienden a eliminar ese espacio frontal, típico en nuestras viviendas y de vital importancia dentro de la idiosincrasia caribeña. Afortunadamente, ni la inseguridad, ni el auge de la televisión, ni las carreras de la vida moderna, han logrado acabar del todo en nuestros barrios populares, con la costumbre de sentarse a la puerta a tomar el fresco y hablar con el vecino”. Como tengo que atravesar toda la ciudad —desde “El Paraíso”, casi a la orilla de la desembocadura del río Magdalena, hasta lo más lejano en el sur— para llegar a la estación de buses, paso por muchos barrios, burgueses, de clases media y popular, y compruebo que es cierto. Algunas viviendas cuentan con verjas de poca altura, otras no, y en número reducido, lamentablemente, empiezan a instalarse las altas; pero en todas se cuidan los jardines. En cambio, en Maracaibo, las residencias parecen jaulas, separadas con altas rejas. Yo les decía a mis amigos, *los canarios*, porque permanecen de noche aislados, cada uno en su casa, sin comunicación con el exterior distinta del teléfono. Por eso las calles son lúgubres, sin alma. A nadie se ve caminando o disfrutando del encuentro comunitario. Mis amigos hablan de atracos y robos, y la sicosis del miedo a los antisociales me parece una verdadera enfermedad. Yo poco comprendo aquel comportamiento, y sobrada razón debo de tener, pues habito en uno de los países más violentos del mundo. Una noche estaba con mi familia en casa de Gastón Parra compartiendo con Diego Hernández y otros amigos. Camino al hotel le pregunté a Gastón: Y si el carro se daña ¿quién nos auxilia? Me respondió: “Nadie, nadie se atreve asomarse a la ventana”. Después supe que un joven fue una vez a visitar a sus padres en la noche, y como el timbre estaba dañado, no lo escuchaban. En ese momento pasó una patrulla de la policía y se lo llevó

detenido. Mi tía Martha, la anfitriona del restaurante *La Carreta*, se niega a visitar a doña Ligia de Parra, porque teme correr la misma suerte del hijo despistado de la historia. Cuando regreso al hotel me desvelo un par de horas. Al día siguiente le declaro a Gastón que ya presumo el origen de la insólita costumbre, y él me contesta que tal vez tenga razón: Maracaibo y sus alrededores fueron sitio de residencia de los extranjeros funcionarios de las empresas petroleras. Como en todas las regiones donde operaban los colonialistas o explotadores de los recursos naturales, los extranjeros cercaban con altas mallas sus campamentos y viviendas. A la noche siguiente, después de cenar en *El Gaucho*, el tío Juan Negro, un argentino que ama tanto como su hermano Omar a Venezuela, nos saca a pasear por el viejo centro de la ciudad. Y ¡grata sorpresa!: allí está todo igual como hace cuarenta y cuatro años cuando yo disfruté, en la juventud, del encanto de las altas ventanas con balaustres de madera y salidas hacia afuera como para propiciar el coqueteo de las enamoradas. Más aún, los muchachos estaban jugando en las calles y las familias sentadas en sus sillas en los sardineles. El tío Juan se ríe de las exageradas prevenciones en los otros barrios y no ha permitido que los balcones del séptimo piso donde viven sus hijos los cubran con rejas (como puede observarse en los demás) porque él dice que los hombres araña solo existen en el cine. Ya son las once de la noche y todo nos parece normal en la zona del mercado antiguo. En una cantina abundan los trasnochadores. Nos bajamos con el tío Juan a tomar un ron Cacique y gaseosas. El tío Juan es veterano de los Carnavales de Barranquilla, y comenta: “—En Buenos Aires se come, en Maracaibo se toma y en Barranquilla, se baila”. Claro está que es la manera graciosa de referirse al atractivo en los momentos festivos. Digamos por caso, el buen asado porteño, los *palos* maracuchos y el sonar de acordeones, tambores y flautas en cualquier reunión familiar barranquillera que se respete, ya sea con conjuntos vallenatos, *papayeras* o estruendosos tocadiscos que resuenan en todo el barrio. Tanto es así, que mi nieto Ignacio José, de apenas dos años, flaco

como *una varita de caña*, porque poco gusta de alimentos, como todavía no habla, hace de cantante con muecas y gestos parecidos a los de su padre, acordeonero de los *Independientes del Ritmo* (lo de independientes porque cada uno va por su lado) y del cual forman parte el médico Juan José Sánchez y su señora Candy Justi de Sánchez, las trabajadoras sociales Arlen y Carolina de Consuegra, el abogado Porfirio Bayuelo y José Rafael, el aprendiz de compositor. Naturalmente que hay excepciones: sean los casos de Arlencita y Hermes Emilio, otros nietos, verdaderas máquinas trituradoras de comidas y golosinas.

La dicha de haber contemplado, sin moverme de la silla, todo el bello panorama de Maracaibo, se la debo al señor Rector de la Universidad Rafael Urdaneta, doctor Eloy Párraga Villamarín. Juntos almorzamos en el restaurante *El Girasol* del Hotel *El Paseo*, en la grata compañía del Vicerrector, doctor Jorge Sánchez y la Decana de Promoción, doctora Nerva Bracho de Sánchez. Mientras el piso va dando lentamente la vuelta, aprecio el sitio donde se dio la batalla naval, las nuevas islas que forman las corrientes y los canales esplendorosos que unen el lago con el mar. La ciudad parece orgullosa con el color amarillo y rosado de los mangos maduros, y las barcas zurcan los espacios acuáticos. Un poco más allá está el puente transitado por centenares de vehículos presurosos, de vidrios negros y ahumados, como si sus conductores estuvieran en discordia con el paisaje y el mundo exterior. La primera vez que llegué a Maracaibo desde Caracas, la travesía era en ferry que, en lento avance, permitía gozar de la expectativa del arribo.

El día anterior había visitado al rector Párraga Villamarín. La Universidad está situada en las afueras de Maracaibo, en un campo repleto de árboles y flores. La conversación protocolaria apenas duró unos segundos, porque de inmediato, *¡sorpresas del tiempo!*, nos reconocimos. En la década de los años cincuenta compartíamos inquietudes intelectuales en las tertulias de

la Librería Nacional, en Barranquilla, al lado de Néstor Madrid Malo, Javier Auqué Lara, Diego León, Luis Felipe Palencia y Fernando Cepeda y Roca. Eran tiempos de dictadura en Venezuela, y el doctor Párraga Villamarín estaba acá en el exilio. Durante una hora nos olvidamos del programado intercambio universitario para entregarnos por completo al recuerdo y la añoranza de una vida cordial y solidaria.

En la noche, con Gastón y Diego, converso de política. Les digo que he sabido que hay un candidato del Zulia a la Presidencia de la República. Y me atrevo a opinar, que más allá de los colores políticos —ahora tan de capa caída— la lucha descentralista presenta matices revolucionarios contra la discriminación humillante del centro. Gastón responde que ese fenómeno no es tan marcado en Venezuela. No insisto en el tema y le pregunto cómo le va en la Academia Venezolana de Ciencias Económicas, puesto que suponía, dada su calidad de científico social, que formaba parte de ella.

Entonces me responde: —“De la Academia solo pueden ser miembros los que viven en Caracas”. Me sonrío, y Diego que nada perdona, comenta:

—Cómo te parece, y eso que no hay centralismo. Qué tal si hubiera... Pero ya fundaremos la nuestra, la del Zulia.

—Eso está bien, comento. Pero la de ustedes será la del Zulia, y aquella la de Venezuela, no la de Caracas. Lo que más sorprende, concluyo, es que buena parte de los directivos de la Academia, que son mis admirados amigos, en sus libros y en los ensayos que les he publicado en *Desarrollo Indamericano*, han enjuiciado, al igual que otros científicos sociales del subcontinente, al centralismo, o colonialismo interno, como una de las causas del subdesarrollo.

Como estamos en *La Barra del Che* puede hablarse de todo, menos de edad. Es ese un tema tabú delante de la tía Martha. En eso sigue al pie de la letra la tradición de su hermana Emilia. Una vez mi padre se presentó a mi casa y me dijo: —“Estoy en problemas. Puedo ir a la cárcel. Porque de acuerdo con la edad que tu madre declara tener, yo me casé con una niña”. Transcurrido un tiempo, me comentó sonreído: —“Ya pasó el peligro. El cuerpo del delito no existe. Según la nueva versión de *misía* Emilia, cuando nos casamos todavía ella no había nacido. Hace ya rato que festejamos las Bodas de Oro y aún permanece impasible en cuarenta y ocho años...”. El tío Omar Calvo, comenta: —“Por mi parte yo estoy por adoptar a doña Martha para terminar de criarla...”. Pero no puede negar que está tan joven como antes, mírela, le comento, y sonreído responde: “Esa es obra mía; es el cuido y el mimo”.

* * *

Hablo de las mallas de las viviendas maracuchas pero debo reconocer que en Bogotá el fenómeno aislante desconcierta más. La última vez que estuve allá, Raúl Alameda me invitó a cenar en su casa. En compañía de los doctores Luis Meléndez Mosquera y Héctor Lossa, doña Anita y doña Mariela de Meléndez, partí hacia la dirección previamente anotada. Después de tres horas de infructuosa búsqueda, regresamos al hotel. Las nuevas urbanizaciones son cerradas con guardías que impiden el paso por las calles. Allí no son las casas sino barrios enteros cercados que limitan la libertad de transitar y que obligan a pensar en el retorno a los castillos medievales rodeados de fosos para impedir la comunicación.

* * *

Los del sur suelen decir: “México es una ciudad grande; Buenos Aires, una gran ciudad”. Creo que no es así. Tanto México como Buenos Aires son

dos grandes ciudades y dos ciudades grandes. Cada una con su personalidad y su atractivo. Fuera de su país los argentinos tienen fama de creídos y sabelotodo. Por eso el chiste: Quien compra un argentino por lo que cree que vale y lo vende por su justo valor se arruina. Una vez en el Japón participaba en un simposio al cual asistían delegados de todos los países. Los intérpretes atendían por grupos de continentes y así nos transportaban. El primer día de visita a una ciudad, a los latinoamericanos nos asignaron un bus. Ya de salida el guía se afanaba en anunciar que esperaba a los latinoamericanos. Pero no fue posible que los dos jóvenes delegados argentinos se dieran por notificados. En la sala del hotel se quedaron esperando que llamaran a los argentinos. Recuerdo esa anécdota por dos razones que varias veces he comentado con Jorge Julio Greco: la primera enseña que somos una sola tierra, como la quisieron los Libertadores. Así nos ven los estadounidenses, europeos y asiáticos. Cuando estamos en nuestros países, ante los abusos del centralismo, defendemos el origen regional. En Colombia, por ejemplo, hay costeños y cachacos; al llegar a otro país latinoamericano, somos colombianos; pero fuera del subcontinente se nos identifica como latinos. La segunda razón se relaciona con la guerra de Las Malvinas. Hasta ese momento los argentinos o, mejor dicho, ciertos sectores argentinos o, mejor dicho, ciertos sectores bonaerenses, se consideraban europeos. Pero el conflicto les dio una lección: Mientras los europeos y los Estados Unidos estuvieron del lado de Inglaterra, los mestizos hermanos latinoamericanos respaldaron a la Argentina en su justo derecho de recuperar una parte de su territorio usurpado.

* * *

En la calle Lavalle y el barrio de La Boca siempre estuve a mi gusto. Una tarde asistí a un partido de fútbol en el estadio La Bombonera. La primera impresión fue de sorpresa. Yo iba al viejo estadio Romelio Martínez, en

Barranquilla, a ver fútbol. Pero ahora estaba en medio de una afición que gritaba, cantaba y tocaba tambores sin descanso. Un vecino de la empinada gradería se la pasó toda la tarde mencionándole la mamá al árbitro con palabras poco honrosas. Y cuando hacía una pausa en el reclamo, doña Anita, que poco le importaba el partido pero estaba feliz con el espectáculo, lo provocaba diciéndole que había sido penalty la falta no sancionada, y de inmediato el incansable espectador volvía a gritar las mismas palabrotas.

* * *

Hablar de Buenos Aires obliga a detenerse en el recuerdo de Carlos Gardel. En mi caso arranca en la infancia. Nunca olvido la tarde que en mi pueblo Lorenza Marriaga llegó con la noticia. Ella encabezaba la caravana de mercaderes que dos veces por semana iba a Barranquilla con cargas de bollos, yuca y gallinas, para traer de allá baratijas, zapatos y vestidos. Yo estaba encaramado en el palo de mamón que en el patio de mi casa daba sombra y fruto, y desde allí escuché el eco repetido de Lorenza anunciando la muerte de Gardel.

En mi pueblo apenas había una vitrola, pero todo el mundo cantaba los tangos de moda. La comunicación social se facilitaba por la vida comunitaria. De lo que una persona sabía al poco tiempo se enteraban los demás. Recuerdo que mi madre me dormía cantándome *Caminito*. Muchos años después conocí el sitio de inspiración del poeta popular, y quedé confundido. Porque siempre imaginé algo parecido a una senda estrecha bordeada de árboles y no una calle o, mejor dicho, un pedazo de calle enfrente de un muelle en el legendario barrio de La Boca.

Gardel era ídolo también de los campesinos: Las jovencitas solían tener en las tapas de sus baúles su retrato, recortado de las páginas de los periód-

dicos, y los muchachos cantaban *Las golondrinas de un solo verano*. Por eso, cuando transcurrió mi pubertad y juventud en la calle Obando, en Barranquilla, no tuve inconveniente en vincularme a la barra que mortificaba a los vecinos con cantos *gardelianos* destemplados. Otras noches asistíamos puntuales a los cines descubiertos donde pasaban las películas de Gardel. Después desfilábamos por las calles dormidas *cantando* y repitiendo frases con argot cuyo significado desconocíamos. Una de esas noches perturbamos el sueño del alcalde Rafael Fernández Díaz. Su guardia, un agente de la policía, se llevó a *Carlitos*, como cariñosamente llamábamos a nuestro “tenor”, a la comisaría. Por cierto que, en aquella apacible y añorada ciudad de entonces, los sucesos eran tan peculiares y distintos: al día siguiente el mismo agente acompañó a *Carlitos*, de casa en casa en la cuadra, mientras otro de los trovadores, el ñato Julio Vengoechea, solicitaba a los padres de los amigos aporte para pagar la multa de dos pesos.

Yo era un hincha fidelísimo de Gardel. Hasta podría decir que un tanto exigente, al estilo de los fanáticos del fútbol. Una tarde lluviosa en Buenos Aires caminé por la calle Corrientes en busca del 3-4-8, *segundo piso ascensor*. Esperaba encontrar por lo menos una placa recordatoria. Pero ni el simple número existía. Por el contrario, en la acera opuesta sonaba la música de un *rocanrol*. Entonces protesté. Creo que me tomaron por loco. Pero ahí no terminó mi romántico reproche. En la noche fui a La Boca, en una de las excursiones para turistas. Al llegar a *La Cueva del Zíngaro* la orquesta comenzó a tocar música de moda de otras partes. Entonces me levanté y dije en voz alta que había ido a la Argentina a escuchar tangos y milongas. Los jóvenes parecían no comprender. Pero entonces los maduros, casi todos de más de cuarenta años, pasaron a la pista de baile con sus parejas y la orquesta comenzó a interpretar las inconfundibles melodías de los conjuntos típicos.

En verdad, en esos momentos de apogeo de la cumbia, el porro y los valle-

natos, ritmos caribeños alegres y tropicales, resultaba bastante incomprendible mi conducta. Y hasta llegué a pensar que aquel influjo nostálgico fue una especie de absurdo en estas tierras de la parranda abierta y del jolgorio sensual. Pero cuál no sería mi sorpresa al comprobar que en la Cuba de la rumba y el jaleo, se escucha el tango al lado de la guaracha y el son como si se estuviese en Medellín o Pereira. Más aún, en La Habana las emisoras de radio siguen con los tangos de Gardel como hace cincuenta años.

LA PLANEACIÓN

EN MI PUEBLO SOLÍAN DECIR: más largo que el mes de mayo. A las personas altas se les apellidaba con el nombre del mes. Juan Redondo, que medía dos metros, quedó bautizado para siempre como Juan Mayo. Y no son por los treinta y un días, sino por la presencia del sol a las seis de la tarde. Cosa distinta de regiones con cuatro estaciones, donde a las ocho o nueve de la noche todavía está el sol afuera en el verano, en el trópico el horario es rígido: la aurora extiende sus colores púrpuras a las seis de la mañana y el crepúsculo repite el espectáculo a las seis de la tarde.

Miro el horizonte y encuentro el sol brillante, a unos metros del horizonte. Siempre a las seis de la tarde me siento en la terraza a contemplar arreboles. No comprendo. Entonces recuerdo que mayo está en su reinado.

El mar amaneció azul. A la playa se acerca una especie de isla flotante, de esas que arrastra el río. Pero la que veo es grande, de varios metros de ancho y largo. Como el invierno está en su apogeo, en el interior del país las corrientes siembran el terror. Este verdín no sé de qué lejos venga. Navega con tranquilidad y yo no lo pierdo de vista. Tal vez atraque en el viejo muelle abandonado. Aunque mejor sería decir: abandonado por los barcos. Porque la gente sigue caminando por su extenso lomo para sacar provecho

de la refrescante caminata. Yo suelo hacerlo de vez en cuando para gozar del atardecer. Mi hijo Ignacio, en compañía del ingeniero Manuel Marthe Zapata y por encargo del entonces alcalde Eduardo Santos Ahumada, restauró sus barandillas y las partes deterioradas, y puso alumbrado eléctrico. Y me gusta en el paseo imaginar su juventud, con paisaje de buques cargando y descargando y ruido de locomotoras. No pude conocerlo en su esplendor, pero desde mucho tiempo atrás escucho a los que hicieron su historia.

A Ricardo Blanco lo encontré de celador en la casa de mis suegros cuando vine a Pradomar en luna de miel. Fue uno de los tres buzos, al lado de Andrés Avelino Jiménez y Joaquín Saltarín, que dentro del agua revestía con cemento los pilotes de acero y madera. Ricardo siempre estaba riendo. En las labores sumergidas del atracadero perdió la audición. Pero poco le importaba su sordera: ya en su juventud, lo mejor de su vida lo compartió con los peces de colores en el silencio de las profundidades.

Desde el primer día del encuentro Ricardo, fue para mí un personaje inolvidable. Como casi no podía oír mis explicaciones, gozaba a carcajadas al verme agachado atisbando por debajo de la cama antes de dormir. Doña Anita no era muy amiga de la presencia de cangrejos. Para ahuyentar temores, Ricardo nos invitaba a mirar el muelle y empezaba a contar detalles de su antiguo oficio. Nunca pasó por una escuela, ni jamás supo que existieran cartillas de buceo. Como desde niño nadaba bien por debajo del agua, su amigo Juan Antonio Colina lo metió una mañana en una escafandra. Bajo el mar se hizo hombre, y solo salió de allí para esconder su nostalgia en una risa permanente y en la botella de ron blanco. Su amigo Colina también era de la misma estirpe, una especie de hombre múltiple, de esos que se moldean con el trajinar diario. Sin haber pisado los pasillos del colegio, sabía reemplazar al ingeniero extranjero cuando este se ausentaba. El cubano Francisco J. Cisneros hizo el muelle con madera y acero, y Juan Antonio Colina lo amplió.

Da gusto escuchar la triste historia del muelle de Puerto Colombia. Eugenio Vargas enjuiciaba en sus escritos a la clase dirigente de Barranquilla. En un momento infortunado, que sigue castigando a una ciudad con puerto deficiente, levantaron los rieles y hundieron la isla que protegía la hermosa bahía de aguas azules, como queriendo borrar evidencias ante el error cometido. Vargas mencionaba el caso del barco cargado con yeso para la fábrica de Cementos del Caribe. Como, por su calado, no pudo entrar por Bocas de Ceniza (la desembocadura del río Magdalena), y regresó al muelle de Puerto Colombia a descargar, los prohombres de entonces descalificaron al capitán de la nave dizque por atentar contra el progreso de Barranquilla. Después, el ejército nacional, sin que nadie en el país protestara, probó sus cañones bombardeando la Isla Verde hasta exterminar sus manglares. La obra contra la naturaleza la concluyó una empresa petrolera extranjera, con explosiones de dinamita que abrieron boquetes por donde el mar penetró para arrasar.

Ahora, cuando el sector servicios juega papel prioritario en la economía, y los habitantes de las grandes ciudades sacan provecho de sitios para la recreación, Barranquilla carece de balneario propio adecuado, y apenas su legendario muelle, el segundo más largo del mundo, sirve para caminarlo y añorar su pasado.

Y, cuándo iba a pensar mi amigo Ricardo Blanco, que veinticinco años después de su muerte, al arquitecto que alcanzó a tener en sus brazos cuando niño —*sorpresas del tiempo!*— le tocaría restaurar su muelle, para beneplácito de los buenos porteños.

* * *

Mientras contemplo en la lejanía la mancha verde que se acerca al muelle recibo mensajes de amigos. El gran Otto Morales Benítez me envía su último

libro. O, como dice el profesor Jesús Roncallo, el más reciente. Porque la exuberancia creadora del doctor Morales Benítez es sencillamente prodigiosa. Pocos intelectuales tan fieles a la investigación y a la literatura como él. Desde sitios distintos, los discípulos de ayer, y hoy veteranos catedráticos, doctores Florentino Rico, Ruderico Trujillo y Guillermo Amaya Villamil, directivos de la Sociedad Bolivarense de Economistas, me invitan a dictar una conferencia en Cartagena sobre el tema de la planeación social.

A propósito de planeación, recuerdo que en los años cincuenta nos empeñamos en separar los términos planificación y planeación. Para entonces yo formaba parte de la directiva de la Sociedad Interamericana de Planificación, con sede en Puerto Rico. El propósito era utilizar el término planificación para los organismos y actividades donde predominara el urbanismo, y planeación en el área económica en general. Aunque el término planeación perdura para los fines comentados, el *Diccionario de la Real Academia* registra planeamiento, como acción y efecto de planear, y a esta última, en la segunda acepción, como hacer planes y proyectos, de igual manera que define a planificar, también en su segunda acepción. Espero que mi amigo Raúl Alameda Ospina, quien tiene a su cargo en la Academia Colombiana de la Lengua recomendar la aceptación de nuevos términos técnicos, haga introducir la saludable diferencia.

Hablar sobre planeación social en el apogeo del librecambio —eufemísticamente llamado Neoliberalismo o Apertura— es casi temerario. Sin embargo, los acontecimientos sorprenden en su rapidez inusitada. La realidad, una vez más, terca e incommovible, aplasta las utopías teóricas que se generan en otras latitudes y se imponen como camisa de fuerza. Los efectos de una absurda política de puertas abiertas, que solo ha permitido el aumento de importaciones innecesarias, empieza a golpear los sectores productivos: el agro y la ganadería en marcado descenso, industrias que se cierran, el

desempleo en aumento, la desigualdad social acentuada, las exportaciones disminuidas, etc.

Ya las voces de protesta representan el clamor nacional. Ayer asistí a una conferencia dictada por el doctor Ernesto Samper en su condición de candidato a la Presidencia de la República, y debo declarar que salí del Salón Magdalena del Hotel El Prado reconfortado. Así se lo hice saber al doctor Samper y a sus amigos anfitriones, senadores y ex Ministros Fuad Char, Pedro Martín-Leyes, Juan B. Fernández Renowitzky, Jaime Vargas, Roberto Esper y Horacio Serpa. De manera didáctica y afirmativa, el doctor Samper expuso lo que sería su programa de gobierno: cuidado, fomento y protección a la producción nacional, educación de las masas trabajadoras y búsqueda de justicia social. Hizo un recuento de los resultados negativos de la estrategia de concederle todo sin reciprocidad y criticó el proteccionismo centralista del pasado, que se valió del poder interventor del Estado para localizar las industrias en lugares inadecuados.

Unas semanas antes el Veedor del Tesoro de la Nación, doctor Jorge García Hurtado, en esta misma ciudad criticó el hecho de que la planeación colombiana esté en manos de jóvenes educados en universidades extranjeras que desconocen la historia y características de la economía colombiana. Estos comentarios me hicieron recordar simpáticas reacciones de becarios en los años en que formé parte del Departamento Administrativo de Planeación. Entonces se iniciaron los estudios para un plan de fomento en el Chocó, una de las regiones más lluviosas del mundo, rica en minas de oro y platino que explotaron empresas extranjeras sin ningún provecho para los abandonados chocoanos. Tanto llueve en el Chocó que quince días sin lluvia es un verano intenso con graves incidencias en los precarios ingresos de las familias dedicadas al *mazamorreo*, manera artesanal de decantar los granitos de oro en recipientes de madera, o barro en las orillas de las corrientes.

Como puede deducirse no es aquella tierra atractiva para señoritos acostumbrados a las comodidades de Harvard u otras de las universidades preferidas por los estudiantes privilegiados.

Como en el organismo de planeación no había personal suficiente para trabajar en la elaboración del plan, solicité de inmediato el regreso de los funcionarios, que desde varios años atrás, pasaban de una especialización a otra sin provecho de trabajo para el país. La sorpresa es digna de mencionarla: todos renunciaron antes de venir a prestar sus servicios en los estudios programados en la propia tierra chocoana.

El señor Veedor también hizo mención del carácter centralista de la planeación: técnicos y expertos que trazan planes resguardados en cómodas oficinas pero sin conocimiento directo de la realidad de las regiones o de los problemas nacionales. Y eso es cierto. Recuerdo que el grupo de urbanistas y arquitectos encargados de distribuir las inversiones en vivienda en el plan del Chocó, asignó, desde Bogotá, una partida para construir quince casas en Sautatá. La tal Sautatá aparecía en el mapa de Colombia con un círculo semejante al de otros pueblos de muchos habitantes. Pero cuando la comisión de los economistas Carlos Calderón Mosquera, Efraím Valencia Navia, Alberto Giraldo y Jorge Esquivel, del arquitecto Rubén Darío Utria y del agrónomo Jairo Alviar, que yo presidía, descendió por el Atrato hasta Sautatá, encontró una sola casa abandonada, que años antes había servido de punto de partida para algunas poblaciones situadas en tierra firme. Allí mismo, mientras la canoa seguía perturbando las quietas aguas del caudaloso río que Humboldt llamara el “lago que anda”, les pedí a los colegas que rompieran en quince pedazos los planos de las quince viviendas programadas para unos habitantes inexistentes.

Como la planeación apenas se iniciaba como una institución digna de tenerse

en cuenta (finales de la década de los años cincuenta) todo aquello eran lecciones que supimos aprovechar. Por ríos y caños recorríamos la geografía del Chocó, sin dejar de contemplar con afecto y respeto la majestad de la selva y la reciedumbre del hombre chocoano, negro o indígena, que trabaja desprotegido en medio del rigor de la naturaleza. Nunca olvido la tarde que salimos desde el Atrato con destino a Unguía, Acandí y Sapzurro, en la zona comprendida en el Tapón del Darién, de la inconclusa carretera Panamericana. La lancha con motor apenas pudo llegar, como a las siete de la noche, a un lugar donde unos inmensos árboles caídos en un vendaval del mediodía, impedía el paso de la pequeña embarcación. De ahí en adelante, bajo la conducción de los guías nativos, la jornada se hizo chapoteando con agua hasta la cintura mientras en la oscuridad se escuchaba el ruido de los micos. Más o menos a las dos de la madrugada llegamos a Unguía con recibimiento inesperado: unas linternas nos encandilaban y unas voces nerviosas ordenaban que pusiéramos las manos en la cabeza. Poco tiempo atrás, en la región vecina de Turbo la violencia política había sembrado el terror. Al día siguiente el comandante del puesto de la policía localizado en la entrada del pueblo, nos comentaba que si hubiésemos hecho algún movimiento otra sería la historia. Y agregaba: “—Yo estuve aún más desconcertado cuando uno de ustedes gritó que eran funcionarios de la Presidencia de la República. Imagínense ustedes. En estas tierras olvidadas de Dios jamás ningún grupo de extraños había llegado a esas horas de la noche, y mucho menos en representación del poder central”.

* * *

En el Consejo Nacional de Política Económica y Planeación estuve desempeñándome con plena autonomía. Había sido elegido por la Cámara de Representantes para un período fijo de cuatro años, que aparentemente garantizaba estabilidad en el cargo. Y digo aparentemente, porque cuando apenas

cumplía un poco más de un año en dichas funciones, una reforma administrativa propiciada por el doctor Carlos Lleras Restrepo modificó la composición del Consejo, para quedar integrado solo por ministros del Despacho. Y he aquí una paradójica *sorpresa del tiempo*: antes me destituyeron en la Escuela Naval de Cartagena por haber asistido al recibimiento del doctor Lleras Restrepo en el gobierno dictatorial del general Gustavo Rojas Pinilla; y ahora, el mismo doctor Lleras Restrepo, en su condición de jefe del Partido Liberal y precandidato a la Presidencia de la República, me dejaba cesante, y según supe después, porque en su mandato aspiraba a dirigir la economía del país sin la participación de asesores distintos a los de su libre remoción en el área de la rama Ejecutiva.

Sin embargo, el tiempo que estuve de consejero económico del presidente Guillermo León Valencia perdura en la memoria. Hombre pulcro y honesto mostraba probidad en todos los actos de su vida política y administrativa, como la más valiosa de sus virtudes. Es verdad que eran otros tiempos de existencia austera y comedida, distintos de los actuales de derroche y opulencia en ciertos grupos sociales y sectores oficiales. En víspera de una fiesta en Palacio el doctor Valencia les recordó a los miembros del Consejo la invitación que ya nos había hecho. Al salir del Salón de sesiones me acerqué a él y le dije que en la tarjeta se indicaba que el acto era con traje de etiqueta, y yo no lo tenía. Entonces me respondió: —“A mí tampoco me agrada mucho, pero Manrique, el jefe de protocolo, me obliga. No se preocupe, venga con el vestido azul oscuro que tiene puesto”. En otra ocasión me sucedió algo gracioso. Las oficinas del Consejo Nacional de Política Económica y Planeación quedaban en el edificio Bochica, un poco más arriba del Hotel Tequendama. En un piso distinto estaba el despacho del Ministro de Desarrollo. El señor Presidente de la República residía y despachaba en el Palacio de San Carlos, sede del Gobierno del Libertador Simón Bolívar en los días de la conspiración septembrina. Una mañana de

sesión del Consejo el Ministro de Desarrollo me invitó a que lo acompañara en su automóvil. Por eso dejé mi viejo Studebaker, de color rojo y curuba (apropiado para asistir a entierros, como jocosamente comentaba mi amigo José Ángel Bolaño) en el aparcadero. Mi padre, ya retirado de sus funciones de Alcalde en Juan de Acosta, se fue a vivir conmigo, y acostumbraba a esperarme todos los mediodías de los miércoles enfrente de Palacio conversando con un amigo que administraba el Teatro Colón. Ese día la sesión terminó como a las dos de la tarde pero yo salí de ella eufórico. Le conté a mi padre que todas las ponencias de inversiones por casi mil millones de pesos que había redactado y me había correspondido sustentar, fueron aprobadas. A mi padre le hablé en unos minutos de los proyectos en obras que favorecerían la actividad económica nacional y los planes de desarrollo de distintas regiones. Y aunque ya mi padre, que era de buen apetito, estaba retrasado en el almuerzo, compartía mi alborozo. Al cabo de un rato, como ya todos los consejeros y ministros se habían ido, mi padre me preguntó dónde estaba el carro. Le dije que iríamos a buscarlo al aparcadero del edificio en un taxi. Como él sabía que yo no acostumbraba a llevar dinero en los bolsillos, me hizo saber que apenas tenía los centavos para el bus de regreso. A esa hora, con fatiga y llovizna, tuvimos que caminar quince cuadras en busca del Studebaker. En el camino, sin muchos ánimos ya para continuar conversando, mi padre me miraba de vez en cuando como si recordara la historia de los millones de pesos aprobados...

Tal vez la última anécdota con el presidente Valencia en mi época de asesor económico, fue la noche en que la Asociación Colombiana de Pequeños Industriales, ACOPI, finalizaba uno de sus congresos con comida especial ofrecida en su honor en el Salón Rojo del Hotel Tequendama. Hacía apenas dos meses habían terminado las funciones del Consejo de Planeación y yo estaba de asesor económico de la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC. Como siempre he sido muy buen amigo de don Roberto

Carbonell, para entonces Presidente de la Junta Directiva de ACOPI, aceptó la invitación a sabiendas de que don Roberto enjuiciaría algunas nuevas medidas oficiales en el campo de los intereses crediticios. Estaba un poco molesto con el presidente Valencia por no haber defendido la composición del antiguo Consejo, y quería participar en las críticas a las recientes medidas económicas. El discurso de don Roberto, como corresponde a su carácter, fue un alegato enérgico y de enjuiciamiento. Hombre íntegro en sus convicciones y seguro en su proceder, habló claro sin protocolos hipócritas y al final hizo algunas preguntas para una respuesta inmediata. Fue entonces cuando de manera inesperada el presidente Valencia le dijo a don Roberto: —“Aprovecho la oportunidad de la presencia de mi consejero económico y amigo de los dos, el profesor Consuegra, para que explique los objetivos generales de la política económica del Gobierno”. Y yo, que estaba allí para compartir críticas, pasé, por obra y gracia de las espontáneas ocurrencias de un maestro de la política, a dilucidar sobre el tema.

Después, cuando el Ministro de Hacienda, un tanto inseguro y carente de buena labia, pronunciaba su discurso, el presidente Valencia, me llamó a su lado y me solicitó algunas informaciones. Al terminar el Ministro, solicitó permiso para decir unas palabras. Maestro de la improvisación y la oratoria, comenzó su intervención reconociendo las acertadas observaciones de don Roberto y el papel que juegan los pequeños productores y artesanos en la economía de una nación que se precie de democrática y antimonopolista. Al final, el ambiente de inconformidad y tensión tomó otros rumbos, para bien de una organización gremial orientada por el temple de un correcto conductor, y la conducta consecuente de un gobernante sin arrogancias.

* * *

En Colombia hay dos regiones que pueden tomarse como muestra y expresión elocuente de los resultados que se obtienen a través de una conducta

económica de entrega de los recursos a la voracidad de las empresas extranjeras, y de librecambio. En el Chocó solo dejaron pedregales y miseria, y ahora en La Guajira el panorama pinta igual. Prodigios de la naturaleza, como las minas de carbón que brotan de la tierra, son aprovechadas por extraños, y la economía centralizada. Ni siquiera las reducidas regalías se cancelan oportunamente, y miles de millones de pesos que tanto necesitan las inversiones en un pueblo sediento, demoran en regresar a su sitio de origen. Hace poco atravesé La Guajira por vía terrestre y en su territorio no se vislumbra ninguna clase de cambios en el paupérrimo nivel de vida de la mayor parte de sus habitantes, especialmente de la población indígena. Maicao es un mercado extenso de productos de todo el mundo en almacenes de extranjeros que a lo mejor están allí con el único propósito de lograr riquezas para regresar a sus patrias. Apenas si a los nativos se les ocupa como guardias armados en las puertas de los expendios. La ciudad padece las deficiencias de los servicios, a pesar de los esfuerzos de la administración municipal. Duele, en verdad, la suerte de La Guajira, emporio de recursos naturales y de una cultura autóctona subyugante.

* * *

En una revista que divulga material seleccionado de las más famosas publicaciones de los países dominantes, leo un informe con un título que bien podría servir para describir la estrategia neoliberal en América Latina: "Ojo inversionistas, se vende Perú".

Y no se trata de ninguna crítica sino de un análisis elogioso sobre la entrega de las empresas mineras y de servicios, rescatadas en el pasado por gobiernos nacionalistas con esfuerzos y sacrificios, y ahora regaladas a monopolios extranjeros, incluso de la China socialista. Se trata, al decir del comentarista, de una pesca milagrosa que permite adquirir activos por cantidades ridículas

si se tienen en cuenta sus valores reales. Todo esto con un fondo de corrupción y descaró, en donde los mismos ex funcionarios que han puesto en práctica las medidas, aparecen como presidentes de las compañías extranjeras compradoras. Por ejemplo, Pedro Pablo Kuczynski, ex Ministro de Minas y Energía del Perú y ahora director de Nueva Management Inc., de Suiza, declara con beneplácito: “Los precios están muy bajos... los compradores están adquiriendo activos por solo una parte de lo que costarían en otros países...”.

* * *

La noche pasada conversaba sobre estos acontecimientos con el doctor Orión Álvarez, quien vino a dictar conferencias en la Universidad Simón Bolívar. Y en su gracioso decir antioqueño, comentaba: —“Un día de estos venden el país y nos tocará buscar otras patrias. Algo así como me pasó hace un año en Medellín. Usted sabe que Teresita, mi señora, vende todo lo que le compren. Una noche, fatigado por el trabajo en la Universidad, me despedí de los amigos con el propósito de ir a descansar en mi casa. Había salido bien temprano y después de doce horas de ausencia, toqué la puerta. Una señora, que nunca había visto antes, me preguntó muy gentilmente en qué podía servirme. Entonces le dije que iba a entrar en mi casa. ¿Cuál casa? Esta residencia la compró mi esposo esta mañana, con todos los muebles, respondió. Como alcancé a ver en la sala el velocípedo de mi hijo, pregunté confundido: —¿Y el niño entró en el negocio? No señor, aclaró. La doctora le dejó dicho que lo espera con el muchachito en el Hotel Nutibara...”.

Dialogo varias horas con mi amigo sobre la crisis del socialismo y la propiedad estatal. Quiere saber mi concepto. Le digo que el tema es motivo de mis desvelos. Nunca en la teoría política marxista o socialdemócrata se pensó en regresos. Al socialismo se le valoraba como una etapa superior en

el desarrollo social de la humanidad. ¿Acaso, opino, la falla estuvo en la concentración de la propiedad estatal? El Estado, al fin y al cabo, es una especie de categoría simbólica, que en ciertas ocasiones responde al manejo arbitrario de dictadores o gobiernos. Sin embargo, en el transcurso de la historia, la propiedad privada, o las normas legales que la instituyen, ha sido defendida a sangre y fuego. En la URSS nadie expuso la vida en favor de la propiedad estatal. Y esto ha sucedido, tanto en el socialismo como en el capitalismo. En teoría, los sovjoses (grandes propiedades agrícolas del Estado) o las fábricas, eran propiedad de la comunidad. La ideología siempre pregonó que la tierra es de quien la trabaja y que los trabajadores son los únicos creadores del valor de la mercancía. Pero en verdad nadie se consideraba con dueño de esas propiedades. ¿Acaso, este fenómeno sea digno de analizarse al lado del dogmatismo, el militarismo, la corrupción administrativa, el decaimiento moral, etc.? Leo un juicioso estudio de Julián Sabogal Tamayo, Decano de la Facultad de Economía de la Universidad de Nariño. El doctor Sabogal Tamayo estudió en la Universidad Patricio Lumumba, en Moscú, y tiene autoridad para hablar sobre las causas de la crisis del marxismo y del socialismo. Su enfoque es filosófico y crítico, más que todo fundamentado en los puntos de vista doctrinarios de los ideólogos del pasado. No obstante, las observaciones sobre atrasos en la tecnología, postulación administrativa, sectarismo y abuso del poder, bien pueden extenderse al capitalismo, que las cosechó y las sigue cosechando en proporciones iguales o mayores. Y ahí sigue tan campante, y de seguro, habrá necesidad de otras jornadas sangrientas revolucionarias para conmooverlo. En páginas anteriores, aunque sin el rigor científico, me he referido a estos temas interesantes que exigen más meditaciones y supuestos interpretativos. Mientras tanto, como tantas veces reiteramos, lo importante es que la historia sirva para desechar errores y buscar nuestro propio camino.

Me llega una carta del señor Gobernador del Departamento del Atlántico, doctor Gustavo A. Bell Lemus, que dice:

“Con ocasión de la inauguración del Parque Infantil en Isabel López, tuve la feliz oportunidad de conocer las instalaciones del Colegio de Secundaria de ese corregimiento que administra la Universidad Simón Bolívar. Quiero manifestarle que quedé gratamente impresionado por esa maravillosa obra que ratifica una vez más su visión de educador y de promotor de la cultura. Estoy seguro que si el departamento del Atlántico contara con más hombres de su formación, hace años que la educación hubiera jalonado más rápido el progreso del Atlántico.

”Como quiera que usted ha erigido a la educación como un valor en Isabel López, mucho me gustaría explorar conjuntamente la posibilidad de que la Gobernación pueda entrar a apoyar más directamente las labores del Colegio”.

No puedo negar que los generosos reconocimientos del primer mandatario del Departamento (Estado o Provincia, como llaman en otros países), estimulan a los directivos de la Universidad Simón Bolívar. También en otras poblaciones y barrios de Barranquilla, la Universidad está presente con museos, bibliotecas y escuelas. En estos casos lo que importa es servir sin pensar en reconocimientos. Pero si la complacencia es espontánea y sincera, el ánimo se facilita para seguir adelante. Como en este caso, cuando procede de un gobernante que es, además, hombre de letras y académico. Claro, hay que estar preparado para recibir las distintas reacciones del ser humano. Ahora, por ejemplo, me vienen a la memoria dos anécdotas: En la casa de la calle Obando, donde viví con mis padres y hermanos en los años de los estudios secundarios, la Universidad Simón Bolívar instaló, para servicio del barrio, una biblioteca. Una tarde que la visitaba pasó una mujer, y nunca supe por qué motivo, me dijo: —“Llévese sus libros. Aquí no los

necesitamos”. En otra ocasión estaba por los lados de la Alcaldía de Puerto Colombia en busca de la profesora Darcy Gallardo. Un señor me informó que se encontraba en la sede de la biblioteca. Al llegar allí, y mientras conversaba con la profesora, miré los estantes y todo aquello me pareció conocido. Entonces pregunté por el origen de los libros. Y la doctora Gallardo, con la sonrisa que siempre la acompaña, me respondió: —“¿Pero no recuerda que esta es la biblioteca (vitrinas y libros) que usted obsequió hace dos lustros?”.

* * *

Ahora pongo mi empeño en la dotación de la biblioteca pública en Juan de Acosta que llevará el nombre de la matrona Elena Antonia Molina de Higgins.

El día del entierro de la tía Elena hablé en el cementerio y le propuse a los deudos y herederos que permitieran la instalación de una biblioteca en la que fue residencia de la familia Higgins Molina, con el patrocinio de la Universidad.

La bella casa situada en toda la plaza conserva su personalidad. Construida a comienzos del Siglo, con techo de paja y paredes de mampostería, simboliza un estilo de vivienda ancestral. Yo habité en ella en mi primera juventud. Allí iba a pasar vacaciones y a disfrutar de los alrededores del pueblo, con arroyos bordeados de árboles gigantescos. En las tardes el tío Carlos me prestaba el caballo moro, hermoso ejemplar blancuzco que rivalizaba con el de color azabache de don Gilberto Arteta. Con sus hijos Tomás, Gilberto y Juan B., compañeros de estudios de bachillerato y ahora destacados profesionales, recorría las calles en las tardes haciendo alarde de jinete, aunque en verdad en Isabel López apenas alcancé a montar en burros.

El entierro de la tía Elena fue un acto majestuoso. De esos que reconfortan

porque permiten valorar los sentimientos fraternos de la comunidad. Más de mil personas, como quien dice, todos los adultos del municipio, estaban allí tributando un homenaje de gratitud a la paisana que siempre permaneció atenta en la búsqueda de solución de los problemas del pueblo. Un desfile, después de la misa en la Iglesia Parroquial, presidido por San Isidro, el féretro de la difunta y la banda de música, recorrió las calles principales. En la puerta del cementerio los poetas recitaron sus versos, los compositores cantaron sus canciones y los oradores hablaron, todo esto en homenaje de doña Elena.

* * *

Hablar de Isabel López, la calle Obando o Juan de Acosta, revive los recuerdos gratos de la infancia y juventud. Nunca olvido a mis amigos de entonces. Unos se han ido ya, otros siguen la actividad creadora. Hace poco supe de la muerte de José Benavides, el compañero de travesuras en el Colegio San José y después médico prestigioso. Una vez lo encontré en la calle y me dijo en su manera graciosa de expresarse; —“Oye, *cacha*, cómo te parece la cipote *sorpresita del tiempo*. ¿Cuándo iba a imaginar en nuestra alegre pubertad de los años 40, que tu hijo José Eusebio iba a ser mi jefe en el Hospital Pediátrico, primero, y después, en los Seguros Sociales? Y, lo simpático del asunto es que he estado muy complacido”.

* * *

Mayo terminó. Hoy se inicia junio, el mes de luna grande y brillante. Juaruquito se sienta a mi lado. Me dice que no fue a la escuela porque sus maestros están en huelga. Él no sabe explicar qué es eso, pero le saca provecho con sus amiguitos de juegos. En mis tiempos no se daban esas interrupciones. Por eso, de vez en cuando, me *echaba la leva* para gozar de las frescuras de las aguas en el arroyo. Sin darme cuenta, regreso a la niñez, y en verdad disfruto. ¿Acaso ya no se dijo que recordar es vivir?